

**David Copperfield**

**Parte 2**

**Por**

**Charles Dickens**

***Free*editorial** 

## Capítulo 1

### La pequeña Emily

Había un criado en aquella casa, un hombre que, según comprendí, acompañaba a todas partes a Steerforth y que había entrado a su servicio en la Universidad. Aquel hombre era en apariencia un modelo de respetabilidad. Yo no recuerdo haber conocido en su categoría a alguien más respetable. Era taciturno, andaba suavemente, muy tranquilo en sus movimientos, deferente, observador, siempre a mano cuando se le necesitaba y nunca cerca cuando podía molestar. A pesar de todo, su mayor virtud era su respetabilidad. No era nada humilde y hasta parecía un poco altanero. Tenía la cabeza redonda y rapada, hablaba con suavidad y tenía un modo especial de silbar las eses, pronunciándolas tan claras que parecía que las usaba más a menudo que nadie; pero todas sus peculiaridades contribuían a su respetabilidad. Si hubiese tenido una nariz desmesurada habría sabido hacer que resultase respetable. Vivía rodeado de una atmósfera de dignidad y andaba con pie firme por ella. Habría sido imposible sospechar de él nada malo.

¡Era tan respetable! A nadie se le habría ocurrido ponerle de librea, tanta era su respetabilidad, ni obligarle a desempeñar un trabajo inferior; habría sido un insulto a los sentimientos de un hombre tan respetable. Y pude observar que las criadas de la casa tenían instintivamente conciencia de ello y lo hacían todo, mientras él, por lo general, leía el periódico sentado ante la chimenea.

Nunca he visto un hombre más dueño de sí. Pero esto, como todas sus demás cualidades, no hacían más que aumentar su integridad. Hasta el detalle de que nadie supiera su nombre de pila parecía formar parte de ella. Nadie podía objetar nada contra su nombre: Littimer. Peter podía ser el nombre de un ahorcado, y Tom el de un deportado; pero Littimer era perfectamente respetable. No sé si sería a causa de aquel conjunto abstracto de honradez; pero yo me sentía extraordinariamente joven en presencia de aquel hombre. Su edad no se podía adivinar, y aquello era un mérito más de su discreción, pues, en su calma digna, igual podía tener cincuenta años que treinta.

A la mañana siguiente, antes de que yo me hubiese levantado, ya estaba Littimer en mi habitación con el agua para afeitarme (aquel agua era como un reproche) y preparándose la ropa. Cuando alcé las cortinas del lecho para mirarle, le vi a la misma temperatura de respetabilidad de siempre: el viento del Este de enero no le afectaba, ni siquiera le empañaba el aliento, y colocaba mis botas a derecha e izquierda en la primera posición del baile y soplaba delicadamente mi chaqueta mientras la dejaba extendida como si fuera un niño.

Le di los buenos días y le pregunté qué hora era. Él sacó de su bolsillo un reloj de lo más respetable que he visto, y sosteniendo el resorte de la tapa con un dedo, lo miró como si consultara a una ostra profética; lo volvió a cerrar y me dijo que, con mi permiso, eran las ocho y media.

—Míster Steerforth tendría mucho gusto en saber cómo ha descansado usted, señorito.

—Gracias —dije—; muy bien. Y míster Steerforth ¿cómo sigue?

—Muchas gracias; míster Steerforth está pasablemente bien.

Otra de sus características era no usar superlativos. Un término medio tranquilo y frío siempre.

—¿No hay nada más en que pueda tener el honor de servirle, señorito? La campana suena a las nueve, y la familia desayuna a las nueve y media.

—Nada; muchas gracias.

—Gracias a usted, señorito, si me lo permite.

Y con esto y con una ligera inclinación de cabeza al pasar al lado de mi cama, como disculpándose de haberme corregido, salió cerrando la puerta con la misma delicadeza que si acabara de caer en un ligero sueño del que dependiera mi vida.

Todas las mañanas teníamos exactamente esta conversación, ni más ni menos, y siempre invariablemente, a pesar de los progresos que hubiera podido hacer en mi propia estima la víspera, creyéndome que avanzaba hacia una madurez próxima, por el compañerismo de Steerforth, las confidencias de su madre o la conversación de miss Dartle en presencia de aquel hombre respetable, me sentía, como nuestros pequeños poetas cantan, «un chiquillo de nuevo».

Littimer nos proporcionó caballos, y Steerforth, que sabía de todo, me dio lecciones de equitación.

Nos proporcionó floretes, y Steerforth empezó a enseñarme a manejarlos. Después nos trajo guantes de boxeo, y también Steerforth fue mi maestro. No me importaba nada que Steerforth me encontrase novato en aquellas ciencias; pero no podía soportar mi falta de habilidad delante del respetable Littimer. No tenía ninguna razón para creer que él entendiese de aquellas artes; nunca me había dejado sospechar nada semejante, ni con el menor guiño de sus respetables párpados; sin embargo, cuando estaba con nosotros mientras practicábamos, yo me sentía el más torpe e inexperto de los mortales. Si me refiero tan particularmente a este hombre es porque entonces me produjo un efecto muy extraño, y además por lo que sucederá después.

La semana transcurrió de la manera más deliciosa. Pasó tan rápidamente como puede suponerse, dado lo entusiasmado que yo estaba. Además, tuve muchas ocasiones de conocer mejor a Steerforth y de admirarle en todos sus aspectos; tanto es así, que al final me parecía que estaba con él desde hacía mucho tiempo. Me trataba de un modo cariñoso, como si fuera un juguete, y a mí me parecía que era el modo más agradable que podía haber adoptado; así me recordaba nuestra antigua amistad, y parecía la continuación natural de ella; no le encontraba nada cambiado y estaba libre de todas las incomodidades que hubiera sentido comparando mis méritos con los suyos y midiendo mis derechos sobre su amistad bajo un nivel de igualdad; pero sobre todo era conmigo natural, confiado y afectuoso como no lo era con nadie. Igual que en el colegio, me trataba de muy distinta manera que a todos los demás, y yo creía que estaba más cerca de su corazón que ningún otro.

Por fin se decidió a venir conmigo al campo y llegó el día de nuestra partida. Al principio dudó mucho si llevarse a Littimer o no; pero prefirió dejarlo. La respetable criatura, satisfecha con lo que decidieran, arregló nuestros portamantas en el cochecito que debía conducirnos a Londres como si tuviera que desafiar el choque de muchas generaciones, y recibió mi modesta gratificación con perfecta indiferencia.

Nos despedimos de mistress Steerforth y de miss Dartle con mucho agradecimiento por mi parte y mucha bondad por la de la apasionada madre. Y la última cosa que vi fue los ojos imperturbables de Littimer contemplándome, según me pareció, con la silenciosa convicción de que yo era verdaderamente demasiado joven.

Lo que sentí volviendo bajo aquellos auspicios favorables a los antiguos sitios familiares no trataré de describirlo. Nos dirigimos al Hotel de Postas. Yo estaba tan preocupado, lo recuerdo, por el honor de Yarmouth, que cuando Steerforth dijo, mientras atravesábamos sus calles húmedas y sombrías, que, por lo que podía ver, era un bonito rincón, un poco alejado, pero curioso, me sentí muy complacido. Nos fuimos a la cama nada más llegar (observé un par de zapatos y de polainas ante la puerta de mi antiguo amigo el Dolphin cuando pasé por el corredor). A la mañana siguiente me levanté tarde. Steerforth se hallaba muy animado; había estado en la playa antes de que yo me despertase y había conocido, según me dijo, a la mitad de los pescadores del lugar. Hasta me aseguró que había visto a lo lejos la casa de míster Peggotty con el humo saliendo por la chimenea, y me contó que había estado a punto de presentarse como si fuera yo, desconocido a causa de lo que había crecido.

—¿Cuándo piensas presentarme, Florecilla? —me dijo—. Estoy a tu disposición, y puedes arreglarlo como quieras.

—Pues pensaba que esta noche sería un buen momento, Steerforth, cuando

estén ya todos alrededor del fuego. Me gustaría que los vieras entonces, ¡es tan curioso!

—Así sea —replicó Steerforth—; esta noche.

—No les avisaremos, ¿sabes? —dije encantado—, y los cogemos por sorpresa.

—¡Oh!, naturalmente —repuso Steerforth—; si no los cogemos por sorpresa no tiene gracia. Hay que ver a los indígenas en su estado natural.

—Sin embargo, es «esa» clase de gente que mencionabas el otro día.

—¡Ah! ¿Recuerdas mis escaramuzas con Rosa? —exclamó con una rápida mirada—. No puedo sufrir a esa muchacha; casi me asusta; me parece un vampiro. Pero no pensemos en ella. ¿Qué vas a hacer tú ahora? Supongo que irás a ver a tu niñera.

—Sí; claro está —dije—; debo ver a Peggotty lo primero de todo.

—Bien —replicó Steerforth mirando su reloj—; te dejo dos horas libres para llorar con ella. ¿Te parece bastante?

Le contesté riendo que, en efecto, creía que tendríamos bastante; pero que él tenía que venir también, para darse cuenta de que su fama le había precedido y de que era allí un personaje casi tan importante como yo.

—Iré donde tú quieras —dijo Steerforth— y haré lo que se te antoje. Dame la dirección y dentro de dos horas me presentaré en el estado que más te agrade, sentimental o cómico.

Le di los datos más minuciosos para encontrar la casa de Barkis, cochero de Bloonderstone, etc., y a salí yo solo. Hacía un aire penetrante y vivo; el suelo estaba seco; el mar, crispado y claro; el sol difundía raudales de luz, ya que no de calor; y todo parecía nuevo y lleno de vida. Yo mismo me sentía tan nuevo y lleno de vida en la alegría de encontrarme allí, que hubiese parado a los transeúntes para darles la mano.

Las calles me parecían estrechas, como es natural. Las calles que sólo se han visto en la infancia siempre lo parecen cuando se vuelve después a ellas. Pero no había olvidado nada, y me pareció que ninguna cosa había cambiado hasta que llegué a la tienda de míster Omer. Allí donde antes se leía «Omer» ponía ahora «Omer y Joram»; pero la inscripción de «Lutos, sastre, funerales, etc.» continuaba lo mismo.

Mis pasos se dirigieron tan naturalmente hacia la tienda después de haber leído aquellas palabras, que crucé las calles y entré. En la planta baja había una mujer muy guapa haciendo saltar a un niño chiquito en sus brazos, mientras otra diminuta criatura la agarraba del delantal. No me costó trabajo

reconocer en ellos a Minnie y a sus hijos. La puerta de cristales del interior no estaba abierta; pero en el taller del otro lado del patio se oía débilmente resonar el antiguo martilleo, como si nunca hubiera cesado.

—¿Está en casa míster Omer? —dije—. Desearía verle un momento.

—Sí señor, está en casa —dijo Minnie—; con este tiempo y su asma no puede salir. Joe, llama a tu abuelo.

La pequeña personita que le tenía agarrada por el delantal lanzó tal grito, que su sonido le asustó a él mismo y escondió la cabeza entre las faldas de su madre.

Al momento oí que se acercaba alguien resoplando con ruido, y pronto míster Omer, con la respiración más corta que nunca, pero apenas envejecido, apareció ante mí.

—Servidor de usted —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

—Estrechándome la mano, míster Omer, si usted gusta —dije tendiéndole la mía—. Fue usted muy bondadoso conmigo en cierta ocasión, y me temo mucho que entonces no le demostré que lo pensaba.

—¿De verdad? —replicó el anciano—. Me alegro de saberlo; pero no puedo recordar... ¿Está seguro de que era yo?

—Completamente.

—Se conoce que mi memoria se ha vuelto tan corta como mi aliento —dijo míster Omer, mirándome y sacudiendo la cabeza—; por más que le miro no le recuerdo.

—¿No se acuerda usted de que vino a buscarme a la diligencia y me dio de desayunar en su casa, y después fuimos juntos a Bloonderstone, usted, yo, mistress Joram y míster Joram, que entonces no eran matrimonio?

—¿Cómo? ¡Dios me perdone! —exclamó míster Omer después de sufrir a causa de la sorpresa un golpe de tos—. ¡No me lo diga usted! Minnie, querida mía, ¿lo recuerdas? Sí, querida mía; se trataba de una señora...

—Mi madre —dije.

—Cier-ta-men-te —dijo míster Omer tocando mi chaqueta con su dedo—, y también había una criaturita; eran dos a la vez, y el pequeño tenía que ir en el mismo féretro que la madre. ¡Y era en Bloonderstone, naturalmente, Dios mío! ¿Y cómo está usted desde entonces?

—Muy bien, gracias —le dije—, y espero que usted también lo esté.

—¡Oh!, no puedo quejarme —dijo míster Omer—. La respiración la tengo cada vez más corta; pero eso es culpa de la edad. La tomo como viene y hago

lo que puedo. Es lo mejor que se puede hacer ¿No le parece?

Míster Omer tosió de nuevo a consecuencia de la risa y fue asistido por su hija, que estaba a nuestro lado haciendo saltar al niño más pequeño sobre el mostrador.

—¡Dios mío! —dijo míster Omer—. Sí; ahora estoy seguro, dos personas. Pues en aquel mismo viaje, ¿querrá usted creerlo?, se fijó la fecha de la boda de Minnie con Joram. «Fije usted el día», decía Joram. «Sí, padre; fíjelo», decía Minnie. Y ahora somos socios, mire; y aquí tiene usted al más pequeño.

Minnie rió, atusándose los cabellos sobre las sienes, mientras su padre ponía uno de sus gruesos dedos en la manita del nene, que saltaba en el mostrador.

—Eran dos, naturalmente —insistió Omer, recordando—. ¡Precisamente! Pues Joram en este momento está trabajando en uno gris con clavos de plata, que será como dos pulgadas más corto que éste —dijo señalando al niño que saltaba—. ¿Quiere usted tomar algo?

Di las gracias, diciendo que no.

—Oiga usted —dijo míster Omer—. La mujer del carretero Barkis (que es hermana del pescador Peggotty) ¿tenía algo que ver con su familia? Estaba sirviendo allí, estoy seguro.

Mi contestación afirmativa le puso muy contento.

—Creo que pronto tendré la respiración más larga, puesto que también estoy recobrando la memoria—dijo míster Omer—. ¡Bien, señor! Pues aquí tenemos a una muchacha, parienta de Peggotty, ¡y que tiene una elegancia y un gusto para los trajes! Estoy seguro de que ni una duquesa en toda Inglaterra le pondría peros.

—¿No será la pequeña Emily? —dije involuntariamente.

—Emily es su nombre —dijo míster Omer—, y, en efecto, es chiquita; pero, créame usted, tiene una cara tan linda, que la mitad de las mujeres de la ciudad están locas de envidia.

—¡Qué tontería, padre! —exclamó Minnie.

—Querida mía, no digo que ese sea tu caso —dijo guiñándome—; lo que digo es que la mitad de las mujeres de Yarmouth, ¡ya lo creo, y en cinco millas a la redonda!, están locas de envidia.

—Si se hubiera quedado tranquila en donde le corresponde —dijo Minnie— no les habría dado motivos de hablar y no hubiese podido hacerlo.

—¿Qué no habría podido hacer, querida mía? —replicó míster Omer—.

¡No poder hacerlo! ¿Es ese tu conocimiento de la vida? Como si existiese alguna mujer que no pudiese hacer algo, sobre todo tratándose de otra mujer guapa.

Realmente, creí que todo había terminado, pues míster Omer, después de aquella broma, tosía de tal manera y tardaba tanto en recobrar el aliento, que esperaba verle de un momento a otro desaparecer detrás del mostrador y que sus pantalones negros con los lacitos desteñidos en las rodillas se agitaran por última vez. Al fin, sin embargo, se puso mejor, aunque todavía respiraba con tal dificultad y estaba tan agotado, que se vio obligado a sentarse en una banqueta detrás del mostrador.

—¿Ve usted? —dijo enjugándose la frente y respirando con dificultad—. Emily no ha querido hacer muchas amistades, no se ha molestado por conocer gente, ni tener amigas, todavía menos novios. En consecuencia, la critican y dicen que Emily desea hacerse una señora. Ahora mi opinión es que si corren estos rumores es porque ella, cuando era pequeña, dijo muchas veces en la escuela que si fuera una señora haría tal y cual cosa por su tío, ¿sabe usted?, y que le compraría tantas cosas bonitas.

—Le aseguro, míster Omer, que a mí también me lo dijo cuando los dos éramos niños —contesté prontamente.

Míster Omer volvió la cabeza y sacudió la barbilla.

—Precisamente. Además, ella con cualquier cosa se viste mejor que otras con mucho dinero; y eso no gusta. En realidad, puede llamársela caprichosa; hasta puede llegarse a decir que lo es —dijo míster Omer—, y que ella misma no sabe lo que quiere, y nunca está tranquila. Pero nada más se puede decir de ella, ¿no es verdad, Minnie?

—No, padre —dijo mistress Joram—; eso es todo.

—Así, cuando encontró una colocación —continuó míster Omer— para acompañar a una señora anciana y difícil, no congeniaron y no pasó de ahí. Por último ha venido a esta casa de aprendiz, pronto hará ya tres años, y es la mejor chica que se puede encontrar. Trabaja como seis. Minnie, ¿no hace ahora ella el trabajo de seis obreras?

—Sí, padre —contestó Minnie—; que no se diga que no le hago justicia.

—Muy bien —dijo míster Omer—; así debe ser. Y así, caballero —añadió después de unos momentos de acariciarse la barbilla—, para que no me considere usted tan charlatán como corto de aliento, creo que es todo lo que le puedo decir.

Como al hablar de Emily bajaban la voz, supuse que estaba cerca, y al preguntarlo, míster Omer me indicó que sí, y me señaló hacia la puerta



interior. Me apresuré a preguntar si podía mirar y, al darme su permiso, miré a través de los cristales y la vi sentada trabajando; la vi; y era la más preciosa criatura del mundo: pequeñita, con sus grandes ojos azules, que habían penetrado en mi infantil corazón; estaba riéndose vuelta hacia otro niño de Minnie, que jugaba a su lado, y había tal decisión en su rostro brillante, mezclada con mucho de su antigua expresión caprichosa, que me pareció justificado todo lo que había oído. Pero no había nada en su belleza, estoy seguro, que pudiera hacer esperar otra cosa que bondad y felicidad y una vida tranquila y dichosa.

El martilleo del patio parecía como si no hubiese cesado nunca, y resonaba débilmente durante todo el tiempo.

—¿Quiere usted entrar a hablarle? —dijo míster Omer—. Hágalo como si estuviera en su casa.

Era demasiado tímido para hacerlo. Me asustaba que ella se azorase, y no me asustaba menos mi propio azoramiento; pero me enteré de la hora a la que salía por la noche, con objeto de hacer nuestra visita a tiempo; y despidiéndome de míster Omer, de su linda hija y de los dos nenes, me fui en busca de mi querida y vieja Peggotty.

Allí estaba, en su cocinita, haciendo el almuerzo. En cuanto llamé a la puerta, me abrió y me preguntó qué deseaba. La miré con una sonrisa; pero ella no me correspondió. No habíamos dejado nunca de escribirnos; pero hacía siete años que no nos veíamos.

—¿Está míster Barkis en casa, señora? —dije fingiendo una voz ronca.

—Sí, señor; está en casa —contestó Peggotty—; pero está en cama con su reuma.

—¿Ahora ya no va a Bloonderstone? —pregunté.

—Cuando se ponga bueno, sí señor —me contestó.

—¿Y usted no va nunca allí, mistress Barkis?

Me miró más atentamente y observé un rápido movimiento de sus manos, como para juntarse.

—Porque tenía que hacerle algunas preguntas sobre una casa de allí, que se llamaba... ¿Cómo era?... La Rookery —dije.

Peggotty dio un paso atrás y extendió las manos, asustada, como rechazándome.

—¡Peggotty! —grité.

Y ella exclamó:

—¡Mi niño, mi niño querido!

Y ambos nos deshicimos en lágrimas uno en brazos del otro.

Las extravagancias que hizo llorando y riendo abrazada a mí; lo orgullosa que estaba, lo contenta; lo triste de que aquella de quien podía ser el orgullo y la alegría no estuviera ni pudiera abrazarme, no tengo corazón para contarlo. Estaba tan conmovido, que no me equivoque al creer que me mostré muy niño correspondiendo a todas sus emociones. Nunca he reído y llorado en toda mi vida, puedo decirlo, ni aun con ella, más francamente que aquella mañana.

—¡Barkis se va a poner más contento! —dijo Peggotty enjugándose los ojos con el delantal; esto va a sentarle mejor que todas sus cataplasmas y sus fricciones. ¿Puedo ir a decirle que estás aquí? Y subirás a verle, querido mío.

—Naturalmente.

Pero Peggotty no podía salir de la habitación, pues cada vez que se acercaba a la puerta se volvía a mirarme y volvía de nuevo sobre sus pasos para llorar y reír sobre mi hombro. Por último, para hacérselo más fácil, salí con ella y la esperé un momento mientras preparaba un poco a Barkis para mi visita.

Barkis me recibió con verdadero entusiasmo. Como estaba demasiado reumático para estrecharme la mano, me rogó que sacudiera la borla de su gorro de dormir, lo que hice cordialmente. Cuando estuve sentado al lado de su cama me dijo que le parecía que todavía me estaba llevando por la carretera de Bloonderstone y que aquello le hacía mucho bien. Como estaba en la cama tapado hasta el cuello, sólo se le veía la cabeza, como a los querubines, y hacía un efecto muy grotesco.

—¿Qué nombre había escrito yo en el carro, señorito? —me dijo Barkis con una lenta sonrisa de reumático.

—¡Ah, Barkis; qué largas conversaciones tuvimos sobre el asunto!, ¿eh?

—Hacía mucho tiempo que «yo estaba dispuesto», ¿verdad, señorito? —dijo Barkis.

—Muchísimo tiempo —dije yo.

—Y no me arrepiento. ¿Recuerda usted cuando me contó una vez que era ella quien hacía todos los puddings de manzana y toda la cocina?

—Sí, muy bien —respondí.

—Era verdad —dijo Barkis— era verdad —repitió sacudiendo su gorro de dormir, que era su único medio de expresión—. Nada tan verdadero como aquello.

Barkis se volvió a mirarme, esperando que asintiera en sus reflexiones. Yo así lo hice.

—Nada más exacto —repitió Barkis—. Un hombre tan pobre como yo lo soy se da cuenta de ello cuando está enfermo. Porque yo soy un hombre muy pobre.

—Lo siento mucho, Barkis.

—Muy, muy pobre —dijo Barkis.

Al llegar a aquel punto sacó despacio y débilmente su mano derecha de debajo de las sábanas, y al cabo de muchos esfuerzos consiguió coger un bastón que estaba enganchado a la cabecera. Después de dar algunos golpes con él, durante los cuales su rostro asumió las más variadas expresiones de terror, Barkis alcanzó una caja, un extremo de la cual había estado yo viendo todo el tiempo. Entonces su rostro se tranquilizó.

—Son trajes viejos —dijo Barkis.

—¡Ah! —dije yo.

—Me gustaría que fuese dinero —dije Barkis.

—Yo también lo desearía —le contesté.

—Pues no lo es —dijo Barkis abriendo los ojos todo lo que podía.

Le contesté que estaba convencido, y Barkis, volviendo los ojos con mayor dulzura hacia su mujer, añadió:

—Es la mujer más buena y más trabajadora que existe, C. P. Barkis. Todo lo que pueda decirse en elogio de C. P. Barkis lo merece, y más. Querida mía, hoy vas a hacer comida para la compañía, algo muy bueno, tanto para comer como para beber, ¿no te parece?

Yo habría querido protestar contra aquella innecesaria demostración en mi honor; pero viendo a Peggotty al otro lado de la cama, muy deseosa de que aceptase, guardé silencio.

—Debo de tener algún dinero por aquí en mi ropa —dijo Barkis—; pero estoy cansado. Si me dejarais dormir un rato, creo que al despertarme lo encontraría.

Salimos de la habitación, y cuando estuvimos fuera, Peggotty me informó de que Barkis era ahora un poco más «agarrado» que nunca, y que siempre se valía de aquella estratagema cuando quería sacar algo de su cofre, y que sufría torturas inconcebibles para arrastrarse fuera del lecho y buscar dinero en aquella maldita caja. En efecto; pronto le oímos lanzar gemidos ahogados, pues aquellos movimientos hacían crujir todas sus articulaciones doloridas;

pero Peggotty, a pesar de sus miradas, que expresaban la mayor compasión, me aseguró que aquel impulso de generosidad le haría mucho bien, y que valía más dejarle.

Le dejamos, por lo tanto, gemir solo hasta que volvió a meterse en la cama, sufriendo, estoy seguro, un martirio. Entonces nos llamó, fingiendo que abría los ojos después de un buen sueño, y dio a Peggotty una guinea, que sacó de debajo de la almohada. La satisfacción de habernos engañado y de guardar un secreto impenetrable sobre el contenido de su cofre parecía ser a sus ojos una compensación suficiente para todas sus torturas.

Preparé a Peggotty para la llegada de Steerforth, que apareció pronto. Estoy persuadido de que no había diferencia para ella, y consideraba las cosas que había hecho Steerforth por mí como si las hubiera hecho por ella misma, y estaba dispuesta a recibirle con gratitud y devoción; pero sus alegres modales, tan francos, su buen humor, su hermoso rostro y el don natural que poseía para ponerse al alcance de todos aquellos a quienes encontraba y para tocar precisamente (cuando quería molestarle en ello) la cuerda sensible de cada uno, todo esto conquistó a Peggotty en un momento. Además, su modo de tratarme a mí habría sido suficiente para subyugarla. Así, gracias a todas estas razones combinadas, creo que en realidad sentía una especie de adoración por él cuando salimos de su casa aquella noche.

Se quedó a comer con nosotros. Si dijera que consintió con gusto sólo expresaría a medias la gracia y la alegría que puso al aceptar. Cuando entró en la habitación de Barkis parecía que con él entraba el aire y la voz luminosa y refrescante, como si él fuera la salud y el buen tiempo. Sin esfuerzo, sin ruido, espontáneamente, ponía en todo lo que hacía una nota de bienestar que no puede describirse; parecía que no podía hacerlo de otra manera ni mejor, y la gracia, el natural encanto de sus movimientos, todavía me seducen hoy al recordarlo.

Reímos de todo corazón en la salita, donde encontré sobre el antiguo pupitre el libro de Los mártires, el cual no se había tocado desde mi partida. Hojeé de nuevo sus estampas tan terribles y que ahora no me impresionaban nada. Cuando Peggotty habló de mi habitación, diciéndome que estaba preparada y que esperaba que la ocupase, antes de que hubiera podido lanzar una mirada de duda sobre Steerforth ya había él comprendido de lo que se trataba.

—Naturalmente —dijo—; tú dormirás aquí todo el tiempo que estemos, y yo dormiré en el hotel.

—Pero traerte tan lejos —contesté— para separarnos me parece de malos compañeros, Steerforth.

—¡Por Dios!, ¿no es éste tu sitio natural? ¿Qué significan todos los «parece» en comparación con esto?

Y quedamos en ello al momento.

Mantuvo todas sus deliciosas cualidades hasta el último momento, cuando a las ocho nos fuimos hacia el barco de míster Peggotty. Y conforme pasaban las horas estaba más y más brillante en sus facultades.

Ya entonces pensaba yo, ahora no lo dudo, que la conciencia de su éxito y su afán de agradar le inspiraban cada vez mayor delicadeza de percepción y le hacían cada vez más sutil y natural. Si alguien me hubiese dicho entonces que todo aquello era un brillante juego ejecutado en la excitación del momento para distraer su espíritu en un deseo de probar su superioridad y con objeto de conquistar por un momento lo que al siguiente abandonaría; digo que si alguien me hubiese dicho semejante mentira aquella noche, no sé lo que habría sido capaz de hacerle en mi indignación.

Aunque probablemente no habría hecho más que acrecentar (si es que era posible) el romántico sentimiento de fidelidad y amistad con que caminaba a su lado, sobre la oscura soledad de la playa, hacia el viejo barco. El viento gemía a nuestro alrededor todavía más lúgubre que la noche en que me asomé por primera vez a la negrura de la puerta de míster Peggotty.

—Es un sitio agradable y salvaje, Steerforth, ¿no te parece?

—Bastante desolado en la oscuridad, y el mar ruge como si quisiera tragarnos. ¿Es aquel el barco, allá lejos, donde se ve una lucecita?

—Ese es —le dije.

—Pues es el mismo que he visto esta mañana —contestó—. He venido derecho a él por instinto, supongo.

No hablamos más, pues nos acercábamos a la luz. Yo busqué suavemente la puerta, y poniendo la mano en el picaporte y diciéndole a Steerforth que permaneciera a mi lado, entré.

Habíamos oído murmullo de voces desde fuera, y en el momento de nuestra llegada palmoteaban.

Quedé muy sorprendido al ver que esto último procedía de la generalmente desconsolada mistress Gudmige. Pero no era mistress Gudmige la única persona que estaba en aquella desacostumbrada excitación. Míster Peggotty, con el rostro iluminado de alegría y riendo con todas sus fuerzas, tenía abiertos los brazos como para que la pequeña Emily se arrojara en ellos; Ham, con una expresión exultante de alegría y con una especie de timidez que le sentaba muy bien, tenía cogida a Emily de la mano, como si se la presentara a míster Peggotty, y Emily, roja y confusa, pero encantada de la alegría de su tío, como

lo expresaban sus ojos, iba a escapar de manos de Ham para refugiarse en los brazos de míster Peggotty, cuando nos vio y se detuvo. Éste era el cuadro que sorprendimos al pasar del aire frío y húmedo de la noche a la cálida atmósfera de la habitación, y mi primera mirada recayó sobre mistress Gudmige, que estaba en segundo plano palmoteando como una loca.

El cuadro desapareció como un relámpago a nuestra entrada, tanto que se podía dudar de que hubiera existido nunca.

Ya estaba yo en medio de la familia sorprendida, cara a cara con míster Peggotty y tendiéndole la mano, cuando Ham exclamó:

—¡Es el señorito Davy, es el señorito Davy!

En un instante todos nos estrechamos las manos y nos preguntamos por la salud, expresándonos lo contentos que estábamos de vernos y hablando todos a la vez. Míster Peggotty estaba tan orgulloso y tan contento de vernos, que no sabía lo que decía ni hacía; pero una y otra vez me estrechaba la mano a mí, después a Steerforth, después otra vez a mí, después se enmarañaba los cabellos y reía con tanta alegría, que daba gusto mirarle.

—¡Cómo! Dos caballeros, estos dos caballeros están bajo mi techo esta noche, precisamente esta noche, la más feliz de todas las de mi vida —dijo míster Peggotty—. Una cosa semejante no creo que haya sucedido nunca. Emily querida, ven aquí, ven aquí, brujita. Éste es el amigo del señorito Davy, querida; éste es el caballero de quien has oído hablar, Emily. Viene a verte desde muy lejos con el señorito Davy, en la noche más dichosa de la vida de tu tío. Suceda lo que suceda, ¡viva el día de hoy!

Después de soltar esta arenga sin tomar aliento y con extraordinaria animación, míster Peggotty puso sus enormes manos a cada lado del rostro de su sobrina y la besó una docena de veces; después, con orgullo y cariño, apoyó la cabecita sobre su fuerte pecho y le acarició los cabellos con dulzura de mujer. Por fin la dejó escapar (ella corrió a la habitacioncita donde yo solía dormir), y mirándonos a todos sofocado en su exagerada alegría:

—Sí, ¡dos caballeros como ustedes, caballeros de nacimiento y semejantes caballeros! —dijo míster Peggotty...

—Eso es, eso es —exclamó Ham—; bien dicho. Eso es, señorito Davy, ¡dos caballeros de nacimiento, eso es!

—Sí; dos caballeros como ustedes, dos verdaderos caballeros —repitió míster Peggotty—, si no pueden excusarme por estar en este estado de ánimo, cuando se enteren de los motivos me perdonarán.

Emily, mi querida Emily sabe lo que voy a decir, y por eso se ha escapado. ¿Quiere usted ser tan buena, mistress Gudmige, de ir a buscarla un momento?

Mistress Gudmige asintió con la cabeza y desapareció.

—Si ésta no es —dijo míster Peggotty sentándose entre nosotros delante del fuego— la noche más hermosa de mi vida soy un cangrejo, y hasta cocido. Esta pequeña Emily, señorito —dijo a Steerforth bajando la voz—, la que ha visto usted aquí toda confusa hace un momento...

Steerforth solamente hizo un signo con la cabeza, pero con una expresión tan complacida y de interés, participando en los sentimientos de míster Peggotty, que este último le contestó como si hubiera hablado.

—Eso es, así es ella; gracias, señorito.

—Ham hizo gestos en varias ocasiones como si él también quisiera decir lo mismo.

—Esta pequeña Emily nuestra —repitió míster Peggotty— ha sido en esta casa lo que yo supongo (soy un hombre ignorante, pero este es mi parecer), lo que nadie más que una criatura así, de ojos claros, puede ser en una casa. No es mi hija, nunca he tenido hijos; pero no la podría querer más si lo fuera. ¿Me comprende usted? No sería posible.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Steerforth.

—Lo sé, señorito —repuso míster Peggotty—, y le doy las gracias de nuevo. El señorito Davy que puede recordar lo que era Emily, y usted puede juzgar por sí mismo lo que es ahora—, pero ninguno de los dos pueden saber por completo lo que ha sido, es y será para un cariño como el mío. Soy rudo, señor —dijo míster Peggotty—, soy rudo como un puercoespín; pero nadie (de no ser una mujer) puede comprender lo que nuestra pequeña Emily es para mí. Y, entre nosotros —dijo bajando todavía más la voz—, el nombre de esa mujer no sería el de mistress Gudmige, aunque tiene un montón de cualidades.

Míster Peggotty se enmarañó de nuevo sus cabellos con las dos manos, como preparándose a lo que todavía tenía que decir, y luego, apoyando cada una en una de sus rodillas, prosiguió:

—Había cierta persona que conocía a nuestra Emily desde el tiempo en que su padre murió ahogado y que la estaba viendo constantemente, de niña, de muchacha, de mujer. No de muy buen ver, algo en mi estilo, rudo, muy marinero, pero un completo y honrado muchacho, que tiene el corazón en su sitio.

Pensé que nunca había visto a Ham enseñar los dientes como lo hacía en aquel momento, sonriendo en silencio frente a nosotros.

—Y he aquí que ese bendito marinero va y pierde su corazón por nuestra pequeña Emily —dijo míster Peggotty con el rostro cada vez más resplandeciente—. La sigue por todas partes, se hace una especie de criado

suyo, pierde exageradamente el apetito y, por último, me explica lo que le pasa. Ahora bien; yo ¡qué más podía desear que ver a nuestra Emily en buen camino de casarse! ¡Qué más podía desear que verla prometida a un hombre honrado que pudiera tener el derecho de defenderla! Yo no sé el tiempo que me queda por vivir, ni si tendré que morir pronto; pero sé que si una de estas noches me cogiera un golpe de viento en los bancos de arena de Yarmouth y viera por última vez las luces del pueblo por encima de las olas, me dejaría ir más tranquilo si podía decirme: «Allí en tierra firme hay un hombre que será fiel a mi pequeña Emily, que Dios bendiga, y con él nada tiene que temer de nadie mientras viva».

Míster Peggotty, con sencilla gravedad, movía su brazo derecho como si dijera adiós a las luces de la ciudad por última vez, y después, cambiando una seña con Ham, cuya mirada había encontrado, prosiguió:

—Bien. Yo le aconsejé que hablara con Emily. Es lo bastante grande, pero tan tímido como un niño, y no se atrevía. Así es que hablé yo. «¡Cómo! ¿Él? —exclamó Emily—. ¿Él, a quien conozco desde hace tantos años y a quien quiero como a un hermano? ¡Oh, tío, nunca podré casarme con él; es tan buen muchacho!» Yo le di un beso, y nada más le dije: «Querida mía, haces muy bien hablando claro, y puedes elegir por ti misma; eres libre como un pajarillo». Y busqué al chico y le dije: «Yo deseaba haberlo conseguido, pero no ha sido así; sin embargo, podéis seguir viviendo como hasta ahora, y nada más te digo que sigas con ella como siempre y te portes como un hombre». Él me contestó estrechándome la mano: «Lo haré», y ha sido honrado y fuerte desde hace ya dos años, y ha seguido siendo el mismo de siempre para todos.

El rostro de míster Peggotty había variado de expresión según los períodos de su narración; ahora los resumía todos, radiante, dejando caer una mano sobre mi rodilla y otra sobre la de Steerforth (después de haberlas humedecido y restregado para mayor énfasis de la acción); y repartiendo después la siguiente arenga entre los dos, continuó:

—Y de pronto una noche (que muy bien puede ser ésta) llega la pequeña Emily de su trabajo y él con ella. No tiene nada de particular me dirán, ¡claro que no!, porque él cuida de ella como un hermano, de noche y también de día, a todas horas. Pero el marinero la coge de la mano al llegar y me grita alegremente: «¡Mira, aquí tienes a la que va a ser mi mujercita!», y ella dice medio atrevida, medio avergonzada y medio riendo y medio llorando: «Sí, tío, si te parece bien». ¿Si me parece bien? —dice míster Peggotty alzando la cabeza en éxtasis ante la idea—. ¡Dios mío, si no deseaba otra cosa! «Si le parece bien, ahora soy ya más razonable y lo he pensado, y seré todo lo mejor que pueda para él, porque es un muchacho bueno y generoso.» Entonces mistress Gudmige se ha puesto a palmotear igual que en el teatro, y ustedes han entrado; y eso es todo, ya lo saben ustedes —dijo míster Peggotty—.



Ustedes han entrado, y esto acaba de suceder ahora mismo, y aquí está el hombre con quien se ha de casar en cuanto termine su aprendizaje.

Ham se bamboleó bajo el puñetazo que míster Peggotty le asestó, en su alegría, como signo de confianza y de amistad; pero sintiéndose obligado a decirnos también algo, he aquí lo que se puso a balbucir con mucho trabajo:

—No era ella mucho más grande que usted cuando vino aquí por primera vez, señorito Davy... , cuando ya adivinaba yo lo que llegaría a ser... La he visto crecer... como una flor, señores. Daría mi vida por ella... ¡Oh, estoy tan contento, tan contento, señorito Davy! Ella es para mí, caballeros, más que... ; es para mí todo lo que deseo y más que... más que podría decir nunca. Yo... , yo la quiero de verdad. No hay caballero sobre la tierra, ni tampoco en el mar... que pueda querer a su mujer más de lo que yo la quiero. Aunque habrá muchos hombres como yo... que dirían mejor... lo que desearan decir.

Yo estaba conmovido al ver a un hombretón como Ham temblando de la fuerza de lo que sentía por la preciosa criaturilla que le había ganado el corazón. Me conmovía la sencillez y la confianza depositada en nosotros por míster Peggotty y por el mismo Ham. Me conmovía todo el relato. Si en mi emoción influían los recuerdos de mi infancia, no lo sé. Si había ido allí con alguna vaga idea de seguir amando a la pequeña Emily, no lo sé. Pero sé que estaba contento por todo aquello. Al principio era como una indescriptible sensación de alegría, que la menor cosa habría podido cambiar en sufrimiento.

Por lo tanto, si hubiera dependido de mí el tocar con acierto la cuerda que vibraba en todos los corazones, lo habría hecho de una manera bien pobre. Pero dependió de Steerforth, y él lo hizo con tal acierto, que en pocos minutos todos estábamos tan tranquilos y todo lo felices que era posible.

—Míster Peggotty —dijo—, es usted un hombre excelente y merece toda la felicidad de esta noche. ¡Venga su mano! Ham, muchacho, te felicito; ¡venga también tu mano! Florecilla, anima el fuego y hazlo brillar como merece el día. Míster Peggotty, si no decide usted a su linda sobrina a que vuelva a su sitio, me voy. No querría causar ni por todo el oro de las Indias un vacío en su reunión de esta noche, y ese vacío menos que ningún otro.

Míster Peggotty fue a mi antigua habitación a buscar a la pequeña Emily. Al principio no quería venir, y Ham desapareció para ayudarle. Por fin la trajeron. Estaba muy confusa y muy retraída; pero se repuso un poco al darse cuenta de los modales dulces y respetuosos de Steerforth hacia ella, del acierto con que evitó todo aquello que podía azorarle, la animación con que hablaba míster Peggotty de barcos, de marejadas, de buques y de pesca. Su manera de referirse a mí en la época en que había visto a míster Peggotty en Salem House; el placer que sentía al ver el barco y su carga; en fin, la gracia y la naturalidad con las cuales nos atrajo a todos por grados en un círculo

encantado, donde hablábamos sin confusión y sin reserva.

Verdaderamente Emily dijo poco en toda la noche; pero miraba y escuchaba, y su rostro se había animado, y estaba encantadora. Steerforth contó la historia de un terrible naufragio (que se le vino a la memoria por su conversación con míster Peggotty) como si lo tuviera presente ante sí, y los ojos de la pequeña Emily estaban fijos en él todo el tiempo como si ella también lo viera. Después, como para reponernos de aquello, y con tanta alegría como si la narración fuera tan nueva para él como para nosotros, nos contó una aventura cómica que le había ocurrido; y la pequeña Emily reía, hasta que el barco resonó con aquellos musicales sonidos y todos nosotros reímos (Steerforth también), en irresistible simpatía, con una alegría tan franca y tan ingenua. Míster Peggotty cantó, mejor dicho, rugió, «Cuando el viento de tormenta sopla, sopla, sopla», y Steerforth mismo entonó después también una canción de marineros con tanta emoción, que parecía que el verdadero viento gemía alrededor de la casa y murmuraba a través del silencio que estaba allí escuchando.

En cuanto a mistress Gudmige, Steerforth la arrancó de la melancolía con un éxito nunca obtenido por nadie (según me informó míster Peggotty) desde la muerte del «viejo». Le dejó tan poco tiempo para pensar en sus miserias, que al día siguiente dijo que la debía de haber embrujado.

Pero no vaya a creerse que guardó el monopolio de la atención general y de la conversación. Cuando la pequeña Emily recobró valor y me habló (todavía algo avergonzada), a través del fuego, de nuestros antiguos paseos por la playa, cogiendo conchas y caracoles; y cuando le pregunté si recordaba cómo la quería yo y, cuando ambos, riendo, enrojecimos recordando los buenos viejos tiempos que tan lejanos nos parecían, Steerforth estaba silencioso y atento y nos observaba pensativo. Emily estuvo sentada toda la noche en nuestro antiguo cajón, en el rincón, al lado del fuego, con Ham a su lado, donde yo acostumbraba a estar. No he logrado saber si era un resto de sus caprichos de niña o el efecto de su timidez por nuestra presencia; pero observé que estuvo toda la noche arrimada a la pared, sin acercarse a él ni una sola vez.

Según recuerdo, era más de media noche cuando nos despedimos. Nos habían dado algunos dulces y pescado seco para cenar, y Steerforth había sacado de su bolsillo una botella de ginebra holandesa, que fue vaciada por los hombres (ahora puedo ponerme entre los hombres sin ruborizarme). Nos separamos alegremente, y mientras ellos se amontonaban en la puerta para alumbrar nuestro camino el mayor tiempo posible, vi los dulces ojos azules de la pequeña Emily mirándonos desde detrás de Ham y le oí que nos decía con su dulce voz: «¡Tened cuidado!».

—¡Qué chiquilla tan encantadora!; es una verdadera belleza —dijo Steerforth cogiéndome del brazo—. Es un sitio de lo más original y una gente de lo más curiosa; y las sensaciones que se tienen con ellos son completamente nuevas.

—Y además, qué suerte hemos tenido —respondí— llegando en el momento de su alegría ante la perspectiva de ese matrimonio. ¡Nunca he visto gente más maravillosa! ¡Qué delicia verlos y tomar parte en su honrada alegría, como lo hemos hecho!

—Pero el muchacho es un lerdo al lado de la chiquilla, ¿no te parece? —dijo Steerforth.

Había estado tan cordial con él y con todos ellos, que sentí como un golpe ante aquella inesperada y fría réplica. Pero volviéndome rápidamente hacia él y viendo una sonrisa en sus ojos, contesté tranquilizado:

—¡Ah, Steerforth! Es muy tuyo el bromear a costa de los pobres y pelearte con miss Dartle para ocultar tus verdaderas simpatías. Te conozco muy bien, y cuando veo lo perfectamente que los comprendes, lo exquisitamente que tomas parte en la alegría de un pobre pescador como míster Peggotty, o en el amor por mí de mi antigua niñera, sé que no hay una alegría ni una tristeza ni una sola emoción de esta gente que te deje indiferente, y te quiero y te admiro por ello, Steerforth, veinte veces más.

Él se detuvo, y mirándome a la cara dijo:

—Florezilla, creo que hablas con sinceridad y que eres bueno. ¡Ojalá todos fuéramos así!

Un momento después cantaba alegremente la canción de míster Peggotty, mientras recorríamos a buen paso el camino de Yarmouth.

## Capítulo 2

### Lugares antiguos y gente nueva

Steerforth y yo permanecemos más de quince días en el campo. Estábamos bastante tiempo reunidos (no necesito decirlo), pero a veces nos separábamos durante algunas horas. Él era muy buen marinero; en cambio yo no lo era, y cuando Steerforth se iba en el barco con míster Peggotty, lo que era su diversión favorita, yo, por lo general, permanecía en tierra. Mi residencia en casa de Peggotty también me ataba algo, pues sabiendo lo asiduamente que atendía a Barkis durante el día, no me gustaba hacerla esperarme por la noche; mientras que Steerforth, como vivía en el hotel, no tenía que consultar más

que su propio humor. Así, llegué a saber que después de que yo estuviera en la cama, armaba pequeñas cuchipandas con los pescadores y con míster Peggotty en la taberna que se llamaba «La gustosa afición» y que se vestía de marinero para pasar la noche en el mar a la luz de la luna, volviendo con la marea de la mañana. Ya sabía yo que su naturaleza activa y su carácter impetuoso encontraban mucho placer en la fatiga corporal y en las tormentas, como en todos los demás medios de excitación que podían ofrecérsele; por lo tanto, no me extrañó nada saber aquellos entretenimientos.

Había también otra razón que nos separaba algunas veces y es que a mí, como es natural, me interesaba mucho Bloonderstone y me gustaba ir a contemplar los lugares testigos de mi infancia, mientras Steerforth, después de haberme acompañado una vez, no tuvo ya ningún interés en volver; tanto es así, que tres o cuatro veces, en ocasiones que recuerdo perfectamente, nos separamos después de desayunar muy temprano para encontrarnos por la noche bastante tarde. Yo no tenía idea de cómo empleaba él aquel tiempo; únicamente sabía que era muy popular en el pueblo y que encontraba cien maneras de divertirse donde otro no habría encontrado ninguna.

Por mi parte, durante mis peregrinaciones solitarias sólo me ocupaba en recordar cada paso del camino que había seguido tantas veces y en ir reconociendo los sitios donde había vivido antes, sin cansarme nunca de volver a verlos. Erraba en medio de mis recuerdos, como mi memoria lo había hecho tan a menudo, y detenía el paso (como había detenido tantas veces mi pensamiento cuando estaba lejos de Bloonderstone) bajo el árbol en que descansaban mis padres. Aquella tumba, que yo había mirado con tanta compasión cuando mi padre dormía solo, y al lado de la cual había llorado al ver bajar a ella a mi madre con su nene; aquella tumba, que el corazón fiel de Peggotty había cuidado después con tanto cariño que la había convertido en un pequeño jardín, me atraía en mis paseos durante horas enteras. Estaba en un rincón del cementerio, a unos pasos del pequeño sendero, y yo podía leer los nombres en la piedra mientras escuchaba sonar las horas en el reloj de la iglesia, recordándome una voz que ya había callado.

Aquellos días mis reflexiones se unían siempre a cuál sería mi porvenir en el mundo y a las cosas magníficas que no dejaría de ejecutar. Era el estribillo que respondía en mi alma al eco de mis pasos, y permanecía tan constante a estos pensamientos soñadores como si hubiera venido a encontrarme en la casa a mi madre viva, para edificar a su lado mis castillos en el aire.

Nuestra antigua morada había sufrido grandes cambios. Los viejos nidos, abandonados hacía tanto tiempo por los cuervos, habían desaparecido por completo, y los árboles habían sido podados de manera que era imposible reconocer sus formas. El jardín estaba en muy mal estado y la mitad de las ventanas de la casa cerradas. La habitaba un pobre loco y la gente se

encargaba de cuidarle. El loco se pasaba la vida en la ventanita de mi habitación, que daba al cementerio, y yo me preguntaba si sus pensamientos, en su extravío, no encontrarían a veces las mismas ilusiones que había ocupado mi espíritu cuando me levantaba de madrugada en verano y vestido únicamente con mi camisón miraba por aquella ventanita para ver los corderos que pacían tranquilamente bajo los primeros rayos del sol alegre.

Nuestros antiguos vecinos míster y mistress Graypper habían partido para Sudamérica, y la lluvia, penetrando por el tejado de su casa desierta, había manchado de humedad los muros exteriores. Míster Chillip se había vuelto a casar; su mujer era alta y delgada, con la nariz aguileña, y tenían un niño muy delicado, con una enorme cabeza, cuyo peso no podía soportar, y con dos ojos opacos y fijos, que parecían siempre preguntar por qué había nacido.

Era con una singular mezcla de placer y de tristeza como vagaba por mi pueblo natal hasta el momento en que el sol de invierno, empezando a bajar, me advertía de que ya era tiempo de emprender el regreso. Pero cuando estaba de vuelta en el hotel y me encontraba en la mesa con Steerforth, al lado de un fuego ardiente, pensaba con delicia en mi paseo del día. Y este mismo sentimiento, aunque más atenuado, sentía cuando entraba por la noche en mi habitación, tan limpia, y me decía, ojeando las páginas del libro de los «cocodrilos» (siempre allí encima de una mesa), que era una felicidad tener un amigo como Steerforth, una amiga como Peggotty y haber encontrado en la persona de mi excelente y generosa tía un ser que sabía reemplazar tan bien a los que había perdido.

El camino más corto para volver a Yarmouth después de aquellos largos paseos era cruzando el río.

Desembarcaba en la arena que se extiende entre la ciudad y el mar y atravesaba un espacio deshabitado, que me ahorraba una larga vuelta por la carretera. En mi camino encontraba la casa de míster Peggotty, y siempre entraba un momento. Steerforth me esperaba, por lo general, allí y nos dirigíamos juntos a través de la niebla hacia las luces que brillaban en la ciudad. Una oscura noche, en que volvía más tarde que de costumbre (aquel día había hecho mi última visita a Bloonderstone, pues nos preparábamos para marchar) le encontré solo en casa de míster Peggotty, sentado pensativo ante el fuego. Estaba tan intensamente sumergido en sus reflexiones que no se dio cuenta de mi llegada. Esto, naturalmente, podía haber ocurrido aunque hubiera estado menos absorto, pues los pasos se oían muy poco en la arena de fuera; pero mi entrada no le distrajo. Me había acercado a él y le miraba; pero seguía sombrío y perdido en sus meditaciones.

Se estremeció de tal modo cuando puse la mano sobre su hombro, que también me hizo estremecer a mí.

—Caes sobre mí como un fantasma —me dijo con cólera.

—De alguna manera tenía que anunciarme —repliqué—. ¿Es que lo he hecho caer de las estrellas?

—No —me contestó—, no.

—¿O subir de no sé dónde entonces? —dije sentándome a su lado.

—Miraba las figuras que hacía el fuego —contestó.

—Pero me las vas a estropear, y yo no podré ver nada —le dije, pues movía vivamente el fuego con un trozo de madera encendida, y las chispas, huyendo por la pequeña chimenea, se perdían en el aire.

—No habrías visto nada —replicó— Éste es el momento del día que más detesto; no es de noche ni de día. ¡Qué tarde vuelves hoy! ¿Dónde has estado?

—He ido a despedirme de mi paseo habitual.

—Y yo lo he estado esperando aquí —dijo Steerforth lanzando una mirada alrededor de la habitación y pensando que toda la gente que encontramos tan dichosa la noche de nuestra llegada podía (a juzgar por el presente aspecto desolado de la casa) dispersarse o morir o verse amenazada de no sé qué desgracia —. Davy, ¿por qué no ha querido Dios que tuviera yo un padre a mi lado desde hace veinte años?

—Mi querido Steerforth, ¿qué te pasa?

—¡Querría con toda mi alma que me hubieran guiado mejor! ¡Querría con toda mi alma ser capaz de ser más bueno! —exclamó.

Había una apasionada depresión en sus modales que me sorprendió por completo. Se parecía tan poco a él mismo, que nunca hubiera podido imaginármelo.

—Sería mejor ser este pobre Peggotty o el cabezota de su sobrino —dijo levantándose y apoyándose contra la chimenea, todavía mirando el fuego— mejor que ser lo que soy, veinte veces más rico y más instruido, y no estar, en cambio, atormentado como lo estoy desde hace más de media hora en esta barca del demonio...

Me sorprendía tanto aquel cambio, que al principio sólo le raba en silencio, mientras él continuaba con la cabeza apoyada en la mano mirando sombríamente el fuego. Por último le pedí, con toda la ansiedad que sentía, que me contase lo que le había sucedido que le contrariaba tanto y que me dejara compartir con él su pena, si es que no podía aconsejarle. Antes de que hubiera terminado ya estaba riendo, al principio un poco forzado; pero pronto con su franca alegría.

—No es nada, Florecilla, nada; te lo aseguro. Ya te dije en el hotel de Londres que a veces era un compañero pesado para mí mismo. He tenido ahora una pesadilla; debe de haber sido eso. Cuando me aburro, los cuentos de mi niñera me vienen a la memoria desfigurados. Y creo que estaba convencido de que era yo el niño malo que nunca obedece y al que se comen los leones. ¿Sabes? son de mayor efecto que los perros. Y lo que las viejas llaman horror se me ha deslizado de la cabeza a los pies y me ha asustado a mí mismo.

—Creo que nadie más podría asustarse —le dije.

—Quizás no; pero también yo tengo motivos para asustarme —contestó—. Bien, ya pasó, y no me dejaré coger de nuevo, Davy; sin embargo, te lo repito, querido mío, hubiera sido un bien para mí (y no sólo para mí) si yo hubiese tenido un padre que me aconsejara.

Su rostro era siempre muy expresivo; pero nunca le había visto exteriorizar un sentimiento tan serio ni tan triste como cuando me dijo estas palabras con la mirada todavía fija en el fuego.

—Pero ¡se acabó! —dijo haciendo como si sacudiera algo en el aire con la mano—. Ya ha pasado todo y soy hombre de nuevo, como Macbeth. Y ahora a comer, si no he turbado el festín con el más admirable desorden, Florecilla, también como Macbeth.

—Pero dime, ¿dónde se han ido todos?

—¡Dios sabrá! —dijo Steerforth—. Después de ir a la playa a esperarte me vine aquí paseando y me encontré la casa desierta. Esto me hundió en pensamientos tristes, y tú me has encontrado sumergido en ellos.

La llegada de mistress Gudmige con una cesta al brazo explicaba el abandono de la casa. Había salido precipitadamente a comprar algo que faltaba antes del regreso de Peggotty, que volvería con la marea, y había dejado la puerta abierta, por si Ham y Emily, que debían volver temprano, llegaban en su ausencia. Steerforth, después de poner de buen humor a mistress Gudmige con un alegre saludo y un abrazo de lo más cómico, se agarró de mi brazo y me arrastró precipitadamente.

Había recobrado su buen humor al mismo tiempo que se lo había hecho recobrar a mistress Gudmige, y de nuevo, con su alegría acostumbrada, estuvo vivo y hablador mientras caminábamos.

—Y así —dijo alegremente—, ¿abandonamos mañana esta vida de filibusteros?

—Así lo convinimos —contesté— y tenemos reservados los asientos en la diligencia, ya lo sabes.

—Sí; no hay más remedio —suspiró Steerforth—. Había olvidado que

existiese otra cosa en el mundo que no fuera balancearse sobre el mar en este pueblo. ¡Y es lástima que no sea así!

—Mientras durase la novedad al menos —dije riéndome.

—Es posible —replicó—, aunque es una observación muy sarcástica para un amiguito modelo de inocencia, como mi Florecilla. Bien, no lo niego, soy caprichoso, Davy. Sé que lo soy; pero mientras el hierro está caliente sé aprovecharme y batirle con vigor. Te aseguro que podría soportar un duro examen como piloto en estos mares.

—Míster Peggotty dice que eres asombroso —repliqué.

—Un fenómeno náutico ¿eh? —rió Steerforth.

—Estoy seguro, y tú sabes que es verdad, conociendo lo ardiente que eres cuando persigues un objeto y lo fácilmente que lo haces maestro en cualquier cosa. Pero lo que siempre me sorprende, Steerforth, es que te contentes con emplear de un modo tan caprichoso tus facultades.

—¿Contentarme? —respondió alegremente—. No estoy nunca contento de nada, no siendo de tu ingenuidad, mi querido Florecilla; en cuanto a mis caprichos, todavía no he aprendido el arte de atarme a una de esas ruedas en que los ixionides, modernos dan vueltas y vueltas. No he sabido hacer aprendizaje, y me tiene sin cuidado. ¿Te he dicho que he comprado un barco aquí?

—¡Qué especial eres, Steerforth! —exclamé deteniéndome, pues era la primera vez que me había hablado de ello—. Cuando, a lo mejor, no se te volverá a ocurrir el venir a este pueblo.

—No lo sé; me he encaprichado con el lugar. Además —continuó apresurando el paso—, he comprado un barco que estaba a la venta: un clíper, según dice míster Peggotty, y míster Peggotty lo capitaneará en mi ausencia.

—Ahora lo comprendo, Steerforth —dije radiante—. Afirmas que has comprado ese barco para ti, cuando en realidad es en beneficio de míster Peggotty; habría debido adivinarlo, conociéndote como te conozco. Mi querido Steerforth, ¿cómo decirte todo lo que pienso de tu generosidad?

—¡Chsss! —contestó enrojeciendo—; cuanto menos digas, mejor.

—¡Cuando te decía que no hay ni una alegría ni una pena ni una sola emoción de estas buenas gentes que te pueda ser indiferente!

—Sí, sí —respondió él—; ya me has dicho todo eso. No hablemos más de ello, ¡basta!

Temiendo enfadarle si insistía sobre un asunto que él trataba tan a la ligera, me contenté con continuar pensándolo mientras andábamos cada vez más



deprisa.

—Es necesario que pongan el barco en buen estado —dijo Steerforth—. Encargaré a Littimer que cuide de ello para que lo hagan bien. ¿Te he dicho que ha llegado Littimer?

—No.

—Pues sí; ha llegado esta mañana con una carta de mi madre.

Nuestros ojos se encontraron y observé que estaba pálido hasta los labios; pero miraba tranquilamente a los míos. Temí que algún altercado con su madre fuera la causa de la disposición de ánimo en que le había encontrado en el hogar solitario de míster Peggotty y le hice una ligera alusión.

—¡Oh no! —dijo moviendo la cabeza y riendo—. ¡Nada de eso! Como te decía, ha llegado ese hombre.

—¿Está como siempre?

—Siempre el mismo —contestó Steerforth—, sereno, frío como el polo Norte. Se ocupará del nuevo nombre que quiero hacer inscribir en el barco. Ahora se llama El petrel de la tormenta; pero ¿qué le importa eso a míster Peggotty? Le he bautizado de nuevo.

—¿Con qué nombre?

—La pequeña Emily.

Continuaba mirándome de frente, y creí que era para recordarme que no le gustaba que me extasiara ante sus delicadezas con aquellas pobres gentes. No pude por menos que dejar ver la alegría que sentía; pero sólo dije algunas palabras; la sonrisa reapareció en sus labios; parecía que le habían quitado un peso de encima.

—Pero mira —dijo mirando hacia adelante—, aquí está la pequeña Emily en persona. Y el muchacho ese con ella. Por mi alma que es un fiel caballero; no la abandona ni un instante.

Ham era en aquella época constructor de barcos. Había cultivado su gusto natural por aquel oficio y había llegado a ser un obrero muy hábil. Llevaba su traje de trabajo y, a pesar de cierta rudeza, su aire de honradez y de viril franqueza hacían de él un protector muy bien proporcionado para la preciosa criatura que llevaba a su lado. La lealtad de su rostro, el orgullo y el cariño que le inspiraba Emily realizaban su buen aspecto, y yo me decía, al verlos acercarse, que se compenetraban perfectamente en todos los sentidos.

Cuando los detuvimos para hablarles, ella soltó suavemente el brazo de su novio y enrojeció tendiendo la mano a Steerforth y después a mí. Cuando volvieron a ponerse en marcha después de haber cambiado algunas palabras

con nosotros, Emily no cogió de nuevo el brazo de Ham, y andaba sola, todavía tímida y confusa. Yo admiraba la gracia y la delicadeza de sus movimientos y Steerforth parecía de la misma opinión mientras les mirábamos alejarse en la claridad de la luna nueva.

De pronto una mujer joven pasó a nuestro lado: era evidente que los seguía. No la habíamos oído acercarse; pero vi un momento su rostro delgado, y me pareció recordarla.

Iba ligeramente vestida y tenía el aire atrevido y la mirada perdida y un aspecto de mísera vanidad; pero por el momento no parecía pensar en nada; sólo tenía una idea en la cabeza: alcanzarlos. Como el horizonte se oscurecía a lo lejos no nos permitía ya distinguir a Emily ni a su novio, y la mujer que los seguía desapareció también sin haber ganado terreno sobre ellos. Después ya no vimos más que el mar y las nubes.

—Es un fantasma muy sombrío para seguir a esa muchacha —dijo Steerforth sin moverse—. ¿Qué significa eso?

Hablaba en voz baja y con un acento que me pareció extraño.

—Le querrá pedir limosna —dije.

—Las mendigas no son raras aquí —dijo Steerforth—; pero es sorprendente que alguna haya tomado esa forma esta noche.

—¿Por qué? —pregunté.

—Sencillamente —dijo después de un momento de silencio— porque precisamente estaba yo pensando en algo semejante cuando ha aparecido; por eso me pregunto de dónde diablos podrá haber salido.

—De la sombra que proyecta esta tapia, supongo —dije señalando un muro que seguía el camino en el que acabamos de desembocar.

—En fin, ya ha desaparecido —respondió mirando por encima de su hombro—. ¡Ojalá la desgracia desaparezca con ella! Vamos a comer.

Pero lanzó una nueva mirada por encima de su hombro hacia la línea del océano que brillaba a lo lejos, y repitió muchas veces aquel movimiento. Todavía murmuró algunas palabras entrecortadas durante el resto de nuestro camino, y no pareció olvidar el incidente hasta que se encontró sentado en la mesa al lado de un buen fuego y a la claridad de las velas.

Littimer nos esperaba y produjo sobre mí su efecto acostumbrado. Cuando le dije que esperaba que mistress Steerforth y miss Dartle siguieran bien, me respondió en un tono respetuoso (y naturalmente respetable) que me daba las gracias, que estaban bastante bien y que me saludaban. No me dijo más y, sin embargo, me pareció que decía claramente: «Es usted muy joven; es usted

extraordinariamente joven».

Casi habíamos acabado de comer cuando dio un paso fuera del rincón desde donde vigilaba nuestros movimientos, mejor dicho los míos, y dijo a Steerforth:

—Perdón, señorito; miss Mowcher está aquí.

—¿Quién? —preguntó Steerforth con sorpresa.

—Miss Mowcher, señorito.

—¡Vamos! ¿Y qué ha venido a hacer aquí? —dijo Steerforth.

—Parece ser, señor, que es de esta región. Me han dicho que todos los años da una vuelta profesional por este lado. La he encontrado en la calle esta mañana, y me ha preguntado si podría tener el honor de presentarse aquí después de comer el señorito.

—¿Conoces a la gigante en cuestión, Florecilla? —me preguntó Steerforth.

Tuve que confesar con cierta vergüenza, por tener que hacerlo ante Littimer, que no conocía a miss Mowcher.

—Bien, pues vas a conocerla —dijo Steerforth—. Es una de las siete maravillas del mundo... Cuando venga miss Mowcher, que pase.

Sentía cierta curiosidad por conocer a aquella señora, tanto más porque Steerforth soltaba la carcajada cada vez que yo hablaba de ella y se negaba en rotundo a responder a las preguntas que le dirigía. Permanecí, por lo tanto, en un estado de curiosa expectación. Hacía media hora que habían quitado el mantel y estábamos con una botella de vino a nuestro lado, cuando se abrió la puerta y, con su tranquilidad habitual, Littimer anunció:

—Miss Mowcher.

Miré hacia la puerta, pero no vi nada; volví a mirar, pensando cuánto tardaba miss Mowcher en aparecer, cuando, con gran sorpresa, vi surgir al lado de un diván colocado entre la puerta y yo a una enana de unos cuarenta o cuarenta y cinco años; tenía la cabeza muy grande, los ojos grises, muy maliciosos, y los brazos tan cortos, que para acercar el dedo con picardía a su nariz, mientras miraba a Steerforth, se vio obligada a bajar la cabeza para acercar la nariz al dedo. Su papada era tan gruesa, que las cintas y la roseta de su sombrero desaparecían debajo. No tenía cuello, no tenía talle, no tenía piernas, pues aunque era del tamaño corriente hasta el sitio en que debía haberse encontrado el talle, y aunque poseía pies como todo el mundo, era tan bajita que resultaba delante de una silla lo que cualquier persona delante de una mesa. Depositó sobre la silla el bolso que llevaba. Iba vestida de un modo algo descuidado, y su nariz parecía una prolongación de su dedo o viceversa, a

causa de la dificultad de que he hablado, y con la cabeza inclinada a un lado y guiñando un ojo de la manera más maliciosa, empezó por fijar en Steerforth sus ojillos penetrantes, después de lo cual dejó escapar un torrente de palabras.

—¡Cómo, linda flor! —empezó alegremente sacudiendo su gran cabeza hacia él—. ¿Está usted aquí? ¡Oh, la mala persona! ¡Qué vergüenza! ¿Qué ha venido usted a hacer tan lejos de su casa? Algo malo, estoy segura. ¡Ah, es usted una buena pieza! Y yo otra, ¿no es así? ¡Ja, ja, ja! Habría usted apostado cien libras contra cinco guineas a que no me encontraba aquí. Pues ya lo ve, estoy en todas partes. Aquí, allí, ¿y dónde no? Como la media corona del escamoteador en el pañuelo de una señora. A propósito de pañuelos y de señoras: su querida madre, ¡qué contenta estará de tener un hijo como usted!

En este pasaje de su discurso, miss Mowcher desanudó su sombrero, se echó las bridas hacia atrás y, toda sofocada, se sentó en un taburete delante del fuego, de manera que la mesa formaba una especie de dosel de caoba sobre su cabeza.

—¡Oh las estrellas del cielo con todos sus nombres! —continuó golpeando con una mano cada una de sus rodillas y mirándome con malicia—. Estoy demasiado acostumbrada; eso debe ser, Steerforth. Y después de subir unas cuantas escaleras me cuesta tanto trabajo recobrar la respiración como si hubiera sacado un cubo de agua de un pozo. Vamos, que si me viese usted asomada a una ventana creería que era una mujer hermosa ¿no?

—No pienso otra cosa cada vez que la veo —replicó Steerforth.

—Vamos, cálese, perro —gritó la pequeña criatura amenazándole con el pañuelo con que se enjugaba el rostro—; ¡no sea usted impertinente! Pero le doy mi palabra de honor de que la semana pasada, estando en casa de lady Mithers... ¡Esa sí que es una mujer! ¡Cómo se conserva!... Pues mientras la esperaba entró míster Mithers en persona en la habitación donde yo esperaba a su mujer. ¡Vaya un hombre! ¡Cómo se conserva también! Y su peluca lo mismo, pues la tiene desde hace diez años; pues, como decía, míster Mithers se deshizo tan locamente en cumplidos, que temí verme obligada a llamar a la campanilla. ¡Ja, ja, ja! Es un pícaro muy simpático; es una lástima que no tenga principios.

—¿Y que iba usted a hacer a casa de lady Mithers? —preguntó Steerforth.

—Eso ya serían chismes, querido hijito —contestó ella volviendo a poner el dedo en la nariz con su guiño de ojos, como un duendecillo de inteligencia sobrenatural—. Eso no le importa. Usted querría saber si impido que sus cabellos caigan, o si le quito las canas, o si le cambio el color, o si le arreglo las cejas ¿no es así? Pues bien, querido mío; todo, todo lo sabrá usted cuando yo se lo diga. ¿Sabe usted el nombre de mi bisabuelo?

—No —dijo Steerforth.

—Walker, querido mío —replicó miss Mowcher—, y descendía de una larga línea de Walkers; así, yo heredo todos los estados de Hookey.

Nunca he visto nada comparable a los guiños de ojos de miss Mowcher de no ser el aplomo de miss Mowcher. Tenía una manera especial de inclinar la cabeza hacia un lado para escuchar cuando se le hablaba, levantando un ojo como las urracas, o cuando esperaba una respuesta a sus observaciones. Yo estaba tan sorprendido que la miraba fijo, olvidando completamente, mucho me temo, de las reglas más indispensables de la educación.

Había conseguido acercarse la silla, y hundiendo su bracito en el bolso varias veces sacó una cantidad de botellitas, de cepillos, de esponjas, de peines, de trozos de papel, de tenacillas y de otros instrumentos, que iba amontonando fuera. Se detuvo en medio de su ocupación para decir a Steerforth, con gran confusión mía:

—¿Quién es este señor?

—Míster Copperfield —dijo Steerforth—, que deseaba mucho conocerla.

—Pues la ocasión la pintan calva. Ya me parecía a mí que tenía ganas —dijo miss Mowcher acercándose a mí riendo, con su bolso en la mano—. El rostro como un melocotón —dijo poniéndose de puntillas para llegar a mis mejillas—. Completamente tentador. Me gustan mucho los melocotones. Tengo mucho gusto en conocerle, míster Copperfield, se lo aseguro.

Le respondí que yo me felicitaba de haber tenido el honor de conocerla, y que el gusto era recíproco.

—¡Oh, Dios mío, qué amabilidad! —exclamó miss Mowcher haciendo un pequeño esfuerzo para cubrir su ancha cara con su manita—. ¡Qué de mentiras y de patrañas hay en el mundo!

Esto nos lo decía a modo de confidencia a los dos, mientras la manita abandonaba el rostro y el bracito desaparecía de nuevo por completo en el bolso.

—¿Qué quiere usted decir, miss Mowcher? —preguntó Steerforth.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué plaga de farsantes! ¿No es verdad, hijo mío? —replicó la mujercita buscando en el bolso con un ojo en el aire y la cabeza de lado—. Miren ustedes —dijo sacando un paquetito— «recortes de las uñas del príncipe ruso... Príncipe Alfabeto revuelto», como yo le llamo, porque su nombre tiene todas las letras del alfabeto mezcladas.

—El príncipe ruso es uno de sus clientes ¿no es así? —preguntó Steerforth.

—Ya lo creo, hijo mío —replicó miss Mowcher—; le corto las uñas dos

veces por semana, las de las manos y las de los pies.

—¿Y supongo que le pagará bien? —dijo Steerforth.

—Habla con la nariz, pero paga bien —dijo miss Mowcher—. Ninguno de vuestros petimetres se le puede comparar; estaríais de acuerdo si vierais sus bigotes, rojos por naturaleza y negros gracias al arte.

—Gracias al arte de usted, naturalmente —dijo Steerforth.

Miss Mowcher guiñó un ojo en signo de asentimiento.

—Se ha visto en la necesidad de enviarme a buscar; no podía por menos. El clima hace daño al tinte, y aquello podía pasar en Rusia; pero aquí no. Usted no ha visto en todos los días de su vida a un príncipe en el estado que yo le encontré, oxidado como un hierro viejo.

—¿Y es a él a quien llamaba usted un farsante hace un momento? —preguntó Steerforth.

—¡Oh! Es usted un chico muy avisado —replicó miss Mowcher moviendo la cabeza—. He dicho que todos en general somos unos farsantes, y le he enseñado como prueba las uñas del príncipe. Y es que, ¿ven ustedes? Las uñas del príncipe me sirven más en las familias que todos los talentos juntos. Las llevo siempre conmigo; son mi carta de recomendación. Si miss Mowcher corta las uñas a un príncipe, no hay más que hablar, dicen a todos. Se las doy a las jóvenes que, yo creo, las ponen en álbumes, ¡ja, ja, ja!

Palabra de honor que todo el edificio social (como dicen estos señores cuando hacen discursos parlamentarios) no reposa más que sobre las uñas de príncipes —dijo aquella mujercita tratando de cruzar los brazos y sacudiendo su gran cabeza.

Steerforth reía de todo corazón, y yo también. Miss Mowcher continuaba moviendo la cabeza, que llevaba de lado, y mirando hacia arriba con un ojo mientras guiñaba el otro.

—Bien, bien —dijo golpeando sus rodillitas—; pero esto no son los negocios. Veamos, Steerforth, una exploración en las regiones polares y terminamos.

Escogió dos o tres de sus ligeros instrumentos y un frasquito y preguntó, con gran sorpresa mía, si la mesa era fuerte. Ante la respuesta afirmativa de Steerforth, acercó una silla, me pidió que la ayudara, y se subió con bastante ligereza encima de la mesa, como si fuera un escenario.

—Si alguno de ustedes me ha visto los tobillos —dijo una vez arriba— no necesito decir que me ahorcaré.

—Yo no he visto nada —dijo Steerforth.

—Ni yo tampoco —dije.

—Pues bien; entonces —exclamó miss Mowcher— consiento en seguir viviendo. Ahora venga usted a la prisión para ser ejecutado.

Steerforth, cediendo a sus instancias, se sentó de espaldas a la mesa, y volviendo hacia mí su rostro sonriente, sometió su cabeza al examen de la enana, evidentemente sin otro objeto que el de divertirnos.

Era un curioso espectáculo ver a miss Mowcher inclinada sobre él y examinando sus hermosos cabellos oscuros, con ayuda de una lupa que acababa de sacar de su bolsillo.

—Vamos, ¡es usted un chico guapo! —dijo miss Mowcher después de un corto examen—; pero si no fuera por mí estaría usted calvo como un monje antes de fin de año. Sólo le pido un minuto más; voy a lavarle los cabellos con un agua que se los conservará diez años.

Al mismo tiempo vertió el contenido del frasquito sobre un trocito de franela; después, empapando en la misma preparación uno de los cepillitos, empezó a frotar la cabeza de Steerforth con una actividad incomparable, y siempre hablando sin parar.

—¿Conoce usted a Carlos Pyegrave, el hijo del duque? —dijo mirando a Steerforth por encima de su cabeza.

—Un poco —dijo Steerforth.

—¡Ese es un hombre! ¡Y esas son patillas! Si tuviera las piernas tan derechas, no tendría igual. ¿Querrá usted creer que ha pretendido prescindir de mí? ¡Un oficial de la guardia!

—¡Loco! —dijo Steerforth.

—Lo parece; pero loco o no, lo ha intentado —replicó miss Mowcher—. ¿Y qué creará usted que ha hecho? Pues entra en una peluquería y pide una botella de agua de Madagascar.

—¿Carlos?

—Carlos en persona; pero no tenían agua de Madagascar.

—¿Y qué es eso? ¿Algo de beber? —preguntó Steerforth.

—¿De beber? —replicó miss Mowcher, deteniéndose para darle una palmadita en la cara—. Para arreglarse él solo los bigotes, ¿sabe? Había en la tienda una mujer de cierta edad, un verdadero grifo que nunca había oído aquel nombre. «Perdone, caballero —dijo el grifo a Carlos— ¿no será... no será colorete por casualidad?...» «¿Colorete? —dice Carlos al grifo—. Y ¿qué quiere usted que haga yo con el colorete?...» «Perdón, caballero —dijo la

mujer—; nos piden ese artículo bajo nombres tan diferentes, que pensaba que quizá era uno más.» He ahí, querido mío —continuó miss Mowcher frotando con todas sus fuerzas—; he ahí otra prueba de todos esos farsantes de que hablaba hace un momento. Y no digo que no esté yo mezclada en ello como cualquiera, quizá más, quizá menos; pero, hijo mío, ¿eso qué tiene que ver?

—¿En qué dice usted que está mezclada, en el colorete? —dijo Steerforth.

—No tiene usted más que relacionar una cosa con otra, mi querido discípulo —dijo la astuta miss Mowcher tocándose la punta de la nariz—; tuve acceso al secreto profesional de todos los comercios y el producto le dará el resultado deseado. Y digo que también yo voy un poco por ese camino, porque hay señoras que dicen que me llaman para un bálsamo de los labios, otras me piden guantes, otras una camiseta y otras un abanico. Yo le doy el nombre que ellas quieren y les proporciono el mismo artículo a todas; pero nos guardamos tan bien el secreto y disimulamos de tal modo, que tanto se cuidarían de darse el colorete delante de mí como delante de cualquier persona. ¿No tienen a veces el descaro de decirme, con un dedo de colorete en la cara?: «¿Cómo me encuentra usted, miss Mowcher, no estoy un poco pálida?». ¡Ja, ja, ja! También esas son farsantes, ¿qué les parece, amiguitos?

Nunca en mi vida he visto nada semejante a miss Mowcher de pie sobre la mesa riendo de su gracia y frotando sin descanso el cráneo de Steerforth, mientras me guiñaba un ojo mirándome por encima de su cabeza.

—¡Ah! Por esta tierra no me piden mucho ese artículo —dijo—, y me extraña, pues no he visto ni una mujer bonita desde que estoy aquí, Steerforth.

—¿No? —dijo Steerforth.

—Ni la sombra de una —replicó miss Mowcher.

—Nosotros podríamos enseñarle una en carne y hueso —dijo Steerforth volviéndose hacia mí—. ¿No es verdad, Florecilla?

—Ya lo creo —respondí.

—¡Hum! —dijo la diminuta criatura mirándome de un modo penetrante y lanzando después una ojeada a Steerforth—. ¡Hum!

La primera exclamación parecía una pregunta dirigida a los dos; la segunda era evidentemente dirigida a Steerforth.

No recibiendo ni de uno ni de otro la respuesta que sin duda esperaba, continuó frotando con la cabeza inclinada y mirando al techo como si buscara allí la contestación y esperase verla aparecer.

—¿Una hermana suya, míster Copperfield? —exclamó después de un momento de silencio y conservando siempre la misma actitud—. ¿Una



hermana suya?

—No —dijo Steerforth, sin darme tiempo a contestar—; nada de eso. Al contrario, o mucho me equivoco o míster Copperfield tenía gran admiración por ella.

—¡Cómo! ¿Ahora ya no la tiene? —replicó miss Mowcher—. ¿Es inconstante? ¡Qué vergüenza!

«Aspira cada flor y cambia cada hora... hasta que Polly a su pasión le corresponde...» ¿Se llama Polly?

Aquel diablillo me lanzó la pregunta tan bruscamente y me miraba con tanta astucia, que quedé desconcertado por completo.

—No, miss Mowcher; se llama Emily —le contesté.

—¡Hum! —exclamó exactamente en el tono de antes—. ¡Qué charlatana soy, míster Copperfield!; pero no soy indiscreta.

Su tono y sus miradas expresaban algo que no me resultaba agradable tratándose de aquel asunto; así es que dije, en tono más grave del que habíamos empleado hasta aquel momento:

—Es tan virtuosa como bonita, y está prometida en matrimonio al hombre más excelente y digno.

Además, la estimo tanto por su buen sentido como la admiro por su belleza.

—¡Bien dicho! —exclamó Steerforth—. ¡Bravo, bravo, bravo! Ahora voy a saciar la curiosidad de esta pequeña Fátima, Florecilla, para no dejarle nada por adivinar. En la actualidad, miss Mowcher, esa muchacha es aprendiz en la casa de Omer y Joram, «Modas, novedades, etc.» , de esta ciudad. ¿Se fija usted? Omer y Joram. La promesa de matrimonio de la cual habla mi amigo está hecha entre ella y su primo; nombre de pila, Ham; apellido, Peggotty; ocupación, constructor de barcos; también de esta ciudad. Vive con un pariente; nombre de pila, no lo sé; apellido, Peggotty; ocupación, marinero; también de esta ciudad. Es el hada más linda y encantadora del mundo; yo la admiro, como mi amigo, extraordinariamente, y si no fuera por no disgustar a Copperfield, diría que al casarse desmerece, que podía aspirar a mucho más; estoy seguro, y lo juro, ha nacido para señora.

Miss Mowcher escuchaba estas palabras, que eran dichas despacio y claramente, con la cabeza de medio lado y el ojo en el aire, como si todavía esperara la contestación. Cuando Steerforth terminó de hablar, volvió a frotarle y a charlar con sorprendente volubilidad.

—¡Oh! ¿Es eso todo? —exclamó cortándole las patillas con unas inquietas

tijeritas que hacía revolotear en todas direcciones alrededor de su cabeza—. ¡Muy bien, muy bien! Igual que una novela. Y al final: «vivieron felices», ¿no es así? ¡Ah! ¿Cómo se dice en el juego? «Amo a mi amor con E porque es Encantadora, la odio con E porque ha Empeñado su palabra, la llevo a todo lo Exquisito y pienso proponerle una Evasión: Se llama Emily y vive en el Este» ¡Ja, ja, ja! Míster Copperfield, ¿no le parezco un mamarracho?

Mirándome fijamente con extravagante astucia y sin esperar respuesta, continuó sin tomar aliento:

—¡Ya está! Si existe una mala persona peinada y arreglada a la perfección es usted, Steerforth. Y si hay una mollera que me sepa yo de memoria es la suya, ¿me oye lo que le digo, querido? Le entiendo perfectamente —dijo inclinándose hacia él—. Ahora puede usted marcharse, como decimos en la corte, y si míster Copperfield quiere tomar su lugar...

—¿Qué dices, Florecilla? —preguntó Steerforth riendo y cediéndome la silla—. ¿Quieres probar?

—Gracias, miss Mowcher; esta noche no.

—No diga que no —repuso la mujercita mirándome como experta—; un poquito más de cejas.

—Gracias, en otra ocasión.

—Le hace falta una octava de pulgada más hacia la sien —dijo miss Mowcher—; es cosa de pocos días.

—No, gracias; ahora no.

—¿Y no quiere usted un poco de tupé? —insistió—. ¿No? Déjeme, por lo menos, ahuecarle un poco el pelo, y después pasaremos a las patillas, ¡vamos!

No pude por menos de enrojecer al negarme, pues sentía que acababa de tocar mi punto flaco. Pero miss Mowcher, viendo que no estaba dispuesto a soportar las mejoras que su arte podía causar en mi persona, y que me resistía por el momento a las seducciones del frasquito que tenía en la mano preparado para mí, me dijo que no tardaríamos en volvernos a ver, y me pidió que la ayudara a bajar de las alturas. Gracias a este socorro bajó rápidamente y empezó a doblar su papada por encima de los cordones del sombrero.

—¿Le debo?... —dijo Steerforth.

—Cinco chelines, y es de balde, muchacho. ¿No es verdad que le parezco muy trivial, míster Copperfield?

Respondí cortésmente: «Nada de eso»; pero pensaba que lo era bastante, cuando un momento después le vi lanzar al aire la moneda de cinco chelines, cogerla como un escamoteador y deslizarla en su bolsillo dando un golpecito

encima.

—Ésta es la gaveta —dijo miss Mowcher; y acercándose a la silla volvió a meter en el bolso todas las menudencias que había sacado—. Veamos —dijo—, ¿lo tengo ya todo? Me parece que sí. No sería agradable encontrarse en la situación de Ned Biadwood, cuando le llevaron a la iglesia para casarle y habían olvidado a la novia. ¡Ja, ja, ja! Es francamente una mala persona el tal Ned; ¡pero tan gracioso!

Ahora ya sé que les voy a destrozar el corazón; pero no tengo más remedio que marcharme. Ya pueden hacer acopio de valor para soportarlo. Adiós, míster Copperfield; cuídese mucho, Jockey de Norfolk.

¡Cuánto he charlado! ¡Pero ustedes tienen la culpa, picaruelos! Bueno, les perdonaré. «Bob swore» , como decía aquel inglés, por buenas noches, después de su primera lección de francés, «Bob swore», duques míos.

Con su bolso colgando del brazo y sin dejar de charlar se adelantó, balanceándose, hacia la puerta y se detuvo de pronto para preguntarnos si no queríamos un mechón de sus cabellos. «Le debo parecer muy trivial, míster Copperfield» , dijo como comentario a aquella proposición, y desapareció con el dedo apoyado en la nariz.

Steerforth reía de tan buena gana que no pude por menos de hacer otro tanto; de no ser así, no sé si me habría reído. Después de aquella explosión de alegría, que duró un momento, me dijo que miss Mowcher tenía una clientela muy numerosa y que se hacía necesaria a muchísima gente de modos muy distintos.

Había personas que la trataban con ligereza, considerándola únicamente como una muestra de las extravagancias de la naturaleza; pero tenía un espíritu tan fino y observador como el que más; y si tenía los brazos cortos, no tenía la inteligencia menos larga. Añadió que había dicho la verdad al vanagloriarse de estar a la vez en todas partes; pues de vez en cuando hacía excursiones por provincias, donde siempre encontraba clientes nuevos, y terminaba por conocer a todo el mundo. Le pregunté cuál era su carácter; si no eran todo equívocos en ella, y si su simpatía se inclinaba por lo general a lo bueno; pero viendo que mis preguntas no le interesaban, después de dos o tres tentativas renuncié a repetírselas. En cambio, me contó una multitud de detalles sobre su habilidad y sus ganancias; me dijo que era una especialista poniendo ventosas, y que me lo prevenía por si alguna vez necesitaba pedirle ese servicio.

Miss Mowcher fue el principal tema de nuestra conversación durante la noche, y cuando nos separamos todavía Steerforth se inclinó por la barandilla de la escalera mientras yo bajaba para decirme: «Bob swore».

Al llegar ante la casa de Barkis me sorprendió mucho el encontrar a Ham

paseando de arriba abajo, y todavía me sorprendió más el saber que la pequeña Emily estaba en casa de su tía. Le pregunté, naturalmente, cómo no había entrado, en lugar de pasearse de arriba abajo por la calle.

—¿Sabe usted, señorito Davy? —dijo titubeando—. Es porque Emily está hablando con una persona.

—Mayor razón para que tú también estuvieras, Ham.

—Sí, señor; en general es verdad —replicó—; pero, ¿sabe usted, señorito Davy? —dijo bajando la voz y en tono grave—. Es una joven, una muchacha que Emily conoció en otro tiempo y a la que ahora no debía tratar.

Sus palabras fueron un rayo de luz que vino a aclarar mis dudas sobre la persona que les seguía algunas horas antes.

—Es una pobre muchacha, señorito Davy, vilipendiada por todo el pueblo. No hay muerto en el cementerio cuyo fantasma fuera capaz de hacer huir a la gente más que ella.

—¿No es la que os seguía esta noche por la playa?

—¿Nos seguía? —dijo Ham—. Es posible, señorito Davy; yo no sabía que estuviera aquí; pero se ha acercado a la ventanita de Emily cuando ha visto luz, y ha dicho en voz baja: «Emily, Emily, por amor de Dios, ten corazón de mujer conmigo. Yo era antes como tú» . Y eran palabras muy solemnes, señorito Davy; ¿cómo negarse a oírlas?

—Tienes razón, Ham; y Emily ¿qué ha hecho?

—Emily le ha dicho: «Martha, ¿eres tú? ¿Es posible, Martha, que seas tú?». Pues habían trabajado juntas durante mucho tiempo en casa de míster Omer.

—¡Ya la recuerdo! —exclamé, pues recordaba a una de las dos muchachas que había visto la primera vez que estuve en casa de míster Omer. La recuerdo perfectamente.

—Martha Endell —dijo Ham—; tiene dos o tres años más que Emily; pero también han estado en la escuela juntas.

—No he sabido nunca su nombre; dispensa que te haya interrumpido.

—La historia no es muy larga, señorito Davy —dijo Ham—. Ésta es en pocas palabras: «Emily, Emily, por amor de Dios, ten corazón de mujer conmigo, yo era antes como tú». Quería hablar con Emily. Emily no podía hablar en casa, pues había vuelto su tío y, a pesar de lo bueno y caritativo que es, no querría, no podría, señorito Davy, ver a esas dos muchachas juntas, ni por todos los tesoros ocultos en el mar.

Ya lo sabía yo; no necesitaba que Ham me lo aclarase.

—Por lo tanto, Emily escribió con lápiz en un papelito y se lo dio por la ventana. «Enseña esto —la decía— a mistress Barkis y ella te hará sentar al lado del fuego, por amor mío, hasta que mi tío salga y yo pueda ir a hablarte.» Después me dijo lo que le acabo de contar, pidiéndome que la trajera aquí. ¿Qué podía hacer yo? Emily no debía tratar a una mujer como esa; pero, ¿cómo quiere usted que le niegue algo si me lo pide llorando?

Hundió la mano en el bolsillo de su gruesa chaqueta y sacó con mucho cuidado una linda bolsita.

—Y si fuera capaz de negarle algo cuando llora, señorito Davy —dijo Ham extendiendo cuidadosamente la bolsita en su mano callosa—, ¿cómo habría podido negarme a traerle esto aquí, si sabía lo que quería hacer? ¡Una joyita como ésta —dijo Ham mirando la bolsa, pensativo—, y con tan poco dinero! ¡Emily, querida mía!

Le estreché la mano calurosamente cuando volvió a meter la bolsita en el bolsillo, pues no sabía cómo expresarle toda mi simpatía, y continuamos paseando de arriba abajo en silencio durante algunos minutos. La puerta se abrió entonces, y Peggotty hizo señas a Ham para que entrara. Yo habría querido quedarme fuera; pero Peggotty volvió a asomarse, rogándome que pasase. También me habría gustado evitar la habitación donde estaban reunidos; pero era aquella cocinita limpia que ya he mencionado, cuya puerta daba directamente a la calle, de modo que me encontré en medio del grupo antes de saber dónde meterme.

La muchacha que había visto en la playa estaba allí, al lado del fuego, sentada en el suelo, con la cabeza y los brazos apoyados en una silla, que Emily acababa de abandonar y sobre la cual había tenido sin duda a la pobre abandonada apoyada sobre sus rodillas. Apenas vi su rostro, pues tenía los cabellos sueltos como si se hubiera despeinado ella misma. Sin embargo, pude ver que era joven y que tenía una voz hermosa. Peggotty había llorado, y la pequeña Emily también. A nuestra llegada no pronunciaron ni una palabra, y el tictac del viejo reloj holandés parecía diez veces más fuerte que de costumbre en aquel profundo silencio.

Emily habló la primera.

—Martha querría ir a Londres, Ham.

—¿Por qué a Londres? —respondió Ham.

Estaba de pie entre ellas y miraba a la joven postrada en tierra con una mezcla de compasión y de disgusto por verla en compañía de la que amaba tanto. Siempre he recordado aquella mirada.

Hablaban bajo, como si se tratara de una enferma; pero se entendía claramente todo, aunque sus voces eran sólo un murmullo.

—Allí estaré mejor que aquí —dijo en voz alta Martha, que seguía en el suelo—. Nadie me conoce; mientras que aquí todo el mundo sabe quién soy.

—¿Y qué va a hacer allí? —preguntó Ham.

Martha se levantó, le miró un momento de un modo sombrío; después, bajando la cabeza de nuevo, se pasó el brazo derecho alrededor del cuello con una viva expresión de dolor.

—Trataré de portarse bien —dijo la pequeña Emily—. No sabes todo lo que nos ha contado. ¿Verdad tía que no pueden saberlo?

Peggotty sacudió la cabeza con compasión.

—Sí; lo intentaré —dijo Martha— si ustedes me ayudan a marcharme. Peor que aquí no podré ser. Quizá sea mejor. ¡Oh —dijo con un estremecimiento de terror—, arrancadme de estas calles, donde todo el mundo me conoce desde la infancia!

Emily extendió la mano, y vi que Ham ponía en ella una bolsita. Ella la cogió, creyendo que era su bolsa, y dio un paso; después, dándose cuenta de su error, volvió hacia él (que se había retirado hacia mí) enseñándole lo que le acababa de dar.

—Es tuyo, Emily —le dijo—. Yo no tengo nada en el mundo que no sea tuyo, querida mía, y para mí no hay placer más que en ti.

Los ojos de Emily volvieron a llenarse de lágrimas; después se acercó a Martha. No sé lo que le dio.

La vi inclinarse hacia ella y ponerle dinero en el delantal. Pronunció algunas palabras en voz baja, preguntándole si sería suficiente. «Más que suficiente», dijo la otra, y cogiéndole la mano se la besó.

Después, envolviéndose en su chal, ocultó el rostro en él y se acercó a la puerta llorando ardientes lágrimas. Se detuvo un momento antes de salir, como si quisiera decir algo; pero no dijo nada, y salió lanzando un gemido sordo y doloroso.

Cuando la puerta se cerró, la pequeña Emily nos miró a todos, después ocultó la cabeza entre las manos y se puso a sollozar.

—Vamos, Emily —dijo Ham dándole con dulzura en el hombro—, vamos; no llores así.

—¡Oh! —exclamó ella con los ojos llenos de lágrimas—; no soy todo lo buena que debía ser, Ham; no soy todo lo agradecida que debía.

—Sí que lo eres —dijo Ham—; estoy seguro.

—No —contestó la pequeña Emily sollozando y sacudiendo la cabeza—; no soy tan buena como debiera, ni mucho menos, ¡ni mucho menos!

Y seguía llorando como si su corazón fuera a romperse.

—Abuso demasiado de tu amor, lo sé; te llevo la contraria; soy desigual contigo. ¡Cuando debía ser tan distinta! ¡No serías tú quien se portara así conmigo! ¿Por qué soy mala entonces, cuando sólo debía pensar en demostrarte mi agradecimiento y en tratar de hacerte dichoso?

—Me haces completamente dichoso —dijo Ham—. ¡Soy tan dichoso cuando te veo, querida mía! Y también soy feliz todo el día pensando en ti.

—¡Ah! ¡Eso no es bastante! —exclamó ella—, pues eso proviene de tu bondad y no de la mía. ¡Oh!

Habrías podido ser mucho más feliz, Ham, queriendo a otra muchacha, a una criatura más sensata y más digna de ti, a una mujer que fuera tuya por completo, y no vana y caprichosa como yo.

—¡Pobre corazoncito! —dijo Ham en voz baja—. Martha la ha trastornado por completo.

—Te lo ruego, tía —balbució Emily—; ven aquí para que apoye mi cabeza en tu hombro. Soy muy desgraciada esta noche, tía; me doy cuenta muy bien de que no soy todo lo buena que debiera ser.

Peggotty se había apresurado a sentarse al lado del fuego. Emily, de rodillas a su lado, con los brazos alrededor de su cuello, la miraba suplicante.

—¡Oh, te lo ruego, tía, ayúdame! ¡Ham, amigo mío, trata también de ayudarme tú! ¡Señorito Davy, por el recuerdo del tiempo pasado, ayúdame también! Quiero ser mejor de lo que soy. Quiero sentirme mil veces más agradecida. Querría recordar a todas horas la felicidad de ser la mujer de un hombre tan bueno y de poder llevar una vida tranquila. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mi corazón! ¡Ay de mi corazón!

Ocultó la cabeza en el pecho de mi antigua niñera y, cesando en sus súplicas que, en su angustia, eran a la vez de mujer y de niña, como toda su persona, como el carácter mismo de su belleza, continuó llorando en silencio, mientras Peggotty la tranquilizaba como a un niño que llora.

Poco a poco se fue normalizando y pudimos consolarla hablándole al principio, dándole valor después, para terminar con un poco de broma. Emily empezó por levantar la cabeza y hablar también; después llegó a sonreír, y después a reír y, por fin, a sentirse un poco avergonzada; entonces Peggotty arregló sus bucles revueltos y le enjugó los ojos por temor a que su tío, al verla

entrar, preguntase por qué había llorado su niña querida.

Aquella noche la vi hacer lo que no la había visto hacer nunca. La vi besar a su prometido en la mejilla y, después, estrecharse contra aquel tronco robusto, como buscando su más seguro apoyo. Cuando se alejaban, yo los miraba a la claridad de la luna, comparando en mi espíritu esta partida con la de Martha, y vi que Emily le tenía agarrado el brazo con las dos manos y seguía estrechamente unida a él.

### **Capítulo 3**

#### **Corroboro la opinión de Mr. Dick y me decido por una profesión**

A la mañana siguiente, cuando me desperté, pensé mucho en la pequeña Emily y en su emoción de la noche anterior después de la partida de Martha. Me parecía que, al haber sido testigo de aquellas debilidades y ternuras de familia, había entrado en una confidencia sagrada y no tenía derecho a revelarla ni aun a Steerforth. Por ninguna criatura del mundo experimentaba un sentimiento más dulce que el que me inspiraba la preciosa criaturita que había sido la compañera de mis juegos y a quien había amado tan tiernamente entonces, como estaba y estaré convencido hasta mi muerte. Me habría parecido indigno de mí mismo, indigno de la aureola de nuestra pureza infantil, que yo veía siempre alrededor de su cabeza, el repetir a los oídos de Steerforth lo que ella no había podido callar en el momento en que un incidente inesperado la había forzado a abrir su alma delante de mí. Tomé, pues, la decisión de guardar en el fondo del corazón aquel secreto, que daba — según me parecía— una gracia nueva a su imagen.

Durante el desayuno me entregaron una carta de mi tía. Como trataba de una cuestión sobre la que pensaba que los consejos de Steerforth valdrían tanto más que los de cualquiera otro, decidí discutirlo con él durante nuestro viaje, radiante de poder consultarle. Por el momento teníamos bastante con despedirnos de todos nuestros amigos. Barkis no era el que menos sentía nuestra partida, y yo creo que de buena gana habría abierto de nuevo su cofre y sacrificado otra moneda de oro si hubiéramos querido a ese precio permanecer dos días más en Yarmouth. Peggotty y toda su familia estaban desesperados. La casa entera de Omer y Joram salió a decirnos adiós, y Steerforth se vio rodeado de tal multitud de pescadores en el momento en que nuestras maletas tomaron el camino de la diligencia, que si hubiéramos poseído el equipaje de un regimiento los mozos voluntarios no habrían faltado para transportarlo. En una palabra, nos fuimos llevándonos el sentimiento y el afecto de todos los conocidos y dejando tras de nosotros no sé cuántas



personas afligidas.

—¿Va usted a permanecer mucho tiempo aquí, Littimer? —le dije mientras esperaba a que partiese la diligencia.

—No, señor —repuso—; probablemente no estaré mucho tiempo.

—Por el momento no lo sabe —dijo Steerforth en tono indiferente—; sólo sabe lo que tiene que hacer, y lo hará.

—Estoy seguro —le respondí.

Littimer acercó la mano a su sombrero para darme las gracias por mi buena opinión, y en aquel momento me pareció que yo no tenía más de ocho años. Nos saludó de nuevo deseándonos un buen viaje, y le dejamos allí en medio de la calle, a aquel hombre respetable y tan misterioso como una pirámide de Egipto.

Durante un rato permanecimos sin decir nada, pues Steerforth estaba sumido en un silencio desacostumbrado, y yo me preguntaba cuándo volvería a ver todos aquellos lugares testigos de mi infancia, y qué cambios tendríamos que sufrir en el intervalo ellos y yo. Por fin, Steerforth, recobrando de pronto su alegría y animación —gracias a la facultad que poseía de cambiar de tono a capricho—, me tiró de la manga.

—Y bien, ¿no me cuentas nada, Davy? ¿Qué decía esa carta de que me hablabas en el desayuno?

—¡Oh! —dije sacándola del bolsillo—. Es de mi tía.

—¿Y te dice algo interesante?

—Me recuerda que he emprendido esta excursión con objeto de ver mundo y de reflexionar.

—Y supongo que no habrás dejado de hacerlo.

—Me veo obligado a confesarte que, a decir verdad, no me he acordado mucho; es más, tengo miedo de haberlo olvidado por completo.

—Pues bien; mira a tu alrededor ahora —dijo Steerforth— y repara tu negligencia. Mira hacia la derecha, y verás un país llano y bastante pantanoso; mira hacia la izquierda, y verás otro tanto, y hacia delante, y no hay diferencia, lo mismo que hacia atrás.

Me eché a reír diciéndole que no descubriría profesión adecuada para mí en el paisaje, lo que quizá era debido a su monotonía.

—¿Y qué dice tu tía del asunto? —preguntó Steerforth mirando la carta que tenía en la mano, ¿Te sugiere alguna idea?

—Sí —respondí—. Me pregunta si me gustaría ser procurador del Tribunal de Doctores. ¿Qué te parece?

—No sé —dijo Steerforth con tranquilidad—. Me parece que igual puedes hacerte procurador que otra cosa cualquiera.

No pude por menos de reírme al oírle poner todas las profesiones al mismo nivel, y le demostré mi sorpresa.

—¿Y qué es un procurador, Steerforth? —añadí.

—Es una especie de curial —replicó Steerforth— que actúa en el anticuado Tribunal de Doctores, en un rincón abandonado cerca del cementerio de Saint Paul, donde vienen a ser lo que los procuradores en los Tribunales de justicia. Es un funcionario cuya existencia, según el curso natural de las cosas, debía haber desaparecido hace más de doscientos años; pero voy a hacértelo comprender mejor explicándote lo que es el Tribunal de Doctores. Es un lugar retirado, donde se aplica lo que se llama la ley eclesiástica y donde se hacen toda clase de trampas con los antiguos monstruos de actas del Parlamento, de los que la mitad del mundo ignora la existencia y el resto supone que están ya en estado fósil desde los tiempos del rey Eduardo. Este Tribunal goza de un antiguo monopolio para las causas relativas a testamentos, a contratos matrimoniales y a las discusiones que surgen en las cuestiones de la Marina.

—Vamos, Steerforth —exclamé—, no querrás hacerme creer que hay la menor relación entre los asuntos de la Iglesia y los de la Marina.

—No tengo esa pretensión, Florecilla; sólo quiero decirte que tanto una cosa como otra se tratan y se juzgan por las mismas personas y en el mismo Tribunal. Vas un día, y les oyes emplear todos los términos de marina del diccionario de Yung a propósito de «La Nancy, que ha echado a pique a la Sarah Jane», o a propósito de «míster Peggotty y los pescadores de Yarmouth, que durante una galerna han lanzado un ánora o un cable al Nelson, de la India, en peligro», y si vuelves algunos días después estarán examinando los testimonios en pro y en contra de un eclesiástico que se ha portado mal, y te darás cuenta de que el juez del proceso marítimo es al mismo tiempo abogado de la causa eclesiástica, y viceversa.

Son como los actores, que hoy hacen de jueces y mañana no; pasan de un papel a otro, cambiando sin cesar; pero siempre es un asunto muy lucrativo el de esta comedia de sociedad representada ante un público extraordinariamente elegido.

—Pero los abogados y los procuradores, ¿no son la misma cosa? —pregunté confuso.

—No —replicó Steerforth—, porque los abogados son hombres que han tenido que doctorarse en la Universidad; esa es la causa de que yo esté algo enterado. Los abogados emplean a los procuradores; reciben en común buenos honorarios y se dan allí una vidita muy agradable. En resumen, Davy, te aconsejo que no desprecies el Tribunal de Doctores. Además, te diré, por si puede halagarte, que presumen de ejercer una profesión de lo más distinguida.

Descontando la ligereza con que Steerforth trataba el asunto y reflexionando en la antigua importancia que yo asociaba en mi espíritu con el viejo rinconcito cercano al cementerio de Saint Paul, me sentí bastante dispuesto a aceptar la proposición de mi tía, sobre la que me dejaba en absoluta libertad, diciéndome con toda franqueza que se le había ocurrido yendo a ver últimamente a su procurador al Tribunal para arreglar su testamento a mi favor.

—Eso sí que es digno de alabanza por parte de tu tía —dijo Steerforth cuando le comunicué aquella circunstancia— y merece alientos. Florecilla, mi opinion es que no desdeñes su idea.

También fue lo que yo decidí. Le dije a Steerforth que mi tía me esperaba en Londres. Había tomado habitaciones para una semana en un hotel muy tranquilo de los alrededores de Lincoln's Inn Fields, decidiéndose por aquella casa en vista de que tenía una escalera de piedra y una puerta que daba al tejado; pues mi tía estaba convencida de que no había precaución inútil en Londres, donde todas las casas debían incendiarse por la noche.

Terminamos el viaje insistiendo de vez en cuando sobre la cuestión del Tribunal de Doctores y pensando en los tiempos lejanos en los que yo quería ser procurador; perspectiva que Steerforth presentaba bajo una infinidad de aspectos a cual más grotescos, que nos hacían llorar de risa. Cuando llegamos al término de nuestro viaje, él se dirigió a su casa, prometiéndome una visita a los dos días, y yo me encaminé a Lincoln's Inn Fields, donde encontré a mi tía todavía levantada y esperándome para cenar.

Si hubiera dado la vuelta al mundo desde que nos separamos, creo que no nos habríamos sentido más dichosos al volvernos a ver. Mi tía lloraba de todo corazón abrazándome, y me dijo, haciendo como que reía, que si mi pobre madre estuviera todavía en el mundo no dudaba de que la pequeña inocente habría vertido lágrimas.

—Y ¿ha abandonado usted a míster Dick, tía? —le pregunté—. ¡Cuánto lo siento! ¡Ah Janet! ¿Cómo está usted?

Mientras que Janet me hacía una reverencia y me preguntaba por mi salud, observé que el rostro de mi tía se ensombrecía considerablemente.

—Yo también lo siento —dijo mi tía frotándose la nariz—, y no tengo un

momento de reposo desde que estoy aquí, Trot.

Antes de que pudiera preguntar la razón, me la dijo.

—Estoy convencida —dijo apoyando su mano encima de la mesa con una fuerza melancólica—; estoy convencida de que el carácter de Dick no es bastante enérgico para expulsar a los asnos. Decididamente, le falta energía. Debí dejar a Janet en su lugar; habría estado más tranquila. Hoy mismo, estoy segura que si alguna vez ha pasado un asno por mi césped ha sido esta tarde a las cuatro —continuo vivamente—, pues he sentido un estremecimiento de la cabeza a los pies, y estoy segura de que era un asno.

Traté de consolarla, pero rechazaba todo consuelo.

—Estoy segura de que era un asno, y además ese asno inglés que montaba la hermana de aquel Murderin el día que vino a casa (desde entonces, en efecto, mi tía no llamaba de otro modo a miss Mourdstone), y si hay un asno en Dover cuya audacia me sea insoportable —continuó dando un puñetazo en la mesa—, es ese animal.

Janet sugirió que quizá hacía mal mi tía preocupándose, pues creía que el burro en cuestión estaba por el momento ocupado en transportar arena, lo que no le dejaría tiempo para ir a cometer delitos en su pradera. Pero mi tía no quería convencerse.

Nos sirvieron una buena cena, calentita, a pesar de lo lejos que estaba la cocina de las habitaciones de mi tía, situada en el último piso. Si la había escogido así para mayor seguridad de su dinero o por estar cerca de la puerta del tejado, no lo sé. La comida se componía de pollo asado, rosbif y legumbres; todo excelente, y le hice honor. Mi tía, que tenía sus prejuicios sobre los comestibles de Londres, no comía apenas.

—Apuesto cualquier cosa a que este pollo ha sido criado en una cueva, donde habrá nacido —dijo mi tía—, y que no ha tomado el aire más que en el mercado después de muerto. La carne supongo que será de buey, pero no estoy segura. Aquí no se encuentra nada natural más que el lodo.

—¿Y no cree usted que este pollo pueda haber venido del campo, tía?

—Seguramente no —replicó mi tía—. Para los comerciantes de Londres sería un disgusto vender algo bajo su verdadero nombre.

No traté de contradecir aquella opinión, pero comí con buen apetito, lo que le satisfacía plenamente.

Cuando quitaron la mesa, Janet peinó a mi tía, la ayudó a ponerse su cofia de dormir, que era más elegante que de costumbre (por si había fuego), según decía. Después se remangó un poco la falda para calentarse los pies antes de acostarse, y yo le preparé —siguiendo las reglas establecidas, de las que

jamás, bajo ningún pretexto, había que alejarse —un vaso de vino blanco caliente mezclado con agua, y le corté en tiras largas y delgadas pan para tostar. Nos dejaron solos para terminar la velada. Mi tía estaba sentada frente a mí y bebía su agua con vino, mojando una después de otra sus tostadas antes de comérselas, y mirándome con ternura desde el fondo de los adornos de su cofia de dormir.

—Y bien, Trot —me dijo—, ¿has pensado en mi proposición de hacerte procurador, o todavía no has tenido tiempo?

—He pensado mucho, tía, y he hablado mucho de ello con Steerforth. Me encanta la idea.

—Vamos —dijo mi tía—, me alegro mucho.

—Sólo veo una dificultad, tía.

—¿Cuál, Trot?

—Quería preguntarle si mi admisión en el Tribunal de Doctores, que según creo se compone de un número muy limitado de miembros, no será exageradamente cara.

—Sí es muy caro. Para que te hagas una idea son mil libras justas.

—¿Ve usted, tía? Eso es lo que me preocupaba —dije acercándome a ella—. ¡Es una suma considerable! Ha gastado usted ya mucho en mi educación, y ha sido en todo igual de generosa. Nada puede dar idea de su bondad conmigo. Pero seguramente hay carreras a las que me podría dedicar, sin gastar apenas, por decirlo así, y teniendo al mismo tiempo esperanzas de éxito por medio del trabajo y la perseverancia. ¿Está usted segura de que no sería mejor intentarlo? ¿Está usted segura de poder hacer todavía ese sacrificio y de que no sería mejor evitarlo? Solamente le pido que lo piense.

Mi tía terminó sus tostadas, mirándome a la cara, y después depositó su vaso sobre la chimenea, y apoyando sus manos cruzadas sobre la falda me contestó lo siguiente:

—Trot, hijo mío; yo tengo un solo objetivo en la vida, y es hacer de ti un hombre bueno, sensible y dichoso. A ello me dedico, lo mismo que Dick. Yo querría que algunas personas oyeran las conversaciones de Dick sobre ese asunto. Su sagacidad es sorprendente; nadie conoce los recursos de la inteligencia de ese hombre más que yo.

Se detuvo un momento, y cogiendo mi mano entre las suyas, continuó:

—Es en vano, Trot, recordar el pasado, a menos que influya algo en el presente. Yo quizás podía haberme portado mejor con tu pobre padre. Quizá podía haber sido mejor amiga de aquella pobre niña que era tu madre, aun

después de haberme defraudado con tu hermana Betsey Trotwood. Cuando llegaste a mí, pobre chiquillo errante, cubierto de polvo y agotado, quizá lo pensé así. Desde entonces hasta ahora, Trot, tú has sido para mí un motivo de orgullo, satisfacciones, cariño. Nadie más que tú tiene derecho sobre mi fortuna, es decir... (aquí, con gran sorpresa mía, dudó y pareció confusa... ) no; nadie más tiene derecho sobre mi fortuna, pues tú eres mi hijo adoptivo. Únicamente te pido que también seas tú para mí un hijo cariñoso y que soportes mis extravagancias y caprichos; de ese modo harás más por esta pobre vieja —cuya juventud no ha sido lo feliz que hubiera debido ser— de lo que ella haya podido hacer por ti.

Era la primera vez que oía a mi tía referirse a su vida pasada. Y había tanta nobleza en el tono tranquilo con que lo hacía y en no explayarse, que aumentaba mi respeto y cariño por ella, si es que eso era posible.

—Ahora ya estamos de acuerdo, Trot —dijo mi tía—, y no necesitamos volver a hablar de ello.

Dame un beso, y mañana, después de almorzar, iremos al Tribunal de Doctores.

Todavía permanecemos largo rato charlando delante del fuego antes de acostarnos. Me retiré a una habitación contigua a la de mi tía, quien no me dejó dormir en toda la noche llamando a mi puerta en cuanto le preocupaba el ruido distante de coches y carros, para preguntarme si no oía a las bombas de incendios. Cuando amanecía consiguió dormir mejor y me permitió a mí hacerlo también.

A eso de las doce nos dirigimos a las Oficinas de los señores Spenlow y Jorkins. Mi tía, que también pensaba que en Londres todo hombre que veía era un ratero, me dio su portamonedas para que se lo llevara, y vi que llevaba en él diez guineas y algo de plata.

Nos detuvimos ante la tienda de juguetes de Fleet Street para mirar los gigantes de Saint Dunstan tocando las campanas (habíamos calculado el tiempo para llegar a verlos a las doce en punto), y después nos dirigimos a Ludgate Hill y al cementerio de Saint Paul. Cuando llegábamos al primero de estos sitios observé que mi tía aceleraba el paso y parecía asustada.

Al mismo tiempo me di cuenta de que un hombre de mal aspecto, que se había parado para mirarnos al pasar un momento antes, nos seguía tan de cerca que rozaba el traje de mi tía.

—¡Trot, mi querido Trot! —exclamó mi tía en un murmullo de terror y apretándome el brazo—. ¡No sé qué hacer!

—No se asuste, tía; no merece la pena que se asuste. Entre en una tienda, y

yo me encargo de ese individuo.

—No no, hijo mío —repuso ella—, no le hables por nada del mundo. Te lo pido, te lo ordeno.

—Por Dios, tía —dije yo—, si no es más que un mendigo descarado.

—Tú no sabes lo que es —replicó mi tía—. Tú no sabes quién es. ¡No sabes lo que tú dices!

Mientras sucedía esto nos habíamos detenido en un portal, y el hombre se había detenido también.

—¡No le mires! —dijo mi tía, pues yo volvía la cabeza con indignación—. Búscame un coche, hijo mío, y espérame en el cementerio de Saint Paul.

—¿Esperarla? —repetí.

—Sí —insistió mi tía—. Yo ahora tengo que irme; tengo que irme con él.

—¿Con quién, tía? ¿Con ese hombre?

—No estoy loca, y te digo que debo hacerlo. Búscame un coche.

A pesar de lo sorprendido que estaba, me daba cuenta de que no tenía derecho a negarme a lo que tan perentoriamente me ordenaba. Di con precipitación varios pasos y llamé a un coche que pasaba. Apenas había bajado el estribo, cuando mi tía ya estaba dentro y el hombre la siguió. Ella me hizo seña con la mano de que me alejara, con tal seriedad, que, a pesar de mi confusión, me alejé de ellos al momento.

Mientras lo hacía la oí decir al cochero: «A cualquier sitio, siga adelante». Un momento después el coche pasaba por mi lado.

Lo que míster Dick me había contado y que yo había supuesto serían fantasías de las tuyas me vino a la memoria. No cabía duda; aquél era el hombre de quien me había hablado tan misteriosamente, aunque la naturaleza de sus derechos sobre mi tía no los podía imaginar. Después de esperar media hora en el cementerio, vi llegar el coche. El cochero paró delante de mí. Mi tía estaba sola.

Todavía no se había repuesto lo bastante de su emoción para presentarse donde nos dirigíamos; así es que me hizo subir con ella al coche, ordenando al conductor que diera una vuelta despacio. Únicamente me dijo:

—Hijo mío, no me preguntes nunca nada ni hagas referencia a esto.

Un momento después había recobrado todo su aplomo y me dijo que ya estaba repuesta por completo y podíamos despedir el coche. Al pagar al cochero vi que todas las guineas habían desaparecido y que sólo quedaba la plata.

Se entra en el edificio del Tribunal de Doctores por un arco pequeño y bajo. Apenas habíamos dado algunos pasos por su recinto cuando el ruido de la ciudad se apagaba ya en la lejanía, como por encanto; los patios oscuros y tristes, las galerías estrechas, nos llevaron pronto a las oficinas de Spenlow y Jorkins, que recibían la luz cenital. En el vestíbulo de aquel templo, en el que los peregrinos podían penetrar sin cumplir la ceremonia de llamar a la puerta, había dos o tres escribientes trabajando. Uno de ellos, un hombrecito seco, que estaba sentado solo en un rincón, llevaba peluca y parecía estar hecho de pan moreno, se levantó para recibir a mi tía y nos introdujo en el despacho de míster Spenlow.

—Míster Spenlow está en el Tribunal, señora —dijo el hombrecito—; pero voy a mandar a buscarle al momento.

Nos quedamos solos, y aproveché la oportunidad para mirarlo todo. La habitación estaba amueblada a la antigua, y todo estaba lleno de polvo; el tapete verde de la mesa había perdido el color y estaba arrugado y pálido como un mendigo viejo. La tenían llena de una cantidad enorme de carpetas. En el dorso de unas ponía: «Alegaciones»; en otra, con gran sorpresa mía, lei: «Libelos»; unos eran para el Tribunal del Consistorio; otros, para el de los Arcos, y otros, para el de Prerrogativas. También los había para el del Almirantazgo y para la Cámara de Diputados. Y yo pensaba cuántos Tribunales serían entre todos, y cuánto tiempo haría falta para entenderlos. Había también gruesos volúmenes manuscritos de «Declaraciones», sólidamente encuadernados y atados juntos por series enormes. Una serie para cada causa, como si cada causa fuera una historia en diez o veinte volúmenes. Todo aquello debía de ocasionar muchos gastos, y me dio una agradable idea de lo que ganarían los procuradores. Paseaba mi vista con creciente complacencia por todos aquellos objetos y otros semejantes, cuando se oyeron pasos rápidos en la habitación de al lado, y míster Spenlow, con traje negro guarnecido de pieles blancas, entró rápidamente, quitándose el sombrero.

Era un hombre pequeño y rubio, con unas botas de un brillo irreprochable, una corbata blanca y un cuello muy duro. Llevaba el traje abrochado hasta la barbilla, muy ceñido el talle, y parecía que debía de haberle costado mucho trabajo el rizado de las patillas, que también era impecable. Su cadena de reloj era tan maciza, que se me ocurrió pensar que para sacarla del bolsillo necesitaría un brazo de oro tan robusto como los que se ven en las muestras de los batidores de oro. Estaba tan compuesto y tan estirado, que apenas podía moverse, viéndose obligado, cuando miraba los papeles de su pupitre —después de sentado en su silla—, a mover todo el cuerpo de un lado a otro como una marioneta.

Fui presentado al momento por mi tía, y me recibió cortésmente. Me dijo:



—¿Así es, míster Copperfield, que desea usted entrar en nuestra profesión? El otro día, cuando tuve el gusto de ver a miss Trotwood (con otra inclinación de su cuerpo, actuando nuevamente como una marioneta) le hablé casualmente de que había aquí una vacante. Miss Trotwood fue lo bastante buena para decirme que tenía un sobrino a quien no sabía a qué dedicar. Este sobrino tengo ahora el placer de... (otra inclinación).

Hice un saludo de agradecimiento, y dije que mi tía me había hablado de aquella vacante y que, como me parecía que había de gustarme mucho, había aceptado inmediatamente la proposición. Sin embargo, no podía comprometerme formalmente sin conocer mejor el asunto, y, aunque no fuese más que por asegurarme, me gustaría tener la ocasión de probar para ver si me gustaba como creía antes de comprometerme irrevocablemente.

—¡Oh, sin duda, sin duda! —dijo míster Spenlow—. Nosotros, en esta casa, siempre proponemos un mes de prueba. Y yo, por mi parte, tendría mucho gusto en proponerle dos o tres, o un plazo indefinido; pero como tengo un socio, míster Jorkins...

—Y la prima, caballero —repuse—, ¿es de mil libras?

—La prima, incluido su registro, es de mil libras —dijo míster Spenlow—. Como ya le he dicho a miss Trotwood, no obro por consideraciones mercenarias; creo que habrá pocos hombres más desinteresados que yo; pero míster Jorkins tiene sus opiniones sobre estos asuntos, y yo estoy obligado a respetarlas. En una palabra, míster Jorkins opina que mil libras no es mucho.

—Supongo, caballero —dije todavía, deseoso de salvar el dinero de mi tía —, que cuando un empleado se haga muy útil y esté completamente al corriente de su profesión (no pude por menos de enrojecer, parecía que aquello era elogiarme a mí mismo), supongo que entonces quizá sea costumbre conceder algún...

Míster Spenlow, con un gran esfuerzo, consiguió sacar su cabeza del cuello de la camisa lo bastante para sacudirla y contestarme anticipándose a la palabra «sueldo», que yo iba a decir.

—No. No sé lo que yo haría tocante a este punto, míster Copperfield, si estuviera solo; pero míster Jorkins es incommovible.

Yo estaba muy asustado pensando en aquel terrible Jorkins. Más adelante descubrí que era un hombre dulce, algo aburrido y cuyo puesto en la asociación consistía en permanecer en segunda línea y en prestar su nombre para que le presentaran como el más endurecido y cruel de los hombres. Si alguno de los empleados quería aumento de sueldo, míster Jorkins no quería oír hablar de semejante proposición; si algún cliente tardaba en arreglar su cuenta, míster Jorkins estaba decidido a hacérsela pagar, y por penoso que

podiera ser y fuera aquello para los sentimientos de míster Spenlow, míster Jorkins hacía su gravamen. El corazón y la mano del buen ángel de Spenlow siempre habrían estado abiertos sin aquel demonio de Jorkins, que le retenía. Conforme he sido más viejo creo haber entendido que otras muchas casas de comercio se rigen por el principio de Spenlow Jorkins.

Quedamos de acuerdo en que empezaría mi mes de ensayo tan pronto como quisiera, y que mi tía no necesitaba seguir en Londres ni volver cuando expirase el plazo, pues era fácil enviarle a firmar el contrato necesario. Después de arreglar eso, míster Spenlow se ofreció a enseñarme el edificio para que conociera los lugares. Como lo estaba deseando, acepté y salimos dejando a mi tía, que no tenía ganas — según dijo— de aventurarse por allí, pues, si no me equivoco, tomaba todos los Tribunales judiciales por otros tantos depósitos de pólvora, siempre a punto de estallar. Míster Spenlow me condujo por un patio adoquinado y rodeado de casas de ladrillo de aspecto imponente que tenían inscritas encima de sus puertas los nombres de los doctores; eran, al parecer, la morada oficial de los abogados de los cuales me había hablado Steerforth. De allí entramos, a la izquierda, en una gran sala, bastante triste, que me parecía una capilla. El fondo de aquella habitación estaba separado del resto por una balaustrada y allí, a cada lado de un estrado en forma de herradura, vi, instalados en cómodas sillas, a numerosos caballeros revestidos de rojo y con pelucas grises: eran los doctores en cuestión. En el centro de la herradura había un anciano sentado en un estrado que parecía un púlpito. Si hubiera visto a aquel señor en una jaula le habría tornado por un búho; pero supe que era el juez presidente. En el espacio libre del interior de la herradura, a nivel del suelo, se veían muchos personajes del mismo rango que míster Spenlow, vestidos como él, con trajes negros guarnecidos de piel blanca; estaban sentados alrededor de una gran mesa verde. Sus cuellos eran por lo general muy tiesos, y su aspecto también me lo pareció; pero no tardé en darme cuenta de que respecto a eso no les hacía justicia, pues dos o tres de ellos tuvieron que levantarse para responder a las preguntas del dignatario que les presidía, y no recuerdo haber visto nadie más humilde en mi vida. El público estaba representado por un chico con una bufanda y un hombre de raído indumento que mordisqueaba a hurtadillas un mendrugo de pan que sacaba de su bolsillo y se calentaba al lado de la estufa que había en el centro de la sala. La tranquila languidez de aquel lugar no era interrumpida más que por el chisporroteo del fuego y por la voz de uno de los doctores, que vagaba con pasos lentos a través de toda una biblioteca de testimonios, y se detenía de vez en cuando en las pequeñas hosterías de discusiones incidentales que se encontraba al paso. En resumen, nunca me había encontrado en una reunión de familia tan pacífica, tan soñolienta, tan anticuada y tan amodorrante, y sentí que el efecto que debía producir en todos los que tomaban parte en ella debía de ser el de un fuerte narcótico, excepto,

quizá, en el demandante.

Satisfecho de la tranquilidad profunda de aquel retiro, declaré a míster Spenslow que ya había visto bastante por aquella vez y nos reunimos con mi tía, con la cual pronto dejé las regiones del Tribunal de Doctores. ¡Ah! ¡Qué joven me sentí al salir de allí, cuando vi las señas que se hacían los empleados señalándome unos a otros con sus plumas!

Llegamos a Lincoln's Inn Fields sin nuevas aventuras, excepto el encuentro con un asno enganchado al carrito de un vendedor, que trajo a la memoria de mi tía dolorosos recuerdos. Una vez seguros en casa tuvimos todavía una larga conversación sobre mis proyectos de porvenir, y como sabía que ella tenía ganas de volver a su casa y que, entre el fuego, los comestibles y los ladrones, no pasaba agradablemente ni media hora en Londres, le pedí que no se preocupara por mí y que me dejara desenvolverse solo.

—No creas que estoy en Londres desde hace ocho días sin haberme ocupado de tu alojamiento; hay un cuarto amueblado para alquilar en Adelphi que creo puede convenirte por completo.

Después de este corto prefacio, sacó del bolsillo un anuncio cuidadosamente recortado de un periódico, en el que decía que se alquilaba en Buckingham Street Adelphi un bonito piso de soltero, amueblado y con vistas al río, muy bien decorado y propio para residencia de un joven. Se podía tomar posesión de él enseguida. Precio, moderado; se alquilaba por meses.

—Es precisamente lo que necesito, tía —dije enrojeciendo de placer ante la sola idea de tener una casa para mí solo.

—Entonces —dijo mi tía volviendo a ponerse el sombrero, que se acababa de quitar—, vamos a verlo.

Salimos. El anuncio decía que había que dirigirse a mistress Crupp, y llamamos a la campanilla de la puerta de servicio suponiendo comunicaría con las habitaciones de aquella señora. Sólo después de llamar varias veces conseguimos persuadir a mistress Crupp de que se pusiera en comunicación con nosotros. Era una señora gruesa, con una falda de franela de volantes debajo de un traje de nanquín.

—Deseamos ver las habitaciones que alquila usted, señora —dijo mi tía.

—¿Para este caballero? —dijo mistress Crupp buscando en su bolsillo las llaves.

—Sí; para mi sobrino —dijo mi tía.

—Me parece que va a ser precisamente lo que necesita —dijo mistress Crupp.

Subimos las escaleras; estaba situado en lo más alto de la casa (punto muy importante para mi tía, pues facilitaba la salida en caso de fuego) y consistía en una habitacioncita oscura como vestíbulo, donde difícilmente podía verse algo; en una antesala completamente oscura, donde no se veía nada en absoluto; en un gabinete y una alcoba. Los muebles estaban bastante viejos, pero para mí eran buenos, y el río pasaba por debajo de las ventanas.

Mientras yo lo miraba todo entusiasmado, mi tía y mistress Crupp se retiraron a la antesala para discutir las condiciones.

Yo me senté en el sofá del gabinete, no atreviéndome a creer que una residencia tan formal pudiera ser para mí. Después de un singular combate de bastante duración, aparecieron, y vi con alegría en la fisonomía de ambas que era cosa hecha.

—¿Son los muebles del último huésped? —preguntó mi tía.

—Sí señora —dijo mistress Crupp.

—¿Y qué ha sido de él? —preguntó mi tía.

Mistress Crupp fue presa de un golpe de tos violentísimo, en medio del cual contestó con dificultad:

—Cayó enfermo aquí, señora, y... ¡ugh! ¡ugh! ¡ugh! ha muerto.

—¡Ah! ¿Y de qué murió? —preguntó mi tía.

—Pues señora, ha muerto de tanto beber —dijo mistress Crupp en tono confidencial— y de humo.

—¿De humo? ¿No será a causa de las chimeneas? —dijo mi tía.

—No señora —repuso mistress Crupp—. Cigarros y pipas.

—Por lo menos no es contagioso, Trot —observó mi tía volviéndose hacia mí.

—No, por cierto —dije yo.

En resumen, mi tía, viendo lo encantado que yo estaba con el piso, lo alquiló por un mes, con derecho de conservarlo un año después del primer mes de prueba.

Mistress Crupp tenía que ocuparse de mi ropa y de la cocina; todas las demás necesidades de la vida estaban ya en el piso, y aquella señora se comprometió formalmente a sentir por mí la ternura de una madre.

Debía entrar en posesión de la casa dos días después, y mistress Crupp daba gracias al cielo por haber encontrado alguien a quien prodigar sus cuidados.

Al volver al hotel, mi tía me dijo que contaba con la vida que iba a llevar para darme firmeza y confianza en mí mismo, que era lo único que me faltaba. Al día siguiente me repitió el mismo consejo muchas veces mientras nos ocupábamos de que nos enviaran mi ropa y mis libros, que estaban todavía en casa de míster Wickfield. Escribí una larga carta a Agnes pidiéndoselos y al mismo tiempo le contaba mis últimas vacaciones. Mi tía, que debía partir al día siguiente, se encargó de mi carta. Para no prolongar estos detalles, añadiré únicamente que mi tía me proveyó de todas las necesidades que podía tener y satisfacer en aquel mes de ensayo; que Steerforth, con gran desilusión nuestra, no apareció antes de su marcha; y que no la dejé hasta verla instalada y segura en la diligencia de Dover con Janet a su lado y gozando de antemano de las victorias que iba a obtener sobre los asnos errantes. Y después de la partida de la diligencia tomé el camino de Adelphi, recordando los tiempos en que erraba por sus arcos subterráneos y pensando en los felices cambios que me habían traído a la superficie.

## Capítulo 4

### Mi primer exceso

Era una cosa deliciosa el tener aquel distinguido castillo para mí solo y sentirme, cuando cerraba la puerta, como Robinson Crusoe cuando, después de encerrarse en sus fortificaciones, retiraba la escala tras de sí. Era una cosa deliciosa el pasear por la ciudad con la llave de mi casa en el bolsillo y saber que podía invitar a quien me pareciese, completamente seguro de que no molestaba a nadie, de no ser a mí mismo. Era una cosa deliciosa el salir y entrar cuando me parecía, sin tener que dar cuentas a nadie, y el tocar la campanilla para que mistress Crupp subiera, toda sofocada, de las profundidades de la tierra cuando la necesitaba (y cuando le daba la gana subir). Todo esto, digo, me parecía la cosa más encantadora; pero, debo decirlo también, había veces en que me parecía triste.

Por las mañanas era delicioso, y sobre todo en las mañanas hermosas. Con la luz del día me parecía aquella una vida joven, libre y agradable, y todavía más libre y mas joven si hacía sol; pero al declinar la tarde la vida parecía bajar también. Yo no sé en qué consistiría; pero perdía mucho de su belleza a la luz de las velas. Entonces deseaba alguien con quien hablar, echaba de menos a Agnes. Encontraba un enorme vacío en la falta de la tranquila sonrisa de mi confidente. Mistress Crupp parecía que estaba muy lejos. Pensaba en mi predecesor, que había muerto de beber y fumar, y deseaba que hubiese sido lo bastante consecuente como para seguir viviendo en lugar de fastidiarme con su

muerte.

Después de dos días con sus noches me parecía como si hubiese vivido allí un año, y todavía no era ni una hora más viejo, y seguía tan atormentado como siempre por mi juventud.

Steerforth no aparecía, haciéndome temer que estaría enfermo, por lo que al tercer día abandoné el Tribunal de Doctores más temprano para tomar el camino de Hyghgate. Mistress Steerforth me recibió con mucha bondad y me dijo que su hijo había ido con un amigo de Oxford a visitar a otro amigo de los dos que vivía cerca de Saint Albans, pero que le esperaban al día siguiente. Le quería tanto, que me sentí celoso de sus amigos de Oxford.

Me instó para que me quedara a comer; acepté, y creo que no hablamos más que de él en todo el día.

Yo le contaba sus éxitos de Yarmouth, felicitándome de lo buen compañero que había sido para mí. Miss Dartle no escatimó las insinuaciones ni las preguntas misteriosas; pero se tomaba el mayor interés por todos nuestros hechos y gestos, y repetía tan a menudo: «¿de verdad?»... «¿es posible?», que me hizo contar todo lo que ella quería saber. No había cambiado nada desde el día en que la conocí; sin embargo, la reunión con aquellas dos señoras me pareció tan agradable, encontré tanta amabilidad en ellas, que vi el momento en que me iba a enamorar un poco de miss Dartle. No pude por menos que pensar muchas veces durante la velada, y sobre todo al volver a casa por la noche, que sería una compañera encantadora para llevarme a Buckingham Street.

Al día siguiente por la mañana estaba a punto de tomar mi café antes de ir al Tribunal de Doctores (y puedo observar aquí que estaba pensando lo extraordinaria que era la cantidad de café que mistress Crupp compraba y lo claro que me lo hacía), cuando Steerforth en persona entró, causándome la mayor alegría.

—Mi querido Steerforth —exclamé—, empezaba a creer que no iba a volver a verte nunca.

—Me arrebataron a la fuerza al día siguiente de mi llegada a casa... Pero dime, Florecilla, ¿estás instalado aquí como un viejo solterón!

Le enseñé toda la casa, sin olvidar la despensa, con cierto orgullo, y no fue parco en alabanzas.

—¿Sabes lo que te digo, muchacho? —añadió—. Que voy a hacer de la tuya mi casa de la ciudad, a menos que me pongas de patitas en la calle.

¡Qué agradable de oír era aquello! Le dije que si esperaba eso podía esperar hasta el día del Juicio.

—Pero vas a tomar algo —añadí, alargando la mano hacia la campanilla—. Mistress Crupp te hará café, y yo te asaré unas tajadas de magro en un hornito de Dutch que tengo aquí.

—No, no —dijo Steerforth—; no llames; no puedo, tengo que almorzar con uno de esos muchachos que está en el Hotel Piazza, en Covent Garden.

—Pero ¿vendrás a comer? —le dije.

—Por mi vida que no puedo. No hay nada que pudiera gustarme más; pero estoy comprometido con esos dos muchachos, y mañana por la mañana partimos los tres juntos.

—Entonces tráelos también a ellos a comer aquí —repuse—. ¿Crees que no querrán venir?

—¡Oh! Ya lo creo que querrán, en cuanto se lo diga —dijo Steerforth—; pero es mejor que vengas tú a comer con nosotros a cualquier parte.

No quise consentir en ello de ninguna manera, pues se me había metido en la cabeza que debía celebrar la inauguración de mi casa, y me parecía que no podía encontrar mejor oportunidad. Estaba más orgulloso que nunca de mis habitaciones, después de la aprobación de Steerforth, y ardía en deseos de demostrarle todos sus recursos. Por lo tanto, le hice prometerme formalmente, en nombre de sus dos amigos, que vendrían, y fijamos la hora de la comida para las seis.

Cuando se marchó llamé a mistress Crupp y le anuncié mi atrevido proyecto. Mistress Crupp me dijo, en primer lugar, que, naturalmente, no esperaba que ella nos sirviera la mesa, pero que conocía un joven muy hábil, que quizá consintiera en servir por cinco chelines y una pequeña gratificación además. Le respondí que, en efecto, necesitábamos a aquel hombre. Después mistress Crupp añadió que era evidente que ella no podía estar en dos sitios a la vez (lo que me pareció razonable) y que una muchacha, instalada en la despensa con una luz, era indispensable para lavar sin parar los platos. Le pregunté cuál podía ser el coste de los servicios de aquella muchacha. Mistress Crupp suponía que dieciocho peniques no me arruinarían. Yo también lo suponía así, y fue otro punto decidido. Entonces mistress Crupp dijo:

—Bueno; ahora vamos a ocuparnos del menú.

El albañil que había construido la chimenea de la cocina de mistress Crupp había sido muy poco precavido y la había hecho de tal modo que no se podían guisar en ella más que chuletas y patatas.

En cuanto a una cazuela para el pescado, mistress Crupp dijo que no tenía más que ir a mirar su batería de cocina: no podía decirme más; ¡si quería, no tenía más que ir a verla! Como no me habría servido de nada el ir a verla, me

negué diciendo:

—Nos podemos pasar sin pescado.

Pero mistress Crupp protestó:

—No diga usted eso; ahora hay ostras, y no hay mas remedio que ponerlas.

—¡Vaya por las ostras!

Mistress Crupp me dijo entonces que su opinión era hacer el menú del modo que sigue: Un par de pollos asados... . que se traerían del mesón. Un plato de carne con legumbres... . del mesón; dos cosas ligeras, como una empanada caliente y una fuente de riñones... , del mesón, y una tarta (si yo quería) y un helado... , del mesón. Esto la dejaría en completa libertad para concentrar su atención en las patatas y para servir a punto, como deseaba, el queso y el apio.

Acepté lo decidido por mistress Crupp, y yo mismo di el encargo en el mesón. Después, bajando por el Strand, observé en el escaparate de una carnicería un bloque de una sustancia dura que parecía mármol, pero que se llamaba «falsa tortuga»; entré y compré un trozo de ella, que después he tenido razones para creer que era suficiente para quince personas. Esto, mistress Crupp, al cabo de muchas dificultades, consintió en calentarlo; pero disminuyó tanto al hacerse líquido, que nos pareció, como decía Steerforth, bastante escasito para nosotros cuatro. Terminados estos preparativos felizmente compré un postrecito en el mercado de Covent Garden e hice un encargo bastante considerable en una tienda de vinos de la vecindad. Cuando volví a casa por la tarde y vi las botellas alineadas en escuadra en el suelo de la despensa, me parecieron tantas (aunque se habían perdido dos, con gran descontento de mistress Crupp) que me asusté.

Uno de los amigos de Steerforth se llamaba Grainger, y el otro, Markhan. Eran ambos muy alegres y joviales; Grainger, algo mayor que Steerforth; Markhan parecía más joven, no representaba más de veinte años. Observé que este último hablaba siempre de sí mismo como de «un hombre», y no empleaba casi nunca la primera persona del singular.

—Uno podría vivir aquí muy bien, míster Copperfield —dijo Markhan refiriéndose a sí mismo.

—No está mal situada —contesté—, y las habitaciones son realmente cómodas.

—Espero que los dos traigáis apetito —dijo Steerforth.

—Por mi honor —replicó Markhan— debe de ser la ciudad te que abre de este modo el apetito; se tiene hambre todo el día, aunque se esté comiendo continuamente.



Sintiéndome algo intimidado y demasiado joven para presidir, hice a Steerforth ponerse a la cabecera de la mesa, cuando subieron la comida, y yo me senté frente a él. Todo estaba muy bueno; no economizamos el vino, y Steerforth estuvo tan brillante para hacer que la cosa resultara bien, que nuestras risas no tenían descanso, y fue una verdadera fiesta. Yo, durante la comida, no estuve todo lo agradable que habría deseado; pero mi silla estaba frente a la puerta y me distraía viendo que el joven «hábil» salía de la habitación muy a menudo, y un momento después se proyectaba su sombra en la pared de la antesala con una botella en la boca. También la muchacha me ocasionó alguna inquietud; no tanto porque se descuidara en el fregado de los platos, sino porque los rompía. Se conoce que era muy curiosa, y en lugar de encerrarse (como se le había indicado expresamente) en la despensa, estaba asomándose constantemente a vernos, y creyéndose siempre descubierta, salía corriendo por encima de los platos que iba dejando limpios en el suelo, y aquellas retiradas eran desastrosas.

Esto, sin embargo, eran pequeñeces, que olvidé fácilmente cuando, después de limpiar el mantel, trajeron el postre; en aquel momento de la fiesta nos dimos cuenta de que el joven «hábil» había perdido el uso de la palabra. Y dándole en secreto el consejo de que fuera a buscar a mistress Crupp y de que se llevara consigo a la muchacha, me abandoné por completo a la alegría.

Empecé por sentirme extrañamente alegre y de buen humor; toda clase de cosas medio olvidadas me vinieron a la imaginación, y hablé de ellas con una verbosidad desacostumbrada. Reí con toda mi alma de mis propios chistes y de los de los demás; llamé a Steerforth al orden porque no hacía circular el vino, y me comprometí a ir a Oxford; anuncié que pensaba dar una comida exactamente como aquella una vez por semana, y tomé tanto tabaco de la tabaquera de Grainger, que me vi obligado a retirarme a la antesala para estornudar a mi gusto durante diez minutos.

Continuaba haciendo circular el vino cada vez más deprisa, descorchando botellas continuamente y antes de que fuera necesario. Propuse brindar a la salud de Steerforth. Dije que era mi más querido amigo, el protector de mi infancia y el compañero de mi juventud. Dije que estaba encantado de poder brindar por su salud; dije que tenía con él más obligaciones de las que podría nunca cumplir, y que sentía una admiración que no podría expresar, y terminé diciendo:

—A la salud de Steerforth, y que Dios le bendiga. ¡Viva!

Bebimos tres veces tres vasos, y después otra vez, y después otra para terminar. Al dar la vuelta a la mesa para ir a estrecharle la mano, rompí mi vaso y le dije (en dos palabras):

—Steerforth, tú eres la estrella que guías mi existencia.

Seguimos bebiendo, y de pronto me di cuenta de que alguien estaba a la mitad de una canción: era Markhan, que cantaba «cuando el corazón de un hombre está deprimido por las preocupaciones» .

Cuando terminó de cantar, les propuso brindar por «la mujer». No me gustó y no quise consentirlo; le dije que no era respetuoso el brindis propuesto, y que en mi casa yo no permitía que se brindara y bebiera si no era «por las señoras». Estuve muy arrogante con él, principalmente porque me pareció que Steerforth y Grainger se reían de mí (o de él, o de los dos). Él me contestó que un hombre no se dejaba dar lecciones. Yo le dije que, en efecto, así debía ser. Él repuso que un hombre no se dejaba insultar, y yo le contesté que tenía razón, y que nunca bajo mi techo podría temer semejante cosa, pues allí los lares eran sagrados y las leyes de la hospitalidad omnipotentes. Grainger contestó que no era claudicación para la dignidad de su honor el reconocer que yo era un muchacho encantador. Al momento propuse beber a su salud.

Alguien fumaba, y todos nos pusimos a fumar; yo también, a pesar de lo que me repugnaba. Steerforth había pronunciado un discurso en mi honor, durante el cual me había conmovido casi hasta llorar. Le respondí expresando el deseo de que la presente sociedad comiera conmigo al día siguiente, y al otro, y todos los demás, a las cinco, con objeto de gozar de su compañía y de su conversación toda la velada.

Me sentí obligado a un brindis individual, y propuse beber a la salud de mi tía «miss Betsey Trotwood, el honor de su sexo».

Después, alguien se inclinaba por la ventana de mi alcoba y apoyaba su frente ardorosa contra las piedras de la balaustrada, recibiendo el viento en el rostro: era yo. Me dirigía a mí mismo, llamándome Copperfield y me decía: «¿Por qué has fumado? Ya sabes que no puedes hacerlo». Después alguien que no está muy seguro sobre sus piernas se mira al espejo. También soy yo. Me encuentro muy pálido; con la mirada vaga y los cabellos (sólo los cabellos) que parecen borrachos.

Alguien me dice: «Vamos al teatro, Copperfield». Ya no veo la alcoba, sólo veo la mesa cubierta de vasos; la lámpara; Grainger a mi derecha, Markhan a mi izquierda, y Steerforth enfrente, todos sentados como en una niebla lejana. «¿Al teatro? ¡Sin duda! ¡Eso es! ¡Vamos! Dispensadme si salgo el último para apagar la luz; no sea que cause un incendio.»

Sin duda a causa de alguna confusión en la oscuridad, la puerta había desaparecido y yo la buscaba en las cortinas de la ventana, cuando Steerforth, riendo, me agarró de un brazo y me sacó fuera. Bajamos las escaleras uno tras otro. Cerca del final, alguien se cayó y rodó hasta el portal. Alguien dijo que había sido Copperfield. Yo estaba indignado de aquella falsa noticia, hasta el momento en que, encontrándome en el suelo, empecé a creer que quizá tenía

algún fundamento aquella suposición.

Era una noche de niebla espesa, con grandes aureolas alrededor de los faroles de la calle. Oí decir vagamente que llovía; pero a mí me parecía que helaba. Steerforth me sacudió un poco debajo de un farol, me puso el sombrero, que alguien había sacado de no sé dónde ni cómo, pues antes no lo tenía, y me preguntó: «¿Cómo lo encuentras, Copperfield?», y yo le respondí: «Mejor que nunca».

Un hombre embutido en una taquilla apareció tras la niebla y recibió dinero de alguien, al mismo tiempo que preguntaba si habían pagado por mí; pareció dudar (a lo que puedo recordar de aquel instante rápido como un relámpago) si dejarme entrar o no, y un momento después estábamos sentados en lo alto de un teatro asfixiante. Nos asomamos al patio de butacas, que parecía echar humo; la gente amontonada allí se confundía a mis ojos. Había también un gran escenario, que parecía muy limpio y muy brillante cuando se venía de la calle, y además había gente que se paseaba y hablaba en él de algo, pero de una manera confusa. Había mucha luz, música, señoras en los palcos, y no sé qué más. Me parecía que todo el edificio tomaba una lección de natación al ver las oscilaciones extrañas con que todo se me escapaba cuando trataba de fijar la vista.

Ante la proposición de alguien, decidimos bajar a los primeros palcos, donde estaban las señoras. Vi a un señor vestido de etiqueta echado en un diván con los gemelos en la mano, y me vi también a mí mismo de pie ante un espejo.

Me introdujeron en un palco, donde me di cuenta de que hablaba mientras me sentaba, y que a mi alrededor gritaban: «¡Silencio!» a alguien; vi que las señoras me lanzaban miradas de indignación y... ¿qué?... ¡Sí!... Agnes, sentada delante de mí en el mismo palco, al lado de un señor y de una señora que yo no conocía. Ahora veo su rostro seguramente mucho mejor que cuando lo vi entonces, volverse hacia mí con una expresión inolvidable de asombro y pena.

—¡Agnes! —dije temblando—. ¡Dios mío, Agnes!

—¡Chsss!, te lo ruego —me respondió sin que yo pudiera comprender por qué—. Molestas a la gente; mira a la escena.

Traté, según me ordenaban, de ver y oír algo de lo que sucedía; pero fue inútil. La miré de nuevo y la vi ocultarse en un rincón y apoyar la frente en su mano enguantada.

—Agnes —le dije—, me parece que no estás bien.

—Sí, sí; no te preocupes por mí, Trotwood —replicó ella—; escúchame:

¿te vas a marchar pronto?

—¿Si me marchó pronto? —repetí.

—Sí.

Tuve la estúpida intención de contestar que la esperaría para darle el brazo en las escaleras, y supongo que debí decirle algo, pues después de mirarme atentamente un momento pareció comprender y replicó en voz baja:

—Sé que harás lo que te pida, si te digo que me interesa mucho. Vete ahora mismo, Trotwood, por cariño a mí; ruega a tus amigos que te acompañen a tu casa.

Su presencia había producido ya bastante efecto sobre mí para que me sintiera avergonzado a pesar de mi cólera, y con un corto «buesches» (que quería decir buenas noches) me levanté y salí. Steerforth me siguió, y me pareció que no había dado más que un paso desde la puerta del palco a la de mi habitación, donde me encontré solo con él. Me ayudó a desnudarme, mientras yo le decía, alternativamente, que Agnes era mi hermana y que le rogaba que me trajera el sacacorchos para abrir otra botella.

Alguien pasó la noche en mi cama diciendo y haciendo sin cesar las mismas cosas, en un sueño febril; la cama parecía un mar agitado, que no se calmaba nunca. Después, cuando poco a poco fui encontrándome a mí mismo, empecé a sentirme la garganta seca, la piel ardorosa, y me parecía que mi lengua era el fondo de un puchero vacío que se estuviese calentando a fuego lento y que las palmas de mis manos eran dos planchas de metal ardiendo que ni el hielo podrían refrescar.

¡Qué agonía de espanto, qué remordimiento, qué vergüenza sentí cuando recobré conciencia al día siguiente! ¡Qué horror pensar las mil tonterías que habría cometido sin darme cuenta y que ya no podría reparar nunca! ¡El recuerdo de aquella inolvidable mirada de Agnes; la imposibilidad en que me encontraba de tener una explicación con ella, puesto que ni siquiera sabía (era un animal) ni por qué había venido a Londres ni dónde paraba; el asco que me causaba la vista de la habitación en que había tenido lugar el festín; el olor del tabaco; los vasos todavía sucios; el dolor de cabeza que tenía, que me impedía salir y casi levantarme! ¡Qué día!

Y ¡qué noche cuando, sentado al lado del fuego, saboreando lentamente una taza de caldo de cordero cubierta de grasa, pensaba que tomaba el mismo camino que mi predecesor y que le sucedería en su triste suerte igual que en su habitación! ¡Tenía muchas ganas de irme corriendo a Dover con mi tía para hacer confesión general!

¡Qué noche cuando mistress Crupp vino a llevarse la taza de caldo y me

trajo, en un plato, un riñón, un solo riñón, como único resto (según decía) del festín de la víspera. Estuve a punto de caer sobre su seno de nanquín y de exclamar en mi arrepentimiento sincero: «¡Oh mistress Crupp, mistress Crupp; no me hable de los restos, que soy muy desgraciado!».

Lo que únicamente me detuvo en aquel impulso del corazón fue que no estaba muy seguro de que mistress Crupp fuera precisamente la mujer en quien poder depositar la confianza.

## Capítulo 5

### El ángel bueno y el ángel malo

A la mañana siguiente de aquel deplorable día de dolor de cabeza, de mareos y de arrepentimiento, iba a salir, sin acordarme ya bien de la fecha del festín, como si un escuadrón de titanes hubiera lanzado la antevíspera en un pasado de muchos meses, cuando vi a un muchacho que subía con una carta en la mano. No se daba mucha prisa para ejecutar su misión; pero cuando me vio mirarle desde lo alto de la escalera por encima de la barandilla echó a correr y llegó a mi lado tan sofocado como si llevara muchas horas sin parar.

—¿Míster T. Copperfield? —dijo tocándose el sombrero.

Estaba tan emocionado por la convicción de que aquella carta era de Agnes, que apenas podía contestar que era yo. Terminé, sin embargo, por decirle que yo era míster T. Copperfield, y no puso ninguna dificultad en creerme.

—Aquí está la carta, y espero contestación.

Lo dejé en el descansillo de la escalera y cerré la puerta al volver a entrar en casa; estaba tan conmovido, que me vi obligado a dejar la carta encima de la mesa al lado del desayuno para familiarizarme un poco con la letra antes de decidirme a romper el sobre.

Al leerla vi que era una carta muy cariñosa y que no hacía ninguna alusión al estado en que me había encontrado la antevíspera en el teatro. Decía únicamente:

Mi querido Trotwood:

Estoy en casa del apoderado de papá, míster Waterbrook, en Ely-place, Holborn. ¿Puedes venir a verme hoy? Estaré a la hora que me digas.

Siempre tu afectuosa, AGNES.

Tardé tanto en escribir una respuesta que me satisficiera algo, que no sé lo que el muchacho creería.

Estoy seguro de que hice lo menos media docena de borradores: Uno empezaba: «¿Cómo puedo esperar, mi querida Agnes, borrar nunca de tu memoria la impresión de asco...?». Al llegar ahí no estaba satisfecho y la rompí. Otra empezaba: «Ya Shakespeare hizo la observación, mi querida Agnes, de lo extraño que era que un hombre pueda meter a su propio enemigo en su boca...» . Pero ese hombre indefinido me recordó a Markhan, y no continué. Traté de hacer hasta poesía. Empecé una de seis sílabas: «¡Oh, no recordemos!...» ; pero aquello se parecía al «15 de noviembre», y me pareció un absurdo. Después de muchas tentativas escribí:

Mi querida Agnes:

Tu carta es como tú. ¿Qué más puedo decir en su favor? Iré a las cuatro. Con mucho cariño y

arrepentimiento, T. C.

Con esta misiva (que tan pronto como estuvo fuera de mis manos deseé recobrarla) partió, por último, el muchacho.

Si el día fuera la mitad de penoso para cualquiera de los profesionales empleados en el Tribunal de Doctores que lo fue para mí, creo sinceramente que expiarían con crueldad la parte que les toca de aquel viejo y rancio queso eclesiástico. Dejé la oficina a las tres y media; algunos minutos después vagaba por los alrededores de la casa de míster Waterbrook. Sin embargo, la hora fijada para mi cita había pasado hacía un cuarto de hora, según el reloj de Saint Andrew Hilborn, antes de que yo hubiera reunido el valor suficiente para llamar a la campanilla particular, a la izquierda de la puerta de míster Waterbrook.

Los negocios profesionales de míster Waterbrook se hacían en el piso bajo, y los de un orden más elevado (que eran muchos), en el primer piso. Me hicieron entrar en un bonito salón, un poco ahogado, donde encontré a Agnes haciendo punto.

Tenía una expresión tan serena y tan buena y me recordó tan vivamente los días de fresca y dulce inocencia que había pasado en Canterbury, en contraste con el miserable espectáculo de borrachera y vicio que le había presentado yo la antevíspera que, dejándome llevar de mi arrepentimiento y de mi vergüenza, me porté como un niño. Sí; tengo que confesarlo: me deshice en lágrimas, y todavía ahora no sé si al fin y al cabo fue lo mejor que podía haber hecho, o si me puse en ridículo.

—Si hubiera sido cualquier otra persona la que me hubiese visto en aquel

estado, Agnes —le dije, evitando mirarla—, no estaría ni la mitad de afligido; pero que fueras tú, ¡precisamente tú! ¡Ah! ¡Habría preferido morirme!

Ella puso un instante su mano sobre mi brazo, y a aquel contacto me sentí consolado y animado y no pude por menos de llevar aquella mano a mis labios y besarla con agradecimiento.

—Siéntate y no te desesperes —dijo Agnes en tono cariñoso—. No te desesperes, Trotwood; si no puedes tener en mí completa confianza, ¿en quién vas a tenerla?

—¡Ah, Agnes! —contesté—. ¡Eres mi ángel bueno!

Ella sonrió casi con tristeza, y movió la cabeza.

—Sí, Agnes, mi ángel bueno, siempre mi ángel bueno.

—Si fuera eso verdad, Trotwood —repuso—, hay una cosa que le gustaría mucho a mi corazón.

La miré interrogando; pero figurándome lo que iba a decir.

—Me gustaría prevenirte contra tu ángel malo —me dijo mirándome con fijeza.

—Mi querida Agnes —empecé—, si te refieres a Steerforth...

—Precisamente, Trotwood —me contestó.

—Entonces, Agnes, te equivocas mucho. ¿Él ser mi ángel malo, ni el de nadie? Steerforth es para mí un guía, un apoyo, un amigo. Mi querida Agnes, sería una injusticia indigna de tu carácter benévolo juzgarle por el estado en que me has visto la otra noche.

—No le juzgo por el estado en que te vi la otra noche —replicó tranquilamente.

—Entonces ¿por qué?

—Por muchas cosas que son bagatelas en sí mismas, pero que en conjunto tienen gran importancia. Le juzgo en parte, Trotwood, por lo que tú mismo me has contado de él, y por tu carácter, y por la influencia que ejerce sobre ti.

Había siempre algo en la dulzura de su voz que parecía hacer vibrar en mí una cuerda que sólo respondía a aquel sonido. Era una voz de un tono grave siempre; pero cuando estaba emocionada, como ahora, tenía algo que me conmovía. Sentado y mirándola mientras bajaba los ojos hacia su labor, me parecía estarle todavía oyendo; y Steerforth, a pesar de toda mi admiración, se oscurecía ante aquel sonido.

—Es mucho atrevimiento en mí —dijo Agnes mirándome de nuevo—, que

vivo tan retirada y sé tan poco del mundo, darte un consejo tan decidido, y hasta tener una opinión tan definida; pero sé de lo que conviene, Trotwood; sé que es consecuencia del recuerdo de nuestra infancia común y del sincero interés que me inspira todo lo que te concierne. Eso me hace atrevida. Estoy segura de no equivocarme en lo que lo digo; estoy segura. Me parece que es otra persona, y no yo, quien te habla cuando te aseguro que es un amigo peligroso para ti.

Yo seguía mirándola y seguía escuchándola después de que hubiera terminado de hablar, y la imagen de Steerforth, aunque grabada todavía en mi corazón, se cubrió de nuevo con una nube sombría.

—No soy tan insensata que pretenda —dijo Agnes volviendo a su tono de costumbre— que puedas cambiar de pronto de sentimientos ni de convicción, sobre todo tratándose de un sentimiento que nace de tu naturaleza confiada. Además, no es cosa que debas hacer a la ligera. Únicamente te pido, Trotwood, que, si te acuerdas alguna vez de mí... quiero decir —continuó con una dulce sonrisa, pues le iba a interrumpir y sabía muy bien por qué—, quiero decir que todas las veces que te acuerdes de mí te acuerdes también del consejo que te he dado. ¿Me perdonarás por todo esto?

—Te perdonaré, Agnes, cuando hagas justicia a Steerforth y te parezca tan bien como a mí.

—¿Y antes no? —dijo Agnes.

Vi pasar una sombra por su cara cuando nombré a Steerforth; pero pronto me devolvió su sonrisa, y recobramos la confianza de siempre.

—Y tú, Agnes, ¿cuándo me perdonarás aquella noche?

—Cuando no la recuerdes —dijo Agnes.

Quería así apartar el recuerdo; pero yo estaba demasiado preocupado para consentirlo, e insistí en contarle cómo había llegado a rebajarme de aquel modo, y desarrollé ante ella la cadena de circunstancias, de las que el teatro sólo había sido, por decirlo así, el último eslabón. Fue un gran descanso para mí, y al mismo tiempo me daba ocasión para extenderme elogiando todo lo que debía a Steerforth y los cuidados que se había tomado por mí cuando yo no era capaz de cuidarme de mí mismo.

—No olvides —dijo Agnes, cambiando tranquilamente de conversación cuando terminé— que te has comprometido a contarme, no solamente tus penas, sino también tus pasiones. ¿Quién ha sucedido a miss Larkins, Trotwood?

—Nadie, Agnes.

—Alguien, Trotwood —dijo Agnes riendo y amenazándome con un dedo.



—No, Agnes; palabra de honor. En realidad, en casa de mistress Steerforth hay una señora que tiene mucho espíritu y con la cual me gusta charlar: miss Dartle... ; pero no la quiero.

Agnes se echó a reír de su ocurrencia y me dijo que si continuaba siendo mi confidente iba a escribir un pequeño diario de mis enamoramientos violentos, con la fecha de su nacimiento y de su fin, como las tablas de reinos en la historia de Inglaterra. Después de esto me preguntó si había visto a Uriah.

—¿Uriah Heep? No. ¿Está en Londres?

—Viene todos los días aquí a las Oficinas del piso bajo —replicó Agnes—. Estaba ya en Londres ocho días antes que yo. Temo que sea para algún asunto desagradable, Trotwood.

—¿Algún asunto que te preocupa? Agnes, ¿de qué se trata?

Agnes dejó su labor y me contestó, cruzando las manos y mirándome de un modo pensativo con sus hermosos ojos dulces:

—Creo que va a entrar como asociado de mi padre.

—¿Quién? ¿Uriah? ¿Habrá conseguido el miserable, con sus bajezas, deslizarse hasta un puesto semejante? —exclamé con indignación—. ¿Y no has tratado de impedirlo, Agnes? Piensa en las relaciones que tendrán que seguir. Hay que hablar; no se le puede dejar a tu padre dar un paso tan imprudente; hay que impedirlo, Agnes, mientras sea posible.

Agnes me miraba, y volvió la cabeza, sonriendo débilmente, al ver mi excitación. Después respondió:

—¿Recuerdas nuestra última conversación a propósito de papá? Fue poco tiempo después, dos o tres días quizá, cuando me dejó vislumbrar por primera vez lo que te digo ahora. Era muy triste verle luchar contra su deseo de hacerme creer que era un asunto de su libre elección y el trabajo que le costaba ocultarme que se veía obligado a ello. Estuve muy triste.

—¡Obligado, Agnes! ¿Qué es lo que le obliga?

—Uriah —respondió después de titubear un momento— se las ha arreglado para hacerse el indispensable. Es listo y está alerta. Ha adivinado las debilidades de mi padre, las ha animado y se ha aprovechado de ellas; en fin, si quieres que te diga todo lo que pienso, Trotwood, papá le tiene miedo.

Vi claramente que habría podido decirme más; que sabía o adivinaba más; pero no quise causarle la tristeza de interrogarla; pues sabía que si callaba era por cariño a su padre; sabía que desde hacía mucho tiempo las cosas tomaban aquel camino; sí, reflexionando, no podía disimular que hacía mucho tiempo

que aquello se preparaba, y guardé silencio.

—Su influencia sobre papá es muy grande —dijo Agnes—; le demuestra mucha humildad y agradecimiento; quizá sea verdad... ; así lo espero; pero, en realidad, se ha colocado en una situación que le da mucha fuerza, y temo que se aprovechará de ella sin compasión.

Dije, indignado, que era un canalla, y por el momento aquello me calmó.

—En el momento de que hablo, cuando mi padre me hizo esa confidencia —prosiguió Agnes—, Uriah le había dicho que tenía que dejarle; que lo sentía; que era una cosa que le causaba mucha pena, pero que le hacían muy buenas ofertas. Papá estaba más abatido y agobiado por las preocupaciones que nunca, y parece ser que le tranquiliza mucho ese expediente de asociación, aunque al mismo tiempo está como herido y humillado.

—¿Y cómo recibiste tú la noticia, Agnes?

—Espero haber hecho lo que debía, Trotwood. Estaba segura de que era necesario para la tranquilidad de papá que se llevara a cabo ese sacrificio; por lo tanto, le he rogado que lo haga: le he dicho que sería un peso mucho menor para él... ¡ojalá haya dicho la verdad!... y que eso nos proporcionaría más ocasiones que nunca de estar juntos. ¡Oh, Trotwood! —exclamó Agnes cubriéndose el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas—. Casi me parecía que obraba como enemiga de mi padre más que como una hija cariñosa, pues estoy convencida de que los cambios que hemos observado en él sólo provienen de su abnegación por mí. Sé que se ha estrechado el círculo de sus deberes y de sus afectos, sólo para concentrarlos en mí. Sé todas las privaciones que se ha impuesto por mí, y que todas las preocupaciones que han ensombrecido su vida y enervado sus fuerzas y su energía han sido por concentrar todos sus pensamientos en mí sola. ¡Ah, si pudiera repararlo todo! ¡Si pudiera llegar a levantarle, lo mismo que he sido la causa inocente de su declive!

Nunca había visto llorar a Agnes. Había visto lágrimas en sus ojos cada vez que yo llevaba un premio nuevo del colegio; también las había visto la última vez que hablamos de su padre; y la había visto ocultar su dulce rostro cuando nos habíamos separado, pero nunca había sido testigo de una pena semejante. Estaba tan triste que no sabía decirle más que niñerías como esta: «Te lo ruego, Agnes, te lo ruego; no llores, hermana mía».

Pero Agnes era demasiado superior a mí por su carácter y constancia (lo sé ahora, aunque entonces no sé si me daba cuenta) para necesitar mucho tiempo mis ruegos. La serenidad angelical de sus modales, que la ha marcado en mis recuerdos con sello tan distinto al de todas las demás criaturas, reapareció pronto, como cuando una nube se borra en un cielo sereno.

—Probablemente no continuaremos solos mucho tiempo —dijo Agnes—, y puesto que ahora tengo ocasión, permíteme que te pida, Trotwood, que estés amable con Uriah. No lo rechaces. No le quieras mal, como sé que estás dispuesto a hacerlo habitualmente, porque vuestros caracteres no simpatizan.

Quizá no le hacemos justicia, pues no sabemos nada positivo de él; en todo caso, piensa siempre en papá y en mí.

Agnes no tuvo tiempo de decirme más, pues la puerta se abrió y mistress Waterbrook, una señora muy grande, o que llevaba un traje muy grande, no lo sé, pues no podía darme cuenta de dónde terminaba el traje y empezaba la señora, entró. Tenía el vago recuerdo de haberla visto en el teatro como si hubiera pasado ante mí en una linterna mágica mal alumbrada; pero ella parecía acordarse perfectamente de mí, y todavía sospechaba que seguía embriagado.

Descubriendo, sin embargo, poco a poco que estaba sereno, y creo también que dándose cuenta de que era un joven bien educado, mistress Waterbrook se comportó conmigo de buenas maneras y empezó a preguntarme si paseaba mucho por los parques; después, si frecuentaba la sociedad. Ante mi respuesta negativa a las dos preguntas, noté que empezaba a perder interés para ella; sin embargo, puso muy buena voluntad en disimularlo, y me invitó a comer al día siguiente. Yo acepté la invitación y me despedí de ella. Al salir pregunté por Uriah en las oficinas; no estaba, y dejé mi tarjeta.

Cuando al día siguiente llegué a la hora de comer y la puerta de la calle se abrió, me encontré sumergido en un baño de vapor, perfumado de olor de cordero, que me hizo adivinar que no iba a ser yo el único invitado. Además, reconocí al muchacho que me había llevado la carta, ahora revestido de librea y puesto a la entrada de la escalera para ayudar al criado a anunciarnos. Observé que hacía lo posible para fingir que no me conocía, cuando me preguntó mi nombre confidencialmente; pero me había reconocido muy bien, y los dos estábamos violentos: ¡cosas de la conciencia!

Conocí a míster Waterbrook, un caballero de mediana edad, con el cuello muy corto y el de la camisa muy ancho; no le faltaba más que tener la nariz negra para ser todo el retrato de un perro de presa. Me dijo que tenía una gran satisfacción en conocerme, y en cuanto me hube puesto a los pies de mistress Waterbrook, me presentó con mucha ceremonia a una señora imponente, vestida con un traje de terciopelo negro, con una gran toca también de terciopelo negro en la cabeza: en una palabra, la tomé por una parienta próxima de Hamlet, su tía por ejemplo.

Se llamaba mistress Spiker; su marido también estaba allí, y tenía un aspecto tan glacial, que sus cabellos me parecían que no eran grises, sino que estaban cubiertos de escarcha. Todos demostraban la mayor deferencia a la

pareja Spiker. Agnes me dijo que la causa provenía de que míster Henry Spiker era el abogado de alguien o de algo, no sé qué, que tenía alguna relación con «la Tesorería».

Encontré a Uriah Heep vestido de negro en medio de la gente. Me dijo lleno de humildad, cuando le estreché la mano, que estaba orgulloso de que me ocupara de él y que realmente se sentía muy agradecido por mi amabilidad. Yo habría preferido menos emoción, pues, en el exceso de su agradecimiento, no hizo más que rondar toda la noche a mi alrededor, y cada vez que me dirigía a Agnes estaba seguro de ver en un rincón sus ojos vidriosos y su rostro cadavérico que nos espiaba como un espectro.

Los otros invitados me parecieron estar helados como el vino. Uno de ellos, sin embargo, atrajo mi atención aún antes de que fuéramos presentados. Había oído anunciar a míster Traddles; mis pensamientos se volvieron inmediatamente hacia Salem-House. ¿Será Tomy, pensaba, aquel que dibujaba tantos esqueletos?

Esperé la entrada de míster Traddles con renovado interés. Y vi a un joven tranquilo, de aspecto grave y modales modestos, con los cabellos tiesos de un modo grotesco y los ojos grises demasiado abiertos; desapareció tan pronto en un rincón oscuro que me costó trabajo examinarlo. Por último, pude verle mejor, y, o mis ojos se engañaban mucho, o era mi antiguo y desgraciado Tomy.

Me acerqué a míster Waterbrook para decirle que me parecía tener el gusto de encontrar en su casa a un antiguo compañero.

—¿De verdad? —dijo míster Waterbrook, sorprendido—. Es usted demasiado joven para haber ido al colegio con míster Henry Spiker.

—¡Oh! No me refiero a él —respondí, Hablo de un caballero que se llama Traddles.

—¡Ah, sí, sí! —dijo mi anfitrión con mucho menos interés—. Es posible.

—Si es realmente la misma persona —dije mirando hacia Traddles—, hemos estado juntos en un colegio que se llamaba Salem-House; era un excelente muchacho.

—¡Oh, sí! Traddles es un buen muchacho —aprobó mi anfitrión, moviendo la cabeza con condescendencia—, Traddles es muy buen muchacho.

—En realidad, es una coincidencia muy curiosa.

—Tanto más porque está aquí por casualidad; ha sido invitado hoy por la mañana porque había un sitio de más en la mesa a consecuencia de la indisposición del padre de míster Spiker. Es un hombre muy bien educado el padre de míster Spiker, míster Copperfield.

Murmuré algunas palabras de asentimiento muy caluroso y verdaderamente meritorias por parte de un hombre que, como yo, nunca había oído hablar de él; y después pregunté cuál era la profesión de míster Traddles.

—Traddles —dijo míster Waterbrook— estudia para el foro; es muy buen muchacho, incapaz de hacer daño a nadie, de no ser a sí mismo.

—¿Y qué daño puede hacerse a sí mismo? —pregunté, contrariado por aquella noticia.

—Ya sabe usted —repuso míster Waterbrook haciendo un gesto y jugando con la cadena de su reloj con un aire de superioridad casi impertinente—. No creo que llegue nunca a nada. Estoy seguro, por ejemplo, de que nunca reunirá quinientas libras. Traddles me ha sido recomendado por uno de mis amigos de la profesión. ¡Ah, sí, sí! Ya lo creo que tiene talento para estudiar una causa y exponer claramente una cuestión por escrito; pero eso es todo. Yo tengo el gusto de cederle de vez en cuando algún asunto que para él no deja de tener importancia... ¡Ah, sí, sí!

Me chocaba mucho el aplomo con que míster Waterbrook pronunciaba de vez en cuando la expresión «sí, sí». El énfasis que ponía en ella era extraño: daba la impresión de un hombre que había nacido, no, como se dice vulgarmente, con una cucharilla de plata, sino con una escala, y que había subido uno tras otro todos los escalones de la vida, hasta que había podido lanzar desde lo alto de la fortaleza una mirada de filósofo y de superioridad sobre el pueblo que estaba en las trincheras.

Continuaba reflexionando sobre este asunto cuando anunciaron la comida. Míster Waterbrook ofreció su brazo a la tía de Hamlet; míster Henry Spiker, el suyo a mistress Waterbrook; Agnes, a quien yo tenía deseos de reclamar, fue confiada a un señor sonriente que tenía las piernas muy delgadas. Uriah, Traddles y yo, en nuestra categoría de juventud, bajamos los últimos sin ninguna ceremonia. De la contrariedad de no haber dado el brazo a Agnes me compensó el encontrar ocasión en la escalera de reanudar la amistad con Traddles, que se alegró mucho de verme, mientras Uriah se retorció a nuestro lado con una humildad y una satisfacción tan indiscretas, que yo tenía ganas de tirarle por el hueco de la escalera. Traddles y yo, en la mesa, acabamos cada uno en un rincón opuesto; él estaba perdido en el brillo deslumbrante de un traje de terciopelo rojo, y yo en el luto de la tía de Hamlet. La comida fue muy larga y la conversación giró por completo sobre la aristocracia de nacimiento, sobre lo que se llama «la sangre».

Mistress Waterbrook nos repitió varias veces que ella, si tenía alguna debilidad, era por «la sangre».

En varias ocasiones pensé que habríamos estado mucho mejor siendo

menos amables. Éramos tan exageradamente amables, que el círculo de la conversación resultaba muy limitado. Entre los invitados había un místico y mistress Gulpidge que tenían algo que ver (místico Gulpidge por lo menos), aunque no directamente, con los asuntos legales de la Banca; y entre la Banca y la Tesorería estábamos tan exclusivistas como la circular de la Cámara que no sabe salir de ahí. Para añadir atractivo a la cosa, la tía de Hamlet tenía el defecto de su familia, y se dedicaba constantemente a soliloquios sin ilación sobre todos los asuntos a que se aludía. A decir verdad, eran muy poco numerosos; pero como siempre recaían sobre «la sangre», tenía un campo casi tan vasto para sus especulaciones abstractas como su sobrino.

Parecíamos una partida de ogros; tan sangriento era el tono de la conversación.

—Confieso que soy de la opinión de mistress Waterbrook —dijo místico Waterbrook levantando el vaso de vino hasta los ojos—. Hay muchas cosas que están bien en su estilo, pero a mí denme «la sangre».

—¡Oh! No hay nada —observó la tía de Hamlet— tan satisfactorio, nada que se acerque más al bello ideal... de toda esta clase de cosas, hablando en general. Hay algunos espíritus vulgares (no muchos, me gusta creer, pero algunos) que prefieren postrarse ante lo que podríamos llamar ídolos, positivamente ídolos. Ante grandes servicios recibidos o grandes inteligencias. Pero eso son puntos intangibles; «la sangre» no lo es. Si vemos sangre en una nariz, la reconocemos; la vemos en una barbilla, y decimos: «Ahí está, eso es sangre»; es una cosa positiva, se puede tocar, y no admite dudas.

El caballero sonriente de las piernas delgadas que había dado el brazo a Agnes planteó la cuestión de una manera todavía más rotunda, según me pareció.

—¿Saben ustedes? —dijo aquel señor mirando a su alrededor con una sonrisa imbecil— «La sangre» es una cosa que no podemos deshacer; existe quieran o no. Hay jóvenes, ¿saben ustedes?, que pueden estar algo por debajo de su rango por su educación y sus modales, y que hacen tonterías, ¿saben ustedes?, y que se comprometen a sí mismos y a los demás, y todo esto... ; pero es delicioso reflexionar que hay «sangre» en ellos, ¿saben ustedes? Por mi parte, preferiría que me tirase al suelo un hombre de «sangre» a que me levantara uno que no lo fuese.

Esta declaración, que resumía admirablemente la esencia de la cuestión, tuvo mucho éxito y atrajo la atención de todos sobre el orador, hasta el momento de retirarse las señoras. Observé entonces que místico Gulpidge y místico Henry Spiker, que hasta entonces se habían mantenido recíprocamente a distancia, formaron una línea defensiva contra nosotros y cambiaron a través de la mesa un diálogo misterioso.

—Ese asunto de la primera fianza de cuatro mil quinientas libras no ha seguido el curso que se esperaba, Gulpidge —dijo míster Spiker.

—¿Se refiere usted al D. de A.? —dijo míster Spiker.

—Al C. de B. —dijo míster Gulpidge.

Míster Spiker frunció las cejas y pareció muy impresionado.

—Cuando le fue presentada la cuestión a lord... no necesito nombrarle... —dijo míster Gulpidge, interrumpiéndose.

—Comprendo —dijo míster Spiker—, N.

Míster Gulpidge hizo un signo misterioso.

—Cuando se la presentaron, su contestación fue: «O dinero o no hay libertad».

—¡Dios mío! —exclamó míster Spiker.

—«O dinero o no hay libertad» —repitió míster Gulpidge con fuerza—. El presunto heredero... ¿me entiende usted?

—«K» —dijo míster Spiker con una mirada de complicidad.

—K... entonces se negó positivamente a firmar. Le esperaron en Newmarker con ese objeto; pero él se negó a ello.

Míster Spiker estaba tan interesado, que parecía de piedra.

—Por el momento así han quedado las cosas —dijo míster Gulpidge echándose hacia atrás en la silla

—Nuestro amigo Waterbrook me perdonará que me explique en términos generales; pero es a causa de la magnitud de los intereses que intervienen.

Míster Waterbrook se sentía demasiado orgulloso (según me pareció) de que se trataran en su mesa, aunque sólo fuera por alusión, semejantes intereses y semejantes nombres, y tomó una expresión de gran inteligencia, aunque estoy seguro de que no había comprendido más que yo sobre el asunto que se estaba tratando. Además, aprobó en grado sumo la discreción que se observaba. Míster Spiker, después de haber recibido de su amigo míster Gulpidge una confidencia tan importante, deseaba, como es natural, corresponderle. Así, el diálogo precedente fue seguido de otro muy semejante, sólo que esta vez le tocaba a míster Gulpidge demostrar sorpresa. Después empezó él de nuevo, y míster Spiker se sorprendió a su vez, y así se siguieron turnando. Durante todo este tiempo los demás estábamos oprimidos por el interés tremendo que envolvía la conversación, y nuestro anfitrión nos miraba con orgullo, como a víctimas de un saludable respeto y admiración.

Por lo tanto, me puse muy contento cuando pude subir con Agnes y, después de charlar con ella en un rincón, la presenté a Traddles, que era tímido, pero simpático, y tan buena persona como siempre. Traddles se vio obligado a dejarnos temprano, pues partía a la mañana siguiente (para estar ausente un mes), de manera que no pude hablar con él todo lo que habría querido; pero nos prometimos, cambiando nuestras direcciones, proporcionarnos el gusto de vernos en cuanto él estuviera de vuelta en Londres. Se interesó mucho cuando supo que yo había encontrado a Steerforth y habló de él con tal entusiasmo, que le hice repetir delante de Agnes lo que pensaba; pero Agnes se contentó con mirarme y mover un poco la cabeza cuando estuvo segura de que sólo la veía yo.

Como estaba rodeada de gentes con las que no me parecía que podía estar muy a sus anchas casi me alegré cuando le oí decir que sólo podía continuar en Londres pocos días, a pesar de mi pena por perderla. La idea de aquella separación próxima me animó a quedarme hasta el fin de la velada.

Charlando con ella y oyendo su voz, que me recordaba toda la felicidad de mi vida en la vieja y grave casa que ella embellecía, habría podido continuar toda la noche; pero no habiendo excusa para permanecer allí cuando empezaron a apagar las luces, me vi obligado a marcharme, aunque muy en contra de mi voluntad. Entonces me di cuenta más que nunca de que era mi ángel bueno, y si al pensar en su dulce rostro y plácida sonrisa me parecían que eran los de un ángel que brillaba sobre mí, espero que me lo perdonará.

He dicho que todo el mundo se había retirado; pero debía haber exceptuado a Uriah, a quien no he incluido en esa denominación y que no se había alejado de nosotros en toda la noche. Bajó tras de mí las escaleras y salió poniéndose muy despacio en sus dedos de esqueleto los dedos todavía más largos de sus guantes, que parecían de un gran Guy Fawkes.

No me apetecía nada la compañía de Uriah; pero, recordando la súplica de Agnes, le pregunté si quería acompañarme a casa y tomar conmigo una taza de café.

—¡Oh!, ¿de verdad?, señorito Copperfield; dispéñeme, míster Copperfield —me contestó—; pero el llamarle del otro modo me viene tan naturalmente... ; no querría de ningún modo molestarle haciéndole llevar a su casa a una persona tan humilde como yo.

—No me molesta nada —contesté—. ¿Quiere usted venir?

—Tendré muchísimo gusto —contestó Uriah retorciéndose.

—Bien, entonces vamos —dije yo.

No podía por menos de estar con él algo brusco; pero no parecía darse



cuenta. Tomamos el camino más corto, sin hablar gran cosa en el trayecto, pues él llevó su humildad hasta el extremo de tardar en ponerse los guantes todo el camino.

La escalera estaba oscura, y le agarré de la mano para evitar que se diera un golpe; me parecía que había agarrado a un sapo, tan fría y húmeda la tenía; tanto, que estuve a punto de soltarla y huir. Agnes y la hospitalidad prevalecieron, sin embargo, y le conduje ante mi chimenea. Cuando encendí la luz cayó en arrebatos de admiración ante mis habitaciones; y cuando hice el café en un sencillo cacharro de estaño, que a mistress Crupp le gustaba muy particularmente para aquel use (quizá porque no estaba hecho para eso, sino para calentar el agua de afeitarse, y quizá porque había una cafetera de gran precio oxidándose en la despensa), manifestó tal emoción, que tuve ganas de vertérsela en la cabeza para escaldarle.

—¡Oh!, de verdad, señorito Copperfield... , quiero decir míster Copperfield —dijo Uriah—, verle sirviéndome es lo que menos me habría podido figurar nunca. Pero de un lado y de otro me suceden tantas cosas que nunca habría podido esperarme, dado lo humilde de mi situación, que me parece que las bendiciones llueven sobre mi cabeza. Quizá ha oído usted hablar de un cambio en mi porvenir, señorito Copperfield, ¡perdón!, quería decir míster Copperfield.

Al verle sentado en mi sofá, con sus largas piernas juntas sosteniendo la taza, con el sombrero y los guantes en el suelo, a su lado, y moviendo suavemente el azúcar; al verle con sus ojos de un rojo vivo, que parecían tener quemadas las pestañas, y las aletas de su nariz dilatándose y cerrándose como siempre cada vez que respiraba, y las ondulaciones de serpiente que corrían a lo largo de su cuerpo desde la barbilla hasta las botas, pensé que me era soberanamente antipático. Sentía verdadero malestar al verle en mi casa, y como era joven todavía, no tenía la costumbre de ocultar lo que sentía vivamente.

—Digo que habrá oído usted hablar con seguridad de un cambio en mi porvenir, señorito Copperfield, quería decir míster Copperfield —repitió Uriah.

—Sí, he oído hablar.

—¡Ah! —respondió con tranquilidad—. Ya me figuraba yo que miss Agnes lo sabía; me alegro mucho de saber que miss Agnes esté enterada. Gracias, señorito... míster Copperfield.

Tuve que contenerme para no tirarle a la cabeza mi calzador, que estaba allí al lado delante de la chimenea, para castigarle por haberme sonsacado un dato concerniente a Agnes, por insignificante que fuera; pero me contenté con

beberme el café.

—¡Qué buen profeta fue usted, míster Copperfield! —prosiguió Uriah—. Sí, amigo mío, ¡qué buen profeta ha sido usted! ¿No se acuerda cuando me dijo por primera vez que quizá llegara a ser asociado en los negocios de míster Wickfield y que entonces se llamaría Wickfield y Heep? Usted quizá no lo recuerde; pero cuando una persona es humilde, señorito Copperfield, conserva esos recuerdos como tesoros.

—Recuerdo haber hablado de ello —dije—, aunque, en realidad, no me parecía nada probable entonces.

—¿Y quién habría podido creerlo probable, míster Copperfield? —dijo Uriah con entusiasmo—. No sería yo. Recuerdo haberle dicho yo mismo en aquella ocasión que mi situación era demasiado humilde; y le decía verdaderamente lo que sentía.

Miraba al fuego con una mueca de poseído, y yo le miraba a él.

—Pero los individuos más humildes, señorito Copperfield, pueden servir de instrumento para hacer el bien. Yo, por ejemplo, me considero muy dichoso por haber podido servir de instrumento a la felicidad de míster Wickfield y espero poderle ser más útil todavía. ¡Qué hombre tan excelente, míster Copperfield; pero cuántas imprudencias ha cometido!

—Me apena mucho lo que me dice —le contesté, y no pude por menos de añadir significativamente —: me apena en todos los sentidos.

—Ciertamente, míster Copperfield —replicó Uriah—, en todos los sentidos. Y sobre todo a causa de miss Agnes. Usted no se acordará de su elocuente expresión, míster Copperfield; pero yo la recuerdo muy bien, cuando me dijo usted un día que todo el mundo debía de admirarla, y cómo le di yo las gracias por ello. Pero usted lo ha olvidado, no me cabe duda, míster Copperfield.

—No —dije secamente.

—¡Oh, cómo me alegro —exclamó Uriah— cuando pienso que es usted el primero que encendió una chispa de ambición en mi humilde persona, y que no lo ha olvidado! ¡Oh! ¿Me permite usted pedirle otra taza de café?

Había algo en el énfasis que había puesto al recordar «las chispas» que yo había encendido, algo en la mirada que me había lanzado al hablar de ello, que me hizo estremecer como si le hubiera visto de pronto el pensamiento al descubierto. Vuelto a la realidad por la pregunta que me hacía en un tono tan diferente, hice los honores del puchero de estaño, pero con una mano tan temblorosa, con un sentimiento tan repentino de mi impotencia para luchar contra él, y con tanta inquietud por lo que podría llegar a suceder, que estaba

seguro de que se daba cuenta.

No decía nada; movía su café y bebía un traguito; después se acariciaba la barbilla con su mano descarnada, miraba al fuego, lanzaba una ojeada a la habitación, me hacía una mueca que quería ser una sonrisa, se retorció de nuevo en su deferencia servil, movía y bebía el café de nuevo, y me dejaba que fuera yo quien reanudase la conversación.

—Así —le dije por último—, míster Wickfield, que vale más que quinientos como usted... o como yo (ni por mi vida creo que habría podido dejar de interrumpir aquella parte de la frase con un gesto de impaciencia), ¿ha cometido imprudencias, míster Heep?

—¡Oh! Muchísimas imprudencias, señorito Copperfield —repuso Uriah suspirando con modestia—, muchísimas, muchísimas. Pero haga el favor de llamarme Uriah; ¡que sea como en otros tiempos!

—Bien, Uriah —dije pronunciando el nombre con alguna dificultad.

—Gracias —contestó él con calor—, muchas gracias, señorito Copperfield. Me parece sentir la brisa y oír las campanas como en los días de mi juventud cuando le oigo llamarme Uriah. Pero ¡perdón! ¿Qué estaba yo diciendo?

—Hablaba usted de míster Wickfield.

—¡Ah, sí, es verdad! —contestó—. ¡Grandes imprudencias, míster Copperfield! Es un asunto al que no haría alusión delante de otra persona que no fuera usted. Y hasta con usted sólo puedo hacer una ligera alusión. Si cualquiera que no fuera yo hubiera estado en mi lugar desde hace unos años, en este momento tendría a míster Wickfield (¡oh, y es un hombre de valor, sin embargo, míster Copperfield!) le tendría en sus manos. «En sus manos» —dijo Uriah muy despacio y apretando sus manos de tal modo que la mesa y la habitación temblaron.

Si hubiera sido condenado a verle apretar con su horrible pie la cabeza de míster Wickfield creo que no habría podido odiarle más.

—Sí, sí, querido míster Copperfield —dijo en un tono que formaba el contraste más chocante con la presión de su mano—, no hay duda. Habría sido su ruina, su deshonor; no sé qué habría sido, y míster Wickfield no lo ignora. Yo soy el humilde instrumento destinado a servirle humildemente y él me ha elevado a una situación que yo no me habría atrevido a esperar nunca. ¡Cuánto tengo que agradecerle! Su rostro estaba vuelto hacia mí, pero no me miraba; quitó su mano de la mesa y frotó lentamente, con aire pensativo, su mandíbula descarnada, como si se afeitase.

Recuerdo la indignación que sentía al ver la expresión de aquel rostro astuto, que a la luz roja de la llama se preparaba a decir alguna cosa más.

—Míster Copperfield —me dijo—, ¿no le estaré entreteniéndolo?

—No es usted quien me entretiene; me acuesto siempre tarde.

—Gracias, míster Copperfield. He subido algunos grados en mi humilde situación desde los tiempos en que usted me conoció, es verdad; pero sigo lo mismo de humilde. Y espero serlo siempre. ¿No dudará usted de mi humildad si le hago una pequeña confidencia, míster Copperfield?

—¡Oh, no! —dije con esfuerzo.

—Gracias.

Sacó su pañuelo del bolsillo y empezó a restregarse las palmas de las manos.

—Miss Agnes, míster Copperfield...

—¿Sí, Uriah?

—¡Oh, qué alegría oírle llamarme Uriah espontáneamente! —exclamó dando un salto casi convulsivo—. ¿La ha encontrado usted muy bella esta noche, míster Copperfield?

—La he encontrado, como siempre, superior en todos los conceptos a cuantos la rodeaban.

—¡Oh, gracias! Es la verdad; muchas gracias por ello.

—Nada de eso —respondí con altanería—; no hay motivo para que me dé usted las gracias.

—Es que, míster Copperfield, la confidencia que voy a tomarme la libertad de hacerle se refiere a ella. Por humilde que yo sea (y frotaba sus manos más enérgicamente, mirándolas de cerca, y después mirando el fuego); por humilde que sea mi madre; por modesto que sea nuestro pobre hogar, no tengo inconveniente en confiarle mi secreto. Míster Copperfield, siempre he sentido ternura por usted desde el momento en que tuve la alegría de verle por primera vez en el coche. La imagen de miss Agnes habita en mi corazón desde hace muchos años. ¡Oh, míster Copperfield, si supiera usted el afecto tan puro que me inspira! ¡Besaría las huellas de sus pasos!

Creo que tuve por un momento la loca idea de coger de la chimenea las tenazas candentes y de correr tras de él; pero volvió a salir de mi cabeza como la bala del rifle; sin embargo, la imagen de Agnes ultrajada por la innoble audacia de los pensamientos de aquel animal rojo permanecía en mi pensamiento todo el tiempo mientras le miraba, sentado retorciéndose como si su alma hiciera daño a su cuerpo, y me daba vértigo. Me parecía que se agrandaba y se hinchaba ante mis ojos y que la habitación resonaba con los ecos de su voz; y el extraño sentimiento (que quizá no es extraño a todos) de

que aquello había sucedido ya antes en un tiempo indefinido y que sabía de antemano lo que iba a decirme, se apoderó de mí.

Me di cuenta a tiempo de que su rostro respiraba la confianza en el poder que tenía entre las manos, y aquella observación contribuyó más que todo lo demás, más que todos los esfuerzos que hubiera podido hacer, a recordarme la súplica de Agnes en toda su fuerza, y le pregunté, con una apariencia de tranquilidad que no me habría creído capaz un momento antes, si había comunicado sus sentimientos a Agnes.

—¡Oh no, míster Copperfield! —me contestó—. ¡Dios mío, no; no he hablado de esto a nadie más que a usted! Usted comprenderá que empiezo a salir apenas de la humildad de mi situación, y fundo en parte mi esperanza en los servicios que me verá hacer a su padre, pues espero serle muy útil, míster Copperfield. Ella verá cómo le facilito las cosas a ese buen hombre para mantenerle en el buen camino.

Ama tanto a su padre, míster Copperfield (¡y qué bella cualidad en una muchacha!), que espero que quizá llegue; por afecto a él, a tener alguna bondad conmigo.

Sondeaba la profundidad de su proyecto y comprendía por qué me lo confiaba.

—Si usted tuviera la bondad de guardarme el secreto, míster Copperfield —prosiguió— y sobre todo de no ir en contra mía, se lo agradecería como un favor enorme. Usted no querría causarme molestias.

Estoy convencido de la bondad de su corazón; pero como me ha conocido usted en una situación tan humilde (en la más humilde de las situaciones debiera decir, pues todavía es muy humilde), podría, sin querer, perjudicarme un poco respecto de mi Agnes. La llamo mía ¿sabe usted, míster Copperfield? porque hay una canción que dice: La llamaré mía... Y espero hacerlo pronto.

¡Querida Agnes! Ella, para quien no conocía yo a nadie digno de su corazón, tan amante y tan bueno, ¿era posible que estuviera destinada a ser la mujer de semejante ser?

—Por el momento no hay que apresurarse, ¿sabe usted, míster Copperfield? —continuo Uriah, mientras yo le veía retorcerse ante mí con aquellos pensamientos—. Mi Agnes es muy joven todavía, y mi madre y yo tenemos mucho camino que recorrer y muchas determinaciones que tomar antes de que eso sea por completo conveniente. Por lo tanto, habrá tiempo para familiarizarla con mis esperanzas a medida que se presenten las ocasiones. ¡Oh y cómo le agradezco su confianza! ¡Oh!, no sabe usted, no puede saber toda la tranquilidad que siento al pensar que comprende usted nuestra situación y que no quería perjudicarme con la familia llevándome la contraria.

Me cogió la mano, sin que yo me atreviera a negársela, y después de estrecharla en su «pata húmeda» miró el pálido cuadrante de un reloj.

—¡Dios mío! —dijo—, más de la una. El tiempo pasa tan deprisa en las confidencias entre antiguos amigos, míster Copperfield, que es casi la una y media.

Le respondí que creía que era más tarde, no porque lo creyera realmente, sino porque estaba harto y ya no sabía lo que decía.

—Dios mío —dijo reflexionando—; en la casa en que paro, una especie de hotel particular, cerca de New River, estará todo el mundo en la cama hace dos horas, míster Copperfield.

—Siento mucho no tener aquí más que una sola cama, y que...

—¡Oh!; no hable siquiera de la cama, míster Copperfield —respondió en tono suplicante levantando una de sus piernas—. Pero ¿tendría usted inconveniente en dejarme acostar en el suelo delante de la chimenea?

—Si es así —contesté—, tome mi cama y yo me acostaré delante del fuego.

Su negativa a aceptar mi ofrecimiento fue casi tan escandalosa, en el exceso de su sorpresa y de su humildad, como para penetrar en los oídos de mistress Crupp, que dormía en una habitación lejana, situada al nivel de la calle, y arrullada en su sueño probablemente por el tictac de un reloj implacable, al cual apelaba siempre cuando teníamos alguna discusión sobre cuestiones de puntualidad y que atrasaba tres cuartos de hora, aunque siempre lo ponía bien por la mañana y guiándose de las autoridades más competentes.

Ninguno de los argumentos que se me ocurrían en mi turbación causaba efecto sobre su modestia; por lo tanto, renuncié a persuadirle de que aceptase mi lecho; pero me vi obligado a improvisarle, lo mejor que pude, una cama cerca del fuego. El colchón del diván (exageradamente corto para aquel cadáver), los almohadones del diván, una colcha, el tapete de la mesa, un mantel limpio y un grueso gabán, todo esto componía un lecho, del que me estaba plenamente agradecido. Yo le presté un gorro de dormir, que se encasquetó al momento y con el que estaba tan horrible que nunca he podido ponérmelo yo después. Por último, le dejé descansar en paz.

¡Nunca olvidaré aquella noche! Nunca olvidaré la de vueltas que di en mi cama; la de veces que me desperté pensando en Agnes y en aquella criatura odiosa; la de veces que me preguntaba lo que podría y debería hacer; todo para llegar siempre a la conclusión de que lo mejor para la tranquilidad de Agnes era no hacer nada y guardar para mí lo que había sabido. Si me dormía un momento, la imagen de Agnes, con sus ojos tan dulces, y la de su padre

mirándola tiernamente, se presentaban ante mí suplicándome que les ayudase y llenándome de vagos temores. Cada vez que me despertaba la idea de que Uriah durmiera en la habitación de al lado me oprimía como una pesadilla y me hacía sentir sobre el corazón como un peso de plomo, como si tuviera de huésped al demonio.

Las tenazas candentes también me venían a la memoria en mis sueños sin poder desecharlas. Mientras estaba medio dormido y medio despierto me parecía que continuaban todavía rojas y que acababa de cogerlas para atravesarle con ellas el cuerpo. Esta idea me perseguía de tal modo que, aunque sabía que no tenía ninguna solidez, me deslizaba en la habitación de al lado para tener la seguridad de que estaba allí, en efecto, tendido, con las piernas extendidas hasta el otro extremo de la habitación, y roncando.

Debía estar constipado, y dormía con la boca abierta como un hurón; en fin, era, en realidad, muchísimo más horrible de lo que mi imaginación enferma se figuraba, y mi asco mismo hacía que me atrajera y me obligaba a volver poco más o menos cada media hora para mirarle. Así, aquella larga noche me pareció más lenta y más sombría que ninguna, y el cielo, cargado de nubes, se obstinaba en no dejar aparecer ninguna señal del día.

Cuando por la mañana temprano le vi bajar las escaleras (pues gracias al cielo no quiso quedarse a desayunar) me pareció como si la noche se marchara con él. Y al salir para el Tribunal de Doctores encargué a mistress Crupp muy particularmente que dejara las ventanas de par en par abiertas para que mi gabinete se airease bien y se purificara de su presencia.

## **Capítulo 6**

### **Caigo cautivo**

No volví a ver a Uriah Heep hasta el día de la partida de Agnes. Había ido a las oficinas de la diligencia para decirle adiós, y me encontré con que también él se volvía a Canterbury en la misma diligencia que ella. Sentía como una pequeña satisfacción al ver su chaqueta raída, demasiado corta de talle, estrecha y mal hecha, en unión de su paraguas, que parecía una tienda de campaña, plantados en el borde del asiento, en la parte trasera de la imperial, mientras que Agnes, como es natural, tenía su asiento en el interior; pero bien me merecía aquella pequeña revancha, aunque sólo fuera por el trabajo que me costaba estar amable con él mientras Agnes podía vernos. En la portezuela de la diligencia, lo mismo que en la comida de mistress Waterbrook, rondaba a nuestro alrededor sin cansarse, como un gran vampiro, devorando cada palabra

que yo decía a Agnes o que ella me decía a mí.

En el estado de confusión en que me había dejado su confianza de aquella noche había reflexionado mucho sobre las palabras que Agnes había empleado al hablar de la asociación: «Espero haber hecho lo que debía. Sabía que era necesario para la tranquilidad de papá que se llevara a cabo el sacrificio, y le he animado a consumarlo». Desde entonces me perseguía el presentimiento de que cedería a todo lo que quisieran y sacaría fuerzas para ejecutar cualquier sacrificio por cariño a su padre. Conocía su afecto por él, conocía su abnegación espontánea. Le había oído decir a ella misma que se creía la causa inocente de los errores de mister Wickfield, y que tenía contraído por ello una deuda que deseaba ardientemente pagar. Y no me consolaba el darme cuenta de la diferencia existente entre ella y el miserable personaje, con su chaqueta marrón, pues sentía que el mayor peligro estribaba precisamente en aquella diferencia, en la pureza y la abnegación del alma de Agnes y la bajeza sórdida de la de Uriah. Él también lo sabía, y sin duda lo tenía en cuenta en sus cálculos hipócritas.

Sin embargo, estaba tan convencido de que ni aun la perspectiva lejana de semejante sacrificio sería lo bastante para destruir la felicidad de Agnes, y estaba tan seguro, al verla, de que no sospechaba todavía que aquella sombra no había caído sobre ella aún, que lo mismo pensaba en enfadarme con ella como en advertirle del peligro que la amenazaba. Nos separamos, por lo tanto, sin la menor explicación; ella me hacía gestos y me sonreía desde la ventanilla de la diligencia para decirme adiós, mientras yo veía sobre la imperial a su genio del mal que se retorció de gusto, como si ya la tuviera entre sus garras triunfantes.

Durante mucho tiempo aquella última mirada con que los despedí no cesó de perseguirme. Cuando Agnes me escribió anunciándome su feliz llegada, su carta me encontró tan desesperado con aquel recuerdo como en el momento de su partida. Todas las veces que pensaba en ello estaba seguro de que aquella visión reaparecería redoblando mis tormentos. No dejaba de soñar una sola noche. Aquel pensamiento era como una parte de mi vida, tan inseparable de mi ser como mi cabeza de mi cuerpo.

Y tenía tiempo para torturarme a mi gusto, pues Steerforth estaba en Oxford, según me escribió, y yo, cuando no estaba en el Tribunal de Doctores, estaba casi siempre solo. Creo que empezaba ya a sentir cierta desconfianza de Steerforth. Contestaba a sus cartas de la manera más afectuosa; pero me parecía que al fin y al cabo no estaba descontento de que no pudiera venir a Londres por el momento. A decir verdad, supongo que, al no ser combatida la influencia de Agnes con la presencia de Steerforth, aquella influencia obraba sobre mí con tanta más potencia porque Agnes era la causa de mis preocupaciones.



Sin embargo, los días y las semanas transcurrieron. Ya había entrado de hecho en casa de míster Spenlow y Jorkins. Mi tía me daba noventa libras esterlinas al año, pagaba mi alojamiento y otros muchos gastos. Había alquilado mis habitaciones por un año, y aunque todavía las encontraba tristes por la tarde y se me hacían largas las veladas, había terminado por acostumbrarme a una especie de melancolía continua y por resignarme al café de mistress Crupp, y hasta a tragarlo no a tazas, sino a cubos, según recuerdo en aquel período de mi existencia. En aquella época fue cuando hice poco más o menos tres descubrimientos: primero, que mistress Crupp era muy propensa a una indisposición extraordinaria, que ella llamaba «espasmos», generalmente acompañados de inflamación en las fosas nasales, y que exigía como tratamiento un consumo perpetuo de menta; segundo, que debía de haber algo extraño en la temperatura de mi despensa, pues se rompían todas las botellas de aguardiente; y, por último, descubrí que estaba muy solo en el mundo, y me sentía profundamente inclinado a recordarlo en fragmentos de versificación inglesa.

El día de mi incorporación definitiva con míster Spenlow y Jorkins lo celebré invitando a los empleados de las oficinas a sándwiches y jerez y yendo por la noche yo solo al teatro. Fui a ver *El extranjero*, pensando que no desmerecía mi dignidad de pertenecer al Tribunal de Doctores el verla, y volví en tal estado, que no me reconocí en el espejo. Míster Spenlow me dijo que habría tenido mucho gusto en invitarme a pasar la velada en su casa de Norwood, en celebración de las relaciones que se establecían entre nosotros; pero que su casa estaba algo en desorden porque esperaba de un momento a otro la llegada de su hija, que había terminado su educación en París. Añadió, sin embargo, que cuando llegara su hija esperaba tener el gusto de recibirme. Yo sabía, en efecto, que era viudo, con una hija única, y le expresé mi agradecimiento.

Míster Spenlow cumplió fielmente su palabra, y quince días después me recordó su promesa, diciéndome que si quería hacerle el honor de ir a Norwood el sábado siguiente y quedarme hasta el lunes me lo agradecería mucho. Yo respondí, naturalmente, que estaba dispuesto a complacerle, y quedó convenido que me llevaría y me traería en su coche.

Cuando llegó aquel día, hasta mi equipaje era un objeto de veneración para los empleados subalternos, los cuales pensaban en la casa de Norwood como en un misterio sagrado. Uno de ellos me dijo que había oído contar que el servicio de mesa de míster Spenlow era exclusivamente de plata y porcelana de China y, además, que se bebía champán durante toda la comida como se bebe cerveza en otras partes. El viejo abogado de la peluca, que se llamaba míster Tiffey, había estado muchas veces en Norwood en el transcurso de su carrera y había podido entrar hasta el comedor, que describía como una

habitación de lo más suntuosa, tanto más porque había bebido en ella jerez de la Compañía de las Indias, de una calidad tan especial que causaba sorpresa.

El Tribunal de Doctores se ocupaba aquel día de un asunto atrasado: condenar a un panadero que se había negado a pagar el impuesto de adoquinado, y como la causa era dos veces más larga que Robinson Crusoe (según un cálculo que hice), aquello terminó algo tarde. Condenamos al panadero a mes y medio de prisión y a pagar daños y perjuicios; después de esto, el procurador del panadero, el juez y los abogados de ambas partes, que eran todos parientes, se fueron juntos hacia la ciudad, y míster Spenlow y yo nos fuimos en su faetón.

Era un coche muy elegante; los caballos levantaban la cabeza y movían las patas como si supieran que pertenecían al Tribunal de Doctores.

Había mucha competencia entre los doctores sobre cualquier cosa, y teníamos algunos coches muy cuidados, aunque yo siempre había considerado y consideraré que en mi época el gran artículo de competencia era el almidón de los cuellos, pues los procuradores hacían tal consumo de él que no creo que la naturaleza humana pudiera soportar más.

Por el camino íbamos muy contentos y míster Spenlow me dio algunos consejos relativos a mi profesión. Decía que era la profesión más distinguida del mundo y que no debía confundirse con el oficio de abogado, pues eran cosas completamente distintas, infinitamente más exclusiva, menos mecánica y de más provecho la de procurador. Tratábamos las cosas mucho más cómodamente allí que en ninguna parte, y esto hacía de nosotros una clase aparte, privilegiada. Me dijo que no podía por menos de reconocer el hecho desagradable de que casi siempre nos utilizaban los abogados; pero me dio a entender que eran una raza inferior de hombres, universalmente mirados de arriba abajo por todos los procuradores que se respetaban.

Pregunté a míster Spenlow qué negocios profesionales le parecían los mejores, y me dijo que una buena causa de testamento, donde se trate de un pequeño estado de treinta o cuarenta mil libras, era quizá lo mejor de todo. En un caso así, decía, no solamente hay a cada momento una buena cosecha de ganancias, por vía de argumentación, sino que además los papeles se van amontonando con los testimonios, los interrogatorios, los contrainterrogatorios (y no hay que decir nada si apelan primero a los delegados y después a los lores, pues como tienen asegurado el pago con el valor de la propiedad, ambas partes siguen con valor hacia adelante sin preocuparse del gasto). Después se lanzó a elogiar al Tribunal.

Decía que lo más digno de admirar en él era su concentración. Era el mejor organizado del mundo; se tenía todo a mano. Por ejemplo: llevaban una causa de divorcio, o una causa de restitución al Consistorio. Muy bien. Se intentaba

en el Consistorio, y se hacía como un juego en familia y con toda tranquilidad. Supongamos que no quedasen satisfechos con el Consistorio. ¿Qué se hace? Pues se lleva a los Arcos. ¿Y qué es el Tribunal de los Arcos? Pues el mismo Tribunal, en la misma habitación, con el mismo foro y los mismos consejeros, pero con otro juez; pero el del Consistorio puede ir allí cuando le conviene como abogado. Bien; allí vuelve a empezar el juego. ¿Todavía no se está satisfecho? Muy bien.

¿Qué se hace entonces? Pues lo pueden llevar a los delegados. ¿Y quiénes son los delegados? Pues verá usted. Los delegados eclesiásticos son los abogados sin causas, que han visto el juego de los dos Tribunales, que han visto dar las cartas, echarlas y cortarlas; que han hablado con todos los jugadores, y que después de esto se presentan como jueces completamente extraños al asunto para arreglarlo todo a la mayor satisfacción general. Los descontentos podrán hablar de la corrupción del Tribunal, de la insuficiencia del Tribunal, de la necesidad de reformas en el Tribunal; pero así y todo — terminó solemnemente míster Spenlow—, cuando el precio del trigo por áridos está alto, el Tribunal tiene más trabajo, y si un hombre sincero se pone la mano en el corazón, no podrá por menos de decir al mundo entero: «Si llega a tocarse al Tribunal de Doctores, se acabó el país».

Yo le escuchaba con atención, aunque debo confesar que tenía mis dudas respecto a que la nación tuviera tanto que agradecerles como míster Spenlow decía. Sin embargo, acepté respetuosamente sus opiniones. En cuanto a la gestión del precio del trigo, sentía modestamente que aquello estaba por encima de mi inteligencia. Todavía ahora no he podido comprenderlo, y muchas veces después, a través de mi vida, ha surgido para aniquilarme.

Todavía no sé lo que aquello tendría que ver conmigo ni con qué derecho se mezclaba en mis cosas; pero en cuanto mi antiguo conocido el «árido» aparecía en escena, podía dar el asunto por perdido.

Pero esto es una digresión; yo no era hombre para tocar el Tribunal de Doctores ni para revolucionar el país; humildemente expresé, con mi silencio, que asentía a todo cuanto había dicho mi superior en edad y conocimientos y nos pusimos a hablar de El extranjero, del drama en general y del tronco de caballos que nos arrastraba, hasta que llegamos ante la puerta de míster Spenlow.

La casa de míster Spenlow tenía un bonito jardín, y aunque no era buena época para verlo, estaba tan cuidado, que me entusiasmó totalmente. Era un sitio delicioso, con el césped, los árboles y aquella perspectiva de senderos que se perdían en la oscuridad de los arcos, cubiertos sin duda de flores y plantas trepadoras en la primavera. «Por aquí paseará miss Spenlow», pensé.

Entramos en la casa, que estaba alegremente iluminada, y me encontré en

un vestíbulo lleno de sombreros, gabanes, guantes, fustas y bastones.

—¿Dónde está miss Dora? —dijo míster Spenlow al criado.

«Dora, pensé, ¡qué nombre tan bonito!»

Entramos en una habitación (contigua al comedor en que el antiguo empleado había bebido jerez de la Compañía de las Indias) y oí que decían:

—Míster Copperfield: mi hija Dora y la amiga de confianza de mi hija.

No tenía duda; era la voz de míster Spenlow; pero yo no me daba cuenta, y además me tenía sin cuidado. Todo había terminado; mi destino estaba cumplido. Estaba cautivo y esclavo. Amaba a Dora Spenlow con locura.

Me pareció una criatura sobrehumana, un hada, una sílfide, no sé qué, algo que nunca había visto y que todos deseamos siempre. Desaparecí en un abismo de amor, sin detenerme en el borde, sin mirar adelante ni atrás; me lancé de cabeza antes de haber podido decirle una palabra.

—Ya conocía a míster Copperfield —me dijo otra voz muy conocida, cuando me inclinaba murmurando algo.

La que hablaba no era Dora, no; era su amiga de confianza, miss Murdstone.

No me sorprendí demasiado; había perdido la facultad de sorprenderme. ¡No había nada en la tierra ni en el mundo material que mereciese sorprenderme fuera de Dora Spenlow! Dije: «¿Cómo está usted, mis Murdstone? Espero que siga usted bien». Ella me contestó: «Muy bien». Y yo dije: «¿Cómo está míster Murdstone?». Y me contestó: «Mi hermano está en perfecta salud, muchas gracias».

Míster Spenlow, que se había sorprendido al ver que nos conocíamos mutuamente, dijo:

—Me alegro mucho, Copperfield, de ver que usted y miss Murdstone se conocen de antes.

—Míster Copperfield y yo —dijo miss Murdstone con severa compostura — nos conocemos desde los días de su infancia. Las circunstancias nos han separado después, y yo no lo habría reconocido.

Yo contesté que la habría reconocido en cualquier parte, y era verdad.

—Mis Murdstone ha tenido la bondad —me dijo míster Spenlow— de aceptar el oficio, si puedo llamarlo así, de amiga de confianza de mi hija Dora. Mi hija tiene la desgracia de haber perdido a su madre, y miss Murdstone se dedica a acompañarla y protegerla.

Pensé que miss Murdstone, como esas pistolas de bolsillo que llaman

«protectoras», estaba más hecha para atacar que para defender; pero aquella idea no hizo más que atravesar rápidamente por mi espíritu, como todas las que no se relacionaban con Dora, a quien no dejaba de mirar; y me pareció ver en sus gestos monísimos, un poco tercos y caprichosos, que no estaba muy dispuesta a poner su confianza en aquella compañera y protectora. Pero sonó una campana, y míster Spenlow dijo que era la primera llamada para la comida, y me condujo a mi habitación por si quería arreglarme.

La idea de vestirme, de hacer algo, de moverme siquiera, en aquel estado de amor, habría sido ridícula. No pude más que sentarme ante el fuego, con la llave del maletín en la mano, y pensar en lo encantadora, en lo chiquilla, en los ojos brillantes que tenía la deliciosa Dora. ¡Qué figura, qué rostro, qué gracia la de sus movimientos!

La campana sonó tan pronto, que apenas tuve tiempo de ponerme de cualquier modo el traje. ¡Yo, que hubiera querido poner especial cuidado en semejantes circunstancias! En el comedor había algunas personas, y Dora hablaba con un caballero de cabellos blancos. A pesar de la blancura de sus cabellos y de sus biznietos, él mismo confesaba que era bisabuelo, estaba horriblemente celoso de él.

¡Qué estado de espíritu aquel en que estaba sumergido! ¡Sentía celos de todo el mundo! No podía soportar la idea de que nadie conociese a míster Spenlow mejor que yo. Era una tortura para mí el oír hablar de sucesos en los que yo no había tomado parte. A un señor completamente calvo, de cabeza reluciente y muy amable, se le ocurrió preguntarme, a través de la mesa, si era la primera vez que veía el jardín. En mi cólera feroz y salvaje, no sé lo que habría hecho.

A los demás invitados no los recuerdo; sólo recuerdo a Dora. No tengo idea de lo que comimos; sólo vi a Dora. Creo verdaderamente que me alimenté de Dora, pues rechacé media docena de platos sin tocarlos. Estaba sentado a su lado, y le hablaba; ella tenía la voz más dulce, la risa más alegre, los movimientos más encantadores y más seductores que hayan esclavizado nunca a un pobre muchacho loco.

En ella todo era diminuto, y eso me parecía que la hacía todavía más preciosa.

Cuando dejó el comedor con miss Murdstone (no había allí más señoras), caí en un dulce ensueño, turbado sólo por la viva inquietud de que miss Murdstone le hablase mal de mí. El señor amable y calvo me contó una larga historia de horticultura, según creo. Me pareció que le oía repetir muchas veces «mi jardinero», y hacía como que le prestaba la mayor atención; pero en realidad erraba durante aquel tiempo por el jardín del Edén con Dora. Mis temores de ser perjudicado ante ella se reanudaron, cuando volvimos al salón,

al ver el rostro sombrío de miss Murdstone. Pero me tranquilicé de una manera inesperada.

—David Copperfield —dijo miss Murdstone haciéndome una seña para que me acercara con ella a una ventana—, ¡una palabra!

Me encontré frente a miss Murdstone.

—David Copperfield —me dijo miss Murdstone—, no tengo necesidad de extenderme sobre nuestras circunstancias familiares; el asunto no es tentador.

—Muy lejos de ello, señorita —repliqué.

—Muy lejos de ello —repitió miss Murdstone—. No tengo ningún deseo de recordar querellas pasadas ni injurias olvidadas. He sido insultada por una persona, una mujer, siento decirlo por el honor del sexo, y como no podría hablar de ella sin desprecio y sin asco, prefiero no mencionarla.

Estuve a punto de acalorarme defendiendo a mi tía. Pero me contuve y le dije que, en efecto, sería más delicado el no, aludir a ello, y añadí que no consentiría oír hablar de mi tía más que con respeto, y de no ser así, tomaría su defensa.

Miss Murdstone cerró los ojos, inclinó la cabeza con desdén y, después, volviendo a abrirlos lentamente, repuso:

—David Copperfield, no trataré de ocultarle que la opinión que tengo de usted es muy desfavorable desde su infancia. Quizá me he equivocado, o usted ha dejado de justificar esa opinión; por el momento, no se trata de eso. Formo parte de una familia notable, así lo creo, por su firmeza, y no soy persona a quien cambie las circunstancias. Puedo tener mi opinión sobre usted, como usted puede tenerla sobre mí.

Incliné la cabeza a mi vez.

—Pero no es necesario —dijo miss Murdstone— que hagamos aquí gala de esas opiniones. En las circunstancias actuales vale más para todos que no sea así. Puesto que las casualidades de la vida nos han acercado de nuevo y que otras ocasiones semejantes pueden presentarse, soy de la opinión de que nos tratemos uno a otro como simples conocidos. Nuestro parentesco lejano es razón suficiente para explicar esa clase de relaciones, y es inútil ponernos en evidencia. ¿Es usted de la misma opinión?

—Miss Murdstone —repliqué—, opino que míster Murdstone y usted se han portado conmigo cruelmente y que han tratado a mi madre con mucha dureza; conservaré esta opinión mientras viva. Pero comparto plenamente lo que me propone.

Miss Murdstone cerró de nuevo los ojos e inclinó otra vez la cabeza;

después, tocando el reverso de mi mano con sus dedos rígidos y helados, se alejó arreglando las cadenitas que llevaba en los brazos y en el cuello; las mismas, y en el mismo estado exactamente, que la última vez que la había visto. Entonces, pensando en el carácter de miss Murdstone, recordé las cadenas que ponen en las puertas de las prisiones para anunciar a todo transeúnte lo que debe esperarse encontrar dentro.

Todo lo que sé del resto de la velada es que oí a la soberana de mi corazón cantar maravillosas baladas francesas cuyos significados eran, por lo general, que en todo momento había que bailar ¡tralalá, tralalá! Se acompañaba de un instrumento mágico, que parecía una guitarra. Yo estaba sumergido en un delirio de bienaventuranzas. Rechacé todo refresco. El ponche en particular me repugnaba. Cuando miss Murdstone se acercó para llevársela, me sonrió y me tendió su encantadora mano. Yo lancé por casualidad una mirada a un espejo, y vi que tenía todo el aspecto de un imbécil, de un idiota. Volví a mi habitación en completo estado de imbecilidad, y me levanté al día siguiente sumergido todavía en el mismo éxtasis.

Hacía un día hermoso, y como me había levantado muy temprano, pensé que podría pasearme por una de aquellas avenidas alimentando mi pasión con su recuerdo. Al atravesar el vestíbulo me encontré a su perrito; se llamaba Jip, diminutivo de Gipsy. Me acerqué a él con ternura, pues mi amor se extendía hasta él; pero me enseñó los dientes y se refugió debajo de una silla, gruñendo, sin permitirme la menor familiaridad.

El jardín estaba fresco y solitario; yo me paseaba pensando en la felicidad que sentiría si llegara alguna vez a ser novio de aquella maravillosa criatura. En cuanto al matrimonio, o a la fortuna, creo que estaba tan alejado de todo pensamiento de aquel género como en los tiempos en que amaba a la pequeña Emily. Llegar a poder llamarla Dora, a escribirle, a amarla, a adorarla, a creer que ella no me olvidaba, aunque estuviera rodeada de otros amigos, era para mí el máximo de la ambición humana. No hay duda de que yo era entonces un pobre muchacho ridículo y sentimental; pero aquellos sentimientos demostraban tal pureza de corazón que me impiden despreciar absolutamente su recuerdo, por risible que me parezca hoy.

Me paseaba hacía poco rato, cuando a la vuelta de un sendero me encontré con Dora. Todavía enrojeczo de pies a cabeza al recordarlo y la pluma me tiembla entre los dedos.

—Sale... usted muy temprano, miss Spenlow —le dije.

—¡Oh! Me aburro en casa; miss Murdstone es tan absurda. Tiene las ideas más extrañas sobre la necesidad de que la atmósfera esté bien purificada antes de que yo salga. ¡Purificada! (Aquí se echó a reír con la risa más melodiosa.) Los domingos por la mañana no estudio, y algo tengo que hacer. Anoche le

dije a papá que estaba decidida a salir. Además, es el momento más hermoso del día, ¿no cree usted?

Emprendí el vuelo aturdidamente y le dije, o mejor dicho balbucí, que el tiempo me parecía magnífico en aquel momento; pero que hacía un instante me parecía muy triste.

—¿Es un cumplido —dijo Dora—, o es que el tiempo ha cambiado en realidad?

Contesté, balbuciendo más que nunca, que no era un cumplido, sino la verdad, aunque no había observado el menor cambio en el tiempo; me refería únicamente al que se había producido en mis sentimientos, añadí tímidamente, para terminar la explicación.

Nunca he visto bucles semejantes a los que entonces sacudió Dora para ocultar su rubor; pero no es extraño que no los hubiera visto, pues no había bucles semejantes en el mundo. En cuanto al sombrero de paja con cintas azules que coronaba aquellos bucles, ¡qué tesoro tan inestimable para colgar en mi habitación de Buckingham-Street, si lo hubiera tenido en mi poder!

—¿Llega usted de París? —le dije.

—Sí —respondió—. ¿Ha estado usted allí alguna vez?

—No.

—¿Irá usted pronto? ¡Le gustará tanto!

Mi fisonomía expresó un profundo sufrimiento. No podía resignarme a pensar que esperaba verme marchar a París, que suponía que podría tener siquiera la idea de ir. ¡Mucho me importaba a mí París y Francia entera! Me sería imposible, en las circunstancias actuales, abandonar Inglaterra ni por todos los tesoros del mundo. Nada podría decidirme. En resumen, dije tanto, que ella empezaba de nuevo a esconder la cara tras los bucles, cuando a lo largo del sendero llegó corriendo el perrito, para descanso nuestro.

Estaba horriblemente celoso de mí, y se obstinaba en ladrarme entre las piernas. Ella lo cogió en brazos ¡oh Dios mío! y le acarició, sin que dejara de ladrar.

No quería que yo le tocara, y entonces ella le pegó; mis sufrimientos aumentaban al ver los golpecitos que le daba en el hocico para castigarle, mientras él guiñaba los ojos y le lamía las manos, al mismo tiempo que continuaba gruñendo entre dientes en voz baja. Por fin se tranquilizó (¡ya lo creo, con aquella barbillita con hoyuelos apoyada en su hocico!) y tomamos el camino de la terraza.

—No tiene usted demasiada amistad con miss Murdstone, ¿verdad? —dijo



Dora—. ¡Querido mío!

(Estas dos últimas palabras se dirigían al perro. ¡Oh si hubiese sido a mí!)

—No —repliqué yo—; ninguna.

—Es muy fastidiosa —añadió haciendo un gestito—. Yo no sé en qué ha estado pensando papá para traerme de compañera a una persona tan insoportable. ¡No parece sino que necesita una que la protejan! ¡No seré yo! Jip es mucho mejor protector que miss Murdstone. ¿No es verdad, Jip, amor mío?

Él se contentó con cerrar los ojos descuidadamente, mientras ella besaba su cabecita.

—Papá le llama mi amiga de confianza; pero eso no es cierto, ¿verdad, Jip? No tenemos la intención de dar nuestra confianza a personas tan gruñonas, ¿no es verdad, Jip? Tenemos la intención de ponerla en quien nos dé la gana, y de buscarnos solos nuestros amigos, sin que nos los vayan a descubrir, ¿no es verdad, Jip?

Jip, en respuesta, hizo un ruido que se parecía bastante al de un puchero que hirviese. En cuanto a mí, cada palabra era un anillo que añadían a mi cadena.

—Es muy duro que porque no tengamos madre nos veamos obligados a arrastrar a una mujer vieja, fastidiosa, antipática, como miss Murdstone, tras de nosotros, ¿no es verdad, Jip? Pero no te preocupes, Jip, no le daremos nuestra confianza, y disfrutaremos todo lo que podamos a pesar suyo, y le haremos rabiar; es todo lo que podemos hacer por ella, ¿no es verdad, Jip?

Si aquel diálogo hubiera durado dos minutos más, creo que habría terminado por caer de rodillas en la arena, a riesgo de arañármelas y de que, además, me despidieran. Pero, afortunadamente, la terraza estaba cerca y llegamos al mismo tiempo que terminaba de hablar.

Estaba llena de geranios, y quedamos en contemplación ante las flores. Dora saltaba sin cesar para admirar una planta, y después otra; y yo me detenía para admirar las que ella admiraba. Dora, al mismo tiempo que se reía, levantaba al perro en sus brazos, con un gesto infantil, para que oliese las flores; si no estábamos los tres en el paraíso yo por mi parte lo estaba. El perfume de una hoja de geranio me da todavía ahora una emoción mitad cómica mitad seria, que cambia al instante la luz de mis ideas. Veo enseguida el sombrero de paja con las cintas azules sobre un bosque de bucles, y un perrito negro levantado por dos preciosos y finos brazos, para hacerle respirar el perfume de las flores y de las hojas.

Miss Murdstone nos buscaba. Nos encontró y presentó su mejilla absurda a

Dora para que besara sus arrugas, llenas de polvo de arroz; después cogió el brazo de su amiga de confianza y nos dirigimos a desayunar, como si fuéramos al entierro de un soldado.

Yo no sé el número de tazas de té que acepté porque era Dora quien lo había hecho; pero recuerdo perfectamente que consumí tantas que debían haberme destruido para siempre el sistema nervioso, si hubiera tenido nervios en aquella época. Un poco más tarde fuimos a la iglesia. Miss Murdstone se puso entre los dos; pero yo oía cantar a Dora, y no veía a nadie más. Hubo sermón (naturalmente sobre Dora... ) y me temo que eso fue todo lo que saqué en limpio del servicio divino.

El día pasó tranquilamente. No vino nadie; después paseamos, comimos en familia y pasamos la velada mirando libros y grabados. Pero miss Murdstone, con una homilía en la mano y los ojos fijos en nosotros, montaba la guardia de vigilancia. ¡Ah! Míster Spenlow no sospechaba, cuando estaba sentado frente a mí después de comer, el ardor con que yo le estrechaba, en mi imaginación, entre mis brazos, como el más tierno de los yernos. No sospechaba, cuando me despedí de él por la noche, que acababa de dar su consentimiento a mi noviazgo con Dora, y que yo reclamaba, en agradecimiento, todas las bendiciones del cielo para él.

Al día siguiente partimos temprano, pues había una causa de salvamento en la Cámara del Almirantazgo que exigía un conocimiento bastante exacto de toda la ciencia de la navegación. Ahora bien, como en esa materia no estábamos muy duchos en el Tribunal, el juez había rogado a dos viejos, Trinit y Martersn, que tuvieran la caridad de ir en su ayuda. Dora estaba ya en la mesa haciéndonos el té, y tuve el triste placer de saludarla desde lo alto del faetón, mientras ella estaba en el dintel de la puerta con Jip en sus brazos.

No intentaré inútiles esfuerzos para describir lo que la Cámara del Almirantazgo me pareció aquel día, ni la confusión de mi espíritu sobre el asunto que se trataba en ella; no diré cómo leía el nombre de Dora escrito sobre la rama de plata puesta encima de la mesa como emblema de nuestra alta jurisdicción, ni lo que sentí cuando míster Spenlow se volvió a su casa sin mí. (Había abrigado la esperanza insensata de que quizá me llevaría.) Me parecía que era un marinero abandonado por su buque en una isla desierta.

Si aquel viejo Tribunal pudiera despertarse de su amodorramiento y presentar en una forma visible todos los hermosos sueños que hice allí sobre Dora, acudiría a ella para dar testimonio de la verdad de mis palabras.

No hablo de los sueños de aquel día únicamente, sino de todos los que me persiguieron día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Cuando iba al Tribunal, no iba más que para pensar en Dora. Si alguna vez pensaba en las causas que se veían ante mí, era para preguntarme, cuando se trataba de

asuntos matrimoniales, cómo podría ser que las gentes casadas no fueran dichosas, pues pensaba en Dora. Si se trataba de herencias, pensaba en todo lo que habría hecho, si aquel dinero lo heredara yo, para conseguir a Dora. Durante la primera semana de mi pasión compré cuatro chalecos magníficos, no para mi propia satisfacción, no era vanidoso, sino por Dora. Me acostumbré a llevar botas muy ajustadas por la calle, y de entonces provienen todos los callos que después he tenido. Si las botas que llevaba entonces pudieran comparecer para compararlas con el tamaño natural de mis pies, probarían de la manera más conmovedora el estado de mi corazón.

Y, sin embargo, inválido voluntario en honor de Dora, hacía todos los días muchas leguas a pie con la esperanza de verla. No solamente pronto fui tan conocido como el cartero en la carretera de Norwood, sino que tampoco descuidaba las calles de Londres. Erraba por los alrededores de las tiendas de modas y de los bazares como un aparecido; me paseaba arriba y abajo por el parque; me rendía. A veces, después de mucho tiempo y en raras ocasiones, la percibía. A veces la veía agitar su guante a la portezuela de un coche, o me la encontraba a pie y daba algunos pasos con ella y con miss Murdstone, y le hablaba. En este último caso después me sentía siempre muy desgraciado por no haberle dicho nada de lo que más me preocupaba, de no haberle dado a entender toda la grandeza de mi afecto, en el temor de que ella ni siquiera pensara en mí. Pueden figurarse cómo suspiraba por una nueva invitación de míster Spenlow.

Pero no; era constantemente defraudado: no recibí ninguna.

Era necesario que mistress Crupp fuera una mujer dotada de gran intuición, pues mi enamoramiento sólo databa de algunas semanas, y ni siquiera había tenido todavía valor, al escribir a Agnes, de explicarle más claramente pues sólo le había dicho que estuve en casa de míster Spenlow, cuya familia se reducía a una sola hija; era necesario, repito, que mistress Crupp fuera una mujer de gran intuición, pues desde el primer momento descubrió mi secreto. Una noche, que yo estaba sumergido en un profundo abatimiento, subió para preguntarme si no podría darle, para aliviarle de sus «espasmos», una cucharada de tintura de cardamomo mezclada con ruibarbo y con cinco gotas de esencia de clavo, que era el mejor remedio para su enfermedad. Si no tenía aquel licor a mano podía reemplazarlo con un poco de aguardiente, que, aunque no le resultaba muy agradable, según decía, de no ser la tintura de cardamomo era lo mejor. Como yo no había oído nunca hablar de lo primero y tenía siempre una botella de lo segundo en mi armario, di un vaso a mistress Crupp, que empezó a beberlo en mi presencia, para probarme que no era mujer que hiciese mal uso de ello.

—Vamos, valor, señorito —me dijo mistress Crupp—; no puedo soportar el verle así; yo también soy madre.

No comprendía bien cómo podría yo aplicarme aquel «yo también», lo que no me impidió sonreír a mistress Crupp con toda la benevolencia de que soy capaz.

—Vamos, señorito —insistió mistress Crupp—, le pido que me perdone; pero sé de lo que se trata, señorito. Se trata de una señorita.

—Mistress Crupp —respondí yo, enrojecido.

—¡Que Dios le bendiga! No se deje abatir, señorito —dijo mistress Crupp con un gesto animador, ¡Tenga valor, señorito! Si ésta no le sonríe, no faltarán otras. Es usted un joven con el que se está deseando sonreír, señorito Copperfull; debe usted aprender lo que vale.

Mistress Crupp siempre me llamaba Copperfull; en primer lugar, sin duda, porque no era mi nombre, y en segundo, en recuerdo de algún día de bautizo.

—¿Qué es lo que le hace suponer que se trata de una señorita, mistress Crupp?

—Míster Copperfull —dijo mistress Crupp en tono conmovido—, ¡yo también soy madre!

Durante un momento mistress Crupp no pudo hacer otra cosa que tener apoyada la mano sobre su seno de nanquín y tomar fuerzas preventivas contra la vuelta de su enfermedad, sorbiendo su medicina. Por fin me dijo:

—Cuando su querida tía alquiló para usted estas habitaciones, míster Copperfull, yo me dije: «Por fin he encontrado a alguien a quien querer; ¡bendito sea Dios!; por fin he encontrado alguien a quien querer».

Esas fueron mis palabras... Usted no come apenas, ni bebe...

—¿Y es en eso en lo que funda sus suposiciones, mistress Crupp? —pregunté.

—Señorito —dijo mistress Crupp en un tono casi severo—, he cuidado la casa de muchos jóvenes.

Un joven podrá arreglarse mucho, o no arreglarse bastante. Puede peinarse con cuidado, o no hacerse siquiera la raya. Puede llevar botas demasiado grandes o demasiado pequeñas; eso depende del carácter; pero sea cual sea en el extremo que se lance, en uno a otro caso siempre hay una señorita por medio.

Mistress Crupp sacudió la cabeza con aire tan decidido, que yo no sabía qué cara poner.

—El caballero que ha muerto aquí antes que usted viniese —dijo mistress Crupp—, pues bien, se había enamorado... de una criada, y al momento hizo

estrechar todos sus chalecos, para que no se notara lo hinchado que estaba por la bebida.

—Mistress Crupp —le dije—, le ruego que no compare a la jovencita de que se trata con una criada ni con ninguna otra criatura de esa especie; hágame el favor.

—Míster Copperfull —contestó mistress Crupp—, yo también soy madre, y no lo haré. Le pido perdón por mi indiscreción. No me gusta mezclarme en lo que no me incumbe. Pero usted es joven, míster Copperfull, y mi opinión es que tenga usted valor, que no se deje abatir y que se estime en lo que vale. Si usted pudiera dedicarse a algo —dijo mistress Crupp—, por ejemplo, a jugar a los bolos, es una diversión, le distraería y le sentaría bien.

A estas palabras mistress Crupp me hizo una reverencia majestuosa, a manera de gracias por mi medicina, y se retiró fingiendo cuidar mucho de no verter el aguardiente, que ya había desaparecido por completo. Viéndola alejarse en la oscuridad, se me ocurrió que mistress Crupp se había tomado una singular libertad dándome consejos; pero, por otro lado, no me disgustaba. Era una lección para saber guardar mejor mis secretos en el futuro.

## Capítulo 7

### Tommy Traddles

Quizá fue a consecuencia del consejo de mistress Crupp, o quizá también sin mayor razón que la de recordar algunas partidas que había jugado con Traddles, por lo que al día siguiente se me ocurrió ir en busca de mi antiguo camarada. El tiempo que debía pasar fuera de Londres había transcurrido, y habitaba en una callejuela cercana a la Escuela de Veterinaria, en Camden Town, barrio principalmente habitado, según me dijo uno de nuestros empleados, que vivía cerca, por jóvenes estudiantes de la Escuela, que compraban burros vivos para hacer con ellos experimentos en sus habitaciones particulares. Me hice dar por aquel mismo empleado algunos datos sobre la situación de ese retiro académico, y a mediodía me encaminé en busca de mi antiguo camarada.

La calle en cuestión dejaba bastante que desear, y me habría gustado mayor comodidad para mi amigo Traddles. Parecía que sus habitantes eran demasiado propensos a lanzar en medio de la calle todo lo que les estorbaba; de manera que no solamente estaba llena de fango y basura, sino que además reinaba el mayor desorden y estaba llena de hojas de coles. Y aquel día no era eso todo, pues además de las verduras había una zapatilla vieja, una cacerola

sin fondo, un sombrero negro y un paraguas, todo en mayor o menor estado de descomposición, según pude apreciar mientras buscaba el número deseado.

El aspecto general del lugar me recordó vivamente los tiempos en que yo vivía con los Micawber. Cierta aspecto indefinible de elegancia venida a menos, que se observaba en la casa que yo buscaba, diferenciándola de las otras (aunque todas estaban construidas sobre el mismo patrón y parecían esos intentos primitivos de colegial torpe que aprende a dibujar casas), me recordaba todavía más a mis antiguos huéspedes. El diálogo a que asistí al llegar a la puerta, que acababan de abrir al lechero, no hizo más que avivar mis recuerdos.

—Veamos —decía el lechero a una criada muy jovencita—, ¿han pensado ya en mi cuenta?

—¡Oh! El señor dice que se ocupará de ella enseguida —respondió.

—Porque... —repuso el lechero continuando como si no hubiera recibido respuesta y hablando más bien, según me pareció (por el tono y las miradas furiosas que lanzaba hacia el interior), para que le escuchase alguien que estaba dentro de la casa, que para la criadita— porque hace ya tanto tiempo que esta cuenta va corriendo, que empiezo a creer que va a seguir corriendo siempre, y luego va a ser difícil atraparla. ¡Y puede usted comprender que eso no lo puedo consentir! —gritó cada vez más alto, atravesando con su tono penetrante toda la casa desde el corredor.

Sus modales eran una anomalía nada de acuerdo con su tranquilo oficio de lechero. Su cólera habría resultado excesiva en un carnicero y hasta en un vendedor de aguardiente. La voz de la criadita se debilitó; pero me pareció, por el movimiento de sus labios, que murmuraba de nuevo que iban a ocuparse enseguida de la cuenta.

—Escucha lo que voy a decirte —repuso el lechero fijando los ojos en ella por primera vez y cogiéndola de la barbilla—: ¿te gusta la leche?

—Sí, mucho —replicó.

—Pues bien —continuó el lechero—; mañana no la traeré, ¿me oyes? Mañana no traeré ni una gota.

La chica pareció tranquilizada al saber que, por lo menos, hoy sí la tendrían. El lechero, después de hacer un gesto siniestro, le soltó la barbilla, y abriendo su cacharra de la peor gana del mundo llenó la de la familia. Después se marchó gruñendo y se puso a vocear en la calle la leche en tono furioso.

—¿Vive aquí míster Traddles? —pregunté.

Una voz misteriosa respondió «sí» desde el fondo del corredor. Entonces la criadita repitió: «Sí.»

—¿Está en casa?

La voz misteriosa respondió de nuevo afirmativamente, y la criada hizo eco. Entonces entré y, por las indicaciones de la muchacha, subí, seguido, según me pareció, por un ojo misterioso, que pertenecía sin duda a la voz misteriosa, y procedente de una habitación de la parte de atrás de la casa.

Encontré a Traddles esperándome en el descansillo de la escalera. La casa no tenía más que un piso, y la habitación en que me introdujo, con gran cordialidad, estaba situada en la parte de delante. Estaba muy limpia, aunque pobremente amueblada. Vi que esa era toda su vivienda, pues tenía un lecho-diván, y los cepillos y betunes estaban escondidos entre los libros, detrás de un diccionario, sobre el estante más alto. Tenía la mesa cubierta de papeles; estaba vestido con un traje muy viejo, y trabajaba con toda su alma. Yo no miraba nada; pero lo vi todo a la primera ojeada, antes de sentarme: hasta una iglesia pintada en el tintero de porcelana. Era también una facultad de observación que había aprendido a ejercitar en los tiempos de los Micawber. Diferentes arreglos ingeniosos de su invención, para disimular la cómoda o para esconder las botas, el espejo de afeitarse, etc., me recordaban con una exactitud completamente peculiar las costumbres de Traddles en los tiempos en que gastaba el tiempo en tonterías, o cuando se consolaba de sus penas con las famosas obras de arte de las cuales he hablado más de una vez.

En un rincón de la habitación vi algo que estaba cuidadosamente cubierto con un gran paño blanco, sin poder adivinar lo que era.

—Traddles —le dije estrechándole por segunda vez la mano cuando estuve sentado—, estoy encantado de verte.

—Yo sí que estoy encantado, Copperfield —replicó—. ¡Oh, sí! ¡Muy contento! El día que nos encontramos en casa de míster Waterbrook estaba radiante, y estaba seguro de que te ocurría lo mismo.

Por eso te di la dirección de mi casa, en lugar de darte la de mi bufete.

—¡Oh! ¿Tienes bufete? —dije.

—Es decir, la cuarta parte de un bufete y de un pasillo, y también la cuarta parte de un empleado —repuso Traddles—. Nos hemos reunido cuatro para alquilar un estudio, y que parezca que tenemos asuntos, y al empleado también le pagamos entre los cuatro. Me cuesta media corona por semana.

«Su antigua sencillez y buen humor, y también algo de su antigua mala suerte» pensaba yo al verle sonreírse mientras me daba estas explicaciones.

—Te aseguro que no es por orgullo, Copperfield, me comprenderás —dijo Traddles—, por lo que no doy, por lo general, las señas de mi casa; es solamente porque no a todos podría gustarles venir aquí. En cuanto a mí, tengo

bastante que hacer con tratar de salir a flote en el mundo, y sería ridículo que me preocupara otra cosa.

—¿Te piensas dedicar a la abogacía, según me ha dicho míster Waterbrook? —le dije.

—Sí, sí —dijo Traddles restregándose despacio las manos una con otra—; me preparo para eso. El caso es que empiezo ahora a estudiar, aunque algo tarde, hace ya algún tiempo que estoy inscrito, pero el pago de esas cien libras es un gran pellizco. ¡Un gran pellizco! —dijo Traddles con un gesto como si le sacaran un diente.

—¿Sabes en lo que no puedo por menos de pensar, Traddles, mientras estoy aquí sentado mirándote?—le pregunté.

—No —me dijo.

—En el traje azul celeste que llevabas entonces.

—¡Dios mío, es verdad! —exclamó Traddles riendo—. Un poco estrecho en los brazos y en las piernas. ¡Dios mío! ¡Ya lo creo! Aquellos eran tiempos felices, ¿no te parece?

—Pienso que nuestro maestro podía habernos hecho más dichosos sin perjudicamos a ninguno, y se lo habría agradecido —repuse.

—Quizá podía; pero, amigo, nos divertíamos mucho. ¿Te acuerdas de las noches del dormitorio? ¿Y los banquetes que acostubrábamos a tener? ¿Y cuando tú nos contabas historias? ¡Ja, ja, ja! ¿Y te acuerdas cómo me pegaron por llorar cuando se fue míster Mell? ¡El viejo Creakle! Me gustaría también volverle a ver.

—Era un bruto contigo, Traddles —dije con indignación, pues su buen humor me ponía furioso, como si le hubiera estado viendo pegar la víspera.

—¿De verdad lo piensas? ¿Realmente? Quizá lo era; pero hace tanto tiempo. ¡Viejo Creakle!

—¿Era un tío el que se ocupaba de ti entonces? —dije.

—Sí —dijo Traddles—. Aquel a quien siempre iba yo a escribir y nunca lo hacía. ¡Ja, ja, ja! Sí; entonces tenía un tío. Murió poco después de salir yo del colegio.

—¿De verdad?

—Sí. Era ¿cómo se dirá? un comerciante de telas retirado, y había hecho de mí su heredero. Pero dejé de gustarle al crecer.

—¿De verdad fue así? —dije.



No podía comprender que hablara con tanta tranquilidad de semejante asunto.

—¡Oh sí, querido Copperfield, ha sido así! —replicó Traddles—. Fue una desgracia; pero no le gusté en absoluto. Dijo que no era yo lo que se había esperado, y se casó con su ama de llaves.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté.

—Yo no hice nada de particular —dijo Traddles—. Seguí viviendo con ellos, esperando poder salir al mundo; pero a mi tío se le subió la gota al estómago y murió. Entonces ella se casó con un joven, y yo me quedé sin posición.

—¿Pero no te dejó nada, Traddles, después de todo?

—¡Oh sí, querido, sí! —dijo Traddles—. Me dejó cincuenta libras. Como nunca me habían dedicado a ninguna profesión, al principio no sabía qué hacer. Sin embargo, empecé, con la ayuda del hijo de un profesional, que había estado en Salem House: Yawler, con su nariz torcida, ¿no le recuerdas?

—No. No debía de estar cuando yo. En mi época todas las narices estaban derechas.

—Lo mismo da —dijo Traddles—. Empecé, por mediación suya, a copiar escrituras legales. Pero esto no me reportaba mucho; entonces empecé a redactar y a hacer toda clase de trabajos para ellos.

Trabajo mucho, tanto más porque lo hago deprisa. Bien. Entonces se me metió en la cabeza estudiar yo también leyes, y así desapareció el final de mis cincuenta libras. Yawler me recomendó a uno o dos bufetes, entre ellos el de míster Waterbrook; hice algún negociajo que otro. También he tenido la suerte de conocer a un editor que trabaja en la publicación de una enciclopedia, y me ha dado trabajo. En este momento trabajaba para él, y no soy mal compilador, Copperfield —dijo Traddles continuando en el mismo tono de alegre confianza—; pero no tengo la menor imaginación, ni un átomo. Yo creo que no se puede encontrar un muchacho con menos originalidad que yo.

Como Traddles parecía esperar que yo asintiera a aquello como cosa sabida, asentí; y él continuó con la misma alegre paciencia (no encuentro mejor expresión) de antes:

—Y así, poco a poco, y viviendo con modestia, por fin he conseguido reunir las cien libras, y gracias a Dios las he pagado, aunque el trabajo haya sido... haya sido verdaderamente... —Traddles hizo de nuevo un gesto como si le arrancaran otra muela— algo duro. Vivo de todo esto, y espero llegar pronto a escribir en un periódico. Por el momento sería mi bastón de mariscal. Pero, ahora que me fijo, Copperfield, has cambiado tan poco y estoy tan

contento de volver a ver tu cara de bueno, que no quiero ocultarte nada. Has de saber que tengo novia. (¡Novia! ¡Oh Dora!)

—Es la hija de un pastor del Devonshire: son diez hermanos. Sí —añadió viéndome lanzar una mirada involuntaria hacia el tintero—; esa es la iglesia: se da la vuelta por aquí y se sale por esta verja (me lo iba señalando con el dedo); y aquí donde pongo la pluma está el presbiterio, frente a la iglesia.

¿Te das cuenta?

Sólo un poco más tarde comprendí todo el gusto con que me daba aquellos detalles; pues en aquel momento, en mi egoísmo, seguía en mi cabeza un piano figurado de la casa y del jardín de míster Spenlow.

—¡Es una chica tan buena! —dijo Traddles—. Tiene algún año más que yo; pero ¡es una chica tan buena! ¿No te lo dije la otra vez que te vi cuando me fui de Londres? Es que iba a verla. Voy a pie al ir y al venir; pero ¡qué viaje tan delicioso! Probablemente seguiremos de novios mucho tiempo; pero nuestro lema es «Paciencia y esperanza». Y es lo que nos repetimos siempre: «Paciencia y esperanza». Y me esperará, querido Copperfield; me esperará hasta los sesenta años y mas si es necesario.

Traddles se levantó y puso la mano con expresión de triunfo encima del paño blanco que ya he mencionado.

—Sin embargo —dijo—, eso no quita que nos estemos ocupando ya de nuestra casa; no, no. Al contrario, ya hemos empezado. Iremos poco a poco; pero ya hemos empezado. Mira —dijo tirando del paño con mucho orgullo y cuidado—, mira las dos cosas que hemos comprado ya para la casa: este florero y esta repisa; ella misma los ha comprado. Esto en la ventana de un salón —dijo Traddles retrocediendo un poco para mirar mejor— y con una planta en el florero y... ¡ya está! En cuanto a esta mesita con tablero de mármol (tiene dos pies y dos pulgadas de circunferencia), yo soy quien la ha comprado. Se necesita un sitio donde dejar un libro, o bien viene alguien a veros, a ti o a tu mujer, y busca un sitio donde dejar su taza de té; pues, ¡aquí está! —repuso Traddles—. Es un mueble muy bien trabajado, y sólido como una roca.

Le alabé las dos cosas, y Traddles volvió a colocar el paño con el mismo cuidado que lo había levantado.

—No es todavía mucho mobiliario —dijo Traddles—; pero siempre es algo. Los manteles, las sábanas y todo eso es lo que más me desanima, Copperfield, y la batería de cocina, las cacerolas, los asadores; es todo tan indispensable, y es caro, sube mucho. Pero «Paciencia y esperanza», y además, si supieras, ¡es tan... tan buena chica!

—Estoy seguro —le dije.

—Entre tanto —dijo Traddles volviéndose a sentar, y éste es el fin de todos estos pesadísimos detalles personales—, hago lo que puedo. No gano mucho dinero, pero gasto poco. En general como con los habitantes del piso bajo, que son muy amables. Míster y mistress Micawber conocen bien la vida, y son compañeros agradables.

—Querido Traddles, ¿qué me dices?

Traddles me miró como si a su vez no supiera lo que yo decía.

—¡Míster y mistress Micawber! ¡Son íntimos amigos míos!

Precisamente en aquel momento sonó en la puerta de la calle un doble golpe, en el que reconocí, a causa de mi larga experiencia de Windsor Terrace, la mano de míster Micawber; sólo él podía llamar así. Por lo tanto, cualquier duda que hubiera podido quedarme en el espíritu sobre la identidad de mis antiguos amigos se desvaneció, y rogué a Traddles que pidiera al dueño que subiera. Traddles se asomó a la escalera para llamar a míster Micawber, que apareció un momento después. No había cambiado; su pantalón ceñido, su bastón, el cuello de la camisa y su monóculo eran siempre los mismos, y entró en la habitación de Traddles con cierto aire de juventud y de elegancia.

—Le pido perdón, míster Traddles —dijo míster Micawber con la misma inflexión de voz de siempre y cesando bruscamente de canturrear—: no sabía que iba a encontrar en su santuario a un caballero extraño a la casa.

Míster Micawber me hizo un ligero saludo y se tiró del cuello de la camisa.

—¿Cómo está usted, míster Micawber? —le dije.

—Caballero —dijo míster Micawber—, es usted muy amable. Estoy in statu quo.

—¿Y mistress Micawber? —proseguí.

—Caballero —dijo míster Micawber—, también está, gracias a Dios, in statu quo.

—¿Y los niños, míster Micawber?

—Caballero —dijo míster Micawber—, tengo la alegría de poderle contestar que están en el mejor estado de salud.

Durante todo aquel tiempo, míster Micawber no me había reconocido lo más mínimo, aunque estábamos frente a frente. Pero ahora, viendo mi sonrisa, examinó mis rasgos con mayor atención, retrocedió y exclamó:

—¿Es posible? ¿Es a Copperfield a quien tengo el gusto de volver a ver?

Y me estrechó las dos manos con la mayor efusión.

—¡Dios mío, míster Traddles —dijo míster Micawber—, pensar que encuentro en su compañía al amigo de mi juventud, al compañero de días más jóvenes! ¡Querida mía! —llamó por la escalera míster Micawber, mientras Traddles parecía, con razón, no poco sorprendido de aquellas expresiones—. Hay aquí un caballero, en la habitación de míster Traddles, que desea tener el gusto de ser presentado a ti, amor mío.

Míster Micawber reapareció inmediatamente y me estrechó las manos de nuevo.

—¿Y cómo está nuestro querido amigo el doctor, Copperfield —dijo míster Micawber—, y todos los conocidos de Canterbury?

—Sólo he tenido buenas noticias de ellos —dije.

—¡Cómo me alegro! —dijo míster Micawber—. Fue en Canterbury donde nos encontramos por última vez. A la sombra de aquel edificio religioso, para servirme del estilo figurado inmortalizado por Chance; de ese edificio que ha sido en otras épocas la meta de peregrinación de tantos viajeros de los lugares más... ; en una palabra —dijo míster Micawber—, al lado de la catedral.

—Es verdad —le dije.

Míster Micawber continuaba hablando con la mayor volubilidad; pero me parecía observar en su rostro que escuchaba con interés ciertos ruidos que provenían de la habitación de al lado, como si mistress Micawber se lavara las manos y abriera y cerrara precipitadamente cajones que no eran fáciles de abrir.

—Nos encuentra usted, Copperfield —dijo míster Micawber mirando a Traddles de reojo—, establecidos por el momento en una situación modesta y sin pretensiones; pero usted sabe que en el curso de mi carrera he tenido que atravesar tremendas dificultades y muchos obstáculos que vencer. Usted no ignora que ha habido momentos de mi vida en que me he visto obligado a hacer un alto en espera de que algunos sucesos previstos salieran bien; y, en fin, que algunas veces he tenido que retroceder para conseguir lo que espero llamar sin presunción dar mejor el salto. Por el momento estoy en una de esas épocas decisivas en la vida de un hombre. Retrocedo para saltar mejor, y tengo motivos para esperar que no tardaré en terminar con un salto enérgico.

Le expresaba toda mi satisfacción por aquellas noticias, cuando entró mistress Micawber. Un poco más descuidada todavía de indumento que en el pasado, o quizá consistiera en que había perdido la costumbre de verla; sin embargo, se había preparado para ver gente, y hasta se había puesto un par de guantes oscuros.

—Querida mía —dijo míster Micawber acercándola a mí—; aquí está un caballero que se llama Copperfield y que querría renovar la amistad contigo. Habría sido preferible, por lo visto, preparar aquella sorpresa, pues mistress Micawber, que estaba en un estado de salud precario, se conmovió tanto, que míster Micawber tuvo que correr en busca de agua a la bomba del patio y llenar un cacharro para bañarle las sienes. Se repuso pronto, sin embargo, y manifestó un verdadero placer al verme. Estuvimos charlando todos juntos todavía cerca de media hora, y le pregunté por los mellizos, «que estaban enormes», me dijo; en cuanto al señorito y a la señorita Micawber, me los describió como «verdaderos gigantes»; pero no los vi en aquella ocasión. Míster Micawber quería convencerme de que me quedase a comer, y yo no habría hecho ninguna objeción si no me hubiera parecido leer en los ojos de mistress Micawber un poco de inquietud calculando la cantidad de fiambre que tendría en la despensa. Declaré que estaba comprometido en otra parte, y observando que el espíritu de mistress Micawber parecía libertado de un gran peso, resistí a todas las insistencias de su esposo.

Pero les dije a Traddles y a míster y mistress Micawber que antes de decidirme a dejarlos era necesario que me fijaran el día que les convenía venir a comer a mi casa. Las ocupaciones que encadenaban a Traddles nos obligaron a fijar una fecha bastante lejana; pero por fin se eligió una tarde que convenía a todo el mundo, y me despedí de ellos.

Míster Micawber, bajo pretexto de enseñarme un camino más corto que aquel por el que había ido, me acompañó hasta un rincón de la calle, con intención, añadió, de decir algunas palabras en confianza a su antiguo amigo.

—Mi querido Copperfield —me dijo míster Micawber—, no tengo necesidad de repetirle que para nosotros, en las circunstancias actuales, es un gran consuelo tener bajo nuestro techo un alma como la que resplandece, si puedo expresarme así, en su amigo Traddles. Con la lavandera que vende galletas, que es nuestra vecina más cercana, y un guardia que vive en la casa de enfrente, puede usted comprender que la amistad de míster Traddles es una gran dulzura para mistress Micawber y para mí. Por el momento estoy dedicado, míster Copperfield, a comisionista de trigos, lo que no está muy remunerado; en otros términos, no se saca nada de ello y los apuros pecuniarios de una naturaleza transitoria han sido la consecuencia.

Sin embargo, me complace el poderle decir que tengo en perspectiva la esperanza de que surja algo (perdóneme que no le diga de qué naturaleza, no soy libre de confiar ese secreto), algo que espero me permitirá salir a flote como su amigo Traddles, por el cual me intereso verdaderamente. Usted quizá no se sorprenderá de saber que mistress Micawber está en un estado de salud que hace sospechar que los lazos del afecto que... ; en una palabra, que se aumente la tropa infantil. La familia de mistress Micawber ha expresado su

descontento por este estado de cosas. Todo lo que puedo decirle es que no comprendo qué tienen ellos que ver con eso y que rechazo esa manifestación de sus sentimientos con asco y con desprecio.

Míster Micawber me estrechó de nuevo la mano y me dejó.

## Capítulo 8

### Mr. Micawber lanza su guante

Hasta que llegó el día de recibir a mis antiguos amigos viví principalmente de Dora y de café. En el estado de enamoramiento en que me hallaba, mi apetito languidecía; pero yo me alegraba de ello, pues me parecía que habría sido un acto de perfidia hacia Dora el haber podido comer de un modo natural. La cantidad de ejercicio que hacía no daba en este caso los resultados de costumbre, pues las decepciones contrarrestaban los efectos del aire libre. Tengo también mis dudas (fundadas en la aguda experiencia adquirida en aquel período de mi vida) de si el goce del alimento animal podrá experimentarlo una criatura humana que esté siempre atormentada por las botas estrechas. Y pienso que quizá las extremidades requieren estar libres antes de que el estómago pueda actuar con vigor.

Con ocasión del pequeño convite, no repetí los extraordinarios preparativos de la otra vez.

Únicamente preparé un par de lenguados, una pierna de cordero y una empanada de ave. Mistress Crupp se rebeló a mi primera protesta, respecto a que guisara el pescado y el cordero, y dijo con acento de dignidad ofendida:

—No, no señor; usted no me pedirá semejante cosa, pues creo que me conoce usted lo bastante para saber que no soy capaz de hacer lo que va en contra de mis sentimientos.

Pero por fin hicimos un pacto; y mistress Crupp consintió en condimentar aquello con la condición de que después comería yo fuera de casa durante quince días.

Haré observar aquí que la tiranía de mistress Crupp me causaba sufrimientos indecibles. Nunca he tenido tanto miedo a nadie. Nos pasábamos la vida haciendo pactos, y si yo titubeaba en algún caso, al instante se apoderaba de ella aquella enfermedad extraordinaria que estaba emboscada en un rincón de su temperamento, dispuesta a agarrarse al menor pretexto para poner su vida en peligro. Si llamaba con impaciencia después de media docena de campanillazos modestos y sin efecto, cuando aparecía (que no era siempre)

era con cara de reproche; caía ahogándose en una silla al lado de la puerta, apoyaba la mano sobre su seno de nanquín y se sentía tan indispuesta, que yo me consideraba muy dichoso desembarzándome de ella a costa de mi aguardiente o de cualquier otro sacrificio. Si me parecía mal que no me hubiera hecho la cama a las cinco de la tarde (lo que persisto en considerar como una mala costumbre), un gesto de su mano hacia la región del nanquín, expresión de sensibilidad herida, me ponía al instante en la necesidad de balbucir excusas. En una palabra: estaba dispuesto a todas las concesiones que el honor no reprobaba antes que ofender a mistress Crupp. Era el terror de mi vida.

Tomé una asistenta para el día de la comida, en lugar de aquel joven «hábil», contra el que había concebido algunos prejuicios desde que le encontré un domingo por la mañana en el Strand engalanado con un chaleco que se parecía extraordinariamente a uno de los míos que me había desaparecido aquel día. En cuanto a la «muchacha», se le dijo que se limitara a llevar los platos y marcharse al momento de la antesala a la escalera, donde no se le oíría resoplar como tenía costumbre. Además era el medio de evitar que pudiera pisotear los platos en su retirada precipitada.

Preparé los ingredientes necesarios para hacer ponche, del que contaba con confiar la composición a míster Micawber; me procuré una botella de agua de lavanda, dos velas, un papel de alfileres mezclados y un acerico, que puse en mi tocador para la toilette de mistress Micawber. Y después de poner yo mismo la mesa, esperé con calma el efecto de mis preparativos.

A la hora fijada llegaron mis tres invitados juntos. El cuello de la camisa de míster Micawber era más grande que de costumbre, y había puesto una cinta nueva a su monóculo. Mistress Micawber había envuelto su cofia en un papel gris, formando un paquete que llevaba Traddles, el cual daba el brazo a mistress Micawber. Todos quedaron encantados de mi casa. Cuando conduje a mistress Micawber delante de mi tocador y vio los preparativos que había hecho en honor suyo, quedó tan entusiasmada que llamó a míster Micawber.

—Mi querido Copperfield —dijo míster Micawber—, esto es un verdadero lujo. Es una prodigalidad que me recuerda los tiempos en que vivía en el celibato y cuando mistress Micawber no había sido solicitada todavía para depositar su fe en el altar de Himeneo.

—Quiere decir solicitada por él, míster Copperfield —dijo mistress Micawber en tono picaresco—; no puede hablar de otros.

—Querida mía —repuso Micawber con brusca seriedad—, no tengo ningún deseo de hablar de otras personas. Sé demasiado bien que en los designios impenetrables del Fatum me estabas destinada; que estabas reservada a un hombre destinado a llegar a ser, después de largos combates, la

víctima de dificultades pecuniarias complicadas. Comprendo tu alusión, amiga mía. La siento, pero te la perdono.

—¡Micawber! —exclamó mistress Micawber llorando—. ¿He merecido que me trates así? ¡Yo que nunca te he abandonado, que no te abandonaré jamás!

—Amor mío —dijo su esposo muy conmovido—, perdóname, y nuestro antiguo amigo Copperfield también me perdonará, estoy seguro, una susceptibilidad momentánea, causada por las heridas que acaba de abrir una colisión reciente con un esbirro del Poder (en otras palabras, con un miserable perteneciente al servicio de las aguas), y espero que perdonarán, sin condenarlos, estos excesos.

Después de esto, míster Micawber abrazó a mistress Micawber, me estrechó la mano, y yo deduje, de la alusión que acababa de hacer, que le habían cortado el agua aquella mañana por no haber pagado la cuenta a la compañía.

Para alejar sus pensamientos de aquel asunto melancólico, le dije que contaba con él para hacer el ponche, y le enseñé los limones. Su abatimiento, por no decir su desesperación, desapareció al momento.

Yo no he visto jamás a un hombre gozar del perfume de la corteza del limón, del azúcar, del olor del ron y del vapor del agua caliente como míster Micawber aquel día. Daba gusto ver su rostro resplandeciente en medio de la nube formada por aquellas evaporaciones delicadas mientras que mezclaba, que movía y que probaba; parecía que, en lugar de preparar el ponche, estaba ocupándose en hacer una fortuna considerable, que debía enriquecer a su familia de generación en generación. En cuanto a mistress Micawber, yo no sé si fue el efecto de la cofia, o del agua de lavanda, o de los alfileres, o del fuego, o de las luces; pero salió de mi habitación encantadora (comparándola, claro está, a como había llegado), y sobre todo alegre como un pájaro.

Supongo, nunca me he atrevido a preguntarlo, pero supongo que después de haber frito los lenguados mistress Crupp se sintió mala, pues la comida se interrumpió ahí. El cordero llegó encarnado por el interior y muy pálido por fuera, sin contar con que estaba cubierto de una sustancia extraña y polvorienta, que parecía demostrar que había caído en las cenizas de la cocina. Quizá la salsa hubiera podido darnos algún dato, pero no la tenía; «la muchacha» la había derramado por la escalera, donde formaba una larga huella, que, sea dicho de pasada, siguió allí mientras quiso sin que nadie la molestara. La empanada de ave no tenía mala cara; pero era una empanada falaz; el interior se parecía a esas cabezas, desesperantes para el frenólogo, llenas de jorobas y eminencias bajo las cuales no hay nada de particular. En una palabra, el banquete fue un fiasco, y yo me habría sentido muy



desgraciado (de mi poco éxito quiero decir, pues lo era siempre pensando en Dora) si no hubiera estado animado por el buen humor de mis huéspedes y por una idea luminosa de míster Micawber.

—Mi querido Copperfield —dijo míster Micawber—, ocurren accidentes en las casas mejor cuidadas; pero en las que no son gobernadas por esa influencia soberana que santifica y realza el... la... ; en una palabra, por la influencia de la mujer, revestida del santo carácter de esposa, pueden esperarse de seguro, y hay que soportarlos con filosofía. Si usted me lo permite, le haré observar que hay pocos alimentos mejores en su género que un asado picante con especias, y yo creo que repartiéndonos el trabajo podemos hacerlo en un momento si la muchacha nos proporciona unas parrillas. Así podremos reparar fácilmente la desgracia.

En la despensa había unas parrillas sobre las cuales asaba todas las mañanas mi ración de tocino; las trajeron al momento y pusimos en ejecución la idea de míster Micawber. La división del trabajo que se le había ocurrido se hizo así: Traddles cortaba el cordero en lonchas; míster Micawber, que tenía mucho talento para todas las cosas de aquel género, las cubría de mostaza, de sal y de pimienta; yo las ponía sobre la parrilla y les daba vueltas con un tenedor; después las quitaba, bajo la dirección de míster Micawber, mientras que mistress Micawber hacía hervir y movía constantemente la salsa con setas en una escudilla. Cuando tuvimos bastantes lonchas para empezar caímos sobre ellas con las mangas todavía remangadas y una nueva serie de lonchas ante el fuego, dividiendo nuestra atención entre el cordero en servicio activo en nuestros platos y el que se asaba todavía. La novedad de aquellas operaciones culinarias, su excelencia, la actividad que exigían, la necesidad de levantarse a cada momento para mirar lo que estaba en el fuego y volverse a sentar para devorarlo a medida que salía de la parrilla, caliente e hirviendo; nuestros rostros animados por el ardor interior y el del fuego, todo aquello nos divertía tanto, que en medio de nuestras risas locas y de nuestros éxtasis gastronómicos, pronto no quedó del cordero más que los huesos; mi apetito había reaparecido de una manera maravillosa. Me avergüenza decirlo; pero de verdad creo que olvidé a Dora por un momento, un momentito nada más, y estoy convencido de que míster y mistress Micawber no habrían encontrado la fiesta más alegre aunque hubieran vendido una cama para pagarla. Traddles reía, comía y trabajaba con el mismo afán, y todos hacíamos lo mismo.

Nunca he visto un éxito más completo.

Estábamos en el colmo de la felicidad y trabajábamos cada uno en nuestro departamento respectivo para poner la última tanda en un estado de perfección que coronase la fiesta, cuando me percaté de que había entrado un extraño en la habitación; y mis ojos encontraron los del grave Littimer, que permanecía ante mí con el sombrero en la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunté involuntariamente.

—Usted me dispense, señorito; me habían dicho que pasara. ¿No está aquí mi señor?

—No.

—¿Usted no le ha visto?

—No. ¿Es que no estaba usted con él?

—Por el momento no, señor.

—¿Le ha dicho a usted que le encontraría aquí?

—No precisamente; pero vendrá mañana si no ha venido hoy.

—¿Viene de Oxford?

—Si el señor quisiera hacer el favor de sentarse, yo le pediría permiso para reemplazarle por el momento.

Diciendo esto, cogió el tenedor sin que yo hiciera ninguna resistencia y se inclinó sobre la parrilla como si concentrara toda su atención en aquella operación delicada.

La llegada de Steerforth no nos habría molestado mucho; pero al momento nos sentimos completamente humillados y desanimados con la presencia de su respetable servidor. Míster Micawber se dejó caer en una silla y se puso a canturrear para demostrar que estaba completamente a sus anchas. El mango del tenedor, que había ocultado precipitadamente en su chaleco, asomaba como si acabara de darse una puñalada. Mistress Micawber se calzó sus guantes oscuros y tomó un aire de languidez elegante. Traddles se restregó con sus manos grasientas los cabellos, que se erizaron completamente, y miró al mantel, confuso. En cuanto a mí, ya no era más que un bebé en mi propia mesa y apenas me atrevía a lanzar una mirada sobre aquel respetable fenómeno, que llegaba no sabía de dónde para poner mi casa en orden.

Entre tanto, él retiró el cordero de la parrilla y ofreció gravemente a todo el mundo. Se aceptó, pero todos habíamos perdido el apetito, y no hicimos más que fingir que comíamos. Al vernos rechazar nuestros platos, los quitó sin ruido y puso el queso en la mesa. Cuando terminamos, lo quitó al momento, amontonó los platos, dándoselos a la criada, nos puso vasos pequeños, sirvió el vino y por sí mismo echó de la habitación a la criada. Todo esto fue ejecutado a la perfección y sin que levantara siquiera los ojos, únicamente ocupado, al parecer, en lo que hacía. Pero cuando se volvía de espaldas a mí me parecía que sus codos expresaban altamente su firme convicción de que yo era extraordinariamente joven.

—¿Quiere usted que haga algo más, señor?

—Le doy las gracias. Pero usted va a comer también.

—No, señor, muchas gracias.

—¿Míster Steerforth viene de Oxford?

—¡Perdón, señor!

—Pregunto si míster Steerforth viene de Oxford.

—Creo que estará aquí mañana, señorito; creía que iba a encontrarle hoy aquí. Pero sin duda soy yo quien se ha equivocado.

—Si le ve usted antes que yo...

—Perdón, señorito; pero no pienso verle antes que usted.

—En el caso de que le viera usted, le dice que siento mucho que no haya venido hoy, porque hubiera encontrado a uno de sus antiguos compañeros.

—¿De verdad? —y repartió su saludo entre Traddles y yo, a quien miró.

Tomaba sin ruido el camino de la puerta cuando, haciendo un esfuerzo desesperado para decirle algo en un tono sencillo y natural, lo que todavía no había conseguido, le dije:

—¡Eh, Littimer!

—¡Señorito!

—¿Permaneció usted mucho tiempo en Yarmouth aquella vez?

—No mucho, señor.

—¿Ha visto usted acabar el barco?

—Sí señor; me quedé para ver acabar el barco.

—Ya lo sé (levantó los ojos hacia mí respetuosamente). ¿Míster Steerforth no lo habrá visto todavía?

—No puedo decirle, señor. Creo... . pero realmente no puedo decirle... ; deseo buenas noches al señor.

Incluyó a todos los asistentes en el saludo que siguió a estas palabras, y desapareció. Mis huéspedes parecieron respirar más libremente después de su partida, y en cuanto a mí, me sentí de lo más descansado, pues, además de la reserva que me inspiraba siempre y de la extraña convicción en que estaba de que mis aptitudes se paralizaban delante de aquel hombre, mi conciencia estaba turbada ante la idea de que ahora yo desconfiaba de su señor y no podía reprimir cierto temor de que se hubiera dado cuenta. ¿Cómo era que, teniendo tan pocas cosas que ocultar, temblaba de que aquel hombre llegara a descubrir mi secreto?

Míster Micawber me sacó de aquellas reflexiones, a las cuales se unía cierto temor, mezclado con remordimientos, de ver aparecer a Steerforth en persona, haciendo los mayores elogios de Littimer, ausente, como de un respetable muchacho y un excelente criado. Hay que hacer observar que míster Micawber había aceptado su parte del saludo que hizo Littimer, y que lo había recibido con una condescendencia infinita.

—Ahora al ponche, mi querido Copperfield —dijo míster Micawber probándolo—, pues el ponche es como el viento y la marea, que no espera a nadie. ¡Ah! Está precisamente en su punto. Amor mío, ¿quieres darme tu opinión?

Mistress Micawber declaró que estaba excelente.

—Entonces beberé —dijo míster Micawber—, si mi amigo Copperfield quiere permitirme esta libertad, beberé en memoria de los tiempos en que mi amigo Copperfield y yo éramos más jóvenes y en los que luchábamos uno al lado de otro contra el mundo para seguir cada uno nuestro camino. Ahora puedo decir de mí mismo y de mi amigo Copperfield las palabras que hemos cantado tantas veces juntos:

Hemos recorrido los campos buscando el oro en sentido figurado «en varias ocasiones». No sé exactamente —dijo míster Micawber con su antigua voz engolada y con su antiguo indescriptible aire de decir algo elegante—, lo que ese «oro» podrá ser; pero no me cabe duda de que Copperfield y yo lo habríamos recogido a menudo si hubiera sido posible.

Míster Micawber, al hablar así, bebió un trago. Y todos hicimos lo mismo. Traddles estaba evidentemente sorprendidísimo y se preguntaba en qué época lejana podía míster Micawber haberme tenido de compañero en aquella gran lucha con el mundo en que habíamos combatido uno al lado del otro.

—¡Ah! —dijo míster Micawber aclarándose la garganta y doblemente calentado por el ponche y por el fuego—. Querida mía, ¿otro vasito?

Mistress Micawber dijo que sólo quería una gota; pero no quisimos oír hablar de ello, y se le llenó el vaso.

—Como estamos aquí entre nosotros, míster Copperfield —dijo mistress Micawber bebiendo su ponche a traguitos—, y puesto que míster Traddles es de la casa, querría saber su opinión sobre el porvenir de míster Micawber. El comercio de granos —continuó con seriedad— puede ser un comercio distinguido, pero no es productivo. Las comisiones que dan dos chelines y nueve peniques en cuatro días no pueden, por modesta que sea nuestra ambición, ser consideradas como un buen negocio.

Todos estuvimos de acuerdo en que era verdad.

—Por lo tanto —continuó mistress Micawber, que presumía de espíritu positivo y de corregir con su buen sentido la imaginación un poco volandera de su esposo—, me hago esta pregunta: Si con los granos no puede contarse, ¿hacia dónde tirar? ¿Al carbón? Tampoco. Ya pusimos la atención en él, siguiendo el consejo de mi familia, y sólo encontramos decepciones.

Míster Micawber, con las dos manos en los bolsillos, se hundía en su sillón y nos miraba de reojo, moviendo la cabeza como para decir que era imposible exponer más claramente la situación.

—Los artículos trigo y carbón —dijo mistress Micawber con una seriedad de discusión cada vez más acentuada— están, por lo tanto, descontados, míster Copperfield; yo, como es natural, miro a mi alrededor y pienso: ¿Cuál será la situación en que un hombre de las aptitudes de Micawber tendrá más probabilidades de éxito? Excluyo en primer lugar todo lo que sean comisiones; las comisiones no son cosa segura, y estoy convencida de que una cosa segura es lo que mejor conviene al carácter de Micawber.

Traddles y yo expresamos con un murmullo que aquella apreciación del carácter de míster Micawber era muy acertada y le hacía el mayor honor.

—No le ocultaré, mi querido míster Copperfield —continuó mistress Micawber—, que desde hace mucho tiempo pienso que el negocio de elaboración de cervezas sería una cosa muy adecuada para Micawber. ¡No hay más que ver Barclay y Perkins, o Truman, Hambury y Buxton! Es una vasta escala en la que Micawber (lo sé porque lo conozco) puede destacarse, y las ganancias, según he oído decir, son enormes. Pero como no hay medio de que Micawber pueda penetrar en esos establecimientos, pues hasta se niegan a contestar a las cartas en que ofrece sus servicios para ocupar los puestos más inferiores, ¿para qué pensar en ello? Yo puedo tener la convicción de que míster Micawber...

—¡Hem! Realmente, querida mía —interrumpió míster Micawber.

—Amor mío, cállate —dijo mistress Micawber poniendo su guante marrón sobre el brazo de su marido—. Yo, míster Copperfield, puedo tener personalmente la convicción de que las aptitudes de Micawber estarían esencialmente adaptadas en una casa de banca; puedo asegurar que si tuviera dinero colocado en cualquier casa de banca, el aspecto de Micawber como representante de la casa me inspiraría absoluta confianza y, por lo tanto, podría contribuir a extender las relaciones de la banca. Pero si todas las casas de banca se niegan a abrir esa carrera al talento de Micawber y desechan con desprecio el ofrecimiento de sus servicios, ¿para que insistir sobre la idea? En cuanto a fundar una casa de banca, puedo decir que hay miembros de mi familia que si quisieran poner su dinero entre las manos de Micawber habrían podido crearle un establecimiento de ese género. Pero si no les da la gana

poner ese dinero entre las manos de Micawber, ¿de qué me sirve pensar en ello? Por lo tanto, no hemos adelantado nada.

Yo sacudí la cabeza y dije:

—Ni un ápice.

Traddles también la sacudió y repitió:

—Ni un ápice.

—¿Qué deduzco de todo esto? —continuó mistress Micawber con el mismo tono de estar exponiendo un caso claramente—. ¿Cuál es la conclusión, míster Copperfield, a que he llegado irremisiblemente? No sé si estaré equivocada; pero mi conclusión es que a pesar de todo tenemos que vivir.

—De ninguna manera —respondí—. No está usted equivocada.

Y Traddles repitió:

—De ninguna manera.

Después añadí yo solo, gravemente:

—Hay que vivir o morir.

—Precisamente —contestó mistress Micawber—; eso es precisamente. Y en nuestro caso, mi querido Copperfield, no podemos vivir, a no ser que las circunstancias actuales cambien por completo. Estoy convencida, y se lo he hecho observar muchas veces a Micawber desde hace tiempo, que las cosas no surgen solas. Hasta cierto punto hay que ayudarlas un poco a surgir. Puedo equivocarme, pero esa es mi opinión.

Traddles y yo aplaudimos.

—Muy bien —dijo mistress Micawber—. Ahora, ¿qué es lo que yo aconsejo? Tenemos a Micawber con múltiples facultades y mucho talento...

—Realmente, amor mío —dijo míster Micawber.

—Te lo ruego, querido, déjame acabar. Aquí está Micawber con gran variedad de facultades y mucho talento; hasta podría añadir que con genio, pero podría decirse que soy parcial por ser su mujer...

Traddles y yo murmuramos:

—No.

—Y aquí está Micawber sin posición ni empleo. ¿De quién es la responsabilidad? Evidentemente de la sociedad. Por eso yo querría divulgar un hecho tan vergonzoso, para obligar a la sociedad a ser justa.

Me parece, mi querido Copperfield —dijo mistress Micawber con energía—, que lo mejor que puede hacer Micawber es lanzar su guante a la sociedad y decir positivamente: «Veamos quién lo recoge. ¿Hay alguno que se presente?».

Me aventuré a preguntar a mistress Micawber cómo podría hacer eso.

—Poniendo un anuncio en todos los periódicos —dijo mistress Micawber—. Me parece que Micawber se debe a sí mismo, a su familia y hasta a la sociedad, que le ha descuidado durante tanto tiempo, el poner un anuncio en todos los periódicos y describir claramente su persona y sus conocimientos diciendo: «Y ahora a ustedes toca el emplearme de una manera lucrativa: dirigirse a W. M., lista de correos Camden Town».

—Esta idea de mistress Micawber, mi querido Copperfield —dijo míster Micawber acercando a los dos lados de la barbilla las puntas del cuello de su camisa y mirándome de reajo—, en realidad es el salto maravilloso a que yo aludía la última vez que tuve el gusto de verle.

—La inserción de los anuncios resulta cara —me aventuré a decir, titubeando.

—Precisamente —dijo mistress Micawber, siempre en su tono lógico—. Tiene usted mucha razón, mi querido Copperfield. La misma observación le hice yo a Micawber. Pero esa es precisamente la razón por la que creo que Micawber se debe a sí mismo, como ya he dicho, a su familia y a la sociedad, el pedir un préstamo sobre un pagaré.

Míster Micawber se apoyó en el respaldo de su silla, jugueteó un poco con su monóculo y miró al techo; pero me pareció que al mismo tiempo observaba a Traddles, que miraba el fuego.

—Si ningún miembro de mi familia tiene sentimientos bastante humanos para negociar ese pagaré... .creo que se puede expresar mejor lo que quiero decir...

Míster Micawber, con los ojos fijos en el techo, sugirió: «Deducir».

—... Para deducir ese pagaré —continuó mistress Micawber—, entonces mi opinión es que Micawber haría bien yendo a la City y llevándolo a Money Market para sacar lo que pueda. Si los individuos de Money Market obligan a Micawber a un sacrificio grande, eso ya es cosa suya y de sus conciencias. Pero no quita para que me parezca una imposición segura. Por lo tanto, animo a Micawber, mi querido Copperfield, para que lo mire, como yo, como una imposición segura y para que esté dispuesto a cualquier sacrificio.

No sé por qué me figuré que mistress Micawber daba con aquello una prueba de desinterés y que sólo le guiaba su abnegación por su marido, y murmuré algo sobre ello, que Traddles repitió mirando el fuego.

—No quiero —prosiguió mistress Micawber terminando su ponche y echándose sobre los hombros el chal, antes de retirarse a mi alcoba para hacer sus preparativos de marcha—, no quiero prolongar estas observaciones sobre los asuntos pecuniarios de Micawber, al lado de su fuego, mi querido Copperfield, y en presencia de míster Traddles, que no es, en verdad, amigo nuestro desde hace tanto tiempo como usted, pero al que ya consideramos como uno de los nuestros; sin embargo, no he podido por menos de ponerles al corriente de la conducta que aconsejo a Micawber. Siento que ha llegado para él el momento de obrar por sí mismo y de reivindicar sus derechos, y me parece que es el mejor medio. Sé que no soy más que una mujer, y el juicio de los hombres es considerado, en general, como más competente en semejantes materias; pero no puedo olvidar que cuando vivía con papá y mamá, papá solía decir: «Emma es delicada, pero su opinión sobre cualquier asunto no es inferior a la de nadie». Papá era demasiado parcial, ya lo sé; pero era un gran observador de los caracteres, y mi deber y mi razón me prohíben dudar de ello.

A estas palabras, mistress Micawber, resistiendo a todos los ruegos, se negó a asistir a la terminación del ponche y se retiró a mi alcoba, y, en realidad, yo pensaba que era una mujer noble, y que debía haber nacido matrona romana, para ejecutar toda clase de actos heroicos en tiempos de revoluciones políticas.

En la impresión del momento felicité a míster Micawber por la posesión de aquel tesoro. Traddles también. Míster Micawber nos tendió la mano a los dos, después se cubrió el rostro con el pañuelo, que al parecer no sabía estuviera tan sucio de tabaco, y volvió a su ponche en el mayor estado de hilaridad.

Estuvo elocuentísimo. Nos dio a entender que en nuestros hijos volvemos a vivir y que bajo el peso de las dificultades pecuniarias todo aumento de familia era doblemente bien venido. Insinuó que mistress Micawber había tenido últimamente algunas dudas sobre aquel punto; pero que él las había disipado tranquilizándola. En cuanto a su familia, todos eran indignos de ella, y lo que pensarán le era completamente indiferente; se podían ir al (cito su propia expresión... ) al diablo.

Míster Micawber se lanzó después en un elogio pomposo de Traddles. Dijo que el carácter de Traddles era una reunión de virtudes sólidas a las cuales él (míster Micawber) no podía pretender sin duda, pero que no podía por menos de admirar, gracias a Dios. Hizo una alusión conmovedora a la joven desconocida a quien Traddles había honrado con su afecto y que también honraba y enriquecía a Traddles con el suyo. Después míster Micawber brindó a su salud, y yo también. Traddles nos dio las gracias a los dos con una sencillez y una franqueza que a mí me parecieron encantadoras, diciendo:

—Se lo agradezco mucho, de verdad. ¡Si supieran ustedes lo buena chica



que es!

Un momento después, míster Micawber aludió con mucha delicadeza y precauciones al estado de mi corazón. Sólo una afirmación rotunda de lo contrario le forzaría a renunciar a la convicción de que su amigo Copperfield amaba y era amado.

Después de un momento de malestar y de emoción, después de negarlo y de ruborizarme, balbucí, con mi vaso en la mano: «Pues bien, a la salud de D...», lo que encantó y excitó tanto a míster Micawber, que corrió con un vaso de ponche a mi alcoba para que su esposa pudiera beber a la salud de D... , lo que hizo con entusiasmo y gritando con voz aguda: «¡Bravo, bravo, mi querido Copperfield; estoy encantada, bravo!», y daba golpes en la pared a manera de aplausos.

La conversación tomó después un sesgo más mundano. Míster Micawber nos dijo que Camden Town le parecía muy incómodo y que lo primero que pensaba hacer cuando hubiera conseguido algo con los anuncios era cambiar de casa.

Hablaba de una casa en el extremo occidental de Oxford Street, que daba sobre Hyde Park y en la que tenía puestos los ojos hacía tiempo, pero a la que de momento no podrían ir porque se necesitaba mucho dinero. Era probable que durante cierto tiempo tuvieran que contentarse con el piso alto de una casa encima de alguna tienda respetable, en Picaddilly por ejemplo; la situación sería cómoda para mistress Micawber, y haciendo un balcón o levantando un piso o, en fin, con cualquier arreglo de ese estilo sería posible alojarse allí de una manera cómoda y conveniente durante algunos años, y ocurriera lo que ocurriera y fuera lo que fuera su casa, podíamos contar —añadió— con que siempre habría una habitación para Traddles y un cubierto para mí. Le expresamos nuestro agradecimiento por sus bondades, y él nos pidió que le dispensáramos por haberse lanzado en aquellos detalles económicos. Era un estado de ánimo muy natural y que había que excusar a un hombre en vísperas de entrar en una vida nueva. Mistress Micawber en aquel momento golpeó de nuevo en la pared para saber si el té estaba preparado, interrumpiendo así nuestra conversación amistosa. Nos sirvió el té de la manera más amable, y siempre que me acercaba a ella para llevarle las tazas o para hacer circular las pastas me preguntaba bajo si D... era rubia o morena, si era alta o baja, o algún detalle de ese género, y me parece que aquello no me disgustaba. Después del té discutimos una enormidad de cuestiones, y mistress Micawber tuvo la bondad de cantarnos, con su fina vocecita (que, recuerdo, antes me parecía de lo más agradable), sus baladas favoritas de El sargento blanco y El pequeño Tafflin. Míster Micawber nos dijo que cuando le había oído cantar El sargento blanco la primera vez que la había visto en casa de su padre, le había atraído ya en el más alto grado; pero que cuando llegó a El pequeño Tafflin se

había jurado a sí mismo conquistar a aquella mujer o morir.

Serían las diez y media cuando mistress Micawber se levantó para envolver su cofia en el papel gris y ponerse el sombrero. Míster Micawber aprovechó el momento en que Traddles se ponía el gabán para deslizarme una carta en la mano, rogándome que la leyera cuando tuviera tiempo. Yo a mi vez aproveché el momento en que sostenía la luz por encima de la barandilla de la escalera para alumbrarlos, y que míster Micawber bajaba el primero, conduciendo del brazo a su mujer, para retener a Traddles, que les seguía ya con la cofia de la señora en la mano.

—Traddles —le dije—, míster Micawber no tiene malas intenciones, el pobre hombre; pero si yo estuviera en tu lugar, no le prestaría nada.

—Mi querido Copperfield —dijo Traddles, sonriendo—, no tengo nada que poder prestar.

—Tienes tu nombre.

—¡Ah! ¿Crees que eso es algo que se puede prestar? —dijo Traddles pensativo.

—¡Naturalmente!

—¡Oh! —dijo Traddles—. Sí, seguramente. Te lo agradezco mucho, Copperfield; pero me temo que se lo he prestado ya.

—¿Para esa imposición tan segura? —pregunté.

—No —dijo Traddles—; para eso no. Es la primera vez que oigo hablar de ello. Y pensaba que quizá me propusiera firmarlo al volver a casa. Es para otra cosa.

—Pero supongo que no habrá ningún peligro.

—Supongo que no —dijo Traddles—; no lo creo, porque el otro día me aseguró que estaba solucionado. Es la expresión de míster Micawber: solucionado.

Míster Micawber levantó los ojos en aquel momento, y sólo pude repetir mis recomendaciones al pobre Traddles, que bajó dándome las gracias. Pero al ver el aspecto de buen humor con que llevaba la cofia y daba el brazo a mistress Micawber tuve mucho miedo no se fuera a entregar atado de pies y manos en Money Market.

Volví a sentarme ante la chimenea y reflexionaba, medio en serio medio en broma, sobre el carácter de míster Micawber y sobre nuestra antigua amistad, cuando oí que alguien subía rápidamente. Pensé que sería Traddles, que volvía a por algo olvidado por mistress Micawber; pero a medida que se acercaban los pasos los reconocí mejor; el corazón me latió y la sangre me subió al

rostro. Era Steerforth.

No olvidaba nunca a Agnes; ella no abandonaba el santuario de mis pensamientos (si puedo decirlo así), donde la había colocado desde el primer día. Pero cuando Steerforth entró y se paró ante mí, tendiéndome la mano, la nube oscura que le envolvía en mi pensamiento se desgarró para hacer sitio a una luz brillante, y me sentí avergonzado y confuso por haber dudado de un amigo tan querido. Mi afecto por Agnes no se resentía; pensaba siempre en ella como en el ángel bienhechor de mi vida; mis reproches sólo se dirigían a mí mismo; me turbaba la idea de que había sido injusto con él, y habría querido expiarlo, si hubiera sabido cómo hacerlo.

—Pues bien, Florecilla, amigo mío, ¿te has vuelto mudo? —dijo Steerforth con alegría, estrechándome la mano del modo más cordial—. ¿Es que te sorprendo en medio de otro festín? ¡Qué sibarita eres! En verdad, voy creyendo que los estudiantes del Tribunal de Doctores son los jóvenes más disipados de Londres; y nos tenéis a distancia a nosotros, jóvenes inocentes de Oxford.

Paseaba alegremente su mirada alrededor de la habitación; fue a sentarse en el diván frente a mí, en el lugar que mistress Micawber acababa de dejar, y se puso a mover el fuego.

—En el primer momento estaba tan sorprendido —le dije dándole la bienvenida con toda la cordialidad de que era capaz—, que no podía ni saludarte, Steerforth.

—Pues bien; mi vista consuela a los ojos enfermos, como decían los escoceses —replicó Steerforth —, y la tuya produce el mismo efecto; ahora que estás en pleno florecimiento, Florecilla, ¿cómo estás, Bacanal mía?

—Muy bien —contesté—; pero nada de bacanal esta noche, aunque confieso que han comido aquí tres personas.

—Acabo de encontrármelos en la calle, elogiándote en voz alta. ¿Quién es el que lleva pantalón ceñido?

En pocas palabras le hice, lo mejor que pude, el retrato de míster Micawber, y reía de todo corazón, declarando que era digno de conocerse, y que no prescindiría de ser presentado a él.

—Pero el otro, el otro, ¿a que no adivinas quién es?

—¡Dios sabrá; pero no yo! ¿Supongo que no será nadie antipático? Me ha parecido que tenía un aspecto muy aburrido.

—¡Traddles! —le dije en tono de triunfo.

—¿Quién? —preguntó Steerforth con despreocupación.

—¿No te acuerdas de Traddles? Traddles, que se acostaba en el mismo dormitorio que nosotros en Salem House.

—¡Ah! ¿Aquel? —dijo Steerforth dando con las tenazas sobre el carbón—. ¿Y sigue tan simple como antes? ¿De dónde le has desenterrado?

Hice de Traddles un elogio de lo más pomposo, pues me daba cuenta de que Steerforth le desdeñaba.

Pero él, dejando a un lado aquel asunto con un movimiento de cabeza y una sonrisa, se limitó a decir que tampoco le disgustaría ver a nuestro antiguo compañero, que había sido siempre muy chusco; y después me preguntó si podía darle algo de comer.

Durante los intervalos de aquel corto diálogo, que sostenía con vivacidad febril, rompía los carbones con las tenazas y parecía contrariado. Observé que continuaba lo mismo mientras yo sacaba del armario los restos de la empanada de ave y alguna que otra cosa del festín.

—¡Pero ha sido una comida regia, Florecilla! —exclamó saliendo de pronto de su ensueño y sentándose al lado de la mesa—. Y voy a hacerle el honor, pues vengo de Yarmouth.

—Creía que estabas en Oxford —repliqué.

—No —dijo Steerforth—; vengo de estar haciendo de marinero, que es mejor.

—Littimer ha venido a preguntar si te había visto, y por sus palabras he creído que estabas en Oxford, aunque, en realidad, no me ha dicho nada.

—Littimer es más loco de lo que yo creía, puesto que se ha tomado la molestia de buscarme —dijo Steerforth vertiéndose alegremente vino en un vaso y bebiendo a mi salud—. En cuanto a lograr adivinar lo que piensa, serías más hábil que todos nosotros, Florecilla, si lo consiguieras.

—Tienes razón —le dije acercando mi silla a la mesa—. Según eso, ¿has estado en Yarmouth, Steerforth? —añadí, en mi impaciencia de saber noticias de nuestros amigos—. Y ¿has estado mucho tiempo?

—No —replicó—; no ha sido más que una escapada de unos ocho días.

—¿Y cómo están todos allí? ¿La pequeña Emily no se ha casado todavía?

—No, todavía no; la boda es dentro de no sé cuántas semanas o meses; no sé bien. No les he visto mucho. A propósito, tengo una carta para ti —añadió depositando su cuchillo y su tenedor, que manejaba con apetito y buscando en sus bolsillos.

—¿De quién?

—De tu vieja niñera —replicó sacando algunos papeles del bolsillo de su chaleco— «J. Steerforth, esq.» No es esto; paciencia, ya lo encontraré. El viejo... no se como se llama... está enfermo. Debe de ser a propósito de eso por lo que te escribe.

—¿Te refieres a Barkis?

—Sí —respondió, buscando siempre en sus bolsillos y examinando lo que había en ellos—. Todo ha terminado para el pobre Barkis, me temo. He visto al boticario o lo que sea, no sé, que te trajo al mundo, que me ha dado los mayores detalles; pero, en resumen, su opinión es que el carretero no tardará en hacer su último viaje. Mete la mano en el bolsillo de mi gabán, que está encima de esa silla, a ver si encuentras la carta. ¿Está ahí?

—Aquí está —dije.

—¡Ah! Vale.

La carta era de Peggotty; era corta y algo menos legible que de costumbre. Me contaba el estado desesperado de su marido y aludía a que se había vuelto algo más agarrado que antes, lo que sentía, sobre todo porque no podía darle todos los cuidados que querría. No decía una palabra de sus trabajos ni de sus vigiliass; pero no escaseaba los elogios a su marido. Y todo lo decía con una ternura sencilla, honrada y natural, que yo sabía lo sincera que era; y la carta terminaba con estas palabras: «Mis respetos a mi niño querido». Y el niño querido era yo.

Mientras descifraba aquella epístola, Steerforth continuaba comiendo y bebiendo.

—Es una pena —dijo cuando hube terminado—; pero el sol se pone todos los días y mueren seres cada minuto. No hay que atormentarse, por lo tanto, mucho por una cosa que es el lote común de todo el mundo. Si nos detenemos cada vez que oímos dar con el pie en alguna puerta a esa viajera que nunca se detiene, no haríamos mucho ruido en el mundo. ¡No! ¡Adelante! Por los malos caminos si no hay otros, por los buenos si se puede; pero ¡adelante! Saltemos por encima de todos los obstáculos para llegar a la meta.

—¿A qué meta?

—A aquella por la que se ha puesto uno en camino —replicó—, y ¡adelante!

Recuerdo que cuando se interrumpió para mirarme con el vaso en la mano y su hermoso rostro un poco inclinado hacia atrás, observé por primera vez que, aunque estaba tostado y la frescura del viento del mar había animado su tez, sus rasgos llevaban las huellas del ardor apasionado que le era habitual cuando se lanzaba perdidamente en algún nuevo capricho. Por un momento

tuve la idea de reprocharle la energía desesperada con que perseguía el objeto que deseaba; por ejemplo, aquella manía de luchar con la mar bravía y de desafiar las tormentas; pero el primer asunto de nuestra conversación me volvió a la memoria, y le dije:

—Veamos, Steerforth. Si eres lo bastante dueño de ti para escucharme un momento te diré...

—El espíritu que me posee es un espíritu poderoso y hará lo que tú quieras —contestó levantándose de la mesa para volver a sentarse al lado del fuego.

—Pues bien. Voy a decirte, Steerforth, que quiero ir a ver a mi antigua niñera; no porque pueda serle de ninguna utilidad, ni ayudarla en nada; pero me quiere tanto, que mi visita le dará el mismo gusto que si pudiera ayudarla en algo. Se sentirá dichosa y será un consuelo y un socorro para ella. Y no es hacer ningún sacrificio por una amiga tan fiel. ¿No irías tú a pasar allí un día si estuvieras en mi lugar?

Estaba pensativo, y reflexionó un instante antes de contestarme en voz baja:

—Sí; debes ir; eso siempre es bueno.

—Como llegas de allí, supongo que será inútil pedirte que me acompañes.

—Completamente inútil —replicó—. Esta misma noche voy a Highgate. No he visto a mi madre desde hace mucho tiempo, y me remuerde la conciencia. Pues es mucho ser amado como ella ama a su hijo pródigo. ¡Bah! ¡Qué locura!

Supongo que piensas irte mañana —dijo apoyando sus manos en mis hombros y reteniéndome a distancia.

—Sí.

—Pues bien; espera solamente a pasado mañana. Quería rogarte que pasaras algunos días con nosotros; había venido expresamente a invitarte, y te escapas a Yarmouth.

—Te aconsejo que no hables de las personas que se escapan, Steerforth, cuando tú partes como un loco para cualquier expedición desconocida.

Me miró un momento sin hablarme, y después repuso teniéndome siempre agarrado de los hombros y sacudiéndome:

—Vamos, decídate para pasado mañana y pasas el día de mañana con nosotros. ¡Quién sabe cuándo nos volveremos a ver! Vamos, pasado mañana. Te necesito para evitarme un cara a cara con Rosa Dartle y para separarnos.

—¿Temes que os querríais demasiado si no estuviera yo allí? —le

pregunté.

—Sí, o que nos odiáramos —dijo Steerforth riendo—; una cosa a otra. Vamos, ¿quedamos en eso?

¿Pasado mañana?

—Bueno, pasado mañana —le dije.

Se puso su gabán, encendió su puro y se dispuso a irse hacia su casa a pie. Viendo que aquella era su intención, yo también me puse el gabán (pero sin encender el puro, había tenido bastante con una vez) y le acompañé hasta la carretera, que no estaba alegre aquella noche. Fue muy animado todo el camino, y cuando nos separamos yo le veía andar con un paso tan ligero y tan firme, que recordé lo que me había dicho: «Saltemos por encima de todos los obstáculos para conseguir nuestro objetivo», y me puse a desear, por primera vez en mi vida, que el objetivo que perseguía fuera digno de él.

Había vuelto a mi habitación y me desnudaba, cuando la carta de míster Micawber se cayó al suelo.

Hizo bien, pues la había olvidado. Rompí el sello y leí lo que sigue. La carta estaba fechada hora y media antes de la comida. No sé si he dicho que siempre que míster Micawber se encontraba en una situación desesperada empleaba una especie de fraseología legal, que parecía considerar como una manera de liquidar sus asuntos.

Caballero... pues no me atrevo a decir mi querido Copperfield:

Es necesario que sepa usted que el firmante es un hombre ahogado. Quizá usted podrá observar hoy que haga débiles esfuerzos para evitarle un descubrimiento prematuro de su desgraciada posición; pero toda esperanza se ha desvanecido del horizonte y el firmante está hundido.

La presente comunicación está escrita en presencia (no puedo decir en compañía) de un individuo sumido en un estado cercano a la borrachera y que es dependiente de un prestamista.

Este individuo está en posesión de estos lugares por no haber pagado el alquiler. El inventario que ha hecho comprende no solamente todas las propiedades personales de todo género pertenecientes al firmante, inquilino por años de esta morada, sino también todos los efectos y propiedades de míster Thomas Traddles, huésped y miembro de la honorable Sociedad de Inner Temple.

Si una sola gota de amargura podía faltar a la copa, ya desbordante, que se ofrece ahora (como dice un escritor inmortal) a los labios del firmante se encontraría en el hecho doloroso de que un pagaré garantizado en favor del firmante, por el antes mencionado míster Thomas Traddles, por la suma de

veintitrés libras, cuatro chelines y nueve peniques y medio ha cumplido y no ha sido pagada. También se encontraría en el hecho igualmente doloroso de que las responsabilidades vivas que pesan sobre el firmante serán aumentadas, según el curso de la naturaleza, por una nueva e inocente víctima, cuya llegada será (en números redondos) a la expiración de un período que no excede de seis meses desde la presente fecha. Después de estos detalles, será un oprobio que añadir a las cenizas y al polvo que cubren para siempre la cabeza de WILKINS MICAWBER.

¡Pobre Traddles! Por entonces conocía lo bastante a míster Micawber para estar seguro de que se levantaría de aquel golpe; pero aquella noche turbó mi tranquilidad el recuerdo de Traddles y de la hija del pastor de Devonshire, con diez hermanos y ¡tan buena chica!, como decía Traddles, y dispuesta a esperarle (elogio funesto) aunque fueran sesenta años, o más, si hacía falta.

## Capítulo 9

### Veo de nuevo a Steerforth en su casa

Aquella mañana le dije a míster Spenlow que quería permiso para ausentarme por poco tiempo; y como no recibía sueldo ninguno, y, por lo tanto, no tenía nada que temer del implacable Jorkins, no hubo dificultad para ello. Aproveché la oportunidad, aunque la voz se me ahogaba y se me nublaba la vista, para decir que esperaba que miss Spenlow estuviera bien; a lo que me contestó, sin más emoción que si se tratara de cualquier otro ser humano, que me lo agradecía mucho, y que estaba muy bien.

Los empleados destinados a la aristocrática orden de procuradores eran tratados con muchas consideraciones, lo que hacía que tuviéramos la mayor libertad. Pero como no quería llegar a Highgate antes de la una o las dos, y como aquella mañana teníamos una causa en el tribunal, estuve allí un par de horas pasando el tiempo muy agradablemente con míster Spenlow. Era una causa divertida, y mientras me dirigía a Highgate en la imperial de la diligencia fui pensando en el Tribunal de Doctores y en lo que míster Spenlow decía sobre que si se tocaba el Tribunal se acababa la nación.

Mistress Steerforth se alegró mucho de verme, y también Rose Dartle. A mí me sorprendió agradablemente el encontrar que Littimer no estaba allí y que éramos atendidos por una modesta doncella con cintas azules en la cofia, que era mucho más agradable de mirar y mucho menos desconcertante cuando, por casualidad, se encontraba uno sus ojos, que aquel respetable hombre. Pero lo que observé particularmente antes de llevar media hora en la



casa fue la constante y atenta mirada que miss Dartle clavaba en mí y la manera con que parecía comparar mi rostro con el de Steerforth y el de Steerforth con el mío, como si esperase pillarnos en mentira a alguno de los dos. Siempre que la miraba estaba seguro de encontrar sus ojos ardientes y sombríos con aquella mirada fija y penetrante en mi rostro, para pasar de pronto al de Steerforth, o tratando de mirarnos a los dos a un tiempo. Y lejos de renunciar a aquella vigilancia cuando vio que yo lo había notado, me pareció que, por el contrario, su mirada se hacía más penetrante y su atención más marcada. A pesar de que me sentía inocente de todos los pecados que pudieran suponerseme, no dejaba de huir de aquellos ojos extraños, de los que no podía soportar el brillo ansioso.

Durante todo el día parecía no estar más que ella en toda la casa. Si charlaba con Steerforth en su habitación, oía el ruido del roce de su traje en la galería. Si hacíamos algún ejercicio en el césped de la parte de atrás de la casa veía aparecer su rostro en todas las ventanas sucesivamente, como un fuego fatuo, hasta que elegía una ventana más cómoda para vernos mejor. Una vez, mientras nos paseábamos los cuatro, después de la comida, me cogió del brazo y lo estrechó en su mano delgada como en una tenaza, para acapararme dejando a Steerforth y a su madre pasear unos cuantos pasos más delante; y cuando ya no pudieron oírnos me dijo:

—Ha pasado usted mucho tiempo sin venir aquí. ¿Su profesión es realmente tan atractiva e interesante que absorba tan por completo su atención? Lo pregunto porque siempre me gusta aprender, porque soy muy ignorante. ¿Es realmente así?

Le repliqué que me gustaba bastante; pero que no me ocupaba todo mi tiempo.

—¡Oh, cómo me alegro de saberlo! porque me gusta que me corrijan cuando me equivoco —dijo Rose Dartle—. ¿Quizá quiere usted decir que es un poco árido?

—Sí —repliqué—; quizá es un poco árido.

—¡Oh! Y por eso necesita usted reposo, cambio, excitaciones y todo eso; ¿verdad? Pero no es un poco... ¿eh?... para él; no me refiero a usted.

Una rápida mirada que lanzó hacia donde se estaban paseando cogidos del brazo Steerforth y su madre me demostró a quién se refería; pero fue cosa perdida pues no comprendí nada, y estoy seguro de que se me notaba.

—No parece... no digo que sea... pero me gustaría saber... ¿no está muy preocupado? ¿No es más remiso que de costumbre en sus visitas a su madre, que lo quiere ciegamente, eh? —dijo con otra mirada rápida, lanzada a ellos, y una a mí, en la que parecía querer leer el fondo de mis pensamientos.

—Miss Dartle —le respondí—, no crea usted, le ruego...

—¿Yo creer? ¡Oh querido mío! Pero no vaya usted a creer que yo creo algo. No soy suspicaz.

Solamente hago una pregunta. No tengo ninguna opinión. Querría formarme una opinión por lo que usted me dijera. Pero, según eso, no es así. ¡Bien! Me alegro mucho de saberlo.

—No; no es cierto —le dije un poco confuso— que sea yo responsable de las ausencias de Steerforth, pues yo mismo no lo sabía. De sus palabras deduzco que ha estado más tiempo que de costumbre sin venir a ver a su madre; pero yo tampoco le había vuelto a ver hasta ayer por la noche desde hacía muchísimo tiempo.

—¿Es cierto?

—Completamente cierto, miss Dartle.

Mientras me miraba de frente la vi palidecer, y la cicatriz de la antigua herida se destacó profundamente sobre el labio desfigurado, prolongándose sobre el otro y bajando oblicuamente hacia la barbilla. Me pareció que había algo verdaderamente temible en aquello y en el brillo de sus ojos, cuando me dijo mirándome con fijeza:

—Entonces ¿qué hace?

Repetí sus palabras más para mí mismo que para ser oído por ella, tanto me sorprendía.

—Entonces ¿qué hace? —repitió con un ardor que parecía consumirla como el fuego—. ¿A qué se dedica ese hombre que no me mira nunca sin que lea en sus ojos una falsedad impenetrable? Si usted es honrado y fiel, yo no le pido que traicione a su amigo; solamente le pido que me diga si es la cólera, o el odio, o el orgullo, o la intranquilidad de su naturaleza, o algún extraño capricho, o el amor, lo que lo posee...

—Miss Dartle —respondí—, ¿qué quiere usted que yo le diga, cuando no sé nada más de Steerforth de lo que sabía cuando vine aquí por primera vez? Ni adivino nada. Creo firmemente que no le sucede nada. No comprendo siquiera lo que me quiere usted decir.

Mientras me miraba todavía fijamente, un estremecimiento convulsivo, que yo no podía separar de la idea de sufrimiento, apareció en la cruel cicatriz. Y el extremo de su labio se levantó con aquella expresión de desdén o de piedad. Se tapó la boca con la mano apresuradamente (una mano tan fina y delicada que cuando yo le había visto extenderla ante su rostro para preservarlo del fuego, la había comparado en mi imaginación con la más fina porcelana) y me dijo con viveza en un acento conmovido y apasionado: «Le

prometo guardar secreto de esto»; después no añadió ni una palabra más.

Mistress Steerforth no se había sentido nunca más dichosa de la compañía de su hijo que aquel día, pues precisamente Steerforth nunca había estado mas cariñoso y deferente con ella. A mí me interesaba vivamente verlos juntos, no sólo a causa de su afecto mutuo, sino también a causa del parecido sorprendente que existía entre ellos, pues la única diferencia era que la altivez y la ardiente impetuosidad del hijo, por la diferencia de edad y de sexo, se convertían en la madre en una dignidad llena de gracia.

Más de una vez había pensado yo que era una felicidad tal que nunca hubiera provocado entre ellos una causa seria de disgusto, pues aquellas dos naturalezas, o mejor dicho aquellos dos matices de la misma naturaleza, habrían sido más difíciles de reconciliar que los caracteres más opuestos. Debo confesar que esta idea no se me había ocurrido a mí, ni es fruto de mi imaginación, pues se la debía a Rose Dartle.

Estábamos comiendo cuando nos preguntó:

—¡Oh!, dígame, se lo ruego, a ver si me aclara una duda que me ha preocupado toda la tarde y que desearía saber.

—¿Qué es lo que querrías saber, Rose? —preguntó mistress Steerforth. No seas tan misteriosa, te lo ruego.

—¡Misteriosa! —exclamó—. ¡Oh! ¿De verdad? ¿Me encuentra usted misteriosa?

—¿No me paso la vida pidiéndote —dijo mistress Steerforth— que te expliques abiertamente y con naturalidad?

—¡Ah! ¿Entonces es que no soy natural? —replicó—. Pues bien; le ruego que tenga un poco de indulgencia, pues si hago preguntas es sólo por instruirme. Nunca se conoce uno bien a sí mismo.

—Es una costumbre que se ha convertido en ti en una segunda naturaleza —dijo mistress Steerforth, sin dar el menor signo de descontento—; pero yo recuerdo, y tú también debes recordar, que en otros tiempos eras muy distinta, Rose, menos disimulada, más confiada.

—¡Oh! Realmente tiene usted razón; pero las malas costumbres se hacen inveteradas. ¡De verdad! ¡Menos disimulo y más confianza! ¿Cómo habré cambiado poco a poco?, es lo que me pregunto. Es muy extraordinario; pero es igual, lo esencial es que vuelva a ser como antes.

—Sí que me gustaría —dijo mistress Steerforth, sonriendo.

—¡Oh! Lo conseguiré, ¡se lo aseguro! —respondió ella—. Aprenderé la franqueza, veamos... ¿de quién?... ¿De James?

—No podrías aprenderla en mejor escuela, Rose —dijo mistress Steerforth vivamente, pues todo lo que Rose Dartle decía tenía un matiz de ironía que aparecía a través de su sencillez afectada—. En cuanto a eso, estoy bien segura —dijo con un ardor desacostumbrado—. Si hay algo en el mundo de lo que estoy segura, sabes que es de eso.

Me pareció que mistress Steerforth se arrepentía de su pequeño impulso, pues añadió enseguida con bondad:

—Y bien, querida Rose; con todo esto no nos has dicho el motivo de tus preocupaciones.

—¿El motivo de mis preocupaciones? —replicó con una frialdad impacientante—. ¡Oh! Me preguntaba únicamente si personas cuya constitución moral se parece... ¿es esa la expresión?

—Es una expresión como otra —dijo Steerforth.

—¡Gracias!... Si personas cuya constitución moral se asemeja se encontrarían más en peligro que otras en el caso de que una causa seria de división surgiera entre ellas, y les separaría un resentimiento más profundo y duradero.

—Sí, seguramente —dijo Steerforth.

—¿De verdad? —replicó ella—. Pero veamos, por ejemplo... se pueden suponer las cosas más absurdas... Suponiendo que tú tuvieras con tu madre una querrela seria...

—Mi querida Rose —dijo mistress Steerforth riendo alegremente—, debías haber inventado cualquier otra suposición. Gracias a Dios, James y yo sabemos demasiado bien lo que nos debemos el uno al otro.

—¡Oh! —dijo miss Dartle bajando la cabeza con aire pensativo—. Sin duda; eso es suficiente. Pre...ci... sa... mente. Pues bien; me alegro mucho de haber hecho esa pregunta; al menos tengo la tranquilidad de estar ahora segura de que saben ustedes demasiado bien lo que se deben el uno al otro para que nada pudiera suceder jamás. Muchas gracias.

No quiero omitir una pequeña circunstancia relativa a miss Dartle, pues más tarde tuve razones para recordarla, cuando el irreparable pasado me fue explicado. Todo el día, y sobre todo a partir de aquel momento, Steerforth desplegó sus cualidades, con la naturalidad que no le abandonaba nunca, para atraer a aquella singular criatura, hacerle que gozara de su compañía y a que fuera amable con él. No me sorprendió tampoco ver a miss Dartle luchar al principio contra su seducción, pues sabía que estaba llena de prejuicios y de terquedad. Vi sus modales y su fisonomía cambiar poco a poco; vi que le miraba con una admiración creciente; vi que hacía esfuerzos cada vez más

débiles, pero siempre con cólera, como si se reprochara su debilidad para resistir a la fascinación que ejercía sobre ella; por fin vi sus miradas irritadas dulcificarse, su sonrisa aflojarse, y el terror que me había inspirado todo el día se desvaneció.

Sentados al lado del fuego, estábamos todos charlando y riendo juntos, con una naturalidad de niños.

No sé si fue porque era tarde o porque Steerforth no quería perder el terreno que había ganado, el caso es que no permanecemos en el comedor más de cinco minutos después de su marcha.

—Toca el arpa —dijo Steerforth en voz baja al acercarnos a la puerta del salón—; creo que hace lo menos tres años que nadie la ha oído más que mi madre.

Dijo aquellas palabras con una sonrisa extraña, que desapareció enseguida, y entramos en el salón.

Estaba sola.

—No te levantes —dijo Steerforth deteniéndola—. Vamos, mi querida Rose, ¡sé amable una vez y cántanos una canción irlandesa!

—¡Mucho te importan las canciones irlandesas! —replicó ella.

—Ciertamente —dijo Steerforth—, mucho: son las que prefiero. Además, a Florecilla le gusta la música con toda su alma. Cántanos una canción irlandesa, Rose, y yo me sentaré aquí a escucharte como en otros tiempos.

Sin tocarla a ella ni a la silla en que estaba sentada se sentó al lado del arpa. Ella permaneció de pie durante un momento, haciendo con la mano movimientos como si tocara, pero sin hacer resonar las cuerdas. Por fin se sentó, atrajo hacia sí el arpa con un movimiento rápido y se puso a cantar acompañándose.

No sé si era el instrumento o la voz lo que daba a aquel canto un carácter sobrenatural, que no sé describir. La expresión era desgarradora. Parecía como si aquella canción no se hubiera escrito nunca ni puesto en música; parecía más bien escapar de la pasión contenida y que asomaba con una expresión imperfecta en los sonidos de su voz, y después volvía a ocultarse en la sombra cuando se hacía el silencio. Yo permanecí mudo mientras ella se apoyaba de nuevo en el arpa y hacía vibrar los dedos de la mano derecha sin sacar ningún sonido.

Al cabo de un momento, he aquí lo que me arrancó de mi ensueño: Steerforth se había levantado y se había acercado a ella, pasándole alegremente el brazo alrededor del talle.

—Vamos, Rose; de ahora en adelante vamos a querernos mucho.

Pero entonces ella le había pegado, y rechazándolo con el furor de un gato salvaje, se había escapado de la habitación.

—¿Qué le ocurre a Rose? —dijo mistress Steerforth, que entraba.

—Ha sido buena como los ángeles durante un momento, madre —dijo Steerforth—, y ahora de repente se lanza al otro extremo.

—Debías tener cuidado de no encolerizarla, James. Recuerda que su carácter está agriado y que no conviene tentarla.

Rose no volvió ni se habló de ella hasta el momento en que yo entré con Steerforth en su habitación para despedirme de él. Entonces se puso a burlarse y me preguntó si había conocido nunca a una criatura tan violenta y tan incomprensible.

Yo le expresé mi sorpresa, y le pregunté si no adivinaba lo que habría podido ofenderla tan vivamente y tan de repente.

—¡Dios lo sabe! —dijo Steerforth—. Cualquiera cosa quizás, o quizás nada. Ya te he dicho que a todo lo saca punta, hasta su persona, por afilar afila la hoja, y es una hoja fina, ten cuidado, ten cuidado; no hay que acercarse sin precaución. Siempre hay peligro. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, querido Steerforth! Mañana me marcharé antes de que te despiertes. ¡Buenas noches!

No me dejaba marchar, y continuaba de pie delante de mí, con las manos apoyadas en mis hombros, como había hecho en mi habitación.

—Florezilla —me dijo con una sonrisa—, aunque ese no sea el nombre que te han dado tu padrino y tu madrina, es con el que más me gusta nombrarte. Yo querría, ¡oh, sí!, yo querría que tú también me pudieras llamar así.

—Pero ¿quién me lo impide si quisiera hacerlo?

—Florezilla, si algún suceso llegara a separarnos, piensa siempre en mí con indulgencia, amigo mío.

Vamos, prométeme que pensarás en mí con indulgencia si las circunstancias llegan a separarnos.

—¿Qué estás diciendo de indulgencia, Steerforth? —le dije—. Mi cariño y mi ternura por ti serán siempre los mismos y no tienen nada que perdonarte.

Me sentí tan arrepentido de haber sido injusto con él ni aun con pensamientos pasajeros, que estuve a punto de confesárselo. Sin la repugnancia que me causaba el traicionar la confianza de Agnes, y en el temor

que sentía de no poder tocar aquel asunto sin comprometerla, le hubiera confesado todo antes de oírle decir: «¡Dios lo bendiga, Florecilla, y buenas noches!». En mi duda, no le dije nada; le estreché la mano y nos separamos.

Me levanté al despuntar el día, y después de vestirme sin ruido entreabrí su puerta. Dormía profundamente, tranquilamente, con la cabeza apoyada en el brazo, como tantas veces le había visto dormir en el colegio.

Llegó un tiempo, y no tardó mucho en llegar, en que me preguntaba cómo no habría turbado nada su reposo mientras yo le miraba. Pero dormía (me gusta pensar en él así de nuevo) como le había visto dormir tan a menudo en el colegio; y así en aquella hora silenciosa le dejé.

Para nunca más (¡oh, Steerforth, Dios lo perdone!) volver a tocar tu mano con un sentimiento de amor y de amistad. ¡Nunca, nunca más!

## Capítulo 10

### Una desgracia

Llegué por la noche a Yarmouth y me dirigí a la posada. Sabía que la habitación reservada por Peggotty, «mi habitación», sería ocupada pronto por otro, si es que el terrible «visitante» a quien todos los vivos tienen que dejar el sitio no había llegado ya a la casa. Me dirigí, por lo tanto, a la posada para comer y alquilar un cuarto.

Eran las diez de la noche cuando salí. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, y el pueblo estaba triste. Cuando llegué ante la casa de Omer y Joram las ventanas estaban cerradas, pero la puerta de la tienda estaba abierta todavía. Como veía a lo lejos a míster Omer, que fumaba su pipa cerca de la puerta de la trastienda, entré y pregunté cómo estaba.

—Por mi alma, ¿es usted? —dijo míster Omer—. ¿Cómo está usted? Siéntese. ¿Supongo que el humo no le molestará?

—Nada de eso; al contrario, me gusta... en la pipa de otro.

—¿En la suya no? —dijo míster Omer riendo—. Tanto mejor, caballero; es mala costumbre para los jóvenes. Siéntese. Yo si fumo es a causa del asma.

Míster Omer había adelantado una silla para mí, y se volvió a sentar sin aliento, aspirando el humo de su pipa como si esperase encontrar en ella el sople necesario a su existencia.

—Estoy muy preocupado con las malas noticias que me han dado de Barkis— le dije.

Míster Omer me miró con aire grave, sacudiendo la cabeza.

—¿Sabe usted cómo está ahora? —pregunté.

—Esa es precisamente la pregunta que le hubiera hecho —dijo míster Omer—, si no hubiera sido por un sentimiento de delicadeza. Es una de las cosas molestas de nuestro oficio. Cuando hay algún enfermo, no podemos preguntar cómo sigue.

Era una dificultad que no había previsto; había temido, al entrar, oír el antiguo martillo. Sin embargo, puesto que míster Omer había tocado aquella cuerda, yo no podía por menos de aprobar su delicadeza.

—Sí, sí; ¿comprende usted? —dijo míster Omer con un movimiento de cabeza—. No nos atrevemos.

Sería un golpe del que muchos no se repondrían si oían decir: «Omer y Joram le saludan y desean saber cómo se encuentra usted», hoy por la mañana, hoy por la tarde, según la ocasión.

Asentí con la cabeza, y Omer tomando aliento con ayuda de su pipa, continuó:

—Es una de las cosas del oficio que nos impiden tener muchas atenciones que de buena gana tendríamos a veces —dijo míster Omer—. Vea usted, por ejemplo: hace cuarenta años que conozco a Barkis. Si no he salido a hablarle toda las veces que pasaba por aquí, no he salido ninguna; pues bien, ahora no puedo ir a preguntar cómo sigue.

Convine con míster Omer que era muy desagradable.

—Y que no estoy yo menos cerca de ello que otro, míreme. La respiración me faltará uno de estos días y no es probable que esté muy interesado en la situación en que estoy. Digo que no es probable, tratándose de un hombre que sabe que cualquier día puede faltarle la respiración, y más todavía si ese hombre es abuelo —dijo míster Omer.

—No es nada probable —dije.

—Tampoco es que me queje de mi oficio —dijo míster Omer—. Todo tiene sus pros y sus contras; eso ya se sabe: todo lo que yo pediría es que se educara a la gente de manera que tuviera el espíritu un poco más fuerte.

Míster Omer fumó un instante en silencio con aire de bondad y complacencia; después dijo volviendo a su primer asunto:

—Estamos obligados a contentarnos con saber las noticias de Barkis por Emily. Ella sabe nuestra verdadera intención y no tiene más escrúpulos ni sospechas que si fuéramos corderitos. Minnie y Joram acaban de ir a casa de Barkis, donde ella va también en cuanto termina su trabajo, para ayudar un



poco a su tía. Han ido a saber del pobre hombre; si quiere usted esperar su vuelta, traerán noticias. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Un ponche con ron? ¿Quiere usted tomarlo conmigo, pues es lo que bebo siempre mientras fumo? —dijo míster Omer cogiendo su vaso—. Dicen que es bueno para la garganta y que facilita esta desgraciada respiración. Pero, ¿sabe usted? —continuó con voz ronca—, no es el conducto lo que está en mal estado. Es lo que yo le digo siempre a Minnie: «Dame el soplo, hija mía, y yo me encargaré de encontrarle paso, querida».

Verdaderamente tenía el aliento tan corto que asustaba el verle reír. Cuando recobró la palabra le di las gracias por el ponche que me había ofrecido, y que rechacé diciendo que acababa de comer; pero añadí que, puesto que tenía la amabilidad de invitarme, esperaría la vuelta de su yerno y de su hija; después le pedí noticias de la pequeña Emily.

—A decir verdad —dijo míster Omer dejando su pipa para poder frotarse la barbilla—, yo estaré más tranquilo cuando se haya casado.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque está inquieta —dijo míster Omer—. No es que no esté tan bonita como antes; al contrario, más bonita que nunca; ni es que trabaje menos; al contrario, valía por seis obreras y sigue valiéndolo; pero ella quiere alegría. ¿Comprende usted lo que quiero decir? —continuó míster Omer fumando un poco y restregándose después la barbilla—. Lo que se entiende en general por la expresión: «Vamos, ¡fuerte, valiente!, ¡un buen golpe de remo!, ¡otro buen golpe!, ¡hurra!» . A esto es a lo que me refiero que, en general, le falta a Emily.

El rostro y los ademanes de míster Omer eran tan expresivos, que pude, en conciencia, hacerle un gesto expresando que le comprendía. Mi vivacidad de comprensión pareció gustarle, y siguió:

—Ahora bien; yo considero que la principal causa de esto es el estado transitorio en que está. He hablado a menudo de esto con su tío y con su novio por las noches, después del trabajo, y considero que es la principal causa de su inquietud. Usted recordará siempre —prosiguió míster Omer— que Emily es una criaturita extraordinariamente afectuosa. El proverbio dice que no se puede hacer una bolsa de seda con la oreja de una trucha. Yo no sé nada; pero creo que, en efecto, sí se puede; la cosa es tener tiempo.

Y usted sabe que ha hecho de ese viejo barco una morada que vale más que un palacio de piedra y mármol.

—Estoy seguro —dije.

—El ver a esa linda chiquilla acercarse a su tío, ver cómo cada día está

más unida a él, es conmovedor. Y cuando sucede así es porque hay lucha, y ¿para qué prolongarla inútilmente?

Yo escuchaba atento al buen anciano, aprobando de todo corazón cuanto decía.

—Y por eso les he dicho —continuó míster Omer en tono de bondad y condescendencia—: «No consideréis el aprendizaje de Emily como un compromiso; podéis hacer lo que queráis. Sus servicios me han producido más de lo que me esperaba; Omer y Joram pueden borrar el resto del tiempo convenido, y estará la niña libre el día que les convenga a ustedes. Si después ella quiere arreglarse con nosotros para hacernos algún trabajo en su casa, muy bien; si no le conviene, también muy bien». De todas maneras, no nos perjudica, pues sabe usted —dijo míster Omer tocándome con su pipa— no hay cuidado de que un hombre tan corto de resuello como yo, y que además tiene nietos, vaya a oprimir a un hermoso pajarito de ojos azules como ella.

—No, no; no hay cuidado; ya lo sabemos —dije.

—No, no; tiene usted razón —dijo míster Omer—. Pues bien; su primo... ¿ya sabe usted que es su primo con quien se va a casar?

—¡Oh, sí! —repliqué—. Le conozco muy bien.

—Naturalmente —repuso míster Omer—; su primo, que está en buena posición y que tiene mucho trabajo, y después de haberme dado las gracias cordialmente (y debo decir que su conducta en este asunto me ha dado la mejor opinión de él), su primo ha alquilado una casita, la más confortable que pueda imaginarse. Esa casita está amueblada de arriba abajo y arreglada como si fuera de muñecas; y creo que si el pobre Barkis no se hubiera puesto tan malo, a estas horas estarían casados; pero eso lo ha retrasado.

—Y Emily, míster Omer —pregunté—, ¿está ahora más tranquila?

—Pues ¿sabe usted? —repuso acariciándose la papada—. Como es natural, no puede esperarse que se tranquilice estando a punto de cambiar y de separarse, y todo eso. La muerte de Barkis no lo retrasaría demasiado, pero sí su estado crónico de enfermedad. En todo caso, es una situación equívoca, como puede usted ver.

—Sí, lo veo.

—En consecuencia, Emily está un poco preocupada, y hasta inquieta, quizá más que nunca. Parece amar cada vez más a su tío y sentir más vivamente el separarse de todos nosotros. Si le digo una palabra bondadosa se le saltan las lágrimas, y si usted la viera con la niña de Minnie, no podría olvidarlo jamás.

Es extraordinario —dijo míster Omer reflexionando— lo que quiero a esa niña.

La ocasión me pareció propicia para preguntarle a míster Omer, antes de que volvieran Minnie y su yerno a interrumpimos, si sabía algo de Martha.

—¡Ah! —dijo sacudiendo la cabeza con abatimiento—. Nada bueno. Es una historia triste por cualquier lado que se mire. Nunca he creído que esa muchacha esté corrompida; no lo diría delante de mi hija Minnie; se enfadaría; pero yo no lo he creído nunca.

Míster Omer percibió los pasos de su hija, que yo no había sentido todavía, y me tocó con la pipa, guiñándome un ojo como advertencia. Casi enseguida entró Minnie con su marido.

Traían la noticia de que Barkis estaba cada vez peor; que había perdido el conocimiento, y que míster Chillip había dicho tristemente en la cocina, al marcharse no hacía cinco minutos, que toda la escuela de Medicina, la de Cirugía y la de Farmacia reunidas no podrían salvarle. En primer lugar, los médicos y cirujanos no podían ya nada, había dicho míster Chillip, y todo lo que los farmacéuticos pudieran hacer sería envenenarle.

Al oír esta noticia y saber que míster Peggotty estaba en casa de su hermana decidí irme enseguida.

Di las buenas noches a míster Omer y a míster y mistress Joram y tomé el camino de casa de Peggotty con una seria simpatía por Barkis, que lo transformaba completamente a mis ojos.

Llamé dulcemente a la puerta y míster Peggotty vino a abrirme. El verme no los sorprendió tanto como yo esperaba. Lo mismo observé en Peggotty cuando apareció, y es una cosa que he recordado después muy a menudo, pensando que en la espera de aquel terrible desenlace cualquier otro cambio o sorpresa no significaban nada.

Estreché la mano a míster Peggotty y entré en la cocina mientras él cerraba suavemente la puerta. La pequeña Emily, con la cabeza entre las manos, estaba sentada delante del fuego. Ham estaba de pie a su lado.

Hablábamos bajo y escuchábamos de vez en cuando los ruidos de la habitación de encima. Durante mi última visita no había pensado en ello; pero ahora ¡qué extraño se me hacía no ver a Barkis en la cocina!

—Ha sido usted muy bueno viniendo, señorito Davy —me dijo míster Peggotty.

—¡Oh, sí, muy bueno! —dijo Ham.

—Emily —dijo míster Peggotty—, mira, querida, aquí está el señorito Davy. Vamos, ¡valor, hija mía!

¿No dices nada al señorito Davy?

Emily temblaba con todos sus miembros. Todavía la veo. Su mano estaba helada cuando la toqué; todavía la siento. No hizo más movimiento que retirarla; después se deslizó de su silla y, acercándose dulcemente a su tío, se inclinó sobre su pecho sin decir nada, temblando siempre.

—Tiene un corazoncito tan bueno —dijo míster Peggotty acariciando sus lindos cabellos con su mano callosa—, que no puede soportar esta pena. Es muy natural: los jóvenes, señorito Davy, no están acostumbrados a esta clase de pruebas y tienen la timidez de este pajarillo; ¡es natural!

Emily se estrechó contra su pecho sin decir una palabra ni levantar la cabeza.

—Es tarde, hija mía, y Ham te espera para llevarte a casa. Anda, vete con él; ¡también él tiene un corazón de oro! ¿Qué, Emily? ¿Qué dices, cariño mío?

El sonido de su voz no llegó a mis oídos; pero él bajó la cabeza como escuchando, y después dijo:

—¿Quieres quedarte con tu tío? ¡Vamos, de ninguna manera! ¿Quedarte con tu tío, chiquilla, cuando el que va a ser tu marido dentro de unos días está aquí para llevarte a casa? Vamos; nadie lo creería al ver a esta chiquilla al lado de un viejo gruñón como yo —dijo míster Peggotty mirándonos a los dos con un orgullo infinito—; pero el mar no contiene más sal que el corazón de la pequeña Emily contiene de ternura para su tío; ¡locuela!

—Emily tiene razón, señorito Davy —dijo Ham—; y puesto que Emily lo desea y está un poco inquieta y asustada, la dejaré aquí hasta mañana por la mañana. Pero permítanme que me quede también.

—No, no —dijo míster Peggotty—; no puede ser; ya es casi como si estuvieras casado, y no puedo perder un día de trabajo, ni tampoco velar esta noche y trabajar mañana. Vuélvete a casa. ¿Es que temes que no te cuidemos bien a Emily?

Ham cedió a aquellas razones y cogió su sombrero para marcharse. Hasta en el momento en que la besó (y yo no le veía nunca acercarse a ella sin pensar que la naturaleza le había dado un corazón de caballero), Emily parecía apretarse más contra su tío, tratando de evitar a su novio. Cerré la puerta tras de él, para no turbar el silencio que reinaba en la casa, y al volverme vi que míster Peggotty todavía estaba hablando a su sobrina.

—Ahora —le decía— voy a subir a decir a tu tía que el señorito Davy está aquí; eso la consolará.

Siéntate al lado del fuego entre tanto, querida mía, y caliéntate las manos, que las tienes como el hielo.

Pero ¿qué te pasa para tener tanto miedo y temblar de ese modo? ¿Qué?

¿Que quieres subir conmigo?

Bueno, ven. Si a su tío le arrojaran de casa y le obligaran a acostarse en un dique —dijo míster Peggotty con el mismo orgullo de un momento antes—, creo verdaderamente que querrías acompañarle, pero pronto me va a suplantar otro, ¿no es verdad, Emily?

Al subir un momento después, cuando pasé por el lado de la puerta de mi habitacioncita, que estaba sumida en la oscuridad, me pareció que Emily yacía tendida en el suelo; pero aun ahora no sé si era ella o si fue una ilusión de las sombras que confundían todo a mis ojos en las tinieblas de mi habitación.

Tuve tiempo de reflexionar, mirando el fuego de la cocina, en el terror que inspiraba la muerte a la pequeña y linda Emily, y pensé que esa sería, unido a las otras razones que me había dado míster Omer, la causa del cambio que se había operado en ella. Tuve tiempo, antes de que apareciera Peggotty, de pensar con más indulgencia en aquella debilidad, mientras contaba los latidos del péndulo del reloj, percibiendo cada vez más la solemnidad del silencio que reinaba a mi alrededor. Peggotty me estrechó en sus brazos y me dio las gracias mil veces por haber venido a consolarla en su tristeza (fueron sus propias palabras), y me rogó que subiera con ella, diciéndome, entre sollozos, que Barkis me apreciaba mucho; que había hablado mucho de mí antes de perder el conocimiento, y que en el caso en que lo recobrará estaba segura de que mi presencia le alegraría si es que todavía podía alegrarse con algo en el mundo.

Pero esto era cosa absurda, según me pareció cuando le vi. Estaba acostado con la cabeza y los hombros fuera del lecho, en una posición muy incómoda, medio apoyado en el cofre que le había costado tantas preocupaciones. Supe que cuando ya no había sido capaz de arrastrarse fuera del lecho para abrirlo, ni de asegurarse de que estaba allí por medio del bastón, como yo le había visto hacer, lo había hecho colocar encima de una silla al lado de su cama, donde lo tenía entre sus brazos noche y día. En aquel momento se apoyaba en él; el tiempo y la vida se le escapaban; pero conservaba su cofre, y las últimas palabras que había pronunciado para desechar sospechas eran: «Trajes viejos».

—Barkis, amigo mío —dijo Peggotty con un tono que trataba de hacer alegre inclinándose hacia él, mientras su hermano y yo permanecíamos a los pies de la cama—, aquí está mi querido niño Davy, que fue quien sirvió de intermediario en nuestro matrimonio, con el que enviabas tus mensajes, ¡ya lo sabes!

¿Quieres hablar al señorito Davy?

Continuaba mudo y sin conocimiento, como el cofre, que era lo único que daba algo de expresión a su fisonomía, por el cuidado celoso con que lo

estrechaba.

—Se va con la marea —me dijo míster Peggotty tapándose la boca con la mano.

Mis ojos estaban húmedos y los de míster Peggotty también. Repetí en voz baja:

—¿Con la marea?

—En las costas —dijo míster Peggotty— siempre se muere con la marea baja, y, por el contrario, siempre se viene al mundo con la marea alta, y no se es totalmente del mundo más que en plena marea. Pues bien; él se irá con la marea. Ésta baja a las tres y media y no volverá a subir hasta media hora después. Si dura hasta que el mar empieza a subir no entregará su espíritu mientras estemos en plena marea, y esperará para marcharse a la próxima marea baja.

Continuábamos allí mirándole. El tiempo transcurría; las horas pasaban. No puedo decir qué misterioso influjo ejercía mi presencia sobre él; pero cuando empezó a murmurar algunas palabras en su delirio hablaba de llevarme a la pensión.

—Vuelve en sí —dijo Peggotty.

Míster Peggotty me tocó en el brazo, diciéndome bajo, en tono convencido y respetuoso:

—La marea baja, y se va.

—Barkis, amigo mío —exclamó Peggotty.

—C. P. Barkis —exclamó él con voz débil—: ¡la mejor mujer que hay en el mundo!

—Mira; aquí está Davy —dijo Peggotty, pues abría los ojos.

Iba a preguntarle si me reconocía, cuando hizo un esfuerzo para extender su brazo, y me dijo claramente, con una dulce sonrisa:

—¡Barkis está dispuesto!

Y el mar bajaba, y se fue con la marea.

## Capítulo 11

### Una pérdida mayor

No había dificultad para mí en ceder a los ruegos de Peggotty, que me

pedía que permaneciera en Yarmouth hasta que los restos del pobre carretero hubieran hecho por última vez el viaje de Bloonderstone. Había comprado desde hacía mucho tiempo, de sus economías, un rinconcito de tierra en nuestro antiguo cementerio, cerca de la tumba de «su querida niña», como llamaba siempre a mi madre, y allí reposarían sus restos.

Cuando lo pienso ahora me parece que no podía ser más dichoso de lo que lo era entonces acompañando a Peggotty y haciendo por ella lo poco que podía. Pero temo haber sentido una satisfacción todavía mayor (satisfacción personal y profesional) al examinar el testamento de Barkis y al apreciar su contenido.

Reclamo el honor de haber sugerido la idea de que el testamento estaría en el cofre. Después de algunas pesquisas, apareció en el fondo de una bolsa, en compañía de un poco de paja, de un antiguo reloj de oro con cadena y dijes, que Barkis había llevado el día de su boda y que nunca se le había visto ni antes ni después; de una pipa de plata que parecía una pierna; de una caja que parecía un limón, llena de tacitas y platitos que Barkis supongo habría comprado cuando yo era niño para regalármelo y que después no había tenido el valor suficiente para desprenderse de ello; y, por último, encontramos ochenta y siete monedas de oro, en guineas y medias guineas; doscientas diez libras en billetes de banco muy nuevos, algunas acciones del Banco de Inglaterra y una herradura vieja, un chelín falso, un trozo de alcanfor y una concha de ostra. Como el último objeto era evidente que había sido frotado y mostraba los colores del prisma, estoy muy inclinado a creer que Barkis tenía una idea general sobre las perlas que nunca había llegado a resolver ni a definirse.

Durante años y años Barkis había llevado siempre consigo el cofre en todos sus viajes, y para despistar mejor a quien pudiera espiarle había pensado en escribir con mucho cuidado sobre la tapa, en caracteres que se habían ido borrando con el tiempo, la dirección de «Míster Blackboy: que lo conserve Barkis hasta que sea reclamado».

Pronto me di cuenta de que no había perdido el tiempo economizando durante tantos años. Su fortuna en dinero sumaba cerca de tres mil libras esterlinas. Legaba el usufructo de mil a míster Peggotty durante toda su vida; a su muerte, el capital debía ser repartido, a partes iguales, entre Peggotty, la pequeña Emily y yo, o aquel de nosotros que sobreviviera. Dejaba a Peggotty todo lo demás, nombrándola heredera universal y única ejecutora de sus últimas voluntades expresadas en el testamento.

Estaba yo orgulloso como un procurador cuando leí todo el testamento con la mayor ceremonia, explicando su contenido a todas las partes interesadas; empezaba a creer que el Tribunal tenía más importancia de la que yo había

supuesto. Examiné el testamento con la mayor atención y declaré que estaba perfectamente en regla sobre todos los puntos, e hice una o dos anotaciones con lápiz al margen, muy sorprendido de saber tanto.

Pasé la semana que precedió al entierro haciendo este examen un poco abstracto y levanté inventario de la fortuna que le tocaba a Peggotty, poniendo en orden todos los asuntos. En una palabra, fui su consejero y su oráculo para todo. No volví a ver a Emily en este intervalo; pero me dijeron que pensaba casarse discretamente quince días después.

No seguí el entierro de modo formal. Me refiero a que no me revestí de manto negro ni de largo crespón, para asustar a los pájaros, sino que me fui a pie, temprano, a Bloonderstone, y ya me encontraba en el cementerio cuando llegó el féretro, seguido únicamente de Peggotty y de su hermano. El loco nos miraba desde mi ventana; el niño de míster Chillip movía su gran cabeza dando vueltas a sus ojos redondos para mirar al pastor por encima del hombro de su niñera; míster Omer soplaba en segunda línea, y no había nadie más, y todo se hizo tranquilamente. Nosotros nos paseamos por el cementerio durante una hora después de terminar la ceremonia y cogimos algunas hojas tiernas, apenas entreabiertas, del árbol que daba sombra a la tumba de mi madre.

Aquí el miedo se apodera de mí; una nube sombría se extiende por encima del pueblo, que veo a lo lejos al dirigir hacia allí mis pasos solitarios. Tengo miedo de acercarme. ¿Cómo podré soportar el recuerdo de lo que nos ocurrió durante aquella noche memorable, de lo que voy a tratar de recordar, si es que puedo dominar mi emoción?

Pero el contarle no aumentará el daño; por lo tanto, ¿qué adelantaría con detener aquí mi pluma temblorosa? Lo hecho, hecho está, y nada podría deshacerlo, nada puede cambiar la menor cosa. Peggotty debía venirse conmigo a Londres al día siguiente para las cuestiones del testamento. La pequeña Emily había pasado el día en casa de míster Omer, y debíamos reunirnos todos por la noche en el viejo barco. Ham debía recoger a Emily a la hora de costumbre; yo volvería a pie paseándome. El hermano y la hermana harían el viaje de vuelta como el de ida, y pasaríamos la velada al lado del fuego.

Nos separamos en la barrera donde un Straps imaginario había reposado con el saco de Roderick Random en tiempos pasados; y en lugar de volver directamente, di algunos pasos por la carretera de Lowestoft; después volví sobre mis pasos y tomé el camino de Yarmouth. Me detuve para comer en un café muy bueno, situado a unas dos millas del Ferry's del que he hablado; el día acababa, y llegué a la orilla al atardecer. Llovía mucho; el viento era fuerte, pero la luna aparecía de vez en cuando a través de las nubes, y la oscuridad no era completa.



Pronto estuve a la vista de la casa de míster Peggotty y distinguí la luz que brillaba en la ventana. Ya estoy pateando en la arena húmeda antes de llegar a la puerta. Ya he entrado.

Todo tenía su aspecto agradable y cómodo. Míster Peggotty fumaba su pipa de la noche, y los preparativos de la cena seguían su curso; el fuego ardía alegremente; habían quitado las cenizas. La caja en que se sentaba la pequeña Emily la esperaba en el rincón de costumbre. Peggotty estaba sentada en el lugar que ocupaba antes de casarse, y si no fuera por su traje de viuda hubiera podido creerse que no lo había abandonado nunca. Había resucitado su caja de labor, con la catedral de Saint Paul en la tapa. El metro dentro de su chocita y el pedazo de cera seguían en su puesto como el primer día. Mistress Gudmige gruñía un poco en su rincón, como de costumbre, lo que hacía más fuerte la ilusión.

—Llega usted el primero, señorito Davy —dijo míster Peggotty radiante—. Quítese ese traje si está mojado, señorito.

—Gracias, míster Peggotty —le dije dándole mi gabán para que lo colgara—, el traje está completamente seco.

—Es verdad —dijo míster Peggotty palpándome los hombros—, completamente seco; siéntese aquí, señorito; no tengo necesidad de decirle que es usted bien venido, pero es igual de todos modos: lo es usted; se lo digo de todo corazón.

—Gracias, míster Peggotty; ya lo sé. Y tú, Peggotty, ¿cómo estás? —le dije dándole un beso.

—¡Ja, ja, ja! —dijo míster Peggotty riéndose y sentándose a nuestro lado, mientras se frotaba las manos como hombre a quien no disgusta encontrar una distracción honrada a sus penas recientes; y con toda la cordial franqueza habitual en él—. Es lo que le digo siempre a mi hermana: no hay una mujer en el mundo, señorito, que pueda tener el espíritu más tranquilo que ella. Ha cumplido con su deber para con el difunto, y él lo sabía, pues también ha cumplido su deber para con ella como ella lo había cumplido para con él; y... y todo ha sucedido bien.

Mistress Gudmige gruñó.

—Vamos, ¡valor, hermosa comadre! —dijo míster Peggotty; pero sacudió la cabeza mirándonos de reojo, para darnos a entender que los últimos sucesos eran oportunos para recordarle al «viejo»—. No se deje abatir. ¡Valor! Un pequeño esfuerzo, y ya verá usted cómo después todo va bien.

—Para mí no, Dan —contesto mistress Gudmige—; lo único bueno que me puede ocurrir es quedarme sola y aislada.

—No, no —dijo míster Peggotty en tono consolador.

—Sí, sí, Dan —dijo mistress Gudmige—. Yo no soy persona para vivir con gentes que han heredado.

He sido demasiado desgraciada, y haríais bien desembarazándoos de mí.

—¿Y cómo iba a poder gastarme el dinero sin ti? —dijo míster Peggotty en tono de seria queja—.

¿Qué estás diciendo? ¿Acaso no lo necesito más que nunca?

—Ya sabía yo que antes no me necesitaban —exclamó mistress Gudmige con el acento más lamentable—, y ahora ya no se ocultan para decirlo. ¿Cómo podía yo hacerme ilusiones de que me necesitaban, una pobre mujer aislada y desolada y que no hace más que dar la mala suerte?

Míster Peggotty parecía recriminarse a sí mismo por haber dicho algo que pudiera tener un sentido tan cruel; pero Peggotty le impidió contestar tirándole de la manga y moviendo la cabeza. Después de haber mirado un momento a mistress Gudmige, con profunda ansiedad miró el reloj, se levantó, avivó el fuego de la vela y la puso en la ventana.

—Aquí —dijo míster Peggotty con aire satisfecho—, aquí estamos, mistress Gudmige.

Mistress Gudmige lanzó un débil gemido.

—¡Ya tenemos la luz como de costumbre! ¿Me pregunta usted lo que estoy haciendo, señorito? Es para nuestra pequeña Emily. ¿Sabe usted? El camino está oscuro, y no resulta muy alegre en la oscuridad; por ello cuando estoy en casa a la hora de su regreso pongo la luz en la ventana, y así sirve para dos cosas: en primer lugar —dijo míster Peggotty inclinándose hacia mí con alegría—, Emily piensa: «Allí está la casa»; y también: «Mi tío está ya», pues si yo no estoy, tampoco está la luz.

—¡Eres un niño! —dijo Peggotty, muy entusiasmada con aquello.

—Bien —dijo míster Peggotty, con las piernas un poco separadas y paseando sus manos por encima, con expresión de profunda alegría y mirando alternativamente al fuego y a nosotros—. No sé si lo seré; al menos a la vista no.

—No del todo —observó Peggotty.

—No —dijo míster Peggotty riendo—, a la vista no; pero, reflexionándolo bien, me tiene sin cuidado, ¿saben ustedes? Voy a decirles: Cuando miro a mi alrededor en esta linda casita de nuestra Emily... me siento... , me siento... —dijo míster Peggotty en un impulso de entusiasmo—. ¡No puedo decir más!; me parece que los objetos más insignificantes son, por decirlo así, una parte de

ella misma; los cojo, los muevo y los toco con la misma delicadeza que si fueran nuestra Emily; lo mismo me ocurre con sus sombreritos y con todas sus cosas. No podría ver que se tratara mal cualquier objeto que le perteneciese, por nada del mundo. He aquí cómo soy un niño, si queréis bajo la forma de un gran erizo de mar —dijo míster Peggotty abandonando su seriedad para lanzar una sonora carcajada.

Peggotty y yo también reímos, pero no tan alto.

—Supongo que esto debe de provenir —continuó míster Peggotty con el rostro radiante y frotándose siempre las piernas— de haber jugado tanto con ella haciendo como que éramos turcos y franceses y toda clase de extranjeros, y hasta leones y ballenas, y qué sé yo cuántas cosas, cuando no me llegaba a las rodillas. De eso debe de provenir. ¿Veis muy bien esta vela, no? —dijo míster Peggotty, que continuaba riendo mientras nos la enseñaba—. Pues bien: estoy seguro de que cuando se haya casado y marchado la seguiré poniendo ahí igual que ahora. Estoy seguro de que cuando esté aquí por la noche (¿y dónde iría a vivir, os pregunto, sea cual sea la fortuna que me llegue?), cuando ella no esté aquí o no esté yo en su casa, pondré la luz en la ventana y me sentaré al lado del fuego haciendo como que la estoy esperando como ahora. Así soy un niño —dijo míster Peggotty con una nueva carcajada— bajo la forma de un erizo de mar. ¿Veis? En este momento, mientras veo brillar la luz, me digo: «Emily la ve, ya estará cerca». Y por eso os parezco un niño bajo la forma de un erizo de mar. Después de todo, no me equivoco — continuó míster Peggotty, interrumpiéndose en medio de su carcajada y palmoteando—, porque aquí está.

Pero no; era Ham, que venía solo. La lluvia debía de haber arreciado mucho desde que yo había entrado, pues Ham llevaba un gran sombrero de hule encajado hasta los ojos.

—¿Dónde está Emily? —dijo míster Peggotty.

Ham hizo un movimiento de cabeza como indicando que estaba en la puerta. Míster Peggotty quitó la luz de la ventana, la despabiló, la volvió a poner encima de la mesa y se puso a atizar el fuego, mientras Ham, que no se había movido, me dijo:

—Señorito Davy, ¿quiere usted venir fuera conmigo un momento para ver lo que Emily y yo tenemos que enseñarle?

Salimos. Al pasar a su lado por la puerta vi, con tanta sorpresa como susto, que estaba pálido como la muerte. Me empujó con precipitación fuera y volvió a cerrar la puerta tras de nosotros. Sólo estábamos los dos.

—Ham, ¿qué sucede?

—¡Señorito Davy! ¡Ay! ¡Su pobre corazón roto! ¡Cómo lloraba amargamente!

Yo estaba como petrificado a la vista de aquel dolor; no sabía qué pensar ni qué temer; no sabía más que mirarle.

—Ham, amigo mío; ¡en nombre del cielo, dime lo que ha ocurrido!

—Mi amor, señorito Davy; el orgullo y la esperanza de mi vida, por quien hubiera querido morir, por quien todavía querría morir, ¡se ha marchado!

—¿Se ha marchado?

—Emily ha huido, y piense cómo ha huido, cuando yo le pido a la bondad de Dios y a su misericordia que la mate (a ella, a quien quiero por encima de todo) antes que dejarla perderse y deshonorarse.

El recuerdo de la mirada que dirigió al cielo, cargado de nubes; del temblor de sus manos juntas, de la angustia que expresaba toda su persona, todavía ahora está unido en mi espíritu al de la vasta soledad de la playa. En la oscuridad de la noche, él era el único personaje de la escena.

—Usted es un sabio —dijo con precipitación— y sabrá lo mejor que puede hacerse. ¿Cómo anunciárselo a su tío, señorito Davy?

Vi moverse la puerta, e instintivamente hice un movimiento para sujetar el picaporte desde el exterior, para ganar algún momento. Pero era demasiado tarde. Míster Peggotty asomó la cabeza, y no olvidaré nunca el cambio que se produjo en su expresión al vernos; no, aunque viviera quinientos años no lo olvidaría.

Recuerdo un gemido y un grito. Las mujeres le rodean, y estamos todos de pie en la habitación, yo teniendo en la mano un papel que Ham me acaba de entregar. Míster Peggotty, con el chaleco entreabierto, los cabellos en desorden, el rostro y los labios muy pálidos, la sangre, que debió salir de su boca, brillando en su pecho, me mira fijamente.

—Lea usted, señorito —dice lentamente, en voz baja y temblorosa—; haga el favor, para que trate de comprender.

En medio de un silencio de muerte leí una carta, medio borrada por las lágrimas, que decía:

Cuando recibas esta carta, tú que me amas infinitamente, más de lo que he merecido nunca, incluso cuando mi corazón era inocente, estaré ya muy lejos.

—Estaré lejos —repitió míster Peggotty lentamente—. Espere. Emily estará lejos, ¿y qué más?

Cuando deje mi querido hogar, ¡oh mi querido hogar!, por la mañana —la

carta estaba fechada la víspera por la noche— será para no volver nunca, a menos que me traiga después de haber hecho de mí una señora. Encontraréis esta carta la noche del día de mi marcha, muchas horas después, en el momento en que esperéis verme. ¡Oh, si supierais cómo tengo el corazón destrozado! Si tú, Ham, sobre todo; tú, con quien tan mal me porto y que no podrás nunca perdonarme, ¡si supieras lo que sufro! Pero soy demasiado culpable para hablarte de mí. ¡Oh, sí!, consuélate con el pensamiento de que soy culpable. ¡Oh! Y, por piedad, dile a mi tío que no le he amado nunca ni la mitad que ahora. No recordéis toda la bondad y el afecto que me habéis demostrado; no recuerdes que debíamos casarnos; trata de convencerte de que llevo muerta desde que era pequeña y de que estoy enterrada en cualquier parte. Que el cielo, del que no soy digna de implorar la piedad para mí, la tenga al menos para mi tío. Dile que nunca le he querido ni la mitad que ahora. Consuélale. Ama a alguna buena muchacha que sea para mi tío lo que yo era antes, que sea digna de ti y que te sea fiel; bastante tenéis con mi vergüenza para desesperaros.

¡Que Dios os bendiga a todos! Le rogaré a menudo por todos, de rodillas. Si no me trae hecha una señora, aunque no pueda rezar por mí misma rezaré por todos vosotros. Mi mayor ternura, para mi tío. Mis lágrimas y mi agradecimiento, para mi tío.

Era todo.

Míster Peggotty continuó largo tiempo mirándome después de haber terminado. Por fin me aventuré a cogerle una mano y a rogarle lo mejor que pude que tratara de recobrar el ánimo.

—¡Gracias, señorito, gracias! —me respondía sin moverse.

Ham le habló y míster Peggotty no fue impasible a su dolor, pues le estrechó la mano con todas sus fuerzas; pero eso era todo: continuaba en la misma actitud, y nadie se atrevía a molestarle.

Por fin, lentamente, separó los ojos de mi rostro, como si saliera de un sueño, y los paseó alrededor de la habitación; después dijo en voz baja:

—¿Quién es él? Quiero saber su nombre.

Ham me miró, y yo me sentí al momento anonadado por un golpe que me hizo retroceder.

—¿Sospechas de alguien? —dijo míster Peggotty—. ¿De quién?

—Señorito Davy —dijo Ham en tono suplicante—, salga usted un momento y déjeme que le diga lo que le tengo que decir. Usted no puede oírlo.

Sentí de nuevo el mismo golpe, y me dejé caer en una silla; traté de pronunciar una respuesta, pero mi lengua estaba helada y mis ojos turbados.

—Quiero saber su nombre —repetía míster Peggotty.

—Desde hace algún tiempo —murmuró Ham— hay un criado que ha venido algunas veces a rondar por aquí. Y también un caballero; se entendían.

Míster Peggotty continuaba inmóvil; pero miró a Ham.

—Al criado —continuó Ham— le han visto ayer tarde con... , con nuestra pobre niña. Estaba oculto en las cercanías desde hacía lo menos ocho días. Creían que se había marchado; pero solamente estaba oculto. ¡No se quede aquí, señorito Davy, no se quede!

Sentí que Peggotty me pasaba el brazo alrededor del cuello para arrastrarme; pero no hubiera podido moverme aunque la casa se me cayera encima.

—Esta mañana, casi antes de amanecer, se ha visto un coche desconocido con caballos de postas por la carretera de Norwich —continuó Ham—. El criado fue allí, volvió aquí y volvió allá. La última vez

Emily iba con él. El otro estaba en el coche. ¡Es él!

—¡En nombre del cielo —dijo míster Peggotty retrocediendo y extendiendo la mano para rechazar un pensamiento que temía confesarse a sí mismo—, no me digas que se llama Steerforth!

—Señorito Davy —exclamó Ham con la voz rota—, no es culpa de usted... y estoy muy lejos de acusarle; pero... su nombre es Steerforth, y ¡es un miserable!

Míster Peggotty no lanzó un grito, no vertió una lágrima, no hizo un movimiento; pero al cabo de un rato pareció que se despertaba de pronto y se puso a descolgar un grueso capote, que estaba suspendido en un rincón del techo.

—Ayudadme un poco; estoy destrozado y no consigo hacer nada. Ayudadme un poco. ¡Bien! —añadió cuando se le hubo ayudado—. Ahora dadme mi sombrero.

Ham le preguntó dónde iba.

—Voy a buscar a mi sobrina, voy a buscar a mi Emily. Y antes voy a hundir el barco ese donde he debido ahogarle; sí, tan verdad como estoy vivo que lo habría hecho si hubiera podido sospechar lo que meditaba. Cuando estaba sentado frente a mí —dijo como un loco, extendiendo el puño cerrado—; cuando estaba sentado frente a mí, que me parta un rayo si no le hubiera ahogado y si no hubiera estado convencido de que obraba bien. ¡Voy a buscar a mi sobrina!

—¿Dónde? —exclamó Ham poniéndose delante de la puerta.

—¿Qué importa dónde? Voy a buscar a mi sobrina por el mundo. Voy a buscar a mi pobre niña en su vergüenza y a traerla conmigo. Que no me detengan. ¡Digo que voy a buscar a mi sobrina!

—No, no —exclamo mistress Gudmige, que vino a interponerse entre ellos en un acceso de dolor—; no, no, Daniel. En el estado en que estás, no. Irás a buscarla pronto, mi pobre Dan, es muy justo; pero ahora no. Siéntate y perdóname el haberte atormentado tanto, Dan... (¿qué son mis penas al lado de ésta?) y hablemos de los tiempos en que ella se quedó huérfana y Ham huérfano; cuando yo era una pobre viuda y tú me habías recogido. Esto calmará tu pobre corazón, Daniel —dijo apoyando su cabeza en el hombro de míster Peggotty—, y soportarás mejor tu dolor, pues ya conoces la promesa, Daniel: «Lo que hayas hecho por el menor de tus hermanos será como si me lo hubieras hecho a mí mismo», y esto no podrá por menos que cumplirse bajo este techo que nos ha servido de abrigo durante tantos años, ¡tantos años!

Parecía que se había vuelto insensible, y cuando le oí llorar, en lugar de ponerme de rodillas, como tenía ganas de hacer para pedirles perdón por el dolor que les había causado y para maldecir a Steerforth, hice más: di a mi corazón oprimido el mismo desahogo, y lloré con ellos.

## Capítulo 12

### El principio de un viaje largo

Supongo que lo que es natural en mí es natural en todo el mundo, y por eso no temo decir que nunca he querido más a Steerforth que en el momento en que los lazos que nos unían se habían roto. En la amarga angustia que me causaba el descubrimiento de su crimen recordaba más claramente que nunca sus brillantes cualidades; apreciaba más vivamente todo lo que había bueno en él; hacía más completa justicia a todas las facultades que hubieran podido hacer de él un hombre de una naturaleza noble y excepcional; lo veía todo más claro que en la época más ardiente de mi abnegación pasada; me resultaba imposible no sentir profundamente la parte involuntaria que había tenido en la mancha que caía sobre aquella familia honrada, y, sin embargo, creo que si me hubiera encontrado frente a frente con él no habría tenido fuerzas para dirigirle ni un solo reproche. Le hubiese amado tanto todavía, aunque mis ojos estuvieran abiertos; hubiese conservado un recuerdo tan tierno de mi afecto por él, que me temo habría sido débil como un niño que no sabe más que llorar y olvidar; pero claro que no se me ocurrió pensar en una reconciliación entre nosotros. Fue un pensamiento que no abrigué jamás. Sentía, como él mismo lo había sentido, que todo había terminado entre él y yo. Nunca he sabido qué

recuerdo había conservado de mí; quizá no era más que un recuerdo ligero, fácil de desechar; pero yo, yo lo recordaba como a un amigo muy querido que me hubiera arrebatado la muerte.

Sí, Steerforth; desde que has desaparecido de la escena de este pobre relato, no digo que mi dolor no presentará involuntariamente testimonio contra ti ante el trono del Juicio Final; pero no temas que mi cólera ni mis reproches acusadores lo persigan por sí mismos.

La noticia de lo que acababa de ocurrir se extendió pronto por el pueblo, y al pasar por las calles al día siguiente por la mañana oía a los habitantes hablar de ello delante de sus puertas. Había muchas gentes que se mostraban muy severas con ella; otras, con él; pero sólo había una opinión respecto a su padre adoptivo o a su novio. Todo el mundo, de todas condiciones, demostraba por su dolor un respeto lleno de cuidados y delicadezas. Los marineros permanecieron alejados cuando los vieron andar lentamente por la playa muy de madrugada, y formaron grupos donde sólo se hablaba de ellos para compadecerlos.

Los encontré en la playa a la orilla del mar, y me habría sido fácil observar que no habían pegado ojo, aunque Peggotty no me hubiera dicho que la mañana les había sorprendido sentados todavía donde los había dejado la víspera. Parecían agotados, y me pareció que aquella sola noche había inclinado la cabeza de míster Peggotty más que todos los años transcurridos desde que yo le conocía. Pero los dos estaban graves y tranquilos como el mismo mar que se extendía ante nosotros sin una ola, bajo un cielo sombrío, aunque el oleaje duro demostrase claramente que respiraba dentro de su reposo y aunque una banda de luz que iluminaba el horizonte hiciera adivinar detrás la presencia, del sol, invisible todavía tras de las nubes.

—Hemos hablado mucho, señorito —me dijo míster Peggotty, después de que dimos los tres reunidos algunas vueltas por la arena, en silencio—, de lo que debíamos y no debíamos hacer. Pero ahora ya está decidido.

Lancé por casualidad una mirada a Ham. En aquel momento miraba el resplandor que iluminaba al mar en la lejanía, y aunque su rostro no estaba animado por la cólera y, a lo que recuerdo, sólo podía leer una expresión resuelta y sombría, se me ocurrió el terrible pensamiento de que si encontraba alguna vez a Steerforth lo mataría.

—Mi deber aquí está cumplido, señorito —dijo míster Peggotty—, y voy a buscar a mi...

Después se detuvo y añadió con voz más segura:

—Voy a buscarla; es mi única misión desde ahora.



Sacudió la cabeza cuando le pregunté dónde la buscaría, y me preguntó si me marchaba a Londres al día siguiente. Le dije que si no me había marchado ya era por temor de desperdiciar la ocasión si podía ayudarle en algo; pero que estaba dispuesto a partir cuando él quisiera.

—Mañana me iré con usted, señorito —dijo—, si le parece bien.

Dimos de nuevo algunos paseos en silencio.

—Ham continuará trabajando aquí —añadió después de un momento—. Se irá a vivir a casa de mi hermana. En cuanto al viejo barco...

—¿Es que abandonará usted el viejo barco, míster Peggotty? —pregunté con dulzura.

—Mi sitio no está ya allí, señorito Davy; y si alguna vez ha naufragado un barco desde que las tinieblas existen sobre la superficie del abismo, es éste. Pero no, señorito, no; yo no quiero abandonarlo, ni mucho menos.

Anduvimos otro rato en silencio, y después continuó:

—Lo que deseo, señorito, es que esté siempre, día y noche, invierno como verano, tal como ella lo ha conocido siempre desde la primera vez que lo vio. Si alguna vez sus pasos errantes se dirigen hacia aquí, no quiero que su antigua morada parezca rechazarla; al contrario, quiero que la invite a acercarse a la vieja ventana, como un aparecido, para mirar, a través del viento y la lluvia, su rinconcito al lado del fuego. Entonces, señorito Davy, quizá viendo a mistress Gudmige sola tenga valor y se deslice dentro temblando; quizá se deje acostar en su antigua camita y repose su cabeza fatigada allí donde antes se dormía tan alegremente.

No pude contestar, a pesar de todos mis esfuerzos.

—Todas las noches —continuó míster Peggotty—, a la caída de la tarde, la luz se pondrá como de costumbre en la ventana, con el fin de que si algún día llega a verla crea que se oye llamar con dulzura:

«Vuelve, hija mía; vuelve». Y si alguna vez llaman a la puerta de tu tía por la noche, Ham, sobre todo si llaman suavemente, no vayas a abrir tú. ¡Que sea a mi hermana y no a ti a quien vea primero la pobre niña!

Dio algunos pasos y anduvo delante de nosotros unos momentos. Durante aquel intervalo lancé de nuevo una mirada a Ham, y viendo la misma expresión en su rostro, con la mirada siempre fija en el resplandor lejano, le toqué en el brazo. Le llamé dos veces por su nombre como si hubiera querido despertar a un hombre dormido, sin que me hiciera caso. Cuando por fin le pregunté en qué pensaba, me respondió:

—En lo que tengo delante de mí, señorito Davy, y en lo de más allá.

—¿En la vida que se abre ante ti, quieres decir?

Me había señalado vagamente el mar.

—Sí, señorito Davy; no sé bien lo que es, pero me parece... que es de allá abajo de donde vendrá el fin.

Y me miró como un hombre que se despierta; pero con la misma resolución.

—¿El fin de qué? —pregunté, sintiendo renacer mis temores.

—No lo sé —dijo con aire pensativo—; recordaba que era aquí donde había empezado todo, y... naturalmente, pensaba que aquí es donde debe terminar. Pero no hablemos más, señorito Davy —añadió, respondiendo, según pareció, a mi mirada—; no tenga miedo; estoy tan inquieto, me parece, que no sé...

Y, en efecto, no sabía dónde estaba, y su espíritu vagaba en la mayor confusión.

Míster Peggotty se detuvo para darnos tiempo a que le alcanzáramos y no continuamos; pero el recuerdo de mis primeros temores me volvió más de una vez hasta el día en que el inexorable fin llegó en el momento fijado.

Nos habíamos acercado sin darnos cuenta al barco. Entramos. Mistress Gudmige, en lugar de lamentarse en su rincón de costumbre, estaba muy ocupada preparando el desayuno. Acercó una silla a míster Peggotty, le cogió el sombrero y habló con tal dulzura y buen sentido, que no la reconocía.

—Vamos, Daniel, buen hombre —decía—, hay que comer y beber para conservar las fuerzas; si no no podrás hacer nada. Vamos, un esfuerzo, y valor, querido, y si lo molesto con mi charla, me lo dices y termino.

Cuando nos hubo servido a todos se retiró al lado de la ventana para repasar las camisas y demás trapos de míster Peggotty, que dobló después con cuidado para encerrarlos en un viejo saco de hule como los que llevan los marineros. Durante aquel tiempo continuaba hablando con la misma dulzura.

—Siempre, en todas las estaciones del año —decía mistress Gudmige—, continuaré aquí, y todo seguirá como deseas. No soy muy instruida, pero te escribiré de vez en cuando, cuando te hayas marchado, y enviaré mis cartas al señorito Davy. Quizá tú también me escribas alguna vez, Dan, para decirme cómo te encuentras mientras viajas solo en tus tristes pesquisas.

—Temo que te vayas a encontrar muy aislada —dijo míster Peggotty.

—No, no, Daniel; no hay cuidado; no te preocupes por mí. ¿Te parece poco entretenimiento tener todas las cosas en orden —mistress Gudmige se refería a la casa— para tu regreso y para el de todos los que puedan volver,

Dan? Cuando haga buen tiempo me sentaré a la puerta, como hacía siempre. Y si alguien vuelve, podrá ver desde lejos a la vieja viuda, a la fiel guardiana del hogar.

¡Qué cambio había dado mistress Gudmige en tan poco tiempo! Era otra persona. Tan abnegada, tan comprensiva, consciente de lo que era bueno decir y de lo que convenía callar; pensando tan poco en sí misma y tan preocupada con la pena de los que la rodeaban, que yo la miraba con una especie de veneración. ¡Cuánto trabajo aquel día! Había en la playa muchísimas cosas que convenía guardar en el cobertizo: velas, redes, remos, cuerdas, palos, cazuelas para las langostas, sacos de arena para el lastre, etc. Y aunque la ayuda no faltó, pues no hubo en la playa un par de manos que no estuvieran dispuestas a trabajar con toda su alma para míster Peggotty, y demasiado dichosas de poder ayudarle en algo, sin embargo, mistress Gudmige continuó todo el día arrastrando fardos muy por encima de sus fuerzas, y corriendo de acá para allá ocupada en una multitud de cosas inútiles. Y nada de sus lamentaciones de costumbre sobre sus desgracias; parecía haberlas olvidado por completo. Estuvo todo el día serena y tranquila, a pesar de su viva y buena simpatía, lo que no era de lo menos sorprendente en el cambio que se había operado en ella. Ni un momento de mal humor. Ni una sola vez pude observar que su voz temblase o que cayera una lágrima de sus ojos; únicamente por la noche, a la caída de la tarde, cuando se quedó sola con míster Peggotty, que se durmió agotado, se deshizo en lágrimas y trató en vano de retener sus sollozos. Después, llevándome hacia la puerta, me dijo:

—¡Que Dios le bendiga, señorito Davy! ¡Sea usted siempre tan buen amigo para el pobre hombre!

Después salió a lavarse los ojos antes de volver a sentarse a su lado, para que al despertar la encontrara tranquilamente trabajando. En una palabra, cuando los dejé por la noche era ella el apoyo y el sostén de míster Peggotty en su tristeza, y yo no me cansaba de pensar en la lección que mistress Gudmige me había dado y en el nuevo aspecto del corazón humano que me acababa de descubrir.

Serían las nueve y media cuando, paseándome tristemente por el pueblo, me detuve a la puerta de míster Omer. Minnie me dijo que a su padre le había afligido tanto lo ocurrido, que había estado todo el día triste y se había acostado sin fumar su pipa.

—¡Es una muchacha perdida, un mal corazón! —dijo mistress Joram—; nunca ha valido nada, ¡nunca!

—No diga usted eso —repliqué—, porque no lo siente.

—Sí que lo siento —dijo mistress Joram con cólera.

—No, no —le dije yo.

Mistress Joram bajó la cabeza tratando de conservar su expresión dura y severa, pero no pudo triunfar sobre su emoción y se echó a llorar. Yo era joven, es verdad; pero aquella simpatía me dio muy buena opinión de ella, y me pareció que, en su calidad de mujer y madre irreprochable, aquello era todavía más de apreciar.

—¿Qué será de ella? —decía Minnie sollozando—. ¿Dónde irá? ¡Dios mío! ¿Qué será de ella? ¡Oh!

¿Cómo ha podido ser tan cruel consigo misma y con Ham?

Yo recordaba los tiempos en que Minnie era una linda muchachita, y me gustaba ver que también ella los recordaba con tanta emoción.

—Mi pequeña Minnie —dijo mistress Joram— se acaba de dormir ahora mismo. Hasta en sueños solloza por Emily. Todo el día ha estado llamándola y preguntándome a cada momento si Emily era mala.

¿Qué le voy a contestar? La última noche que Emily ha pasado aquí se quitó la cinta de su cuello y se la puso a la nena; después puso su cabeza en la almohada, al lado de la de Minnie, hasta que se durmió profundamente. Ahora la cinta continúa alrededor del cuello de mi pequeña Minnie. Quizá no debía consentirlo; pero ¿qué quiere usted que haga? Emily es muy mala; pero ¡se querían tanto! Además, la niña no tiene conocimiento.

Mistress Joram estaba tan triste, que su marido salió de su habitación para consolarla. Los dejé juntos y emprendí el camino hacia casa de Peggotty, quizá más melancólico que nunca.

Aquella excelente criatura (me refiero a Peggotty), sin pensar en su cansancio ni en sus preocupaciones recientes, ni en tantas noches que había pasado sin dormir, se había quedado en casa de su hermano para no abandonarle hasta el momento de su partida, y en la casa no había conmigo más que una mujer vieja, que se encargaba de la limpieza hacía unas semanas, cuando Peggotty no pudo ya ocuparse. Como yo no tenía ninguna necesidad de sus servicios, la mandé acostarse, con gran satisfacción suya, y me senté delante del fuego de la cocina, para reflexionar un poco sobre todo lo que había ocurrido.

Confundía los últimos sucesos con la muerte de Barkis, y veía al mar, que se retiraba a lo lejos; recordaba la mirada extraña que Ham había fijado en el horizonte, cuando fui sacado de mis sueños por un golpe dado en la puerta. La puerta tenía aldaba; pero el ruido no era de la aldaba: era una mano la que había llamado, y muy abajo, como si fuera un niño el que quería que le abrieran.

Me apresuré más que si hubiera sido un lacayo oyendo un aldabonazo en casa de un personaje de distinción; abrí, y en el primer momento, con gran sorpresa, no vi más que un inmenso paraguas, que parecía andar solo; pero pronto descubrí bajo su sombra a miss Mowcher.

No hubiese estado muy dispuesto a recibir bien a aquella criatura si en el momento de retirar su paraguas, que no conseguía cerrar, hubiera encontrado en su rostro aquella expresión grotesca que tanta impresión me causó en nuestro primer encuentro. Pero cuando me miró fue con una expresión tan grave, que le quité el paraguas (cuyo volumen hubiera sido incómodo hasta para el gigante irlandés), mientras ella extendía sus manos con una expresión de dolor tan viva que sentí hasta simpatía por ella.

—Miss Mowcher —dije después de haber mirado a derecha a izquierda en la calle desierta sin saber lo que buscaba—, ¿cómo está usted aquí? ¿Qué le pasa a usted?

Me hizo señas con su corto brazo derecho de que cerrara el paraguas, y entrando con precipitación pasó a la cocina. Cerré la puerta y la seguí con el paraguas en la mano, encontrándola ya sentada en un rincón, balanceándose hacia adelante y hacia atrás y apretándose las rodillas con las manos como una persona que sufre.

Un poco inquieto por aquella visita inoportuna y por ser único espectador de aquellas extrañas gesticulaciones, exclamé de nuevo:

—Miss Mowcher, ¿qué le ocurre a usted? ¿Está usted enferma?

—Hijo mío —replicó miss Mowcher apretando sus manos contra su corazón—, estoy enferma, muy enferma, cuando pienso en lo que ha ocurrido y en que hubiese podido saberlo, impedirlo quizá, si no hubiera estado tan loca y aturdida como estoy.

Y su gran sombrero, tan poco apropiado a su estatura de enana, se balanceaba siguiendo los movimientos de su cuerpecito y haciendo bailar al unísono tras de ella, en la pared, la sombra de un sombrero gigantesco.

—Estoy muy sorprendido —empecé a decir— de verla tan seriamente preocupada... —Pero me interrumpió:

—Sí, siempre me ocurre lo mismo. Todos los seres privilegiados que tienen la suerte de llegar a su pleno desarrollo se sorprenden de encontrar sentimientos en una pobre enana como yo. No soy para ellos más que un juguete, con el que se divierten, para tirarme a la basura cuando se cansan; se imaginan que no tengo más sensibilidad que un caballo de cartón o un soldado de plomo. Sí, sí; eso me ocurre siempre; no es cosa nueva.

—Yo no puedo hablar más que de mí; pero le aseguro que no soy de ese

modo. Quizá no hubiera debido sorprenderme de verla a usted en ese estado, puesto que no la conozco apenas. Dispéñeme; se lo he dicho sin intención.

—¿Qué quiere usted que haga? —replicó la mujercita, en pie, y levantando los brazos para que la viera mejor—. Vea usted: mi padre era como yo; mi madre, lo mismo; mi hermano, también, e igualmente mi hermana. Trabajo para mi hermano y mi hermana desde hace muchos años... sin descanso, míster Copperfield, todo el día. Hay que vivir. Yo no hago daño a nadie. Si hay personas lo bastante crueles para burlarse de mí, ¿qué quiere usted que haga yo? Tengo que hacer lo mismo que ellos; y por eso he llegado a reírme de mí misma, de los que se ríen de mí y de todo. Se lo pregunto: ¿quién tiene la culpa?

Por lo menos yo no la tengo.

No, no; veía muy bien que no era la culpa de miss Mowcher.

—Si hubiera dejado sospechar a su pérfido amigo que no por ser enana dejaba de tener un corazón como el de cualquier otro —continuó, moviendo la cabeza con expresión de reproche—, ¿cree usted que me habría demostrado nunca el menor interés? Si la pequeña Mowcher (no tiene la culpa de ser como es, pues no se ha hecho a sí misma, caballero) se hubiera dirigido a él o a cualquiera de sus semejantes en nombre de sus desgracias, ¿cree usted que habrían escuchado siquiera su vocecita? Sin embargo, la pequeña Mowcher necesitaba vivir, aunque hubiera sido la más tonta y la más gruñona de los pigmeos; pero no hubiese conseguido nada, ¡oh, no! Se habría agotado pidiendo un pedazo de pan, y la hubiesen dejado morir de hambre; y, sin embargo, ¡no puede alimentarse del aire!

Miss Mowcher se sentó de nuevo, sacó su pañuelo y se enjugó los ojos.

—¡Vamos! Si tiene usted el corazón bueno, como creo, más bien me debía felicitar por haber tenido el valor, dentro de lo que soy, de soportarlo todo alegremente. Yo misma me felicito de poder hacer mi poquito de camino en el mundo sin deber nada a nadie y sin tener que dar por el pan que me lanzan al pasar, por tontería o vanidad, más que algunas bufonadas a cambio. Y si no me paso la vida lamentándome por lo que me falta, mejor para mí; con eso no hago daño a nadie. Y si os tengo que servir de juguete a vosotros los gigantes, al menos tratad con dulzura al juguete.

Miss Mowcher volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo, y mirándome intensamente prosiguió:

—Le he visto hace un momento en la calle. Como supondrá usted, yo no puedo andar tan deprisa como usted, con mis piernas cortas y mi débil aliento, y no he podido alcanzarle; pero adivinaba dónde se dirigía usted y lo he seguido. Ya he venido hoy una vez aquí; pero la buena mujer no estaba en

casa.

—¿Es que la conoce usted? —le pregunté.

—He oído hablar de ella —replicó— en casa de Omer y Joram. Esta mañana, a las siete, estaba allí.

¿Recuerda usted lo que Steerforth me dijo de esa desgraciada niña el día en que los vi a los dos en el hotel?

El gran sombrero que llevaba en la cabeza miss Mowcher y el más grande todavía que se reflejaba en la pared empezaron a columpiarse de nuevo cuando me hizo esta pregunta.

Le contesté que lo recordaba muy bien y que había pensado muchas veces en ello durante el día.

—¡Que el padre de la mentira le confunda —dijo la enanita levantando un dedo ante sus ojos llameantes— y que confunda diez veces más a su miserable criado! Y yo convencida de que era usted el que tenía por ella una pasión desde hacía muchos años.

—¿Yo? —repetí.

—¡Qué niño es usted y qué mala suerte tan ciega! —exclamó miss Mowcher torciéndose las manos con impaciencia—. ¿Por qué la elogiaba usted tanto, ruborizado y confuso?

No podía negar que decía la verdad, aunque había interpretado mal mi emoción.

—¿Cómo iba yo a adivinarlo? —dijo miss Mowcher sacando de nuevo su pañuelo y golpeando con el pie cada vez que se enjugaba los ojos con las dos manos—. Yo me daba cuenta de que Steerforth le atormentaba a usted y le mimaba al mismo tiempo, y que usted era como cera blanda entre sus manos. Y no hacía un momento que había dejado la habitación, cuando su criado me dijo que el joven inocente (así le llamaba; usted puede llamarle el viejo canalla sin perjudicarle) estaba loco por la chica y la chica por él; que su señor estaba decidido a que las cosas no tuvieran malas consecuencias, más por afecto a usted que por ella, y que con ese objeto estaban en Yarmouth. ¿Cómo no creerle? Había visto que Steerforth le mimaba a usted y le halagaba haciendo el elogio de la muchacha. Usted fue quien habló de ella el primero. Usted confesó que hacía tiempo la había amado. Tenía calor y frío, enrojecía y palidecía cuando yo hablaba de ella. ¿Qué quiere usted que pensara sino que era usted un pequeño libertino en ciernes, a quien no faltaba más que la experiencia, y que entre las manos en que había caído la experiencia no le faltaría mucho tiempo si no se encargaba de dirigirla por el buen camino, como era su capricho? ¡Oh, oh, oh! Es que tenían miedo de que descubriese la

verdad —exclamó miss Mowcher levantándose para trotar de arriba abajo por la cocina y levantando al cielo sus dos bracitos desesperadamente—; sabían que soy bastante viva, pues lo necesito para salir adelante en el mundo, y se pusieron de acuerdo para engañarme; y me hicieron dar a aquella desgraciada una carta, el origen, me temo mucho, de sus relaciones con Littimer, que se quedó aquí expresamente para ello.

Quedé confundido ante la revelación de tanta perfidia, y miré a miss Mowcher, que seguía paseándose. Cuando estuvo rendida se volvió a sentar y se enjugó el rostro con el pañuelo, sacudió la cabeza y no hizo más movimiento ni interrumpió el silencio.

—Mis viajes por provincias me han llevado ayer noche a Norwich, míster Copperfield —añadió por fin—. Lo que por casualidad he sabido del secreto que había envuelto su llegada y su partida me extrañó al saber que usted no formaba parte de ella, y me hizo sospechar algo. Y ayer noche tomé la diligencia de Yarmouth en el momento en que pasaba por Norwich, y he llegado aquí esta mañana, demasiado tarde, ¡ay!, ¡demasiado tarde!

La pobre miss Mowcher se estremecía a fuerza de llorar y de desesperarse; después se volvió hacia el fuego para calentar sus piecitos mojados entre las cenizas, y se quedó allí como una gran muñeca, con los ojos fijos en el fuego.

Yo estaba sentado en una silla al otro lado de la chimenea, sumido en mis tristes reflexiones y mirando tan pronto al fuego como a ella.

—Tengo que marcharme —dijo, por último, levantándose—, es tarde. ¿Usted no desconfiará de mí?

Al encontrar su mirada penetrante, más penetrante que nunca, cuando me dirigió aquella pregunta, no pude responder con un «no» franco del todo.

—Vamos —dijo aceptando la mano que le ofrecía para pasar por encima del guardafuegos y mirándome suplicante—, sabe usted muy bien que si fuera una mujer de estatura corriente no desconfiaría.

Comprendí que tenía mucha razón, y me avergoncé un poco de mí mismo.

—Es usted muy joven —me dijo—. Escuche usted un consejo, aunque sea de una criatura como yo, que no levanta tres pies del suelo. Trate, amigo mío, de no confundir las deformidades físicas con las morales, a menos que tenga razones para ello.

Cuando se vio libre del guardafuegos y yo de mis sospechas, le dije que no dudaba de que me había explicado fielmente sus sentimientos, y que los dos habíamos sido instrumentos ciegos en aquellas pérfidas manos. Miss Mowcher me dio las gracias, añadiendo que era un buen muchacho.

—Ahora, fíjese —dijo en el momento de llegar a la puerta, volviéndose a



mirarme con el dedo levantado y expresión maliciosa—. Tengo razones para suponer, por lo que he oído decir (pues siempre tengo el oído pronto; debo utilizar las facultades que poseo), que han partido para el extranjero. Pero si vuelven, o alguno de los dos vuelve estando yo viva, tengo más facilidades que otro para saberlo, pues ando siempre de un lado para otro; todo lo que yo sepa lo sabrá usted, y si puedo alguna vez ser útil de cualquier modo a esa pobre niña, lo haré con toda mi alma, si Dios quiere. En cuanto a Littimer, más le valdría tener un perro dogo tras de sus huellas que a la pequeña Mowcher.

No pude por menos de dar fe interiormente a aquella promesa cuando vi la expresión de su mirada.

—Sólo le pido que tenga en mí la misma confianza que tendría en una mujer de estatura corriente, ni más ni menos —dijo la criaturita cogiéndome, suplicante, la mano—. Si usted vuelve a verme de un modo diferente a como me ve ahora; si me ve enloquecer, como me ha visto la primera vez, fíjese en la gente que me rodea. Recuerde que soy una pobre criatura sin socorro y sin defensa. Figúrese usted a miss Mowcher volviendo a su casa por la noche, reuniéndose con su hermano, que es como ella, y con su hermana, que también lo es, después de terminar su jornada de trabajo, y quizá entonces sea usted más indulgente conmigo y no se sorprenda de mi pena ni de mi gravedad. ¡Buenas noches!

Estreché la mano de miss Mowcher con una opinión muy diferente de la que me había inspirado hasta entonces, y sostuve la puerta para que saliera. No era poco el abrir el enorme paraguas y ponerlo en equilibrio en su mano; sin embargo lo conseguí, y la vi bajar por la calle á través de la lluvia sin que nada indicase que había una persona debajo del paraguas, excepto cuando el agua que rebosaba de algunos canalones descargaba sobre él y le hacía inclinarse a un lado; entonces aparecía miss Mowcher en peligro, haciendo violentos esfuerzos para enderezarle.

Después de salir una o dos veces para socorrerla, pero sin resultado, pues algunos pasos más lejos el paraguas empezaba otra vez a saltar ante mí como un gran pájaro antes de que le alcanzara, entré a acostarme y me dormí hasta la mañana.

Míster Peggotty y mi niñera vinieron a buscarme muy temprano, y nos dirigimos a las oficinas de la diligencia, donde mistress Gudmige nos esperaba con Ham para decirnos adiós.

—Señorito Davy —me dijo Ham en voz baja y aparte, mientras míster Peggotty ponía su saco al lado del equipaje—; su vida está completamente destrozada; no sabe dónde va; no sabe lo que le espera; empieza un viaje que le va a llevar de aquí para allá hasta el fin de su vida (puede usted contar con ello), si es que no encuentra lo que busca. ¡Sé que será usted siempre un amigo

para él, señorito Davy!

—Puedes estar seguro —le dije estrechando afectuosamente su mano.

—¡Gracias, gracias! Todavía una palabra. Yo me gano bien la vida, ¿sabe usted, señorito Davy? Es más; ahora no sabré en qué gastar lo que gano, ya no necesito más que lo justo para vivir. Si usted pudiera gastarlo por él, señorito, trabajaría de mejor gana. Aunque, en cuanto a eso —continuó en tono firme y dulce—, puede usted estar seguro de que no dejaré de trabajar como un hombre y que lo haré lo mejor que pueda.

Le dije que estaba convencido de ello, y no le oculté mi esperanza de que llegara un tiempo en que renunciaría a la vida solitaria a que por momentos se creía condenado para siempre.

—No, señorito —dijo moviendo la cabeza—. Todo eso ha pasado para mí. Nunca nadie podrá llenar el vacío que ha dejado. Y no olvide que aquí siempre habrá dinero de más, señorito Davy.

Le prometí tenerlo en cuenta, al mismo tiempo que le recordaba que míster Peggotty tenía ya una renta, modesta, es verdad, pero segura, gracias al legado de su cuñado. Después nos despedimos uno del otro. No puedo dejar sin recordar su valor sencillo y conmovedor y su pena tan honda.

En cuanto a mistress Gudmige, si tuviera que describir las carreras que dio por la calle al lado de la diligencia sin ver otra cosa, a través de las lágrimas que trataba de retener, más que a míster Peggotty sentado en la imperial, lo que la hacía tropezar contra todos los que iban en dirección contraria, me vería obligado a lanzarme en una empresa muy difícil. Prefiero dejarla por fin sentada en los escalones de una panadería, sin aliento, con el sombrero que ya no tenía forma y uno de los zapatos esperándola en medio de la calle, a una distancia considerable.

Al llegar al término de nuestro viaje, la primera ocupación fue buscar a Peggotty un alojamiento donde su hermano pudiera tener una cama; y tuvimos la suerte de encontrar enseguida uno muy limpio y barato, encima de la tienda de un vendedor de velas, y separado de mi casa solamente por dos calles.

Después de apalabrar la habitación compré carne y fiambre en una tienda y llevé a mis compañeros de viaje a tomar el té a mi casa, exponiéndome, siento decirlo, a no obtener la aprobación de mistress Crupp, sino muy al contrario. Sin embargo, debo mencionar aquí, para que se conozcan bien las cualidades contradictorias de aquella estimable dama, que le sorprendió mucho ver a Peggotty remangarse su traje de viuda, diez minutos después de llegar, para ponerse a limpiar mi alcoba. Mistress Crupp miraba esta usurpación de su cargo como una libertad que se tomaba, y ella no consentía nunca que nadie se tomara libertades con ella.

Míster Peggotty me había comunicado en el camino a Londres un proyecto que no me sorprendió.

Tenía la intención de ver a mistress Steerforth en primer lugar. Yo me sentía obligado a ayudarle en aquella empresa y a servir de mediador entre ellos, por lo que, con objeto de cuidar lo más posible de la sensibilidad de la madre, le escribí aquella misma noche. Le explicaba, lo más suavemente que podía, el daño que se le había hecho a míster Peggotty y el derecho que también yo tenía por mi parte para quejarme de aquel desgraciado suceso. Le decía que era un hombre de clase inferior, pero de carácter dulce y elevado, y que me atrevía a esperar que no se negara a verle en la desgracia que le agobiaba. Le pedía que nos recibiera a las dos de la tarde, y envié yo mismo la carta, con la primera diligencia de la mañana.

A la hora fijada estábamos delante de la puerta... , la puerta de aquella casa en que había sido tan dichoso algunos días antes y donde había entregado con tanta alegría toda mi confianza y todo mi corazón; aquella puerta que desde ahora me estaba cerrada y que no miraba yo más que como una ruina desolada.

Littimer no estaba. La muchacha que le había reemplazado, con gran satisfacción mía, desde mi última visita, fue la que nos abrió y nos condujo a la sala. Mistress Steerforth estaba allí. Rose Dartle, en el momento que entramos, dejó la silla que ocupaba y fue a colocarse de pie detrás del sillón de mistress Steerforth.

Al momento me di cuenta, por el rostro de la madre, de que estaba enterada por su mismo hijo de lo que había hecho. Estaba muy pálida, y sus facciones tenían la huella de una emoción demasiado profunda para poderla atribuir únicamente a mi carta, sobre todo teniendo en cuenta las dudas que le hubiera hecho abrigar su ternura.

En aquel momento la encontré más parecida que nunca a su hijo, y vi, más con mi corazón que con mis ojos, que mi compañero no estaba menos sorprendido que yo del parecido.

Sentada muy derecha en su butaca, con aire majestuoso, imperturbable, impassible, parecía que nada en el mundo sería capaz de turbarla. Miró con orgullo a míster Peggotty, pero él no la miraba con menos entereza. Los ojos penetrantes de Rose Dartle nos abrazaban a todos. Durante un momento el silencio fue completo. Mistress Steerforth hizo un signo a míster Peggotty para que se sentara.

—No me parecería natural, señora —dijo en voz baja—, sentarme en esta casa; prefiero continuar de pie.

Nuevo silencio, que ella rompió diciendo:

—Sé lo que le trae aquí y lo lamento profundamente. ¿Qué desea usted de mí? ¿Qué quiere usted que haga?

Míster Peggotty, sosteniendo el sombrero debajo del brazo, buscó en su pecho la carta de su sobrina, la sacó, la desdobló y se la entregó.

—Haga usted el favor de leer eso, señora; ¡lo ha escrito mi sobrina!

Ella lo leyó con la misma impasible gravedad. No pude percibir en sus rasgos la menor huella de emoción. Después devolvió la carta.

—«A no ser que me traiga después de haber hecho de mí una señora» —dijo míster Peggotty siguiendo con el dedo las palabras—. Vengo a saber si cumplirá su promesa.

—No —replicó ella.

—¿Por qué no? —preguntó míster Peggotty.

—Porque es imposible; sería una deshonra para mi hijo; no puede usted ignorar que está muy por debajo de él.

—Levántenla hasta ustedes —dijo míster Peggotty.

—Es ignorante y sin educación.

—Quizá sí, quizá no; pero no lo creo, señora —dijo míster Peggotty—; sin embargo, como no soy juez en esas cosas, enséñenla lo que no sepa.

—Puesto que me obliga usted a hablar con mayor claridad (y siento tener que hacerlo), su familia es demasiado humilde para que una cosa semejante sea verosímil, aunque no hubiera ningún otro obstáculo.

—Escúcheme usted, señora —dijo míster Peggotty lentamente y muy serio—; usted sabe cómo se quiere a un hijo; yo también. Si fuera hija mía no la podría querer más. Pero usted no sabe lo que es perder un hijo y yo sí lo sé. Todas las riquezas del mundo, si fueran mías, no me costarían nada para rescatarla. Arránquela al deshonor, y yo le doy mi palabra de que no tendrá que temer el oprobio de verse unida a mi familia. Ninguno de los que han vivido con ella y la han considerado como su tesoro durante tantos años volverá a ver nunca su lindo rostro. Renunciaremos a ella, nos contentaremos con recordarla, como si estuviera muy lejos, bajo otro cielo; nos contentaremos con confiarla a su marido y a sus hijos, quizá, y esperaremos para volver a verla en el momento en que todos seremos iguales ante Dios.

La sencilla elocuencia de sus palabras no dejó de producir efecto. Mistress Steerforth persistía en su actitud altanera, pero su tono se había dulcificado un poco al contestarle:

—No justifico nada. No acuso a nadie, y siento tener que repetir que no es

posible. Un matrimonio así destruiría sin esperanza el porvenir de mi hijo. Eso no puede ser y no será; esté usted seguro. Si hay alguna otra compensación...

—Estoy viendo un rostro que me recuerda por su parecido al que he visto frente a mí —interrumpió míster Peggotty, con mirada firme y brillante— en mi casa, al lado de mi fuego, en mi barco, en todas partes, con sonrisa de amigo, en el momento en que meditaba una traición tan negra, que casi me vuelvo loco cuando lo recuerdo. Si el rostro que se parece a aquel no se pone rojo como el fuego ante la idea de ofrecirme dinero a cambio de la pérdida y la ruina de mi niña, es que no vale más que el otro; quizá vale todavía menos, puesto que es el de una mujer.

Mistress Steerforth cambió de actitud al momento. Enrojeció de cólera y dijo con altanería, apretando el brazo de su sillón:

—¿Y usted qué compensación me ofrece por el abismo que ha abierto entre nosotros? ¿Qué es su cariño comparado con el mío? ¿Qué es su separación al lado de la nuestra?

Miss Dartle la tocó suavemente e inclinó la cabeza para hablarla en voz baja; pero ella no la escuchó.

—No, Rose; ni una palabra. ¡Quiero que este hombre me oiga hasta el final! Mi hijo, que ha sido el único objeto de mi vida, a quien estaban consagrados todos mis pensamientos, a quien no he negado un solo capricho desde su infancia, con el que he vivido una existencia común desde su nacimiento, ¡enamorar en un instante de una miserable muchacha y abandonarme! ¡Recompensarme de mi confianza con una decepción sistemática por amor a esa chica y dejarme por ella! ¡Sacrificar a ese odioso capricho el derecho que tiene su madre a su respeto, a su afecto, a su obediencia, a su gratitud; los derechos que cada día y cada hora de su vida debían haberle sido sagrados! ¿No es también ese un daño irreparable? De nuevo Rose Dartle trató de tranquilizarla, pero fue en vano.

—Te lo repito, Rose, ¡cállate! Si mi hijo es capaz de exponerlo todo por el capricho más frívolo, yo también puedo hacerlo por un motivo más digno de mí. ¡Que vaya donde quiera con los recursos que mi amor le ha proporcionado! ¿Cree que me dominará con una ausencia larga? ¡Conoce muy poco a su madre si cuenta con ello! ¡Que renuncie al momento a ese capricho y será bienvenido! Si no renuncia al instante, que no intente volver a acercarse a mí, ni vivo ni moribundo, mientras pueda levantar la mano para oponerme, hasta que se olvide de ella para siempre y venga humildemente a pedirme perdón. ¡Ese es mi derecho! ¡Ese es el abismo que han abierto entre nosotros! Y digan, ¿no es un daño irreparable? —dijo mirando a su visitante con la misma expresión altanera de los primeros momentos.

Oyendo y viendo a la madre mientras pronunciaba aquellas palabras me parecía oír y ver a su hijo responderle con un desafío. Encontraba en ella todo lo que había en él de terquedad y obstinación. Todo lo que había podido apreciar por mí mismo de la energía mal dirigida de Steerforth me hacía comprender mejor el carácter de su madre. Veía claramente que sus almas, en su violencia salvaje, iban al unísono.

Mistress Steerforth me dijo entonces que le parecía una pérdida de tiempo seguir hablando y que deseaba poner fin a la entrevista. Se levantó con dignidad para dejar la habitación, pero míster Peggotty dijo que era inútil.

—No tema usted que le estorbe, señora; no tengo nada más que decir —añadió dando un paso hacia la puerta—. He venido aquí sin esperanzas y sin esperanzas me voy. He hecho lo que creía que debía hacer; pero no esperaba nada de mi visita. Esta casa maldita ha hecho demasiado daño a los míos para que pueda razonablemente esperar algo.

Y salimos, dejándola de pie al lado de su butaca, como si estuviera posando para un retrato de noble actitud, con un bello rostro.

Para salir teníamos que atravesar una galería de cristales que servía de vestíbulo; una parra la cubría por completo con sus hojas; hacía un tiempo hermoso, y las puertas que daban al jardín estaban abiertas.

Rose Dartle entró por allí sin ruido, en el momento en que pasábamos, y se dirigió a mí.

—Ha tenido usted una idea feliz —dijo— con traer a este hombre aquí.

Nunca hubiera creído que ni aun en aquel rostro se pudiera encontrar una expresión de rabia y de desprecio como la que oscurecía sus rasgos y resplandecía en sus ojos negros. La cicatriz del martillo estaba, como siempre en esos accesos, muy acusada. El temblor nervioso que yo había observado ya la agitaba todavía, y trataba de ocultarlo.

—¡Qué bien ha escogido usted a su hombre para traerle aquí y servirle de campeón!, ¿no es verdad? ¡Qué amigo fiel!

—Miss Dartle —repuse—, seguramente no es usted tan injusta como para acusarme a mí en este momento.

—¿Para qué viene usted a separar a estas dos criaturas insensatas? —replicó ella—. ¿No ve usted que están locos los dos de terquedad y orgullo?

—¿Es culpa mía acaso? —repliqué.

—Sí; es su culpa. ¿Por qué ha traído usted ese hombre aquí?

—Es un hombre al que han hecho mucho daño, mis Dartle —respondí—; quizá no lo sabe usted.

—Sé que James Steerforth —dijo apretando la mano contra su pecho, como para impedir que estallara la tormenta que reinaba en él— tiene un corazón pérfido y corrompido; sé que es un traidor. Pero ¿qué necesidad tengo de preocuparme ni de saber lo que concierne a este hombre ni a su miserable sobrina?

—Miss Dartle —repliqué—, envenena usted la llaga, y demasiado profunda es ya. Solamente le repito, al dejarla, que no le hace justicia.

—No hago ninguna injusticia; uno de tantos miserables sin honor; en cuanto a ella, querría que la azotaran.

Míster Peggotty pasó sin decir una palabra y salió.

—¡Oh! Es vergonzoso, miss Dartle; es vergonzoso —le dije con indignación—. ¿Cómo tiene usted corazón para pisotear así a un hombre destrozado por un dolor tan poco merecido?

—Querría pisotearlos a todos —replicó—. Querría ver su casa destruida de arriba abajo. Querría que marcaran a su sobrina el rostro con un hierro candente, que la cubrieran de harapos y la arrojaran a la calle para morir de hambre. Si tuviera el poder de juzgarla, he aquí lo que mandaría que le hicieran; no, no; he aquí lo que le haría yo misma. ¡La odio, la odio! Si pudiera echarle en cara su situación infame, iría al fin del mundo para hacerlo. Si pudiera perseguirla hasta la tumba, lo haría. Si a la hora de su muerte hubiera una palabra que pudiera consolarla y no hubiera nadie en el mundo que la supiera más que yo, moriría antes que decírsela.

Toda la vehemencia de aquellas palabras sólo puede dar una idea muy imperfecta de la pasión que la poseía y que brillaba en toda su persona, aunque había bajado la voz en lugar de elevarla. Ninguna descripción podría expresar el recuerdo que he conservado de ella en aquella embriaguez de furor. He visto la cólera bajo muchas formas, pero nunca la he visto bajo aquella.

Cuando alcancé a míster Peggotty bajaba la colina lentamente, con aire pensativo. Me dijo que, teniendo ya el corazón tranquilo de lo que había querido intentar en Londres, tenía la intención de emprender aquella misma noche sus viajes. Le pregunté adónde pensaba ir, y únicamente me respondió:

—Voy a buscar a mi sobrina, míster Davy.

Llegamos a su alojamiento, encima de la tienda de velas, y allí pude repetir a Peggotty lo que me había dicho. Ella, a su vez, me dijo que lo mismo le había dicho a ella por la mañana. No sabía más que yo dónde iría; pero pensaba que debía de tener algún proyecto en la cabeza.

No quise dejarle en aquellas circunstancias, y comimos los tres reunidos una empanada de buey, que era uno de los platos maravillosos que hacían

honor al talento de Peggotty, y cuyo perfume incomparable estaba todavía realzado (lo recuerdo divinamente) por un olor compuesto de té, de café, de mantequilla, de tocino, de queso, de pan tierno, de madera quemada, de velas y de salsa de setas que subía de la tienda sin cesar. Después de comer nos sentamos al lado de la ventana durante cosa de una hora, sin hablar apenas; después míster Peggotty se levantó, cogió su saco de hule y su cantimplora y los puso encima de la mesa.

Aceptó como anticipo de su herencia una pequeña suma, que su hermana le dio en dinero contante; apenas lo necesario para vivir un mes me pareció. Prometió escribirme si llegaba a saber algo, y después, pasando la correa de su saco por su hombro, cogió su sombrero y su bastón y nos dijo a los dos: «Hasta la vista».

—¡Que Dios lo bendiga, mi querida vieja! —dijo abrazando a Peggotty—. Y a usted también, míster Davy —añadió estrechándome la mano—. Voy a buscarla por el mundo. Si volviera mientras yo no esté aquí (pero, ¡ay!, no es nada probable), o si yo la trajera, mi intención es irme a vivir con ella donde nadie pueda dirigirle el menor reproche; si me sucediera alguna desgracia, acordaos que las últimas palabras que he dicho para ella son: «Que dejo a mi querida niña todo mi cariño inquebrantable y mi perdón».

Dijo esto en tono solemne, con la cabeza desnuda; después, volviendo a ponerse el sombrero, se alejó. Le seguimos hasta la puerta. La tarde era cálida y había mucho polvo. El sol poniente lanzaba raudales de luz sobre la calle, y el ruido constante de pasos se había ensordecido un momento en la gran calle a que desembocaba nuestra callejuela. Dio vuelta a la esquina de la calleja sombría, entró en la luz deslumbrante y desapareció.

Rara vez veía llegar aquella hora de la tarde, rara vez al despertarme de noche y ver la luna y las estrellas, o si escuchaba caer la lluvia o soplar el viento, dejaba de pensar en el pobre peregrino, que iba solo por los caminos, y recordaba sus palabras:

«Voy a buscarla por el mundo. Si me ocurriera una desgracia, acordaos de que las últimas palabras que he dicho para ella son: "Dejo a mi niña querida todo mi cariño inquebrantable y mi perdón".»

## Capítulo 13

### Felicidad

Durante todo aquel tiempo había seguido amando a Dora más que nunca. Su recuerdo me servía de refugio en mis contrariedades y mis penas, y hasta



me consolaba de la pérdida de mi amigo. Cuanta más compasión tenía de mí mismo más piedad sentía por los demás y más buscaba el consuelo en la imagen de Dora. Cuanto más lleno me parecía el mundo de decepciones y de penas, más se levantaba la estrella de Dora, pura y brillante, por encima de él. No creo que tuviera una idea muy clara de la patria donde Dora había nacido, ni del sitio encumbrado que ocupaba en la escala de arcángeles y serafines; pero sé que hubiera rechazado con indignación y desprecio el pensamiento de que pudiera ser una criatura humana como todas las demás señoritas.

Sí; puedo expresarme así; estaba absorto en Dora, pues no sólo estaba enamorado de ella hasta perder la cabeza, sino que era un amor que penetraba todo mi ser. Se hubiera podido sacar de mí (es una comparación) el amor suficiente para ahogar en él a un hombre, y todavía hubiera quedado bastante para inundar mi existencia entera.

Lo primero que hice por mi propia cuenta al volver a Londres fue ir por la noche a pasearme a Norwood, donde, según los términos de un respetable enigma que me propusieron en la infancia, «di la vuelta a la casa sin tocar nunca la casa». Creo que este difícil problema se aplica a la luna. Sea como sea, yo, el esclavo fanático de Dora, di vueltas alrededor de la casa y del jardín durante dos horas, mirando a través de las rendijas de las empalizadas y llegando con esfuerzos sobrehumanos a pasar la barbilla por encima de los clavos oxidados que guarnecían la parte alta enviando besos a las luces que aparecían en las ventanas, haciendo a la noche súplicas románticas para que tomara en su mano la defensa de mi Dora... no sé bien contra quién: sería contra un incendio; quizá contra los ratones, que le daban mucho miedo.

Mi amor me preocupaba de tal modo y me parecía tan natural confiarle todo a Peggotty cuando la volví a encontrar a mi lado por la noche con todos sus antiguos enseres de costura, pasando revista a mi guardarropa, que después de muchos circunloquios le comuniqué mi secreto. Peggotty se interesó mucho por ello; pero no conseguí que considerase la cuestión desde el mismo punto de vista que yo. Tenía prejuicios atrevidísimos en mi favor, y no podía comprender mis dudas y mi abatimiento.

—La joven podía darse por muy satisfecha con tener semejante adorador —decía—, y en cuanto a su papá, ¿qué más podía apetecer aquel señor que se lo dijeran?

Observé, sin embargo, que el traje de procurador y el cuello almidonado de míster Spenlow le imponían un poco, inspirándole algún respeto por el hombre en el que yo veía todos los días y cada vez más una criatura etérea que me parecía despedir rayos de luz mientras estaba sentado en el Tribunal, en medio de sus carpetas, como un faro destinado a iluminar un océano de papeles. Recuerdo también otra cosa que me pasaba mientras estaba sentado entre los

señores del Tribunal. Pensaba que todos aquellos viejos jueces y doctores no se preocuparían siquiera de Dora si la conocieran, y que no se volverían locos de alegría si les propusiera casarse con ella; que Dora podría, cantando y tocando aquella guitarra mágica, empujarme a mí a la locura sin conmover siquiera ni hacer salir de su paso ni a uno de aquellos seres.

Los despreciaba a todos sin excepción, ¡a todos! Me parecían unos viejos helados de corazón y me inspiraban una repulsión personal. El Tribunal me parecía tan desprovisto de poesía y de sentimiento como un gallinero.

Había tomado en mi mano con cierto orgullo el manejo de los asuntos de Peggotty; había probado la identidad del testamento; lo había arreglado todo en la oficina de delegados, y hasta lo había llevado al banco; en fin, la cosa estaba en buen camino. Daba alguna variedad a los asuntos legales yendo a ver con Peggotty las figuras de cera de Fleet Street (supongo que se habrán fundido desde hace veinte años que no las he visto) y visitando la exposición de miss Linwood, que ha quedado en mi recuerdo como un mausoleo de crochet, propicio a los exámenes de conciencia y al arrepentimiento, y, en fin, recorriendo la torre de Londres y subiendo hasta lo alto del cimborrio de Saint Paúl. Estas curiosidades procuraron a Peggotty alguna distracción de la que podía gozar en sus actuales circunstancias. Sin embargo, hay que confesar que la catedral de Saint Paúl, gracias al cariño que tenía a su caja de labor, le pareció bastante digna de rivalizar con la pintura de su tapa, aunque la comparación, desde algunos puntos de vista, resultara en ventaja de aquella pequeña obra de arte; al menos esa era la opinión de Peggotty.

Los asuntos de Peggotty estaban en lo que acostumbrábamos llamar el Tribunal de Negocios ordinarios, clase de negocios, entre paréntesis, muy fáciles y lucrativos, y cuando terminaron la conduje al estudio para arreglar su cuenta. Míster Spenlow había salido un momento. Según me dijo el viejo Tifey, había ido a acompañar a un caballero que venía a prestar juramento para una dispensa de amonestación; pero como yo sabía que volvería enseguida, pues nuestro despacho estaba al lado del vicario general, le dije a Peggotty que esperase.

En el Tribunal, cuando se trataba de examinar un testamento, hacíamos un poco el papel de empresarios de pompas fúnebres, y teníamos, por regla general, la costumbre de componernos una expresión más o menos sentimental cuando tratábamos con clientes de luto. Por este mismo principio estábamos siempre alegres cuando se trataba de clientes que iban a casarse. Previne a Peggotty que iba a encontrar a míster Spenlow bastante repuesto de la impresión que le había causado la muerte de Barkis y, en efecto, cuando entró parecía que entraba el novio.

Pero ni a Peggotty ni a mí nos divirtió mirarle cuando vimos que le

acompañaba míster Murdstone.

Había cambiado muy poco. Sus cabellos eran tan abundantes y tan negros como antes, y su mirada no inspiraba más confianza que en el pasado.

—¡Ah! Míster Copperfield, ¿creo que ya conoce usted a este caballero?

Saludé fríamente a míster Murdstone. Peggotty se limitó a dejar ver que le reconocía. En el primer momento pareció un poco desconcertado al encontrarnos juntos; pero pronto supo qué hacer y se acercó a mí.

—¿Supongo que está usted bien?

—No creo que pueda interesarle, caballero; pero si quiere usted saberlo, sí.

Nos miramos un momento; después se dirigió a Peggotty.

—Y de usted —dijo— siento saber que ha perdido a su marido.

—No es la primera pérdida de mi vida, míster Murdstone —dijo Peggotty temblando de la cabeza a los pies—. Únicamente me consuela que esta vez no puedo acusar a nadie; nadie tiene que reprochárselo.

—¡Ah! —dijo—. Es un gran consuelo. ¿Ha cumplido usted con su deber?

—Gracias a Dios no he amargado la vida a nadie, míster Murdstone, ni he hecho morir de miedo y de pena a una criatura llena de bondad y de dulzura.

Míster Murdstone la miró con expresión sombría y como de remordimiento durante un minuto; después dijo, volviéndose hacia mí, pero mirándome a los pies, en lugar de mirarme al rostro:

—No es nada probable que nos volvamos a encontrar en mucho tiempo, lo cual debe ser motivo de satisfacción para los dos, sin duda, pues encuentros como éste no pueden ser agradables nunca, y no espero que usted, que siempre se ha rebelado contra mi autoridad legítima cuando la empleaba para su bien, pueda ahora demostrarme la menor buena voluntad. Hay entre nosotros una antipatía...

—Muy antigua —dije interrumpiéndole.

Sonrió y me lanzó la mirada más venenosa que podían lanzar sus ojos negros.

—Sí; todavía estaba usted en la cuna cuando ya alentaba en su pecho —dijo—; y ello envenenó bastante la vida de su pobre madre; tiene usted razón. Espero, sin embargo, que con el tiempo mejore usted y se corrija.

Así terminó nuestro diálogo, en voz baja, en un rincón. Después de esto entró en el despacho de míster Spewlow, diciendo en voz alta, con su tono más dulce:

—Los hombres de su profesión, míster Spenlow, están acostumbrados a las disensiones de familia y sabe lo amargas y complicadas que son siempre.

Después pagó su dispensa, la recibió de míster Spenlow cuidadosamente doblada, y después de estrecharse la mano y de hacer por parte del procurador votos por su felicidad y la de su futura esposa, abandonó las oficinas.

Quizá me hubiera costado más trabajo guardar silencio después de sus últimas palabras si no hubiera estado preocupado tratando de convencer a Peggotty (que se había encolerizado a causa mía) de que no estábamos en un lugar propicio a las recriminaciones y rogándole que se contuviera. Estaba en tal estado de exasperación, que me creí bien librado cuando vi que terminaba con uno de sus tiernos achuchones. Lo debía sin duda a aquella escena, que acababa de despertar en ella el recuerdo de las antiguas injurias, y sostuve lo mejor que pude el ataque, en presencia de míster Spenlow y de todos sus empleados.

Míster Spenlow no parecía saber cuál era el lazo que existía entre míster Murdstone y yo, lo que me complacía. pues no podía soportar ni el tener que reconocerlo yo mismo, recordando, como recordaba, la historia de mi pobre madre. Míster Spenlow parecía creer, si es que creía algo, que se trataba de diferentes opiniones políticas; que mi tía estaba a la cabeza del partido del Estado en nuestra familia, y que había algún otro partido de oposición, dirigido por otra persona; al menos esa fue la conclusión que saqué de lo que decía mientras esperábamos la cuenta de Peggotty que redactaba míster Tifey.

—Miss Trotwood —me dijo— es muy firme y no está dispuesta a ceder a la oposición, yo creo.

Admiro mucho su carácter y le felicito, Copperfield, de estar en el lado bueno. Las querellas de familia son muy de sentir, pero son muy corrientes, y el caso es estar del lado bueno.

Con aquello quería decir, supongo, del lado del dinero.

—Según creo, hace un matrimonio bastante conveniente —dijo míster Spenlow.

Le dije que no sabía nada.

—¿De verdad? —dijo—. Pues por algunas palabras que míster Murdstone ha dejado escapar, como ocurre siempre en casos semejantes, y por lo que miss Murdstone me ha dado a entender, me parece que se trata de un matrimonio bastante conveniente para él.

—¿Quiere usted decir que ella tiene dinero? —pregunté.

—Sí —dijo míster Spenlow—; parece ser que dinero, y también belleza; al menos eso dicen.

—¿De verdad? ¿Y es joven su nueva mujer?

—Acaba de cumplir su mayoría de edad —dijo míster Spenlow—, y hace tan poco tiempo, que yo creo que no esperaban más que a eso.

—¡Dios tenga compasión de ella! —exclamó Peggotty tan bruscamente y en un tono tan inesperado, que nos quedamos un poco desconcertados hasta el momento en que Tifey llegó con la cuenta.

Apareció pronto y tendió el papel a míster Spenlow para que lo verificase. Míster Spenlow metió la barbilla en la corbata, y después, frotándosela dulcemente, releyó todos los artículos de un cabo al otro, como hombre que quería rebajar algo; pero, ¡qué quiere usted!, era culpa del diablo de míster Jorkins; después volvió a dar el papel a Tifey con un suspiro.

—Sí —dijo—, está en regla, perfectamente en regla. Hubiera deseado reducir los gastos estrictamente a nuestros desembolsos; pero ya sabe usted que es una de las contrariedades penosas de mi vida de negocios el no tener la libertad de obrar según mis propios deseos. Tengo un asociado, míster Jorkins.

Como al hablar así lo hacía con tan dulce melancolía, que casi equivalía a haber hecho nuestros negocios gratis, le di las gracias en nombre de Peggotty y entregué el dinero a Tifey. Peggotty volvió a su casa y míster Spenlow y yo nos dirigimos al Tribunal, donde se presentaba una causa de divorcio en nombre de una pequeña ley muy ingeniosa, que creo se ha abolido después, pero gracias a la cual he visto anular muchos matrimonios.

Era ésta. El marido, cuyo nombre era Thomas Benjamín, había sacado la autorización para la publicación de las amonestaciones bajo el nombre de Thomas únicamente, suprimiendo el Benjamin por si acaso no encontraba la situación todo lo agradable que esperaba. Ahora bien: no encontrando la situación muy agradable, o quizá un poco cansado de su mujer, el pobre hombre se presentó ante el Tribunal, por mediación de un amigo, después de un año o dos de matrimonio, y declaró que su nombre era Thomas Benjamín y que, por lo tanto, él no se había casado nunca, lo que el Tribunal confirmó, para su gran satisfacción.

Debo decir que tenía algunas dudas sobre la justicia absoluta de aquel procedimiento, que no justificaba el «árido de trigo» que tapaba todas las anomalías.

Pero míster Spenlow discutió la cuestión conmigo.

—Vea usted el mundo: en él hay bien y mal; vea la legislación eclesiástica: en ella hay bien y mal; pero todo esto forma parte de un sistema. Muy bien. Eso es.

No tuve valor para sugerir al padre de Dora que quizá no nos resultaría

imposible el hacer algunos cambios beneficiosos en el mundo si, levantándose temprano, se remangara resuelto a ponerse con valor a ello; pero sí le confesé que me parecía que podrían introducirse algunos cambios beneficiosos en el Tribunal.

Míster Spenlow me respondió que me aconsejaba que desechara de mi espíritu semejante pensamiento, que no era digno de mi carácter caballeresco; pero que le gustaría saber de qué mejoras creía yo susceptible al sistema del Tribunal.

El matrimonio de nuestro hombre estaba anulado; era un asunto concluido; estábamos fuera de la sala y pasábamos por delante del Tribunal de Prerrogativas; entrando, por lo tanto, en la institución que estaba más cerca de nosotros, le pregunté si el Tribunal de Prerrogativas no era una institución muy singularmente administrada.

Míster Spenlow me preguntó que bajo qué aspecto.

Yo repliqué, con todo el respeto que debía a su experiencia (pero me temo que sobre todo con el respeto que debía al padre de Dora), que quizá era un poco absurdo que los registradores de aquel Tribunal, que contenía todos los testamentos originales de todas las personas que habían dispuesto desde hacía tres siglos de alguna propiedad asentada en el inmenso distrito de Canterbury, se encontrasen colocados en un edificio que no había sido construido con ese objeto; que había sido alquilado por los registradores bajo su responsabilidad privada; que no era seguro; que ni siquiera estaba al abrigo de un fuego, y que estaba tan atestado de los documentos importantes que contenía que era todo él, de arriba abajo, una prueba de las sórdidas especulaciones de los registradores, que recibían sumas enormes por el registro de todos aquellos testamentos y se limitaban a meterlos donde podían, sin otro objeto que desembarazarse de ellos con el menor gasto posible. También añadí que quizá no era razonable que los registradores, que percibían al año sueldos que ascendían a ocho o nueve mil libras, sin hablar de los pagos extraordinarios, no estuvieran obligados a gastarse parte de este dinero en procurarse un lugar seguro donde depositar aquellos documentos preciosos que todo el mundo, en todas las clases de la sociedad, estaba obligado, quieras que no, a confiarles. Dije que quizá era algo injusto que todos los grandes empleos de aquella administración fuesen magníficas sinecuras, mientras que los desgraciados empleados que trabajaban sin descanso en la habitación sombría y triste de arriba fuesen los hombres peor pagados y menos considerados de Londres, en premio a los importantes servicios que prestaban. ¿Y no era también un poco inconveniente que el archivero en jefe, cuyo deber era procurar al público, que llenaba constantemente las oficinas de la administración, locales convenientes, estuviera, en virtud de este empleo, en posesión de una enorme sinecura, lo que no le impedía ocupar al mismo tiempo un puesto en la Iglesia y poseer

muchos beneficios, ser canónico en la catedral, etc., mientras el público soportaba molestias infinitas, de las que teníamos una muestra todas las mañanas cuando los asuntos abundaban en las oficinas? En fin, me parecía que aquella administración del Tribunal de Prerrogativas del distrito de Canterbury era una máquina tan podrida y un absurdo tan peligroso, que si no se le hubiera metido en un rincón del cementerio de Saint Paul (que no conoce apenas nadie), toda aquella organización hubiera tenido que cambiarse de arriba abajo desde hacía mucho tiempo.

Míster Spenlow sonrió al ver cómo me excitaba, a pesar de mi reserva habitual en aquella cuestión; y después discutió conmigo este punto como los demás. «¿Qué era aquello después de todo? —me dijo—. Pues una simple cuestión de opiniones. Si al público le parecía que los testamentos estaban seguros, y admitía que la administración no podía cumplir mejor con sus deberes, ¿quién sufría con ello? Nadie. ¿A quién beneficiaba? A todos los que poseían las sinecuras. Muy bien. Las ventajas, por lo tanto, eran mayores que los inconvenientes; quizá no era una organización perfecta, no hay nada perfecto en este mundo; pero bajo la administración del Tribunal de Prerrogativas el país se había cubierto de gloria. Si se metiera el hacha en la administración de Prerrogativas, el país dejaría de cubrirse de gloria. Veía como el rasgo distintivo de un espíritu sensato y elevado el tomar las cosas como se encontraban, y no cabía duda que la organización actual de las Prerrogativas duraría tanto tiempo como nosotros.»

Yo me rendí a su opinión, aunque tuviera, por mi cuenta, muchas dudas sobre ello. Sin embargo, él tenía razón, pues no solamente el Tribunal de Prerrogativas continúa existiendo, sino que existió una grave denuncia presentada de muy mala gana al Parlamento, hace dieciocho años, donde todas mis objeciones estaban desarrolladas en detalle y en una época en que se anunciaba que sería imposible amontonar los testamentos del distrito de Canterbury en el local actual durante más de dos años y medio, a partir de aquel momento. Yo no sé lo que se ha hecho después; no sé si se habrán perdido muchos, o si los venden de vez en cuando a las tiendas como papel; pero estoy tranquilo porque el mío no está allí y espero que no lo esté en mucho tiempo.

Si he relatado toda nuestra conversación en este dichoso capítulo no podrá decirseme que no era su lugar apropiado. Charlábamos paseándonos de arriba abajo míster Spenlow y yo antes de pasar a asuntos más generales. Por fin me dijo que el cumpleaños de Dora era dentro de una semana, y que me agradecería mucho que me uniera a ellos para una excursión que iban a organizar. Al momento perdí la razón, y al día siguiente mi locura no tenía límites cuando recibí una cartita con estas palabras:

«Recomendado al cuidado de papá para recordar a míster Copperfield la

excursión». Pasé los días que me separaban de aquel gran suceso en un estado cercano a la idiotez.

Creo que debí de cometer todos los absurdos posibles como preparación para aquel día afortunado.

Me ruborizo al pensar en la corbata que compré; en cuanto a mis botas, eran dignas de figurar en una colección de instrumentos de tortura. Me procuré, y envié la víspera por la noche, por medio del ómnibus de Norwood, una cestita de provisiones que casi equivalía, a mi parecer, a una declaración. Contenía, entre otras cosas, almendras envueltas en las divisas más tiernas que pude encontrar en la confitería. A las seis de la mañana estaba en el mercado de Covent Garden para comprar un ramo de flores a Dora. A las diez montaba a caballo. Había alquilado un bonito caballo gris para aquella ocasión, y tomé al trote el camino de Norwood con el ramo de flores en el sombrero para que se conservara fresco.

Supongo que cuando vi a Dora en el jardín e hice como que no la veía, pasando por delante de la casa y haciendo como que la buscaba con cuidado, fui culpable de dos pequeñas locuras que otros muchos jóvenes habrán cometido igual en mi situación; tan naturales me parecen. Pero cuando hube encontrado la casa; cuando me apeé a la puerta; cuando atravesé el césped con las crueles botas para acercarme a Dora, que estaba sentada en un banco a la sombra de un lilo, ¡qué espectáculo ofrecía en medio de las mariposas con su sombrero blanco y su traje azul cielo!

Con ella había otra muchacha, que a su lado parecía muchísimo más vieja: tendría veinte años. Se llamaba miss Mills, y Dora la llamaba Julia. Era la amiga íntima de Dora. ¡Dichosa miss Mills! Jip estaba allí y se empeñaba en ladrarme. Cuando la ofrecí mi ramo, Jip rechinó los dientes de envidia. Tenía razón. ¡Oh, sí! Si tenía la menor idea del ardor con que amaba a su dueña tenía razón.

—¡Oh, muchas gracias, míster Copperfield! ¡Qué flores tan bonitas! —dijo Dora.

Había tenido la intención de decirle que yo también las había encontrado encantadoras antes de verlas a su lado, y estudiaba desde tres millas antes de llegar la mejor manera de soltar la frase, pero no lo conseguí: estaba demasiado seductora y perdí toda presencia de espíritu y toda facultad de palabra cuando le vi acercar el ramo a los lindos hoyuelos de su barbilla, y caí en éxtasis. Todavía me sorprende el no haberle dicho:

—Máteme, miss Mills, por piedad; ¡quiero morir aquí!

Después Dora alargó mis flores a Jip para que las oliera, y Jip se puso a gruñir y no quiso olerlas.



Entonces Dora las acercó a su hocico para obligarle, y Jip cogió una rama de geranio entre sus dientes y la destrozó como si oliera una bandada de gatos imaginarios. Dora le pegaba haciendo mohines y diciendo: «¡Mis pobres flores! ¡Mis hermosas flores!» , con un tono tan simpático, me pareció, como si fuera a mí a quien Jip hubiera mordido. ¡Ya lo hubiera querido!

—Se alegrará usted mucho de saber, míster Copperfield —dijo Dora—, que la fastidiosa miss Murdstone no está aquí. Ha ido a la boda de su hermano, y se quedará allí por lo menos tres semanas.

¿No es un encanto?

Le dije que, en efecto, debía de estar encantada, y que todo lo que le encantaba a ella me encantaba a mí. Miss Mills nos escuchaba sonriendo con una superioridad de benevolencia y simpatía.

—Es la persona más desagradable que conozco —dijo Dora—: no puedes figurarte qué gruñona es y qué mal genio tiene.

—¡Oh!, ya lo creo que puedo, querida mía —dijo Julia.

—Es verdad. «Tú» puede que sí —respondió Dora cogiendo la mano de Julia entre las suyas—. Perdóname no haberte exceptuado enseguida.

De aquello deduje que miss Mills había sufrido las vicisitudes de la vida y que era a eso a lo que podía atribuirse sus maneras llenas de gravedad benigna, que ya me habían chocado. En el transcurso del día supe que no me había equivocado; mis Mills había tenido la desgracia de enamorarse mal, y se decía que se había retirado del mundo después de aquella terrible experiencia de las cosas humanas; pero que se tomaba siempre cierto interés por las esperanzas y afectos de los jóvenes que no habían tenido todavía desengaños.

En esto míster Spewlow salió de la casa, y Dora se adelantó a él diciendo:

—¡Mira, papá, qué flores tan hermosas!

Y miss Mills sonrió con aire pensativo, como diciendo:

—¡Pobres flores de un día, gozad de vuestra existencia pasajera bajo el sol brillante de la mañana de la vida!

Y todos abandonamos el césped para subir al coche, que ya estaba enganchado.

Nunca volveré a hacer una excursión semejante; nunca la he hecho después. Iban los tres en el faetón.

Su cesta de provisiones, la mía y la caja de la guitarra también iban. El faetón era descubierto, y yo seguía el coche; Dora iba en la parte de delante, frente a mí. Llevaba mi ramo a su lado, encima del asiento, y no permitía a Jip

que se subiera allí por miedo de que aplastara mis flores. De cuando en cuando las cogía para respirar su perfume; entonces nuestros ojos se encontraban, y yo me pregunto cómo no salté por encima de la cabeza de mi bonito caballo gris para caer en el coche.

Había polvo; creo que hasta mucho polvo. Tengo el vago recuerdo de que míster Spenlow me aconsejó que no caracoleara en el torbellino de polvo que dejaba el faetón; pero yo no me daba cuenta.

Yo no veía más que a Dora a través de una nube de amor y de belleza; no podía ver otra cosa. Míster Spenlow se levantaba algunas veces y me preguntaba qué me parecía el paisaje. Yo le respondía que era un sitio encantador, y es probable que lo fuera; pero yo sólo veía a Dora. El sol llevaba a Dora en sus rayos; los pájaros gorjeaban sus alabanzas. El viento del mediodía soplaba el nombre de Dora. Todas las flores salvajes, hasta el último capullo, eran otras tantas Doras. Mi consuelo era que miss Mills me comprendía. Miss Mills era la única que podía entrar del todo en mis sentimientos.

No sé cuánto tiempo duró el trayecto, ni sé tampoco dónde fuimos. Quizá fue cerca de Guilford. Quizá algún mago de Las mil y una noches había creado aquel lugar para un solo día y lo destruyó después de nuestra partida. Era una pradera de musgo verde y fino, en una colina. Había grandes árboles, algo de bruma, y tan lejos como podía extenderse la mirada, un bonito paisaje.

Me contrarió mucho encontrar allí gente que nos esperaba, y mis celos hasta de las mujeres no tenían límites. En cuanto a los seres de mi sexo, un impostor tres o cuatro años mayor que yo y con patillas rojas, que le daban un aplomo intolerable, era sobre todo mi enemigo mortal.

Todo el mundo abrió las cestas y se dispusieron a preparar la comida. Patillas rojas dijo que él sabía hacer la ensalada; no lo creo, pero así se atrajo la atención del público. Las muchachas se pusieron a lavar las lechugas y a cortarlas bajo su dirección; Dora estaba entre aquellas. Yo sentí que el Destino me había dado aquel hombre por rival y que uno de los dos tenía que sucumbir.

Patillas rojas hizo la ensalada, y todavía me pregunto cómo pudieron comerla. En cuanto a mí, nada en el mundo me hubiera decidido a probarla. Después él mismo se nombró encargado del vino, y construyó una celda, para guardarlo, en el hueco de un árbol. ¡Vaya una cosa ingeniosa! Al poco tiempo le vi, con los tres cuartos de una langosta en su plato, sentado y comiendo a los pies de Dora.

Ya no tengo más que una idea imprecisa de lo que ocurrió después de que aquel espectáculo se presentó a mi vista. Estaba muy alegre, no digo que no,

pero era una alegría falsa. Me consagré a una muchachita vestida de rosa, con ojos chiquitos, y le hice la corte desesperadamente. Ella recibió mis atenciones con agrado; pero no sé si era completamente por mí o porque tenía vistas ulteriores sobre Patillas rojas. Se bebió a la salud de Dora. Yo afecté interrumpir mi conversación para beber también, y después la reanudé enseguida. Encontré los ojos de Dora al saludarla, y me pareció que me miraban suplicantes; pero aquella mirada me llegaba por encima de la cabeza de Patillas rojas, y fui inflexible.

La jovencita de rosa tenía una madre de verde que nos separó; yo creo que con una mira política.

Además hubo revolución general mientras se quitaban los restos de la comida, y yo lo aproveché para meterme solo entre los árboles, animado por una mezcla de cólera y de remordimientos. Me preguntaba si fingiría alguna indisposición para huir... a cualquier parte... sobre mi bonito caballo gris, cuando me encontré a Dora con miss Mills.

—Míster Copperfield —dijo miss Mills—, ¿está usted triste?

—Usted dispense; pero no estoy nada triste.

—Y tú, Dora —dijo miss Mills—, también estás triste.

—¡Oh Dios mío, no!

—Míster Copperfield, y tú, Dora —dijo miss Mills con una expresión casi venerable—, ¡ya es bastante! No consintáis que un equívoco insignificante marchite las flores primaverales, que una vez marchitas no pueden volver a florecer. Me hace hablar así mi experiencia del pasado —continuó miss Mills—, de un pasado irrevocable. Los manantiales que brotan al sol no deben ser tapados por capricho; el oasis del Sahara no debe ser suprimido a la ligera.

Yo no sabía lo que hacía, pues tenía la cabeza ardiendo; pero cogí la manita de Dora y la besé; ella me dejó. Después besé la mano de miss Mills; y me pareció que subíamos los tres juntos al séptimo cielo.

Ya no volvimos a bajar. Nos quedamos toda la tarde paseando entre los árboles con el bracito tembloroso de Dora reposando en el mío, y Dios sabe que, aunque fuera una locura, nuestra felicidad hubiera sido el poder volvernos inmortales de pronto con aquella locura en el corazón, para errar eternamente así entre los árboles.

Demasiado pronto, ¡ay!, oímos a los demás que reían y charlaban llamando a Dora. Entonces reaparecimos, y rogaron a Dora que cantase. Patillas rojas quiso ir por la caja de la guitarra; pero Dora dijo que yo sólo sabía dónde estaba. Así es que Patillas rojas estaba derrotado, y yo fui quien encontró la caja, yo quien la abrió, yo quien sacó la guitarra, yo quien se sentó a su lado,

yo quien sostuvo su pañuelo y sus guantes y yo quien se embriagó en el sonido de su dulce voz mientras ella cantaba para el que amaba. Los demás podían aplaudir si querían; pero nada tenían que ver en su romanza.

Estaba borracho de alegría y me parecía que era demasiado dichoso para que pudiera ser verdad; temía despertarme en Buckingham Street y oír a mistress Crupp hacer ruido con las tazas mientras preparaba el desayuno. Pero no, ¡era Dora que cantaba! Después también cantaron otras; miss Mills también, y cantó una queja sobre los ecos dormidos de la caverna de la memoria, como si tuviera cien años, y llegó la tarde. Tomamos el té, haciendo hervir el agua en una hoguera al modo gitano, y yo era más dichoso que nunca.

Todavía me sentí más dichoso cuando nos separamos de Patillas rojas y cada uno tomó su camino, mientras que yo partía con ella en medio de la calma de la tarde, de la luz moribunda y de los dulces perfumes que se elevaban a nuestro alrededor. Míster Spewlow iba un poco dormido gracias al champán.

¡Bendito sea el sol que ha madurado la uva, la uva que ha hecho el vino!  
¡Bendito el comerciante que lo ha vendido! Y como dormía profundamente en un rincón del coche, yo iba a un lado hablando con Dora.

Dora admiraba mi caballo y lo acariciaba (¡oh qué mano tan bonita resultaba sobre la piel del animal!), y su chal no se sostenía bien, y me veía obligado a arreglárselo a cada momento. Creo que el mismo Jip empezaba a darse cuenta de lo que pasaba y a comprender que había que resignarse y hacer las paces conmigo.

Aquella penetrante miss Mills, aquella encantadora reclusa que había agotado la existencia, aquel pequeño patriarca de veinte años apenas, que había terminado con el mundo y que no hubiera querido por nada despertar los ecos adormecidos en las cavernas de la memoria, ¡qué buena fue para mí!

—Míster Copperfield —me dijo—, venga por este lado del coche un momento, si es que puede dedicármelo. Necesito hablarle.

Y en mi bonito caballo gris, con la mano en la portezuela, me incliné a escuchar a miss Mills.

—Dora va a venir a verme. Pasado mañana se viene conmigo y con mi padre a mi casa. Si quisiera usted venir a vernos, estoy segura de que papá tendría mucho gusto en recibirle.

¿Qué podía hacer sino pedir todas las bendiciones del mundo sobre la cabeza de miss Mills, y sobre todo confiar su dirección al rincón más seguro de mi memoria? ¿Qué podía hacer sino decir a miss Mills, con palabras

ardientes y miradas reconocidas, todo lo que le agradecía sus bondades y qué precio infinito daba a su amistad?

Después miss Mills me despidió benignamente: «Vuelva con Dora». Y volví; y Dora se inclinó fuera del coche para charlar conmigo; y fuimos hablando todo el resto del camino; y yo hacía andar tan cerca de la rueda a mi caballo gris, que se desolló toda la pierna derecha, tanto que su propietario me dijo al día siguiente que le debía sesenta y cinco chelines por el daño, lo que pagué sin regatear, encontrando que era barato para una alegría tan grande. Durante el camino miss Mills miraba a la luna, recitando en voz baja versos y recordando, supongo, los tiempos lejanos en que la tierra y ella no se habían divorciado por completo.

Norwood estaba demasiado cerca, y llegamos muy pronto. Míster Spenlow se despertó un momento antes de llegar a su casa y me dijo:

—Entre usted a descansar, Copperfield.

Acepté, y nos sirvieron sándwiches, vino y agua. En la habitación, iluminada, Dora me parecía tan encantadora ruborizándose, que no podía arrancarme de su presencia y continuaba allí mirándola fijamente como en un sueño, cuando los ronquidos de míster Spenlow me indicaron que era hora de retirarme. Me fui, y por el camino sentía todavía la mano de Dora sobre la mía; recordaba mil y mil veces cada incidente y cada palabra, y, por fin, me encontré en mi cama tan embriagado de alegría como el más loco de los jóvenes insensatos a quien el amor haya perdido la cabeza.

Al despertarme a la mañana siguiente estaba decidido a declararle mi pasión a Dora para saber mi suerte. Mi felicidad o mi desgracia: esa era ahora la cuestión. Para mí no había otra en el mundo, y a aquello sólo Dora podía contestar. Pasé tres días desesperándome y torturándome, inventando las explicaciones menos animadas que se podían dar a todo lo ocurrido entre Dora y yo. Por fin, muy vestido para las circunstancias, me dirigí a casa de miss Mills con una declaración en los labios.

Es inútil decir la de veces que subí la calle para volverla a bajar; la de veces que di la vuelta al lugar, dándome cuenta de que yo era mucho más que la luna, la palabra del antiguo enigma, antes de decidirme a subir las escaleras de la casa y a llamar a la puerta. Cuando por fin llamé, mientras esperaba que me abrieran tuve por un momento la idea de preguntar si no vivía allí míster Balckboy (imitando al pobre Barkis) y disculparme y huir. Sin embargo, no lo hice.

Míster Mills no estaba en casa; ya me lo esperaba, ¿para qué le necesitábamos?, y miss Mills sí estaba en casa, y yo no necesitaba más.

Me hicieron entrar en una habitación del primer piso, donde encontré a

miss Mills y a Dora; también estaba Jip. Miss Mills copiaba música (recuerdo que era una romanza nueva, titulada *De profundis amoris*) y Dora pintaba flores. ¡Juzgad de mis sentimientos cuando reconocí mis flores, el ramo del mercado de Covent Garden! No puedo decir que se pareciera mucho, ni que yo hubiera visto nunca flores como aquellas; pero reconocí la intención en el papel que las envolvía, que, ese sí, estaba copiado con mucha exactitud.

Miss Mills estaba encantada de verme; sentía infinitamente que su papá hubiera salido, aunque me pareció que soportamos su ausencia con bastante resignación. Miss Mills sostuvo la conversación durante un momento; después, pasando su pluma por el *De profundis amoris*, se levantó y se fue.

Yo empezaba a creer que dejaría la cosa para el día siguiente.

—Supongo que su pobre caballo no estaría muy cansado la otra noche cuando volvió usted —me dijo Dora levantando sus hermosos ojos—; fue una excursión muy larga para él.

Empecé a creer que sería aquella misma tarde.

—Sí; fue una excursión muy larga para él, pues el pobre animal no tenía nada que le sostuviera durante el viaje.

—¿No le habían dado de comer? ¡Pobre animal!

Empecé a creer que lo dejaría para el día siguiente.

—¡Perdone! Le habían dado de comer; pero quiero decir que no gozaba tanto como yo de la inefable felicidad de estar a su lado.

Dora bajó la cabeza sobre su cuaderno y dijo al cabo de un momento (durante aquel tiempo yo estaba en un estado febril y sintiendo mis piernas tiesas como palos):

—Durante parte del día no parecía sentir usted esa felicidad tan vivamente.

Vi que la suerte estaba echada y que había que terminar allí mismo.

—Parecía interesarle muy poco esa felicidad —continuó Dora con un ligero movimiento de cejas y moviendo la cabeza— mientras estaba usted sentado al lado de miss Kitt.

Debo hacer observar que miss Kitt era la muchacha vestida de rosa, de ojos pequeños.

—Además, no sé por qué tenía que haberle importado —dijo Dora—, ni por qué dice usted que era una felicidad. Pero probablemente no piensa usted todo lo que dice. Y es usted muy libre de hacer lo que le parezca. ¡Jip, malo; ven aquí!

No sé lo que hice; pero todo fue dicho en un momento. Corté el paso a Jip,

cogí a Dora en mis brazos.

Estaba lleno de elocuencia; no necesitaba buscar las palabras; le dije a Dora todo lo que la amaba; le dije que me moriría sin ella; le dije que la idolatraba. Jip ladraba con furia todo el tiempo.

Cuando Dora bajó la cabeza y se puso a llorar temblando, mi elocuencia no conoció límites. Le dije que no tenía más que decir una palabra y estaba dispuesto a morir por ella; que a ningún precio quería la vida sin el amor de Dora; que no quería ni podía soportarla. La amaba desde el primer día, y había pensado en ella en todos los minutos del día y de la noche. En el momento mismo en que estaba hablando la amaba con locura, la amaría siempre con locura. Antes que yo había habido amantes y los habría después; pero nunca ninguno podría ni querría amar como yo amaba a Dora.

Cuantas más locuras decía, más ladraba Jip. Él y yo parecía que estábamos a ver cuál de los dos se mostraba más insensato. Y poco a poco Dora y yo resultamos sentados en el diván tranquilamente, con Jip sobre las rodillas de su dueña, mirándome tranquilizado. Mi espíritu estaba libre de su peso: era completamente dichoso; Dora y yo estábamos prometidos.

Supongo que teníamos alguna idea de que aquello debía terminar en matrimonio. Lo pienso, porque Dora declaró que no nos casaríamos sin el consentimiento de su padre; pero en nuestra alegría infantil creo que no mirábamos adelante ni atrás; el presente, en su ignorancia inocente, nos bastaba. Debíamos guardar nuestro compromiso secreto, y ni siquiera se me ocurrió la idea de que pudiera haber en aquel procedimiento algo que no fuera correcto.

Miss Mills estaba más pensativa que de costumbre cuando Dora, que había ido a buscarla, la trajo, supongo que sería porque lo que acababa de suceder despertaba los ecos dormidos en las cavernas de la memoria. Sin embargo, nos dio su bendición y nos prometió una amistad eterna, y nos habló en general, como era natural, con una voz que salía del claustro profético.

¡Qué niñadas! ¡Qué tiempo de locuras, de ilusiones y de felicidad!

Cuando tomé la medida del dedo de Dora para hacerle un anillo compuesto de «no me olvides», el joyero a quien lo encargué adivinó de lo que se trataba y se echó a reír mientras tomaba nota de mi encargo, y me preguntó todo lo que le convino para aquella joyita adornada de piedras azules, que se une de tal modo todavía en mi memoria al recuerdo de la mano de Dora, que ayer, al ver un anillo semejante en el dedo de mi hija, he sentido mi corazón estremecerse de dolor por un momento.

Cuando me paseaba exaltado por mi secreto y mi importancia, pareciéndome que el honor de amar a Dora y de ser amado por ella me elevaba

tan por encima de los que no estaban admitidos a aquella felicidad y que se arrastraban por la tierra como si yo hubiera volado.

Cuando nos citábamos en el jardín de la plaza y charlábamos en el pabellón polvoriento, donde éramos tan dichosos que todavía ahora amo los gorriones de Londres por la sola razón de que veo los colores del arco iris en sus plumas de humo.

Cuando tuvimos nuestra primera gran discusión, ocho días después de empezar nuestro noviazgo, y Dora me devolvió el anillo encerrado en una carta triangular con esta terrible frase: «Nuestro amor empezó con la locura y termina con la desesperación», y al leer aquello yo me arrancaba los cabellos y pensaba que todo había terminado.

Cuando al oscurecer volé a casa de miss Mills y la vi, a hurtadillas, en una antecocina, donde había una lixiviadora, y le supliqué que intercediera con Dora y que nos salvara de nuestra locura.

Cuando miss Mills consintió en encargarse y volvió con Dora exhortándonos desde lo alto de su juventud rota para que hiciéramos concesiones mutuas, con objeto de evitar el desierto de Sahara.

Cuando nos echamos a llorar y nos reconciamos para gozar de nuevo de una felicidad tan viva en aquella antecocina con la lixiviadora, que por lo menos nos parecía el templo del Amor, y cuando arreglamos un sistema de correspondencia que debía pasar por manos de miss Mills, y que suponía por lo menos una carta diaria por ambas partes.

¡Cuántas niñerías! ¡Qué tiempos de felicidad, de ilusiones y de locuras! De todas las épocas de mi vida que el tiempo tiene en su mano no hay ninguna cuyo recuerdo traiga a mil labios tantas sonrisas y a mi corazón tanta ternura.

## **Capítulo 14**

### **Mi tía me sorprende**

En cuanto fuimos novios Dora y yo, escribí a Agnes. Le escribí una carta muy larga, en la que trataba de hacerle comprender lo dichoso que era y lo que valía Dora. Le suplicaba que no considerase aquello como una pasión frívola, que podría ceder su lugar a otra, ni que lo comparase lo más mínimo a las fantasías de niño sobre las que acostumbraba a bromear. Le aseguraba que mi amor era un abismo de una profundidad insondable, y expresaba mi convicción de que nunca se había visto nada semejante.

No sé cómo fue; pero mientras escribía a Agnes, en una hermosa tarde, al



lado de mi ventana abierta, con el recuerdo, presente en mis pensamientos, de sus ojos serenos y limpios y de su dulce rostro, sentí una extraña dulzura que calmaba el estado febril en que vivía desde hacía algún tiempo y que se mezclaba en mi felicidad misma haciéndome llorar. Recuerdo que apoyé mi cabeza en la mano cuando estaba la carta a medio escribir y que me puse a soñar pensando que Agnes era naturalmente uno de los elementos necesarios en mi hogar. Me parecía que en el retiro de aquella casa, que su presencia hacía para mí sagrada, seríamos Dora y yo más dichosos que en cualquier otro lado. Me parecía que en el amor, en la alegría y en la pena, la esperanza o la decepción en todas sus emociones, mi corazón se volvía naturalmente hacia ella como hacia su refugio y su mejor amiga.

No le hablé de Steerforth; nada más le dije que había tenido muchas penas en Yarmouth a consecuencia de la pérdida de Emily, y que había sufrido doblemente a causa de las circunstancias que la habían acompañado. Ella con su intuición adivinaría la verdad, y sabía que no me hablaría nunca de ello la primera.

Recibí a vuelta de correo contestación a mi carta. Al leerla me parecía oír la hablar; creía que su dulce voz resonaba en mis oídos. ¿Qué más puedo decir?

Durante mis frecuentes ausencias Traddles había venido a verme dos o tres veces. Había encontrado a Peggotty: ella no había dejado de decirle, como a todo el que quería oír la, que era mi antigua niñera, y él había tenido la bondad de quedarse un momento para hablar de mí con ella. Al menos eso me había dicho Peggotty. Pero yo temo que la conversación no fuera toda de su parte y de una duración desmesurada, pues era muy difícil atajar a la buena mujer (que Dios bendiga) cuando había empezado a hablar de mí.

Esto me recuerda no solamente que estaba esperando a Traddles un día que él me había fijado, sino que mistress Crupp había renunciado a todas las particularidades de su oficio (excepto el salario), mientras Peggotty no dejara de presentarse en mi casa. Mistress Crupp, después de haberse permitido muchas conversaciones sobre la cuenta de Peggotty, en alta voz, en la escalera, con algún espíritu familiar que sin duda se le aparecía (pues, a la vista, estaba completamente sola en aquellos monólogos), decidió dirigirme una carta en la que me desarrollaba sus ideas. Empezaba con una aclaración de aplicación universal, y que se repetía en todos los sucesos de su vida, a saber: que «ella también era madre»; después me decía que había visto días mejores, pero que en todas las épocas de su existencia había tenido una antipatía invencible por los espías, los indiscretos y los chismosos. No citaba nombres; decía que yo podría adivinar a quién se referían aquellos títulos; pero ella había sentido siempre el más profundo desprecio por los espías, los indiscretos y los chismosos, particularmente cuando esos defectos se encontraban en una persona que llevaba el luto de viuda (esto subrayado). Si a un caballero le

convenía ser víctima de los espías, de los indiscretos y de los chismosos (siempre sin citar nombres), era muy dueño. Tenía derecho a hacer lo que me conviniera; pero ella, mistress Crupp, lo único que pedía era que no la pusieran en contacto con semejantes personas. Por esta causa deseaba ser dispensada de todo servicio en las habitaciones del segundo hasta que las cosas hubieran recobrado su antiguo curso, lo que era muy de desear. Añadía que su cuaderno se encontraría todos los sábados por la mañana en la mesa del desayuno, y que pedía el pago inmediato con el objeto caritativo de evitar confusiones y dificultades a «todas las partes interesadas».

Después de esto mistress Crupp se limitó a poner trampas en la escalera, especialmente con pucheros, para ver si Peggotty se rompía la cabeza. Aquel estado de sitio me resultaba un poco cansado; pero tenía demasiado miedo a mistress Crupp para decidirme a salir de él.

—¡Mi querido Copperfield! —exclamó Traddles apareciendo puntualmente a pesar de todos aquellos obstáculos—, ¿cómo estás?

—¡Mi querido Traddles! —le dije—. Estoy encantado de verte por fin, y siento no haber estado en casa las otras veces; pero he tenido tanto que hacer...

—Sí, sí —dijo Traddles—; es natural. ¿La «tuya» vive en Londres supongo?

—¿De quién hablas?

—De ella, dispénsame; de miss D... , ya sabes —dijo Traddles enrojeciendo por un exceso de delicadeza—. Vive en Londres, ¿no es así?

—¡Oh, sí; cerca de Londres!

—La mía... quizá recuerdas —dijo Traddles en tono grave— que vive en Devonshire... Son diez hijos... Así es que yo no estoy tan ocupado como tú en ese asunto.

—Me pregunto —le dije— cómo puedes soportar el verla tan de tarde en tarde.

—¡Ah! —dijo Traddles pensativo—. Yo también me lo pregunto. Supongo, Copperfield, que es porque no tengo más remedio.

—Ya comprendo que esa debe de ser la razón —repliqué sonriendo y ruborizándome un poco—; pero también es que tienes mucho valor y paciencia, Traddles.

—¿Tú lo crees? —dijo Traddles reflexionando—. ¿Esa sensación te transmito, Copperfield? No lo creía. Pero es tan buena chica, que es muy posible que me haya transmitido alguna de las cualidades que posee. Ahora

que me lo haces observar, Copperfield, no me extrañaría nada. Te aseguro que se pasa la vida olvidándose de sí misma para pensar en los otros nueve.

—¿Es la mayor? —pregunté.

—¡Oh, no! —dijo Traddles—. La mayor es una belleza.

Supongo que se dio cuenta de que no pude por menos de sonreír de la tontería de su respuesta, y puso su expresión ingenua y sonriente.

—Claro está que eso no quiere decir que mi Sofía... Es bonito nombre, ¿verdad, Copperfield?

—Muy bonito —dije.

—Pues no quiere decir que mi Sofía no sea también encantadora a mis ojos, y que no le haga a todo el mundo el mejor efecto; pero cuando digo que la mayor es una belleza quiero decir, verdaderamente... (hizo el gesto de reunir pubes alrededor de sí con las dos manos) magnífica; te lo aseguro —dijo Traddles con energía.

—¿De verdad? —dije.

—¡Oh!, te lo aseguro —dijo Traddles—; una cosa verdaderamente extraordinaria. Y, como es natural, está hecha para brillar en el mundo y que la admiren, aunque no tiene ocasión a causa de su poca fortuna. Por eso a veces es un poco irritable, un poco exigente. Felizmente, Sofía la pone de buen humor.

—¿Sofía es la más pequeña? —pregunté.

—¡Oh, no! —dijo Traddles acariciándose la barbilla—. Las dos más pequeñas tienen nueve y diez años. Sofía las educa.

—¿Es la segunda por casualidad? —me atreví a preguntar.

—No —dijo Traddles—; Sarah es la segunda; Sarah tiene algo en la espina dorsal; ¡pobrecilla! Los médicos dicen que se curará; pero entre tanto tiene que estar siempre acostada boca arriba. Sofía la cuida. Sofía es la cuarta.

—Y la madre ¿vive? —pregunté.

—¡Oh, sí! —dijo Traddles—. Y es verdaderamente una mujer superior; pero la humedad del clima no la conviene; y... el caso es que no puede moverse.

—¡Qué desgracia!

—Sí, es muy triste —repuso Traddles—. Pero desde el punto de vista de los quehaceres de la casa es menos incómodo de lo que podría suponerse, porque Sofía la reemplaza. Sirve de madre a su madre tanto como a los otros

nueve.

Yo sentía la mayor admiración por las virtudes de aquella muchacha, y con objeto de hacer lo posible para que no abusaran de la buena voluntad de Traddles en detrimento de su porvenir común, le pregunté noticias de míster Micawber.

—Está muy bien, gracias, Copperfield —dijo Traddles—; pero de momento no vivo en su casa.

—¿No?

—No. A decir verdad —repuso Traddles hablando muy bajo—, ahora ha tomado el nombre de Mortimer, a causa de sus dificultades temporales; y sólo sale con gafas. Ha habido un embargo. Mistress Micawber estaba en un estado tan horrible, que yo, verdaderamente, no he podido por menos de firmar el segundo pagaré de que hablamos. Y puedes figurarte, Copperfield, mi alegría al ver que aquello devolvía la alegría a mistress Micawber.

—¡Hum! —hice.

—Aunque su felicidad no ha durado mucho —añadió Traddles—, pues, desgraciadamente, al cabo de ocho días ha habido un nuevo embargo. Entonces nos hemos dispersado. Yo desde entonces vivo en una habitación amueblada y los Mortimer viven absolutamente retirados. Espero que no me tacharás de egoísta, Copperfield, si no puedo por menos de sentir que el comprador de los muebles se haya apoderado de mi mesita redonda con tablero de mármol, y del florero y el estante de Sofía.

—¡Qué crueldad! —exclamé con indignación.

—Eso me ha parecido... un poco duro —dijo Traddles con su gesto peculiar cuando empleaba aquella frase—. Además, no digo esto acusando a nadie; pero el caso es, Copperfield, que no he podido rescatar esos objetos en el momento del embargo; primero, porque el comerciante, dándose cuenta de lo que me interesaba, pedía un precio altísimo, y además, porque... no tenía dinero. Pero desde entonces no he perdido de vista la tienda —dijo Traddles, pareciendo gozar con delicia de aquel misterio—. Está en lo alto de Tottenham-Court-Road y, por fin, hoy los he visto en el escaparate. Únicamente he mirado al pasar desde la otra acera, porque si el comerciante me ve pedirá un precio... ; pero he pensado que, puesto que tenía dinero, no te importaría que tu buena niñera viniera conmigo a la tienda. Yo le enseñaré los objetos desde una esquina, y ella podrá comprármelos lo más barato posible, como si fueran para ella.

La alegría con que Traddles me desarrolló su plan y el placer que sentía al verse tan astuto están grabados en mi memoria, y es uno de los recuerdos más

claros.

Le dije que Peggotty se encantaría de poder hacerle aquel pequeño favor y que podríamos entre los tres resolver el asunto; pero con una condición. Esta condición era que tomaría una determinación solemne de no volver a prestar nada a míster Micawber, ni el nombre ni nada.

—Mi querido Copperfield —me dijo Traddles—, es cosa hecha; no únicamente porque me doy cuenta de que he obrado con precipitación, sino porque es una verdadera injusticia hacia Sofía, y me la reprocho. He dado mi palabra, y no hay nada que temer; pero también te la doy de todo corazón. He firmado ese desgraciado pagaré. No dudo de que míster Micawber, si hubiera podido lo hubiese pagado él; pero no podía. Debo decirte una cosa que me gusta mucho en míster Micawber, Copperfield, y es con respecto al segundo pagaré, que todavía no ha vencido. Ya no me dice que lo ha pagado, sino que lo pagará.

Verdaderamente me parece que su proceder es muy honrado y muy delicado.

Me repugnaba el destruir la confianza de mi amigo, y le hice un signo de asentimiento. Después de un momento de conversación tomamos el camino de la tienda de velas para recoger a Peggotty, pues Traddles se había negado a pasar la tarde conmigo, en primer lugar porque sentía la mayor inquietud por sus propiedades, no fuera a ser que cualquier otra persona las comprase antes de hacerlo él, y además porque era la tarde que dedicaba siempre a escribir a la mejor muchacha del mundo.

No olvidaré nunca la mirada que lanzó desde la esquina de la calle hacia Tottenham-Court-Road, mientras Peggotty regateaba aquellos objetos preciosos, ni su agitación cuando volvió lentamente hacia nosotros después de haber ofrecido inútilmente su precio, hasta que el comerciante la volvió a llamar y retrocedió. Por fin consiguió los objetos de Traddles en un precio bastante moderado; y Traddles estaba loco de alegría.

—Estoy agradecidísimo —dijo Traddles, al saber que le enviarían todo a su casa aquella misma tarde—. Pero si se atreviera le pediría todavía un favor. Espero que no te parecerá mi deseo demasiado absurdo, Copperfield.

—De verdad que no —respondí de antemano.

—Entonces —dijo Traddles dirigiéndose a Peggotty—, si tuviera usted la bondad de traerme el florero enseguida. Me gustaría llevarlo yo mismo, por ser de Sofía, Copperfield.

Peggotty fue a buscar el florero de muy buena voluntad. Él le dio las gracias calurosamente, y le vimos subir por Tottenham-Court-Road con el

florero apretado tiernamente en sus brazos y una expresión de júbilo que nunca he visto a nadie.

Enseguida emprendimos el camino de mi casa. Como los escaparates poseían para Peggotty encantos que no les he visto desplegar jamás sobre nadie en el mismo grado, andaba lentamente, divirtiéndome viéndoselos mirar y esperándola siempre que le convenía detenerse. Tardamos bastante antes de llegar a Adelphy.

Mientras subíamos la escalera le hice observar que las trampas de mistress Crupp habían desaparecido de repente y que se veían huellas recientes de pasos. Los dos nos sorprendimos mucho al seguir subiendo y ver abierta la primera puerta, que yo había dejado cerrada al salir, y oyendo voces en mi casa.

Nos miramos con asombro, sin saber qué pensar, y entramos en el gabinete. ¡Cuál sería mi sorpresa al encontrarme con las personas que menos me hubiera imaginado: mi tía y míster Dick! Mi tía estaba sentada sobre un montón de maletas, la jaula de los pájaros ante ella y el gato sobre sus rodillas, como un Robinson Crusoe femenino, bebiendo una taza de té. Míster Dick se apoyaba pensativo en una gran cometa semejante a las que habíamos lanzado juntos tan a menudo, y estaba rodeado de otra carga de maletas.

—Mi querida tía —exclamé—, ¡qué placer tan inesperado!

Nos abrazamos tiernamente. Estreché con cordialidad la mano a míster Dick, y mistress Crupp, que estaba haciendo el té y prodigando sus atenciones a mi tía, dijo con viveza que ya sabía ella la alegría de míster Copperfield al ver a sus queridos parientes.

—Vamos, vamos —dijo mi tía a Peggotty, que temblaba en su terrible presencia—, ¿cómo está usted?

—¿Te acuerdas de mi tía, Peggotty? —le dije.

—¡En nombre del cielo, hijo mío —exclamó mi tía—, no lames a esa mujer con ese nombre salvaje! Puesto que al casarse se ha desembarazado de él, que era lo mejor que podía hacer, ¿por qué no concederle al menos las ventajas del cambio? ¿Cómo se llama usted ahora, P...? —dijo mi tía, usando esta abreviatura para evitar el nombre que tanto la molestaba.

—Barkis, señora —dijo Peggotty haciendo una reverencia.

—Vamos; eso es más humano —dijo mi tía—; ese nombre no tiene el aire pagano del otro, que hay que reparar con el bautismo de un misionero. ¿Cómo está usted, Barkis? ¿Supongo que está usted bien?

Animada por aquellas graciosas palabras y por la prisa de mi tía a tenderle la mano, Barkis se adelantó para tomarla con una reverencia de gracias.

—Hemos envejecido desde aquellos tiempos —dijo mi tía—. No nos hemos visto más que una vez.

Buen trabajo hicimos aquel día. Trot, hijo mío, dame otra taza de té.

Serví a mi tía el brebaje que me pedía, siempre tan tiesa como de costumbre, y me aventuré a hacerle observar que no era un asiento muy cómodo una maleta.

—Déjeme que le acerque el diván o el sillón, tía; está usted muy mal ahí.

—Gracias, Trot —replicó—; prefiero estar sentada encima de mis trastos.

Y mirando a mistress Crupp a la cara le dijo:

—No se tome el trabajo de esperar, señora.

—¿Quiere usted que ponga un poco más de té en la tetera, señora? —dijo mistress Crupp.

—No, gracias —replicó mi tía.

—¿Quiere usted permitirme que traiga un poco más de manteca, señora, o un huevo fresco, o que le ase un trozo de tocino? ¿No puedo hacer nada más por su querida tía, míster Copperfield?

—Nada, señora; lo haré yo sola, muchas gracias.

Mistress Crupp, que sonreía sin cesar para demostrar una gran dulzura de carácter, y que ponía siempre la cabeza de medio lado para simular una gran debilidad de constitución, y que se frotaba a cada momento las manos para manifestar su deseo de ser útil a todos los que lo merecían, terminó por salir de la habitación con la cabeza de medio lado, frotándose las manos y sonriendo.

—Dick —dijo mi tía—, ya sabe lo que le he dicho de los cortesanos y los adoradores de la fortuna.

Míster Dick respondió afirmativamente, pero un poco asustado y como si hubiera olvidado lo que debía recordar tan bien.

—Pues bien; mistress Crupp es de ellos —dijo mi tía—. Barkis: ¿quiere usted hacer el favor de cuidarse del té y de darme otra taza? No quería tomarla de manos de esa intrigante.

Conocía lo bastante a mi tía para saber que tenía algo importante que decirme y que su llegada tenía más importancia de lo que un extraño hubiera podido suponer. Observé que sus miradas estaban constantemente fijas en mí cuando se creía que yo no la veía, y que estaba en un estado de indecisión y de inquietud interior mal disimulado por la calma y la rectitud que conservaba exteriormente. Empezaba a temer haber hecho algo que pudiera ofenderla, y mi conciencia me dijo bajito que todavía no le había hablado de Dora. ¿No

sería aquello por casualidad?

Como sabía que no hablaría hasta que le diera la gana, me senté a su lado y me puse a hablar con los pájaros y a jugar con el gato, como si estuviera muy tranquilo; pero no lo estaba nada, y mi inquietud aumentó al ver que míster Dick, apoyado en su gran cometa detrás de mi tía, aprovechaba todas las ocasiones en que no nos observaban para hacerme señas misteriosas, señalándome a mi tía.

—Trot —me dijo por fin cuando terminó su té y después de haberse enjugado los labios y arreglado cuidadosamente los pliegues de la falda— ... ¡No necesita usted marcharse, Barkis! Trot, ¿tienes ya más confianza en ti mismo?

—Creo que sí, tía.

—Pero, ¿estás bien seguro?

—Creo que sí, tía.

—Entonces, hijo mío —me dijo mirándome fijamente—, ¿sabes por qué tengo tanto interés en estar sentada encima de mi equipaje?

Sacudí la cabeza, como hombre que echa su lengua a los perros.

—Porque es todo lo que me queda; porque estoy arruinada, hijo mío.

Si la casa hubiera caído al río con todos nosotros dentro creo que el golpe no hubiera sido más violento para mí.

—Dick lo sabe —dijo tranquilamente mi tía poniéndome una mano en el hombro—; estoy arruinada, mi querido Trot. Todo lo que me queda en el mundo está aquí, excepto la casita, que he dejado a Janet el cuidado de alquilar. Barkis, hay que buscar a este caballero un sitio donde pasar la noche. Con objeto de evitar el gasto, quizá podríamos arreglar aquí algo para mí, no importa cómo. Es para esta noche solamente; ya hablaremos de ello más despacio.

Me sacó de mi sorpresa y de la pena que sentía por ella... por ella, estoy seguro, el verla caer en mis brazos, exclamando que sólo lo sentía por mí; pero un minuto le bastó para dominar su emoción, y me dijo, con más aire de triunfo que de abatimiento.

—Hay que soportar con valor las contrariedades, sin dejarnos asustar, hijo mío; hay que sostener el papel hasta el fin. Hay que desafiar a la desgracia hasta el fin, Trot.



## Capítulo 15

### Depresión

Cuando recobré mi presencia de ánimo, que en el primer momento me había abandonado por completo bajo el golpe de la noticia de mi tía, propuse a míster Dick que viniera a la tienda de velas a tomar posesión de la cama que míster Peggotty había dejado vacía hacía poco. La tienda de velas se encontraba en el mercado de Hungerford, que entonces no se parecía nada a lo que es ahora, y tenía delante de la puerta un pórtico bajo, compuesto de columnas de madera, que se parecía bastante al que se veía antes en la portada de la casa del hombrecito y la mujercita de los antiguos barómetros. Aquella obra de arte de la arquitectura le gustó infinitamente a míster Dick, y el honor de habitar encima de aquellas columnas yo creo que le hubiera consolado de muchas molestias; pero como en realidad no había más objeción que hacer al alojamiento que la variedad de perfumes de que he hablado, y quizá también la falta de espacio en la habitación, quedó encantado de su alojamiento. Mistress Crupp le había declarado con indignación que no había sitio ni para hacer bailar a un gato; pero, como me decía muy justamente míster Dick sentándose a los pies de la cama y acariciando una de sus piernas:

—Usted sabe muy bien, Trotwood, que yo no necesito hacer bailar a ningún gato, que nunca he hecho bailar a ningún gato; por lo tanto, ¿a mí qué me importa?

Traté de descubrir si míster Dick tenía algún conocimiento de las causas de aquel gran y repentino cambio en los intereses de mi tía; pero, como me esperaba, no sabía nada. Todo lo que podía decirme es que mi tía le había apostrofado así la antevíspera: «Veamos, Dick, ¿es usted verdaderamente todo lo filósofo que yo creo?». «Sí», había respondido él. Entonces mi tía le había dicho: «Dick, estoy arruinada», y él había exclamado: «¡Oh! ¿De verdad?». Después mi tía le había elogiado mucho, lo que le había causado mucha alegría, y habían venido a buscarme comiendo sándwiches y bebiendo cerveza en el camino.

Míster Dick estaba tan radiante a los pies de su cama acariciándose la pierna mientras me decía todo esto, con los ojos muy abiertos y una sonrisa de sorpresa, que siento decir que me impacienté y que llegué a explicarle que quizá no sabía lo que la palabra ruina traía tras de sí de desesperación, de necesidad, de hambre; pero pronto fui cruelmente castigado por mi dureza al verle ponerse pálido y alargársele el rostro y correr lágrimas por sus mejillas, mientras me lanzaba una mirada tan desesperada, que hubiera ablandado un corazón infinitamente más duro que el mío. Me costó mucho más trabajo animarle de lo que me había costado abatirle, y comprendí enseguida que

debía de haber adivinado desde el primer momento que si él había demostrado tanta confianza es porque tenía una fe inquebrantable en mi tía, en su sabiduría maravillosa y en los recursos infinitos de mis facultades intelectuales, pues creo que me creía capaz de luchar victoriosamente contra todos los infortunios que no fueran la muerte.

—¿Qué podemos hacer, Trot? —dijo míster Dick—. Está la Memoria...

—Ciertamente está la Memoria —le dije—; pero de momento la única cosa que podemos hacer, míster Dick, es serenarnos y que mi tía no vea que nos preocupan sus asuntos.

Estuvo de acuerdo conmigo al momento y me suplicó que, en el caso en que le viera apartarse un paso del buen camino, que le atrajera a él por alguno de los medios ingeniosos que yo siempre tenía a mano.

Pero siento decir que le había asustado demasiado para que pudiera ocultar su temor. Toda la noche estuvo mirando sin cesar a mi tía con una expresión de la más penosa inquietud, como si se esperase verla adelgazar de repente. Cuando se daba cuenta hacía esfuerzos inauditos para no mover la cabeza; pero por muy inmóvil que la tuviera volvía los ojos, lo que era casi peor. Le vi mirar durante la comida el panecillo que había encima de la mesa como si no quedara más que aquello entre nosotros y el hambre.

Y cuando mi tía insistió para que comiera como de costumbre, me di cuenta de que se guardaba en el bolsillo pedazos de pan y de queso, sin duda para proporcionarse con aquellas economías el medio de volvernos a la vida cuando estuviéramos extenuados por el hambre.

Mi tía, por el contrario, estaba tranquila y podía servirnos de ejemplo a todos, a mí el primero.

Estaba amable con Peggotty, excepto cuando la llamaba así por distracción, y parecía encontrarse completamente a sus anchas a pesar de su conocida repugnancia por Londres. Ella se acostaría en mi cama y yo en el gabinete, sirviéndole de cuerpo de guardia. Insistió mucho sobre las ventajas de estar tan cerca del río, para caso de incendio, y yo creo que verdaderamente le producía satisfacción aquella circunstancia.

—No, Trot; no, hijo mío —me dijo mi tía cuando me vio hacer los preparativos para componer su brebaje de la noche.

—¿No lo quiere usted, tía?

—Vino no, hijo mío; cerveza.

—Pero tengo vino, y lo que usted toma siempre es vino.

—Guarda el vino para el caso en que haya algún enfermo —me dijo—; no

hay que malgastarlo. Trot, dame cerveza; media botella.

Creí que míster Dick iba a desmayarse. Mi tía persistía en su negativa, y tuve que salir para buscar yo mismo la cerveza. Como se hacía tarde, míster Dick y Peggotty aprovecharon la ocasión para tomar juntos el camino de la tienda de velas. Me despedí del pobre hombre en la esquina, y se alejó con su gran cometa a la espalda y llevando en su rostro la verdadera imagen de la miseria humana.

A mi regreso encontré a mi tía paseándose de arriba abajo por la habitación y plegando con sus dedos los adornos de su cofia de dormir. Le calenté la cerveza y tosté el pan según los principios establecidos, y cuando la bebida estuvo preparada, mi tía también lo estaba con la cofia en la cabeza, la falda un poco remangada y las manos sobre las rodillas.

—Querido mío —me dijo después de tomar una cucharadita del líquido—, es mucho mejor que el vino, y además menos bilioso.

Supongo que no debía de parecer muy convencido, pues añadió:

—Ta, ta, ta, hijo mío; si no nos sucede nada peor que beber cerveza, no nos podremos quejar.

—Le aseguro, tía, que no se trata de mí; estoy muy lejos de decir lo contrario.

—Pues bien; entonces, ¿por qué no es esa tu opinión?

—Porque usted y yo somos diferentes —contesté.

—Vamos, Trot, qué locura —replicó ella.

Mi tía continuó con una satisfacción tranquila y nada afectada, lo aseguro, bebiendo su cerveza caliente a cucharaditas y mojando los picatostes.

—Trot —me dijo—, por lo general no me gustan las caras nuevas; pero tu Barkis no me disgusta, ¿sabes?

—Si me hubieran dado cien libras, tía, no me hubiera alegrado tanto; y soy feliz viendo que la aprecia usted.

—Es un mundo muy extraordinario éste en que vivimos —repuso mi tía frotándose la nariz—; no puedo explicarme dónde ha ido esta mujer a buscar un nombre semejante. Dime si no sería mucho más fácil nacer Jackson o cualquier cosa menos eso.

—Quizá ella misma piense eso, tía; pero no es suya la culpa.

—Claro que no —contestó mi tía, un poco contrariada por tener que confesarlo—; pero no por eso es menos desesperante. En fin, ahora se llama Barkis, y es un consuelo. Barkis te quiere con todo su corazón, Trot.

—No hay nada en el mundo que no estuviera dispuesta a hacer para demostrármelo.

—Nada, es verdad, lo creo —dijo mi tía—. ¿Querrás creer que la pobre loca estaba hace un momento pidiéndome con las manos juntas que aceptara parte de su dinero, porque tenía demasiado? ¡Será idiota!

Las lágrimas de mi tía caían en su cerveza.

—Nunca he visto a nadie tan ridículo —añadió—. Desde el primer momento que la vi al lado de tu madrecita adiviné que debía de ser la criatura más ridícula del mundo; pero tiene buenas cualidades.

Mi tía hizo como que se reía, y aprovechó la ocasión para llevar la mano a sus ojos; después siguió comiendo sus tostadas y hablando al mismo tiempo.

—¡Ay! ¡Misericordia! —dijo mi tía suspirando—. Sé todo lo que ha pasado, Trot. He tenido una larga conversación con Barkis mientras tú habías salido con Dick. Sé todo lo que ha pasado. Por mi parte, no comprendo lo que esas miserables chicas tienen en la cabeza; y me pregunto cómo no prefieren ir a rompérsela contra... contra una chimenea —dijo mi tía mirando a la mía, que fue probablemente la que le sugirió la idea.

—¡Pobre Emily! —dije.

—¡Oh! No digas pobre Emily —replicó mi tía—; hubiera debido pensar en toda la pena que causaba.

Dame un beso, Trot; siento mucho que tan joven tengas ya una experiencia tan triste en tu vida.

En el momento en que me inclinaba hacia ella, dejó su vaso en mis rodillas, para detenerme, y dijo:

—¡Oh! ¡Trot, Trot! ¿Te figuras que estás enamorado, no?

—¿Cómo que me figuro, tía? —exclamé enrojeciendo. La adoro con toda mi alma.

—¿A Dora? ¿De verdad? —replicó mi tía—. Y estoy segura de que te parece esa criaturita muy seductora.

—Querida tía —le contesté—, nadie puede hacerse idea de lo que es.

—¡Ah! ¿No es demasiado tonta? —dijo mi tía.

—¿Tonta, tía mía?

Creo seriamente que nunca se me había ocurrido preguntarme si lo era o no. Aquella suposición me ofendió, naturalmente, pero me sorprendió como una idea completamente nueva.

—Según eso ¿no será un poco frívola? —dijo mi tía.

—¿Frívola, tía? —Me limité a repetir aquella pregunta atrevida con el mismo sentimiento que había repetido la primera.

—¡Está bien, está bien! —dijo mi tía—. Quería únicamente saberlo; no hablo mal de ella. ¡Pobres chicos! Y os creéis hechos el uno para el otro y os véis ya atravesando una vida llena de dulzuras y de confites, como las dos figuritas de azúcar que adornan la tarta de la recién casada en una comida de bodas, ¿no es verdad, Trot?

Hablaba con tal bondad y dulzura, casi de broma, que me conmovió.

—Ya sé que somos muy jóvenes y sin experiencia, tía —contesté—, y que no diremos y haremos cosas nada razonables; pero estoy seguro de que nos queremos de verdad. Si creyera que Dora podía querer a otro o dejar de quererme, o que yo pudiera amar a otra mujer o dejar de quererla, no sé lo que haría... , creo que me volvería loco.

—¡Ah, Trot! —dijo mi tía sacudiendo la cabeza y sonriendo tristemente—. ¡Ciego, ciego, ciego!

Alguien que yo conozco, Trot —añadió mi tía después de un momento de silencio—, a pesar de su dulzura de carácter posee una viveza de afectos que me recuerda a un bebé. Ese alguien debe buscar un apoyo fiel y seguro, que pueda sostenerle y ayudarle; un carácter serio, sincero, constante.

—¡Si supiera usted la constancia y la sinceridad de Dora, tía mía! —exclamé.

—¡Ay, Trot! —repitió ella—. ¡Ciego, ciego! —y sin saber por qué me pareció vagamente que perdía en aquel momento algo, alguna promesa de felicidad que se escapaba y escondía a mis ojos tras una nube.

—Sin embargo —dijo mi tía—, no quiero desesperar ni hacer desgraciados a estos dos niños; así, aunque sea una pasión de niño y niña, y aunque esas pasiones muy a menudo... , fíjate bien, no digo siempre, pero muy a menudo, no conducen a nada, sin embargo, no lo tomaremos a broma, hablaremos seriamente y esperamos que termine bien cualquier día. Tenemos tiempo.

No era una perspectiva muy consoladora para un amante apasionado, pero estaba encantado de que mi tía conociera el secreto. Recordando que debía de estar cansada, le agradecí tiernamente aquella prueba de su afecto, y después de despedirme de ella con ternura, mi tía y su cofia de dormir fueron a tomar posesión de mi alcoba.

¡Qué desgraciado fui aquella noche en mi cama! Mis pensamientos no podían apartarse del efecto que haría en míster Spenlow la noticia de mi pobreza, pues ya no era lo que creía ser cuando había pedido la mano de Dora,

y además me decía que honradamente debía decir a Dora mi situación y devolverle su palabra si lo quería así. Me preguntaba cómo me las arreglaría para vivir durante todo el tiempo que tenía que pasar con míster Spenlow sin ganar nada; me preguntaba cómo podría sostener a mi tía, y me rompía la cabeza sin encontrar solución satisfactoria; además, me decía que pronto no tendría nada de dinero en el bolsillo; que tendría que llevar trajes raídos, renunciar a los bonitos caballos grises, a los regalitos que tanto me gustaba llevar a Dora; en fin, a todo lo que era serle agradable. Sabía que era egoísmo y que era una cosa indigna pensar en mis propias desgracias, y me lo reprochaba amargamente; pero quería demasiado a Dora para que pudiera ser de otro modo. Sabía que era un miserable no preocupándome más por mi tía que por mí mismo; pero mi egoísmo y Dora eran inseparables, y no podía dejar a Dora de lado por el amor de ninguna otra criatura humana. ¡Ah! ¡Qué desgraciado fui aquella noche!

Mi noche estuvo agitada por mil sueños penosos sobre mi pobreza; pero me parecía que soñaba sin haberme dormido de antemano. Tan pronto me veía vestido de harapos y obligando a Dora a ir a vender cerillas a medio penique la caja, como me encontraba en la oficina vestido con la camisa de dormir y un par de botas, y míster Spenlow me reprochaba la ligereza del traje en que me presentaba a sus clientes; después comía ávidamente las migas que dejaba caer el viejo Tifey al comer su bizcocho de todos los días en el momento en que el reloj de Saint Paul daba la una; después hacía una multitud de esfuerzos inútiles para obtener la autorización oficial necesaria para mi matrimonio con Dora, sin tener para pagarla más que uno de los guantes de Uriah Heep, que el Tribunal rechazaba por unanimidad; por fin, no sabiendo demasiado dónde estaba, me revolví sin cesar, como un barco en peligro, en un océano de mantas y sábanas.

Mi tía tampoco descansaba; yo la sentía pasearse de arriba abajo. Dos o tres veces en el curso de la noche apareció en mi habitación como un alma en pena, vestida con un largo camión de franela, que la hacía parecer de seis pies de estatura, y se acercaba al divan en que yo estaba acostado. La primera vez di un salto de terror ante la noticia de que tenía motivos para creer por la luz que se veía en el cielo que la abadía de Westminster estaba ardiendo. Quiso saber si las llamas no llegarían a Buckingham Street en el caso de que cambiara el viento. Cuando reapareció más tarde no me moví; pero se sentó a mi lado, diciendo en voz baja: «¡Pobre muchacho!», y me sentí todavía más desgraciado al ver lo poco que se preocupaba de sí misma para pensar en mí, mientras que yo estaba egoístamente absorto en mis preocupaciones.

Me costaba trabajo pensar que una noche que a mí me parecía tan larga pudiera parecer corta a nadie.

Y me puse a imaginar un baile en que los invitados pasaran la noche

bailando; después todo aquello se convirtió en un sueño, y oía a los músicos siempre tocando la misma pieza, mientras veía a Dora bailar siempre lo mismo, sin fijarse en mí. El hombre que había estado tocando el arpa toda la noche trataba en vano de guardar su instrumento en un gorro de algodón de medida corriente en el momento en que me desperté, o mejor dicho, en el momento en que renuncié a tratar de dormirme al ver que el sol brillaba en mi ventana.

Había entonces en una de las calles que desembocan en el Strand unos antiguos baños romanos (quizá están todavía), donde tenía la costumbre de ir a sumergirme en agua fría. Me vestí lo más silenciosamente que pude y, dejando a Peggotty el encargo de ocuparse de mi tía, fui a precipitarme en el agua de cabeza, y después tomé el camino de Hampstead. Esperaba que aquel tratamiento enérgico me refrescara un poco el espíritu, y creo que realmente me sentó muy bien, pues no tardé en decidir que lo primero que tenía que hacer era ver si conseguía rescindir mi contrato con míster Spenlow y recobrar la cantidad entregada.

Almorcé en Hampstead y después tomé el camino del Tribunal, a través de las carreteras, todavía húmedas de rocío, en medio del dulce perfume de las flores que crecían en los jardines del camino o que pasaban en cestas sobre las cabezas de los jardineros; yo sólo pensaba en intentar aquel primer esfuerzo para hacer frente al cambio de nuestra situación.

Llegué tan temprano a la oficina que tuve tiempo de pasearme durante una hora por los patios antes de que el viejo Tifey, que era siempre el primero en estar en su puesto, apareciera con la llave. Entonces me senté en un rincón a la sombra, mirando el reflejo del sol sobre los tubos de la chimenea de enfrente y pensando en Dora, cuando míster Spenlow entró, reposado y dispuesto.

—¿Cómo está usted Copperfield? —me dijo—. ¡Qué mañana tan hermosa!

—Una mañana encantadora —respondí—. ¿Podría decirle a usted una palabra antes de que entrara en el Tribunal?

—Sí —dijo—; venga usted a mi despacho.

Le seguí al despacho, donde empezó por ponerse su traje mirándose en un espejito colgado detrás de la puerta de un armario.

—Siento mucho decirle —empecé— que he recibido muy malas noticias de mi tía.

—¿De verdad? ¡Cómo lo siento! Pero ¿no será un ataque de parálisis, espero?

—No se trata de su salud —repliqué—. Es que ha tenido grandes pérdidas; mejor dicho, que no le queda absolutamente nada.

—¡Me sor... pren... de usted, Copperfield! —exclamó míster Spenlow.

Moví la cabeza.

—Su situación ha cambiado de tal modo, que quería pedirle si no sería posible... sacrificando parte de la suma pagada para mi admisión aquí, claro (no había meditado aquel ofrecimiento generoso; pero lo improvisé al ver la expresión de espanto que se pintó en su fisonomía).— si no sería posible anular el contrato que hicimos.

Nadie se puede imaginar lo que me costó hacer aquella proposición. Era pedir como una gracia que me separaran de Dora.

—¿Anular nuestro contrato, Copperfield, anularlo?

Le expliqué con cierta firmeza que acudía a todos los expedientes porque no sabía cómo subsistir si no ganaba dinero; que no temía nada por el porvenir, y apoyé mucho en ello para hacerle ver que sería un yerno digno de atención, pero que por el momento me veía en la necesidad de trabajar.

—Siento mucho lo que me dice usted, Copperfield —respondió míster Spenlow—; lo siento muchísimo. No hay costumbre de anular un contrato por semejantes razones. No es modo de proceder en los negocios. Sería un mal precedente... ; sin embargo...

—Es usted muy bueno —murmuré, en espera de alguna concesión.

—Nada de eso; no se equivoque —continuó míster Spenlow—; iba a decirle que si tuviera las manos libres, si no tuviera un asociado, míster Jorkins...

Mis esperanzas se desvanecieron al momento; sin embargo, hice todavía un esfuerzo.

—¿Y cree usted que si me dirigiera a míster Jorkins...?

Míster Spenlow movió la cabeza con abatimiento.

—Dios me libre, Copperfield —dijo—, de ser injusto con nadie, y menos con míster Jorkins. Pero conozco a mi asociado, Copperfield. Míster Jorkins no es hombre que acoja bien una proposición tan insólita. Míster Jorkins sólo conoce las tradiciones recibidas, y no sale de ellas. ¡Usted le conoce!

Yo no le conocía. Nada más sabía que míster Jorkins había sido anteriormente director de todo y que ahora vivía solo en una casa muy cerca de Montagu-Square, que le hacía horriblemente falta revocar; que llegaba a la oficina muy tarde y se iba muy temprano; que nunca parecía que le consultaran sobre nada; que tenía un gabinete sombrío para él solo en el primer piso, en el que nunca se hacía ningún negocio, y que tenía sobre su pupitre una carpeta vieja de papel secante, amarilla por el tiempo, pero sin una



mancha de tinta, y que se decía que estaba allí desde hacía veinte años.

—¿Tendría usted inconveniente en que hablara del asunto a míster Jorkins? —le pregunté.

—Ninguno —dijo míster Spenlow—; pero tengo experiencia sobre el carácter de míster Jorkins, Copperfield. Querría que fuese de otra manera y me alegraría mucho poder hacer lo que usted desea. No tengo ningún inconveniente en que hable usted a míster Jorkins si cree que merece la pena.

Aprovechándome de su permiso, que acompañó de un apretón de manos, continué en mi rincón, pensado en Dora y mirando al sol, que abandonaba los tubos de las chimeneas para iluminar la pared de la casa de enfrente, hasta la llegada de míster Jorkins. Entonces subí a su gabinete, y en mi vida he visto un hombre más sorprendido de recibir una visita.

—Entre usted, míster Copperfield; pase usted.

Entré, me senté y le expuse mi situación poco más o menos como se la había expuesto a míster Spenlow. Míster Jorkins no era tan terrible como podía uno sospechar. Era un hombre grueso, de sesenta años, de expresión dulce y benévola, que tomaba tal cantidad de tabaco, que entre nosotros se decía que aquel estimulante era su principal alimento, puesto que después no le quedaba sitio en todo su cuerpo para ninguna otra cosa.

—¿Supongo que habrá usted hablado de ello a míster Spenlow? —dijo míster Jorkins después de haberme escuchado hasta el fin con algo de impaciencia.

—Sí, señor; es él quien me ha sugerido su nombre.

—¿Le ha dicho que yo pondría inconvenientes? —preguntó míster Jorkins.

Tuve que admitir que a míster Spenlow le parecía muy verosímil.

—Lo siento mucho, míster Copperfield —dijo míster Jorkins muy confuso—, pero no puedo hacer nada por usted. El caso es... Pero tengo una cita en el banco. Si usted me permite.

Y diciendo esto se levantó precipitadamente, e iba a abandonar la habitación, cuando me atreví a decirle que temía que no hubiera medio de arreglar el asunto.

—No —dijo míster Jorkins deteniéndose en la puerta para mover la cabeza—; hay inconvenientes, ¿sabe usted?

Continuó hablando muy deprisa. Después salió.

—Comprenda usted, míster Copperfield —dijo volviendo a entrar muy inquieto—, que si míster Spenlow ve inconvenientes...

—Personalmente no, señor.

—¡Oh, personalmente! —repitió míster Jorkins con impaciencia—. Le aseguro que tiene inconvenientes, míster Copperfield, insuperables. Lo que usted desea es imposible... Pero tengo una cita en el banco...

Y se escapó corriendo. Según he sabido después, pasó tres días sin reaparecer por su despacho.

Estaba decidido a mover tierra y cielo si era necesario. Esperé, por lo tanto, el regreso de míster Spenlow para contarle mi entrevista con su asociado, dándole a entender que tenía algunas esperanzas de que fuera posible dulcificar al inflexible Jorkins si se proponía hacerlo.

—Copperfield —me contestó míster Spenlow con una sonrisa sagaz—, usted no conoce a mi asociado míster Jorkins desde hace tanto tiempo como yo. Nada más lejos de mi espíritu que suponer a Jorkins capaz de hipocresía; pero Jorkins tiene una manera de presentar sus objeciones que muy a menudo engaña a las gentes. No, Copperfield; créame —dijo moviendo la cabeza—; no hay manera de conmover a míster Jorkins.

Yo empezaba a no saber demasiado cuál de los dos, si míster Spenlow o míster Jorkins, era realmente el asociado de quien provenían los inconvenientes; pero veía con claridad que en uno o en otro había una fuerza invencible y que no había que contar, ni mucho menos, con el reembolso de las mil libras de mi tía. Dejé las oficinas en un estado de depresión que no recuerdo sin remordimientos, pues sé que era el egoísmo (el egoísmo de los dos, Dora) el que lo formaba, y me volví a casa.

Trataba de familiarizar mi espíritu con lo peor que pudiera suceder e intentaba imaginar las determinaciones que tendríamos que tomar si el porvenir se nos presentaba bajo los colores más sombríos, cuando un coche que me seguía se detuvo a mi lado, haciéndome levantar los ojos. Por la portezuela me tendían una mano blanca, y vi la sonrisa del rostro que nunca había visto sin experimentar un sentimiento de reposo y de felicidad desde el día que lo había contemplado en la antigua escalera de madera y que había asociado en mi espíritu su belleza serena con el suave colorido de la vidriera de la iglesia.

—¡Agnes! —exclamé con alegría—. ¡Oh mi querida Agnes, qué alegría verte a ti mejor que a ninguna otra criatura humana!

—¿De verdad? —dijo en tono cordial.

—¡Tengo tanta necesidad de hablar contigo! —le dije—. El corazón se me tranquiliza sólo con mirarte. Si hubiera tenido una varita mágica, tú eres la persona que hubiera deseado ver.

—Vamos —dijo Agnes.

—¡Ah! Dora quizá primero —confesé enrojeciendo.

—Ya lo creo que Dora primero —dijo Agnes riendo.

—Pero tú la segunda —le dije—. ¿Dónde ibas?

Iba a mi casa para ver a mi tía, y se alegró mucho de salir del coche, que olía a cuadra; demasiada cuenta me di, pues había metido la cabeza por la portezuela todo el tiempo mientras charlaba.

Despedimos al cochero, se agarró de mi brazo y echamos a andar juntos. Ella era la personificación de la Esperanza; ya no me sentía el mismo con Agnes a mi lado.

Mi tía le había escrito una de esas extrañas y cómicas cartitas que no eran mucho más grandes que un billete de banco. Rara vez llevaba más lejos su verbo epistolar. Era para anunciarle que había tenido pérdidas a consecuencia de las cuales dejaba definitivamente Dover; pero que ya había tomado una decisión y que estaba demasiado bien para que nadie se preocupara por ella, y Agnes había venido a Londres para ver a mi tía, que la quería y a quien quería mucho desde hacía años, es decir, desde el momento en que yo me establecí en casa de míster Wickfield. No estaba sola, según me dijo. Había venido con su padre y con Uriah Heep.

—¿Son ya asociados? —pregunté—. ¡Que el Cielo le confunda!

—Sí —dijo Agnes—; tenían algunos negocios aquí, y he aprovechado la ocasión para venir yo también a Londres. No hay que creer que sea por mi parte una visita completamente desinteresada y amistosa, Trotwood, pues... temo tener prejuicios injustos... ; pero no me gusta dejar a papá solo con él.

—¿Sigue ejerciendo la misma influencia sobre míster Wickfield, Agnes?

Agnes movió tristemente la cabeza.

—Ha cambiado todo tanto en nuestra casa, que ya no reconocerías nuestra querida y vieja morada.

Ahora viven con nosotros.

—¿Quién? —pregunté.

—Uriah y su madre. Él ocupa tu antigua habitación —dijo Agnes mirándome a la cara.

—¡Lástima no estar encargado de proporcionarle los sueños! ¡No seguiría durmiendo allí mucho tiempo!

—Yo continúo en mi antigua habitacioncita —dijo Agnes—;aquella en que

aprendía mis lecciones.

¡Cómo pasa el tiempo! ¿Te acuerdas? La habitación pequeña que daba al salón.

—¿Que si me acuerdo, Agnes? Es en la que te vi por primera vez; estabas de pie en aquella puerta, con la cestita de las llaves colgada.

—Precisamente —dijo Agnes sonriendo—. Me gusta que lo recuerdes tan bien. ¡Qué felices éramos entonces! Sí; he conservado aquella habitación para mí; pero no siempre puedo librarme de mistress Heep, ¿sabes?, pues a veces tengo que hacerle compañía, cuando me gustaría más estar sola. Pero es la única queja que tengo contra ella. Algunas veces me cansa con tanto elogiar a su hijo. ¿Pero qué hay más natural en una madre? Es muy buen hijo.

Miraba a Agnes mientras que me hablaba así, sin descubrir en su rostro la menor sospecha de las intenciones de Uriah. Sus hermosos ojos, tan dulces y tan seguros al mismo tiempo, sostenían mi mirada con su franqueza de costumbre y sin la menor alteración en el rostro.

—El mayor inconveniente de su presencia en casa —dijo Agnes— es que no puedo estar con papá todo el tiempo que quisiera, pues Uriah está constantemente entre nosotros. No puedo velar por él, si es que no es una expresión demasiado atrevida, tan de cerca como me gustaría. Pero si emplean con él la mentira o la traición, espero que mi cariño termine por triunfar. Espero que el verdadero afecto de una hija vigilante y abnegada sea más fuerte que todos los peligros del mundo.

Aquella sonrisa luminosa, que no he visto nunca en ningún otro rostro, desapareció en el momento en que yo admiraba su dulzura y en que recordaba la felicidad que antes tenía viéndolo, y me preguntó con un cambio marcado en la fisonomía, mientras nos acercábamos a la calle en que estaba mi casa, si yo sabía cómo había perdido su fortuna mi tía. Ante mi respuesta negativa, Agnes se quedó pensativa, y me pareció sentir temblar el brazo que se apoyaba en el mío.

Encontramos a mi tía sola y un poco inquieta. Había surgido entre ella y mistress Crupp una discusión sobre una cuestión abstracta (la conveniencia de residir el bello sexo en unas habitaciones de soltero), y mi tía, sin preocuparse de los espasmos de mistress Crupp, había cortado la discusión declarando a aquella señora que olía a coñac, que me robaba y que se marchara al momento. Mistress Crupp, considerando aquellas dos expresiones como injuriosas, había anunciado su intención de apelar al jurado inglés, refiriéndose, a lo que colegí, a nuestras libertades nacionales.

Sin embargo, mi tía había tenido tiempo de reponerse mientras Peggotty había salido para enseñarle a míster Dick los guardias a caballo. Además,

encantada de ver a Agnes, no pensaba ya en su disputa no siendo para envanecerse de la manera como había salido de ella. Así es que nos recibió de muy buen humor. Cuando Agnes hubo dejado su sombrero encima de la mesa y se sentó a su lado, no pude por menos que pensar, viendo su frente radiante y sus ojos serenos, que aquel parecía el lugar donde debía siempre estar; que mi tía tenía en ella, a pesar de su juventud e inexperiencia, una confianza absoluta.

¡Ah! ¡Tenía mucha razón en contar con su fuerza, con su afecto sencillo, con su abnegación y fidelidad!

Nos pusimos a hablar de los negocios de mi tía, a la cual conté lo que había intentado inútilmente aquella mañana.

—No era juicioso, Trot; pero la intención era buena. Eres un buen chico, generoso; pero más bien creo que debía decir un hombre, y estoy orgullosa de ti, amigo mío. No hay nada que decir hasta ahora.

Ahora, Trot y Agnes, miremos de frente la situación de Betsey Trotwood y veamos en qué está.

Via Agnes palidecer mirando atentamente a mi tía, y mi tía no miraba menos atentamente a Agnes mientras acariciaba a su gato.

—Betsey Trotwood —dijo mi tía—, que nunca había dado cuentas a nadie de sus asuntos de dinero (no hablo de tu hermana, Trot, sino de mí), tenía una fortunita. Poco importa saber lo que tenía; pero era bastante para vivir; quizá algo más, pues había ahorrado para aumentar el capital. Betsey tuvo su dinero en papel del Estado durante cierto tiempo; pero después, aconsejada por su apoderado, lo colocó en el Banco Hipotecario. Aquello iba muy bien y daba una renta considerable. ¿No os parece que cuando hablo de Betsey estoy contando la historia de un barco de guerra? Como aquello terminó y devolvieron su dinero a Betsey, se vio obligada a pensar de nuevo en qué lo colocaba, y creyéndose más hábil que su hombre de negocios, que no estaba tan listo como antes (me refiero a tu padre, Agnes), se le metió en la cabeza administrarse sola su fortuna. Llevó, como suele decirse, sus cerdos al mercado; pero no fue buena vendedora. En primer lugar, perdió en las minas; después, en las empresas particulares en que se trataba de ir a buscar en el mar los tesoros perdidos, o alguna otra locura del mismo género —continuó, a manera de explicación y frotándose la nariz—; después volvió a perder en las minas y, por fin, lo perdió todo en un banco. Yo no sé lo que valían las acciones de aquel banco durante cierto tiempo —dijo mi tía —; creo que el cien por cien; pero el banco estaba en el otro extremo del mundo, y se ha desvanecido en el espacio según creo. En todo caso, ha quebrado, y no pagará nunca ni medio penique. Ahora bien: como todos los medios peniques de Betsey estaban allí, se han terminado. Lo mejor que se puede hacer es no

volver a hablar de ello.

Mi tía terminó aquel relato sumario y filosófico mirando con cierto aire de triunfo a Agnes, que poco a poco recobraba su color natural.

—¿Es esa toda la historia, querida miss Trotwood? —preguntó Agnes.

—Me parece que es suficiente, hija mía —dijo mi tía—. Si tuviera más dinero que perder, quizá no fuera todo, pues Betsey hubiera encontrado el medio de enviarlo a reunirse con el otro, y de dar un nuevo capítulo a la historia, no lo dudo; pero como no había más dinero, aquí termina.

Agnes había escuchado al principio sin respirar. Palidecía y se ruborizaba todavía; pero se había librado de un gran peso. Yo sospechaba por qué. Sin duda había tenido miedo de que su desgraciado padre tuviera algo que ver en aquel cambio de fortuna. Mi tía cogió entre sus manos las suyas y se echó a reír.

—¿Que si es todo? —repitió mi tía—. ¡Claro que sí! Al menos que no añada, como al fin de un cuento: «Y desde entonces vivió siempre dichosa». Quizá puedan decir eso de Betsey uno de estos días.

Ahora, Agnes, dime tú que tienes buena cabeza; tú también, desde algunos puntos de vista, Trot, aunque no siempre se te pueda hacer ese elogio.

Y mi tía, sacudiendo la cabeza con su energía habitual, prosiguió:

—¿Qué haremos? Mi casa viene a dar unas setenta libras al año, y con eso creo que podemos contar de una manera positiva. Pero es todo lo que poseemos —dijo mi tía, que era (con perdón) como ciertos caballos que se detienen bruscamente en el momento en que parece que iban a salir al galope.

—Además —dijo después de un momento de silencio— está Dick, que tiene mil libras al año; pero hay que decir que eso hay que reservarlo para sus gastos personales. Preferiría no conservarlo a mi lado, a pesar de que sé que soy la única persona que le aprecia, antes que conservarlo de no ser con la condición de gastar su dinero en él únicamente hasta el último céntimo. ¿Qué podemos hacer Trot y yo para salir del apuro con nuestros recursos? ¿Qué te parece, Agnes?

—Me parece, tía —dije adelantándome a la respuesta de Agnes—, que debo hacer algo.

—Alistarte como soldado, ¿no es así?, o entrar en la marina —contestó mi tía alarmada—. No quiero oír hablar de ello. Has de ser procurador; no quiero cabezas rotas en la familia, caballero.

Iba a explicarle que tampoco yo tenía interés en introducir en la familia aquel procedimiento simplificado de salir del apuro, cuando Agnes me

preguntó si tenía alquilada la casa por mucho tiempo.

—Tocas en la llaga, querida —dijo mi tía—; tenemos esta casa encima para seis meses, a menos de poderla subarrendar, lo que no creo. El último huésped murió aquí, y creo que de cada seis se morirían cinco, aunque sólo fuera de vivir bajo el mismo techo que esa mujer vestida de nanquín con su falda de franela. Tengo algo de dinero contante, y creo, con vosotros, que lo mejor que podemos hacer es terminar aquí el plazo, alquilando cerca una alcoba para Dick.

Me pareció un deber decir algo sobre las molestias que tendría que soportar mi tía viviendo en un estado constante de guerra y emboscadas con mistress Crupp; pero respondió a aquella objeción de una manera perentoria declarando que a la primera señal de hostilidades estaba dispuesta a asustar de tal modo a mistress Crupp, que le iba a durar el temblor hasta el fin de su vida.

—Pensaba, Trot —dijo Agnes, dudando—, que si tuvieras tiempo...

—Tengo mucho tiempo, Agnes; desde las cuatro o las cinco estoy siempre libre, y por la mañana temprano también. De una manera o de otra —dije, dándome cuenta de que me ruborizaba al recordar las horas que había paseado de un lado para otro por la ciudad y en la carretera de Norwood—, tengo más tiempo del que me hace falta.

—Pienso que si no te gustaría —dijo Agnes acercándose a mí y hablándome en voz baja y con un acento tan dulce y tan consolador que todavía me parece oírla—, si no te gustaría un empleo de secretario.

—¿Por qué no me había de gustar, mi querida Agnes?

—Es que el doctor Strong —repuso Agnes por fin— ha puesto por obra su proyecto de retirarse y ha venido a establecerse a Londres, y sé que le ha dicho a papá si no podría proporcionarle un secretario.

¿No te parece que más le gustará tener a su lado a su antiguo discípulo mejor que a otro cualquiera?

—Querida Agnes —exclamé—, ¿qué sería de mí sin ti? Eres siempre mi ángel bueno; ya te lo he dicho: siempre pienso en ti como en mi ángel bueno.

Agnes me respondió alegremente que con un ángel bueno (se refería a Dora) tenía bastante, y que no hacían falta más; me recordó que el doctor tenía costumbre de trabajar muy temprano por la mañana y por la noche, y que probablemente las horas de que yo podía disponer le convendrían maravillosamente.

Si me consideraba dichoso al pensar que iba a ganarme la vida, no lo estaba menos ante la idea de que trabajaría con mi antiguo maestro; y siguiendo al momento el consejo de Agnes me senté para escribir al doctor

una carta en la que le expresaba mi deseo, pidiéndole permiso para presentarme en su casa al día siguiente a las diez de la mañana. Dirigí mi epístola a Highgate, pues vivía en aquellos lugares tan llenos de recuerdos para mí, y yo mismo fui a echarla al correo sin perder ni un minuto.

Por todas partes donde pasaba Agnes dejaba tras de sí alguna huella preciosa del bien que hacía sin ruido al pasar. Cuando volví, la jaula de los pájaros de mi tía estaba suspendida exactamente, como si llevara allí mucho tiempo, en la ventana del gabinete; mi sillón puesto, como el infinitamente mejor de mi tía, al lado de la ventana abierta, y el biombo verde que había traído consigo estaba ya colocado delante de la ventana. No tenía necesidad de preguntar quién había hecho todo aquello. Sólo con ver que las cosas parecían haberse hecho solas se adivinaba que Agnes se había tomado aquel cuidado. ¿A qué otra se le hubiera ocurrido coger mis libros, en desorden por encima de la mesa, y disponerlos en el orden que yo los tenía antes en el tiempo de mis estudios? Aunque hubiera creído que Agnes estaba a cien leguas la hubiera reconocido enseguida; no necesitaba verla poniéndolo todo en su sitio y sonriendo del desorden que había en mi casa.

Mi tía puso toda su buena voluntad en hablar bien del Támesis, que verdaderamente hacía un efecto hermoso a la luz del sol, aunque no pudiera compararse con el mar que veía en Dover; pero conservaba un odio inexorable al humo de Londres, que lo empolvaba todo, decía. Felizmente, esto cambió por completo gracias al cuidado minucioso con que Peggotty hacía la guerra a aquel hollín maldito en todos los rincones. Únicamente no podía por menos de pensar, mirándola, que Peggotty misma hacía mucho ruido y poco trabajo en comparación con Agnes, que hacía tantas cosas sin el menor aparato. Pensaba en ello cuando llamaron a la puerta.

—Debe de ser papá —dijo Agnes poniéndose pálida—, me ha prometido venir.

Abrí la puerta y vi entrar no solamente a míster Wickfield, sino también a Uriah Heep. Hacía ya algún tiempo que no había visto a míster Wickfield, y esperaba encontrarle muy cambiado, por lo que Agnes me había dicho; sin embargo, quedé dolorosamente sorprendido al verle.

No era tanto porque había envejecido mucho, aunque siempre iba vestido con la misma pulcritud escrupulosa; tampoco era por el cutis arrebatado, que daba idea de no muy buena salud, ni tampoco porque sus manos se agitaban con un movimiento nervioso. Yo sabía la causa mejor que nadie, por haberla visto obrar durante muchos años; no era que hubiera perdido la elegancia de sus modales ni la belleza de sus rasgos, siempre igual; lo que sobre todo me chocaba es que con todos aquellos testimonios evidentes de distinción natural pudiera sufrir la dominación desvergonzada de aquella personificación de la



bajeza: de Uriah Heep. El cambio en sus relaciones respectivas, de dominación por parte de Uriah y dependencia por la de Wickfield, era el espectáculo más penoso que se pueda imaginar. Si hubiera visto a un mono conduciendo a un hombre atado a lazo no me habría sentido más humillado por el hombre.

Además, él era completamente consciente de ello. Cuando entró se detuvo con la cabeza baja, como si se diera cuenta. Fue cosa de un momento, pues Agnes le dijo con dulzura: «Papá, aquí tienes a miss Trotwood y a Trotwood, que no has visto hace tanto tiempo»; y entonces se acercó, alargó la mano a mi tía con confusión y estrechó las mías más cordialmente. Durante aquel momento de turbación vi una sonrisa maligna en los labios de Uriah. Agnes creo que también la vio, pues hizo un movimiento para apartarse de él.

En cuanto a mi tía, ¿le vio o no le vio? Hubiera desafiado a todas las ciencias de los fisonomistas para que lo adivinaran sin su permiso. No creo que haya habido nunca otra persona dotada de un rostro más impenetrable que ella cuando quería. Su cara no expresaba más de lo que lo hubiera hecho una pared sus pensamientos, secretos hasta el momento en que rompió el silencio con el tono brusco que le era habitual.

—Y bien, Wickfield —dijo mi tía (él la miró por primera vez)—. He estado contándole a su hija lo bien que he utilizado mi dinero, porque no podía ya confiárselo a usted desde que no está tan listo en los negocios. Hemos consultado con ella, y, bien considerado, saldremos del aprieto. Agnes sola vale por los dos asociados, a mi parecer.

—Si se me permite hacer una humilde observación —dijo Uriah Heep retorciéndose—, estoy completamente de acuerdo con miss Betsey Trotwood y me consideraría feliz teniendo también a miss Agnes por asociada.

—Conténtese usted con ser el asociado —repuso mi tía—; me parece que eso debe bastarle. ¿Cómo está usted, caballero?

En respuesta a aquella pregunta, que le fue dirigida en el tono más seco, míster Heep, sacudiendo incómodo la carpeta que llevaba, replicó que estaba bien, y dio las gracias a mi tía, diciéndole que esperaba que ella también se encontrara bien.

—Y usted... , debo decir, míster Copperfield —continuó Uriah—, espero que esté bien. Me alegro mucho de verle, míster Copperfield, hasta en las circunstancias actuales (y, en efecto, las circunstancias actuales parecían ser bastante de su gusto). No son todo lo que sus amigos podrían desear para usted, míster Copperfield; pero no es el dinero el que hace al hombre; es... yo, verdaderamente, no estoy en condiciones de explicarlo con mis pobres medios —dijo Uriah haciendo un gesto de oficiosidad—; pero no es el dinero...

Y me estrechó la mano, no como de costumbre, sino permaneciendo a cierta distancia, como si tuviera miedo, y levantando y bajando mi mano como una bomba.

—¿Y qué dice usted de nuestra salud, Copperfield?... ¡Perdón!, míster Copperfield —repuso Uriah—. ¿No le encuentra usted buena cara a míster Wickfield? Los años pasan inadvertidos en casa, míster Copperfield; si no fuera porque elevan a los humildes, es decir, a mi madre y a mí, y que aumentan la belleza y las gracias de un modo especialísimo en miss Agnes.

Después de aquel cumplido se retorció de un modo tan intolerable, que mi tía, que le estaba mirando, perdió la paciencia.

—¡Que el diablo le lleve! —dijo bruscamente, ¿Qué le pasa? ¡Nada de movimientos nerviosos, caballero!

—Usted me dispense, miss Trotwood; ya sé que es usted muy nerviosa.

—Déjenos en paz —dijo mi tía, a quien no había apaciguado aquella impertinencia—; le ruego que se calle. Ha de saber usted que no soy nada nerviosa. Si es usted una anguila, pase; pero si es usted un hombre, contenga un poco sus movimientos, caballero. ¡Vive Dios —continuó en un arranque de indignación—, no tengo ganas de marearme viéndole retorcerse como una culebra o como un sacacorchos!

Míster Heep, como puede suponerse, estaba algo confuso con aquella explosión, que fue reforzada por la expresión indignada con que mi tía retiró su silla, sacudiendo la cabeza como si fuera a lanzarse sobre él para morderle. Pero me dijo aparte con voz dulce:

—Ya sé, míster Copperfield, que miss Trotwood, con todas sus excelentes cualidades, es muy viva de genio. He tenido el gusto de conocerla antes que usted, en los tiempos en que era todavía un pobre escribiente, y es natural que las actuales circunstancias no la hayan dulcificado. Me sorprende, por el contrario, que no sea peor. Había venido aquí para decirle que si le podíamos servir en algo mi madre y yo, o Wickfield y Heep, estaríamos encantados. ¿No me excedo? —preguntó con una sonrisa horrible a su asociado.

—Uriah Heep —dijo míster Wickfield con voz forzada y monótona— es muy activo en los negocios, Trotwood. Y lo que dice lo apruebo plenamente. Ya sabes que me intereso por ti desde hace mucho tiempo; pero, aparte de esto, lo que dice lo apruebo plenamente.

—¡Oh, qué recompensa! —dijo Uriah levantando una de sus piernas, exponiéndose a atraerse una nueva brusquedad de mi tía—. ¡Qué feliz me hace esa confianza absoluta! Pero es verdad que espero conseguir librarle bastante del peso de los negocios, míster Copperfield.

—Uriah Heep es un gran descanso para mí —dijo míster Wickfield con la misma voz sorda y triste— y me libra de un gran peso, Trotwood, al tenerle de socio.

Estaba convencido de que era aquel horrible zorro rojo el que le hacía decir todo aquello, para justificar lo que me había dicho la noche en que había envenenado mi tranquilidad. Al mismo tiempo vi la sonrisa falsa y siniestra sobre sus rasgos mientras que me miraba fijamente.

—¿No nos dejarás, papá? —dijo Agnes en tono suplicante—. ¿No quieres volver a pie con Trotwood y conmigo?

Creo que hubiera mirado a Uriah antes de responder si aquel digno personaje no se hubiera anticipado.

—Tengo una cita de negocios —dijo Uriah—, y lo siento, porque me hubiera gustado permanecer con ustedes. Pero les dejo mi asociado para representar a la casa. Miss Agnes, ¡su humilde servidor! Le deseo buenas noches, míster Copperfield, y presento mis humildes respetos a miss Betsey Trotwood.

Al decir esto nos dejó, enviándonos besos con su gran mano de esqueleto y con una sonrisa de sátiro.

Todavía continuamos una hora o dos charlando de los buenos tiempos de Canterbury. Míster Wickfield, solo con Agnes, recobró pronto su alegría, aunque siempre presa de un abatimiento del que no podía librarse. Terminó, sin embargo, por animarse, y le gustaba oírnos recordar los pequeños sucesos de nuestra vida pasada, de los que se acordaba muy bien. Nos dijo que todavía le parecía estar en aquellos tiempos al volver a encontrarse solo con Agnes y conmigo, y que le gustaría que nada hubiera cambiado. Estoy seguro de que viendo el rostro sereno de su hija y sintiendo la mano que apoyaba en su brazo sentía un bienestar infinito.

Mi tía, que había estado casi todo el tiempo ocupada con Peggotty en la habitación de al lado, no quiso acompañarnos al hotel; pero insistió en que los acompañara yo, y obedecí. Comimos juntos.

Después de comer, Agnes se sentó a su lado, como siempre, y le sirvió el vino. Tomó lo que le dio y nada más, como un niño; y nos quedamos los tres sentados al lado de la ventana mientras fue de día.

Cuando llegó la noche él se echó en un diván; Agnes arregló los almohadones y permaneció inclinada sobre él un momento. Cuando volvió al lado de la ventana, la oscuridad no era todavía suficiente para que no viese yo brillar lágrimas en sus ojos.

Pido al cielo no olvidar jamás el amor constante y fiel de mi querida Agnes

en aquella época de mi vida, pues si lo olvidase sería señal de que estaba cerca de mi fin, y es el momento en que más querría acordarme de ella. Llenó mi corazón de tan buenas resoluciones, me fortificó tanto en mi debilidad y supo dirigir tan bien con su ejemplo, no sé cómo, pues era demasiado dulce y demasiado modesta para darme muchos consejos, el ardor sin objeto de mis vagos proyectos, que si hice algo bien y si no he hecho algo mal, en conciencia creo que se lo debo a ella.

Y ¡cómo me habló de Dora mientras estuvimos sentados al lado de la ventana en la oscuridad! ¡Cómo escuchó mis elogios, añadiendo a ellos los suyos! ¡Cómo lanzó sobre la pequeña hada que me había embrujado los rayos de su luz pura, que la hacía parecer todavía más inocente y más preciosa a mis ojos!

Agnes, hermana de mi adolescencia, ¡si hubiera sabido entonces lo que supe después!

Cuando bajé había un mendigo en la calle, y en el momento en que me volvía hacia la ventana pensando en la mirada serena y pura de mi amiga, en sus ojos angelicales, me hizo estremecer, murmurando como un eco de la mañana:

«¡Ciego!, ¡ciego!, ¡ciego!».

## **Capítulo 16**

### **Entusiasmo**

El día siguiente lo empecé yendo de nuevo a sumergirme en los baños romanos; después tomé el camino de Highgate. Había salido de mi depresión; ya no me asustaban los trajes raídos ni suspiraba por los bonitos caballos grises. Toda mi manera de ver nuestra desgracia había cambiado. Lo que tenía que hacer era probar a mi tía que sus bondades pasadas no habían sido prodigadas a un ser ingrato e insensible. Lo que tenía que hacer era aprovechar ahora el penoso aprendizaje de mi infancia y ponerme al trabajo con valor y voluntad. Lo que tenía que hacer era tomar resueltamente el hacha del leñador en la mano para abrirme un camino a través del bosque de las dificultades en que me encontraba perdido, derribando ante mí los árboles encantados que me separaban todavía de Dora; andaba a grandes pasos, como si fuera un medio de llegar antes a mi objetivo.

Cuando me vi en el camino de Highgate, tan familiar, y que hoy recorría con pensamientos tan diferentes de mis antiguas ideas de diversión, me pareció que un cambio completo se había operado en mi vida; pero no me

desanimaba. Nuevas esperanzas, un fin nuevo me habían aparecido al mismo tiempo que aquella vida nueva. El trabajo era grande; pero la recompensa no tenía precio. Dora era la recompensa, y había que conquistar a Dora.

Era tal mi entusiasmo, que sentía que el traje no estuviera ya un poco raído; se me hacía largo el tiempo para empezar a derribar los árboles en el bosque de las dificultades, y deseaba que fuera con esfuerzo para probar mis fuerzas. Me dieron ganas de pedirle a un viejecillo que picaba piedra en el camino que me prestara un momento su martillo y me permitiera empezar así a abrirme un camino en el granito para llegar hasta Dora. Me movía tanto, estaba tan sin aliento y tenía tanto calor, que me parecía que había ganado ya no sé cuánto dinero. En aquel estado entré en una casita desalquilada y la examiné escrupulosamente, sintiendo que era necesario hacerme hombre práctico. Era precisamente lo que nos hacía falta a Dora y a mí. Tenía un jardincito delante para que Jip pudiera correr a su gusto y ladrar a los que pasasen, a través de la empalizada, y una habitación arriba para mi tía.

Salí de allí con más calor que nunca y reanudé a un paso tan precipitado el camino hacia Highgate, que llegué con una hora de anticipación; además, aunque no hubiera ido tan pronto me hubiera visto obligado a pasearme un rato para tranquilizarme antes de estar algo presentable. Mi primer objetivo cuando me serené un poco fue buscar la casa del doctor. Estaba completamente al otro extremo del pueblo en donde vivía mistress Steerforth. Cuando estuve seguro de ello volví, por una atracción irresistible, hacia una callejuela que pasaba por el lado de la casa de mistress Steerforth y la estuve mirando por encima de la tapia del jardín. Las ventanas de la habitación de Steerforth estaban cerradas; las puertas de la terraza estaban abiertas, y Rose Dartle, con la cabeza desnuda, paseaba de arriba abajo con paso brusco y precipitado por un paseo de grava a lo largo del prado. Me pareció una fiera que repite el mismo camino hasta el final de la cadena que arrastra royéndose el corazón.

Abandoné despacio mi puesto de observación, sintiendo haberme acercado, y después me paseé hasta las diez lejos de allí. La iglesia, coronada de un campanario esbelto, que ahora se ve en la cumbre de la colina, no estaba allí en aquella época para indicarme la hora. En la plaza había una casa antigua de ladrillo rojo, que servía de escuela. Verdaderamente una casa hermosa. ¡Debía dar gusto ir a aquella escuela!

Al acercarme a la morada del doctor, un bonito hotel algo antiguo y donde debía de haber gastado mucho dinero, a juzgar por las reparaciones y mejoras, que parecían todavía recientes, le vi paseándose en el jardín con sus polainas, como siempre, y parecía que no hubiera dejado nunca de pasearse desde los tiempos en que yo era su alumno. También estaba rodeado de sus antiguos compañeros, pues no faltaban a su alrededor grandes árboles, y vi en el césped

dos o tres cuervos que le miraban como si hubieran recibido carta de sus camaradas de Canterbury hablándole de él y le vigilasen de cerca con aquel motivo.

Sabía que sería trabajo perdido tratar de atraer su atención a aquella distancia, y me tomé la libertad de abrir la empalizada y salir a su encuentro para aparecer frente a él en el momento en que diera la vuelta. En efecto, cuando se volvió y se acercó a mí me miró con aire pensativo durante un momento, evidentemente sin verme; después su fisonomía benévola expresó la mayor satisfacción y me agarró las dos manos.

—¡Cómo, mi querido Copperfield; pero si está usted hecho un hombre! ¿Está usted bien? Estoy encantado de verle. Pero ¡cómo ha ganado, mi querido Copperfield! ¿Verdaderamente... es posible?

Le pregunté por él y por mistress Strong.

—Muy bien —dijo el doctor—. Annie está muy bien. Y le encantará verle. Siempre fue usted su favorito. Todavía ayer por la noche me decía, cuando le enseñé su carta. Y... sí, ciertamente... , ¿usted se acordará de Jack Maldon, Copperfield?

—Perfectamente.

—Ya me lo figuraba —dijo el doctor—, que no le habría olvidado; también está bien.

—¿Ha vuelto? —pregunté.

—¿De las Indias? —dijo el doctor—. Sí. Jack Maldon no ha podido soportar el clima, amigo mío.

Mistress Marklenham. ¿Se acuerda usted de mistress Marklenham?

—Sí; recuerdo muy bien al Veterano como si fuera ayer.

—Pues bien, mistress Marklenham estaba muy preocupada por él, la pobre, y le hicimos volver, y le hemos comprado un destino, que le conviene mucho más.

Conocía lo bastante a Jack Maldon para sospechar que estaría en un sitio donde no tendría mucho trabajo y le pagarían bien.

El doctor continuó, siempre con la mano apoyada en mi hombro y mirándome con expresión animadora:

—Ahora, mi querido Copperfield, hablemos de su proposición. Me ha gustado mucho y me conviene por completo; pero ¿cree que no encontrará nada mejor que hacer? Tuvo usted muchos éxitos en la escuela, y tiene facultades que pueden llevarle lejos. Los cimientos son buenos y se puede

levantar cualquier edificio. ¿No sería una pena consagrar lo mejor de su vida a una ocupación como la que yo puedo ofrecerle?

Con mucho afán insistí al doctor, y con muchas flores retóricas, me temo, para que aceptase mi demanda, recordándole que además tenía mi profesión.

—Sí, sí —dijo el doctor—; es verdad. Siendo así es muy distinto, puesto que tiene usted una carrera y estudia para salir adelante; pero, amigo mío, ¿qué son setenta libras al año?

—Pues otro tanto de lo que tenemos, doctor Strong.

—¿De verdad? —dijo el doctor—. ¡Quién lo hubiera creído! No es que quiera decir que el sueldo será estrictamente las setenta libras, pues siempre he tenido la intención de hacer además un regalo al amigo que ocupara este puesto. Ciertamente —dijo el doctor continuando su paseo de arriba abajo, con la mano en mi hombro—, siempre he contado con un regalo anual.

—Mi querido maestro —le dije sencillamente y sin frases aquella vez—, nunca se lo podré agradecer bastante.

—No, no —dijo el doctor—, perdón.

—Si quiere usted aceptar mis servicios durante el tiempo que tengo libre, es decir, por la mañana y por la noche, y si cree usted que eso vale setenta libras al año, no sabe el favor que me hace.

—¿De verdad —dijo el doctor con ingenuidad—, tan poca cosa le puede causar tanta alegría? Pero tiene usted que prometerme que el día que encuentre usted otra cosa mejor la aceptará, ¿no es así? ¿Me da usted su palabra? —dijo el doctor en el tono en que en la escuela apelaba a nuestro honor cuando éramos muchachos.

—Le doy mi palabra —le respondí también como hacíamos en clase.

—En ese caso, asunto concluido —dijo el doctor dándome un golpe en la espalda y apoyándose de nuevo mientras paseaba.

—Y todavía estaré más contento —le dije tratando de halagarle inocentemente— porque espero... ocuparme del diccionario.

El doctor se detuvo, me dio otro golpe en el hombro, sonriendo, y exclamó triunfante (daba gusto verle), como si yo fuera un pozo de sagacidad humana:

—Lo ha adivinado usted, amigo mío. Se trata del diccionario.

¿Cómo hubiera podido tratarse de otra cosa? Sus bolsillos estaban llenos de ellos, igual que su cabeza. El diccionario le salía por todos los poros. Me dijo después que había renunciado al colegio porque su trabajo avanzaba de una manera muy rápida, y las horas que más le convenían eran las que yo le

proponía, teniendo en cuenta que tenía la costumbre de pasearse hacia el mediodía para meditar a su gusto. Por el momento sus papeles estaban en desorden, gracias a míster Jack Maldon, que le había ofrecido últimamente sus servicios como secretario y que no tenía costumbre de aquel trabajo; pero pronto pondríamos todo en orden y seguiríamos adelante. Más tarde, cuando nos pusimos manos a la obra, encontré que el desbarajuste de míster Jack era más difícil de arreglar de lo que suponía, pues no se había limitado a numerosas equivocaciones; además había dibujado tantos soldados y cabezas de mujeres sobre los manuscritos del doctor, que a veces me encontraba en un laberinto de oscuridad.

El doctor estaba encantado con la perspectiva de tenerme de colaborador en su famosa obra, y fue convenido que empezáramos al día siguiente a las siete de la mañana. Debíamos trabajar dos horas todas las mañanas y dos o tres horas por las noches, excepto el sábado, que tendría libre. Naturalmente, también descansaba el domingo; por lo tanto, las condiciones no me parecieron muy duras.

Después de arreglar así las cosas a nuestra mutua satisfacción, el doctor me llevó a la casa para presentarme a mistress Strong, a quien encontramos en el despacho de su marido limpiando el polvo de los libros (libertad que no permitía a nadie más que a ella con sus preciosos favoritos).

Habían retrasado el desayuno por mí, y nos pusimos todos a la mesa. Acabábamos de sentarnos cuando adiviné por el rostro de mistress Strong que llegaba alguien, aun antes de que se hubiera oído el menor ruido que anunciara una visita. Un señor a caballo llegó a la verja, hizo entrar a su caballo de la brida en el patio, como si estuviera en su casa; le ató a una anilla y entró en el comedor con la fusta en la mano. Era míster Jack Maldon, y encontré que no había ganado nada en su viaje a las Indias. Es verdad que estaba muy intransigente contra todos los jóvenes que no derribaban los árboles en el bosque de las dificultades, y hay que tenerlo en cuenta en aquellas impresiones poco benévolas.

—Míster Jack —dijo el doctor—, le presentó a Copperfield.

Míster Jack Maldon me estrechó la mano un poco fríamente, según me pareció, y con un aire de protección lánguida que me chocó bastante. En realidad su aire de languidez era curioso de ver en todo momento, excepto, sin embargo, cuando se dirigía a su prima Annie.

—¿Ha desayunado usted, míster Jack? —preguntó el doctor.

—No desayuno casi nunca —replicó apoyando la cabeza en el respaldo del sillón—. Me aburre.

—¿Hay alguna noticia hoy? —preguntó el doctor.



—Nada —repuso Maldon—. Algunas historias de gentes que se mueren de hambre en Escocia y están descontentos. Pero siempre hay personas que se mueren de hambre y no están contentas.

El doctor le dijo con gravedad, para cambiar la conversación:

—¿Entonces no hay ninguna noticia? Pues bien. No hacer noticias es haberlas buenas, como se dice.

—En los periódicos hay una historia muy larga a propósito de un crimen; pero todos los días hay asesinatos; no lo he leído.

En aquel tiempo todavía no se miraba la indiferencia afectada por todo lo de la humanidad como una gran prueba de elegancia, como se ha hecho más tarde. Después he visto esas máximas muy de moda, y se las he visto practicar con tal éxito a muchos caballeros y señoras que, dado el interés que se tomaban por el género humano, más les valía haber nacido ranas. Quizá la impresión que me causó entonces Maldon no fue tan viva porque era nueva; pero sé que aquello no contribuía a realzarle en mi estimación ni en mi confianza.

—Venía a saber si Annie quería ir esta noche a la ópera —dijo Maldon volviéndose hacia ella—. Es la última representación de la temporada que merezca la pena y hay una cantante que no puede dejar de oír. Es una mujer que canta de una manera arrebatadora, sin contar con que es de una fealdad deliciosa.

Después de esto recayó en su languidez.

El doctor, siempre encantado de lo que pudiera gustar a su mujer, se volvió hacia ella y le dijo:

—Debes ir, Annie; debes ir.

—No, te lo ruego —contestó—; prefiero quedarme en casa; prefiero quedarme en casa.

Y sin mirar a su primo me dirigió la palabra pidiéndome noticias de Agnes, preguntándome si no vendría a verla; si no sería probable que fuera aquel mismo día, y tan molesta que yo me preguntaba cómo podría ser que el doctor, ocupado en aquel momento en untar manteca a su pan tostado, no viera una cosa que saltaba a la vista.

Pero no veía nada. Le dijo riendo que era joven y que debía divertirse, en lugar de aburrirse con un vejestorio como él. Además, le dijo que contaba con que ella le cantara después el repertorio de la nueva cantante y ¿cómo se las arreglaría si no había ido a oírla? El doctor insistió en arreglar la velada para que ella se divirtiera, y Jack Maldon quedó en volver a Highgate. Después de decidirlo él se volvió a su sinecura, supongo; pero se fue a caballo y sin

apresurarse.

Al día siguiente tenía mucha curiosidad por saber si había ido a la ópera. No había ido; había enviado recado a Londres para disculparse con su primo, y había ido a visitar a Agnes. Había convencido al doctor de que la acompañara, y habían vuelto a pie por el campo, según me contó él mismo, en una tarde magnífica. Pensé que quizá no hubiera faltado al espectáculo si Agnes no hubiera estado en Londres, pues Agnes era muy capaz de ejercer también sobre ella una influencia bienhechora.

No se podía decir que fuera muy feliz; pero parecía estar satisfecha, o su fisonomía engañaba mucho.

Yo la miraba a menudo, pues estaba sentada al lado de la ventana mientras trabajábamos y nos preparó el desayuno, que tomamos sin dejar de trabajar. Cuando me fui a las nueve, estaba arrodillada a los pies del doctor, poniéndole los zapatos y las polainas. Las hojas de algunas plantas trepadoras que crecían al lado de la ventana ensombrecían su rostro, y yo pensaba por el camino, mientras me dirigía al Tribunal, en aquella noche en que la había visto mirar a su marido mientras leía.

Tenía mucho que hacer. Me levantaba a las cinco de la mañana y no volvía hasta las nueve o las diez de la noche. Pero me causaba un placer infinito encontrarme a la cabeza de tanto trabajo, y nunca andaba despacio; me parecía que cuanto más me cansaba más esfuerzos hacía para merecer a Dora. Ella todavía no me había visto en aquella nueva fase de mi carácter, porque como ya vendría muy pronto a casa de miss Mills, yo había retrasado hasta aquel momento todo lo que tenía que decirle, limitándome a poner en las cartas (que pasaban todas por manos de miss Mills) que tenía muchas cosas que contarle. Entre tanto había reducido mi consumo de loción para la cara, había renunciado totalmente al jabón perfumado y al agua de colonia y había vendido con una pérdida enorme tres chalecos que me parecieron demasiado elegantes para una vida tan austera como la mía.

Pero todavía no estaba satisfecho; ardía en deseos de hacer más cosas, y fui a ver a Traddles, que habitaba por el momento en la parte trasera de una casa en Castle Street Holborn. Llevé conmigo a míster Dick, que ya me había acompañado dos veces a Highgate y que había recobrado su amistad con el doctor.

Llevé a míster Dick porque era tan sensible al cambio de fortuna de mi tía y estaba tan profundamente convencido de que no había esclavo ni forzado que trabajase tanto como yo, que perdía el apetito y el buen humor en su desesperación de no poder hacer nada. Como es natural, se sentía más incapaz que nunca de acabar su Memoria, y cuanto más trabajaba en ella más venía a importunarle la desgraciada cabeza del rey Carlos. Temiendo que su estado se

agravara si no conseguíamos con cualquier engaño hacerle creer que nos era muy útil, o si no le encontrábamos, lo que hubiera sido mejor, un medio de ocuparle verdaderamente, tomé la decisión de pedir a Traddles si podría ayudarnos. Antes de ir a verle le había relatado por carta detalladamente lo que había ocurrido, y en contestación había recibido una carta excelente, donde me expresaba toda su simpatía y toda su amistad.

Le encontramos sumido en su trabajo, con su tintero y sus papeles, ante el florero y el estante, que estaban en un rincón de la habitación para recrear sus ojos y animar su valor. Nos acogió del modo más cordial, y en menos de un momento Dick y él fueron amigos íntimos. Míster Dick llegó a decir que estaba seguro de haberle conocido antes, y nosotros dijimos que era muy posible.

La primera cuestión que yo había propuesto a Traddles era esta: Yo había oído decir que muchos de los hombres distinguidos más tarde en distintas carreras habían empezado haciendo resúmenes de los debates del Parlamento. Traddles me había hablado de los periódicos como de una de sus esperanzas.

Partiendo de esos dos datos, yo le decía a Traddles en mi carta que deseaba saber cómo podría llegar a dar cuenta de las discusiones de las Cámaras. Traddles me respondió entonces que, según sus informes, la condición práctica necesaria para esta ocupación, excepto quizá en casos muy raros, para garantizar la exactitud de lo que se dice, era el conocimiento completo del arte misterioso de la taquigrafía, que ofrecía en sí misma las mismas dificultades que si se tratara de estudiar seis lenguas y ni aun con mucha perseverancia se conseguía en muchos años. Traddles pensaba, naturalmente, que esto dejaba de lado la cuestión; pero yo no veía en ello mas que unos cuantos grandes árboles que derribar para llegar hasta Dora, y al instante decidí abrirme un camino a través de ellos con el hacha en la mano.

—Te lo agradezco mucho, mi querido Traddles; voy a empezar mañana.

Traddles me miró sorprendido, lo que era natural, pues no sabía todavía a qué grado de entusiasmo había llegado yo.

—Compraré un libro que trate a fondo esa ciencia —le dije— y trabajaré en el Tribunal, pues allí tengo poco que hacer, y tomaré en taquigrafía los discursos para ejercitarme. Traddles, amigo mío, lo conseguiré.

—Nunca —dijo Traddles abriendo los ojos cuanto podía— me hubiera figurado que tuvieras tanta decisión, Copperfield.

Y no sé cómo hubiera podido tener la menor idea, pues para mí era todavía un misterio. Cambié la conversación y puse a míster Dick sobre el tapete.

—¿Sabe usted? —dijo míster Dick—. Yo querría poder servir para

cualquier cosa, míster Traddles; para tocar el tambor aunque fuera, o para soplar en algo.

¡Pobre hombre! En el fondo de mi corazón creo que hubiera preferido, en efecto, cualquier ocupación de esa clase. Pero Traddles, que no hubiera sonreído por nada del mundo, contestó gravemente:

—Pero tiene usted una escritura muy buena, caballero. Copperfield me lo ha dicho.

—Muy buena —dije yo.

En realidad, la claridad de su escritura era admirable.

—¿No cree usted que podría copiar actas si yo se las proporcionara?

Míster Dick me miró con expresión de duda: «¿Qué le parece a usted, Trotwood?».

Yo moví la cabeza. Míster Dick movió la suya y suspiró.

—Explíqueme usted lo que me ocurre con la Memoria —dijo míster Dick.

Le expliqué a Traddles que era muy difícil impedir al rey Carlos I que se mezclara en los manuscritos de míster Dick, quien durante aquel tiempo se chupaba el dedo, mirando a Traddles con la expresión más respetuosa y más seria.

—Pero usted sabe que las actas de que hablo están ya redactadas y terminadas —dijo Traddles después de un momento de reflexión—. Míster Dick no tendrá nada que hacer en ellas. ¿No sería esto distinto, Copperfield? En todo caso, yo creo que podría probar.

Sobre esto fundamos buenas esperanzas después de un momento de conferencia secreta entre Traddles y yo, mientras míster Dick nos miraba con inquietud desde su silla. En resumen, formamos un plan en virtud del cual se puso al trabajo al día siguiente con el mayor éxito.

Pusimos encima de una mesa, al lado de la ventana de Buckingham Street, el trabajo que Traddles había proporcionado; había que hacer no sé cuántas copias de un documento cualquiera relativo a un derecho de paso. Sobre otra mesa extendimos el último proyecto de Memoria a medio hacer. Dimos instrucciones a míster Dick para copiar exactamente lo que tenía delante de él, sin apartarse lo más mínimo del original, y si sentía la necesidad de hacer la más ligera alusión al rey Carlos I debía volar al instante hacia la Memoria. Le exhortamos para que siguiera con resolución este plan de conducta, y dejamos a mi tía para que le vigilara. Después nos contó que en el primer momento estaba como un timbalero entre los dos tambores y que dividía sin cesar su atención entre las dos mesas; pero habiéndole parecido después que aquello le

confundía y le cansaba, había terminado por ponerse sencillamente a copiar el papel que tenía ante la vista, dejando la Memoria para otra ocasión. En una palabra, aunque tuvimos mucho cuidado para que no trabajara más de lo razonable, y aunque no se había puesto a trabajar al principio de la semana, para el sábado había ganado diez chelines y nueve peniques, y no olvidaré nunca sus idas y venidas a todas las tiendas de la vecindad para cambiar su tesoro en monedas de seis peniques, que trajo después a mi tía en una bandeja, donde las había colocado en forma de corazón; sus ojos estaban llenos de lágrimas de alegría y de orgullo. Desde el momento en que se vio ocupado de una manera útil, parecía un hombre que se siente bajo un encanto propicio, y si hubo una criatura dichosa aquella noche en el mundo fue el ser agradecido que miraba a mi tía como a la mujer más notable y a mí como al muchacho más extraordinario que hubiera en la tierra.

—Ya no hay peligro de que muera de hambre, Trotwood —me dijo míster Dick dándome un apretón de manos en un rincón—; yo me encargo de todas sus necesidades, caballero.

Y movía en el aire sus diez dedos triunfantes, como si hubieran estado otros tantos bancos a su disposición.

No sé quién estaba más contento, si Traddles o yo.

—Verdaderamente —me dijo de pronto sacando una carta del bolsillo—, ésto me ha hecho olvidar completamente a míster Micawber.

La carta estaba dirigida a mí (míster Micawber no desperdiciaba nunca la ocasión de escribir una carta) y ponía: «Confiada a los buenos cuidados de T. Traddles, esq. du Temple».

Mi querido Copperfield:

No le sorprenderá mucho saber que me ha surgido una buena cosa, pues, si lo recuerda, le había prevenido hace ya algún tiempo que esperaba sin cesar algo análogo.

Voy a establecerme en una ciudad de provincias de nuestra isla afortunada. La sociedad de este lugar puede ser descrita como una mezcla feliz de los elementos agrícolas y eclesiásticos, y estaré en relaciones directas con una de las profesiones más sabias. Mistress Micawber y nuestra progenie me siguen. Nuestras cenizas se encontrarán probablemente depositadas un día en el cementerio dependiente de un venerable santuario que ha llevado la reputación del lugar de que hablo desde la China al Perú, si puedo expresarme así.

Al decir adiós a la moderna Babilonia hemos tenido que soportar muchas vicisitudes y ¡con qué valor! mistress Micawber y yo sabemos que abandonamos quizá para muchos años, quizá para siempre, a una persona que

está unida a los recuerdos más potentes del altar de nuestros dioses domésticos.

Si la víspera de nuestra partida quiere usted acompañar a nuestro común amigo míster Thomas Traddles a nuestra residencia actual para cambiar los votos naturales en semejantes casos, hará el mayor honor a un hombre siempre fiel

WILKINS MICAWBER.

Me alegré mucho de saber que míster Micawber había por fin sacudido su cilicio y encontrado de verdad algo. Supe por Traddles que la invitación era para aquella misma noche, y antes de que fuera más tarde expresé mi intención de asistir. Tomamos juntos el camino de la casa que míster Micawber ocupaba bajo el nombre de míster Mortimer, y que estaba situada en lo alto de Grayls Inn Road.

Los recursos del mobiliario alquilado a míster Micawber eran tan limitados, que encontramos a los mellizos, que tendrían unos ocho o nueve años, dormidos en una cama-armario en el salón, donde míster Micawber nos esperaba con una jarra llena del famoso brebaje que le gustaba hacer. Tuve el gusto en aquella ocasión de volver a ver al hijo mayor, muchacho de doce o trece años, que prometía mucho si no hubiera estado ya sujeto a esa agitación convulsiva de todos los miembros que no es un fenómeno sin ejemplo en los chicos de su edad. También vi a su hermanita miss Micawber, en quien «su madre resucitaba su juventud pasada», como el Fénix, según nos dijo míster Micawber.

—Mi querido Copperfield —me dijo—, míster Traddles y usted nos encuentran a punto de emigrar y excusarán las pequeñas incomodidades que resultan de la situación.

Lanzando una mirada a mi alrededor antes de dar una respuesta conveniente, vi que el ajuar de la familia estaba ya embalado y que su volumen no era para asustar. Felicité a mistress Micawber por el cambio de su situación.

—Mi querido Copperfield —me dijo mistress Micawber—, sé todo el interés que usted se toma por nuestros asuntos. Mi familia puede mirar este alejamiento como un destierro, si así le parece; pero yo soy mujer y madre y no abandonaré nunca a míster Micawber.

Traddles, al corazón del cual interrogaban los ojos de mistress Micawber, asintió con tono aquiescente.

—Al menos es mi manera de considerar el compromiso que he contraído, mi querido Copperfield, el día que pronuncié aquellas palabras irrevocables:

«Yo, Emma, tomo por esposo a Wilkins» . La víspera de aquel gran acto leí de cabo a rabo, a la luz de una vela, todo el oficio del matrimonio y saqué la conclusión de que no abandonaría nunca a míster Micawber. Por lo tanto, podré equivocarme en la manera de interpretar el sentido de aquella piadosa ceremonia, pero no le abandonaré nunca.

—Querida mía —dijo míster Micawber con alguna impaciencia—, ¿quién ha hablado jamás de eso?

—Sé, mi querido míster Copperfield —repuso mistress Micawber—, que ahora tendré que poner mi tienda entre los extraños; sé que los diferentes miembros de mi familia, a los que míster Micawber ha escrito en los términos más corteses para anunciarles esto, ni siquiera han contestado a su comunicación.

A decir verdad, quizá sea superstición por mi parte; pero creo que míster Micawber está predestinado a no recibir respuesta de la mayoría de las cartas que escribe. Supongo, por el silencio de mi familia, que ve inconvenientes en la resolución que he tomado; pero yo no me dejaré apartar del camino del deber ni por papá y mamá si vivieran todavía, míster Copperfield.

Expresé mi opinión de que aquello era ir por el buen camino.

—Me dirán que es sacrificarse el ir a encerrarse en un pueblo casi eclesiástico. Pero, míster Copperfield, ¿por qué no he de sacrificarme si veo que un hombre dotado de las facultades que posee míster Micawber consume un sacrificio más grande todavía?

—¡Oh! ¿Van ustedes a vivir en una ciudad eclesiástica? —pregunté.

Míster Micawber, que acababa de servirnos a todos el ponche, contestó:

—A Canterbury. El caso es, mi querido Copperfield, que estoy unido por un contrato a nuestro amigo Heep para ayudarlo y servirle en calidad de... empleado de confianza.

Miré con asombro a míster Micawber, que gozaba mucho con mi sorpresa.

—Debo decirle —repuso con aire solemne— que las costumbres prácticas y los prudentes consejos de mistress Micawber han contribuido mucho a este resultado. El guante de que mistress Micawber le habló hace tiempo ha sido lanzado a la sociedad bajo la forma de un anuncio, y nuestro amigo Heep lo ha recogido, resultando de ello un agradecimiento mutuo. Quiero hablar con todo el respeto posible de nuestro amigo Heep, bondad notable. Mi amigo Heep —continuó míster Micawber— no ha fijado el sueldo en una suma muy considerable; pero me ha hecho muchos favores para librarme de las dificultades pecuniarias que pesaban sobre mí, contando de antemano con mis servicios, y tiene razón; yo pondré mi honor en hacerle serios servicios. La

inteligencia y la habilidad que pueda poseer —dijo míster Micawber con expresión de modesto orgullo y en su antiguo tono de elegancia— las consagraré por completo al servicio de mi amigo Heep. Ya tengo algún conocimiento del Derecho, pues he tenido que sostener por mi cuenta muchos procesos civiles, y voy a dedicarme inmediatamente a estudiar los comentarios de uno de los más eminentes jurisconsultos ingleses. Creo que es inútil añadir que me refiero al juez de paz Blackstone.

Aquellas observaciones fueron interrumpidas a menudo por mistress Micawber regañando a su hijo mayor porque estaba sentado sobre los talones o porque se sostenía la cabeza con las dos manos, como si tuviera miedo a perderla, o bien porque daba puntapiés a Traddles por debajo de la mesa; otras veces ponía un pie encima de otro, o separaba las piernas a distancias absurdas, o se tumbaba en la mesa, metiendo los pelos en los vasos; en fin, que manifestaba la inquietud de todos sus miembros con una multitud de movimientos incompatibles con los intereses generales de la sociedad, enfadándose además por las observaciones que su madre le hacía. Durante aquel tiempo yo pensaba qué significaría la revelación de míster Micawber, de la que no me había repuesto todavía hasta que mistress Micawber reanudó el hilo de su discurso reclamando toda mi atención.

—Lo que yo pido sobre todo a Micawber es que evite, aunque se sacrifique a esta rama secundaria del Derecho, que evite el quedarse sin medios de poder elevarse un día hasta la cumbre. Estoy convencida que míster Micawber, dedicándose a una profesión que dé libre camera a la fertilidad de sus recursos y a su facilidad de elocución, no podrá por menos de distinguirse. Veamos, míster Traddles: si se tratara, por ejemplo, de llegar a ser un día juez o canciller —añadió con expresión profunda—, ¿no se colocará uno completamente fuera de esos puestos importantes aceptando un empleo como ese que míster Micawber acaba de aceptar?

—Querida mía —dijo también Micawber mirando a Traddles con interrogación—, tenemos delante de nosotros tiempo para reflexionar sobre ello.

—¡No, Micawber! —replicó ella—. Tu equivocación en la vida es no mirar nunca lo bastante al porvenir. Estás obligado, aunque sólo sea por un sentimiento de justicia hacia tu familia y hacia ti mismo, a abrazar con la mirada los puntos más alejados del horizonte a que pueden llevarte tus facultades.

Míster Micawber tosió y bebió su ponche muy satisfecho, y continuó mirando a Traddles como si esperase su opinión.

—Usted sabe la verdadera situación, mistress Micawber —dijo Traddles, revelándole suavemente la verdad—; quiero decir el caso en toda su desnudez



más prosaica...

—Precisamente, mi querido míster Traddles —dijo mistress Micawber—, deseo ser lo más prosaica posible en un asunto de esta importancia.

—Es que —dijo Traddles— esta rama de la carrera, aun cuando míster Micawber fuera abogado en toda regla...

—Precisamente —replicó mistress Micawber—. Wilkins, no te pongas bizco; después ya no sabrás mirar derecho.

—Esta parte de la carrera no tiene nada que ver con la magistratura. únicamente los abogados pueden pretender esos puestos importantes, y míster Micawber no puede ser abogado sin haber estudiado cinco años en alguna escuela de Derecho.

—¿Le he comprendido bien? —dijo mistress Micawber con su expresión más comprensiva y más amable—. ¿Dice usted, mi querido míster Traddles, que a la expiración de ese plazo míster Micawber podría entonces ser juez o canciller?

—En rigor sí «podría» —repuso Traddles remarcando la última palabra.

—Gracias —dijo mistress Micawber—; es todo lo que quería saber. Si esa es la situación y si míster

Micawber no renuncia a ningún privilegio encargándose de esos deberes, se acabaron mis inquietudes.

Me dirán ustedes que hablo como una mujer —dijo mistress Micawber—; pero siempre he creído que míster Micawber poseía lo que papá llamaba espíritu judicial, y me parece que ahora entra en una carrera donde sus facultades podrán desarrollarse y elevarle a un puesto importante.

No dudo de que míster Micawber no se viera ya con los ojos del espíritu judicial sentado en la silla del tribunal. Se pasó la mano con satisfacción por su cabeza calva y dijo con una resignación orgullosa:

—No anticipemos los secretos de la fortuna, querida. Si estoy destinado a llevar peluca, estoy dispuesto, exteriormente al menos —añadió haciendo alusión a su calvicie—, a recibir esa distinción. No siento haber perdido mis cabellos, y quién sabe si no los he perdido con un objeto determinado. Mi intención, mi querido Copperfield, es educar a mi hijo para la Iglesia, y, lo confieso, es sobre todo por él por lo que me gustaría llegar a la grandeza.

—¿Por la Iglesia? —pregunté maquinalmente, pues seguía pensando en Uriah Heep.

—Sí —dijo míster Micawber—; tiene una hermosa voz, y empezará en los coros. Nuestra residencia en Canterbury y las relaciones que ya poseemos nos

permitirán sin duda aprovechar las vacantes que se presenten entre los cantores de la catedral.

Mirando de nuevo a su hijo me pareció que tenía cierta expresión que hacía que pareciese que le salía la voz de las cejas, lo que se afirmó al oírle cantar (le dieron a escoger entre cantar o irse a la cama, y cantó) *The wood-Pecker tapping*. Después de muchos cumplidos sobre la ejecución del trozo se volvió a la conversación general, y como yo estaba demasiado preocupado con mis intentos desesperados para callarme el cambio de mi situación, les conté todo a los Micawber. No puedo expresar lo encantados que se quedaron al saber los apuros de mi tía y cómo aquello redobló su cordialidad y la naturalidad de sus modales.

Cuando habíamos llegado casi al fondo de la jarra me dirigí a Traddles y le recordé que no podíamos separarnos sin desear a nuestros amigos una salud perfecta y mucha felicidad y éxito en su nueva carrera.

Rogué a míster Micawber que llenara los vasos, y brindé a su salud con todos los requisitos; estreché la mano de, míster Micawber a través de la mesa, besé a mistress Micawber en conmemoración de aquella gran solemnidad. Traddles me imitó en cuanto a lo primero; pero no se creyó bastante íntimo en la casa para seguir más lejos.

—Mi querido Copperfield —me dijo míster Micawber levantándose, con los dedos pulgares en los bolsillos del chaleco—, compañero de mi juventud, si me está permitida esta expresión, y usted, mi estimado amigo Traddles, si puedo llamarle así, permítanme, en nombre de mistress Micawber y en el mío y en el de nuestros hijos, darles las gracias por sus buenos deseos en los términos más calurosos y espontáneos. Podía esperarse que en vísperas de una emigración que abre ante nosotros una existencia completamente nueva (míster Micawber hablaba como si fuera a establecerse a quinientas mil millas de Londres) deseara dirigir algunas palabras de despedida a dos amigos como los presentes; pero ya he dicho todo lo que tenía que decir. Sea cual fuere la situación social a que pueda llegar siguiendo la profesión sabia de que voy a ser un miembro indigno, trataré de no desmerecer y de hacer honor a mistress Micawber. Bajo el peso de las dificultades pecuniarias temporales, provenientes de compromisos contraídos con intención de responder a ellos inmediatamente, pero de los que no he podido librarme a consecuencia de circunstancias diversas, me he visto en la necesidad de ponerme un traje que repugna a mis instintos naturales, quiero decir gafas, y de tomar posesión de un nombre sobre el que no puedo establecer ninguna pretensión legítima. Todo lo que puedo decir de ello es que las nubes han desaparecido del horizonte sombrío y que el ángel de la guarda reina de nuevo sobre la cumbre de las montañas. El lunes a las cuatro, a la llegada de la diligencia a Canterbury, mi pie hollará su tierra natal y mi nombre será ¡Micawber! Míster

Micawber volvió a sentarse después de aquellas observaciones y bebió dos vasos seguidos de ponche con la mayor gravedad; después añadió en tono solemne:

—Me queda todavía algo que hacer antes de separarnos; me queda cumplir un acto de justicia. Mi amigo míster Thomas Traddles, en dos ocasiones diferentes ha puesto su firma, si puedo emplear esta expresión vulgar, en pagarés para mi uso. En la primera ocasión míster Thomas Traddles ha sido... debo decir que ha sido cogido en el lazo. El término del segundo todavía no ha llegado. El primero ascendía a (en esto míster Micawber examinó cuidadosamente sus papeles), creo que ascendía a veintitrés libras, cuatro chelines y nueve peniques y medio; el segundo, según mis notas, era de dieciocho libras, seis chelines y dos peniques; estas dos sumas hacen un conjunto total de cuarenta y una libras, diez chelines y once peniques y medio, si mis cálculos son exactos. ¿Mi amigo Copperfield quiere tener la bondad de comprobar la suma?

Lo hice, y encontré la cuenta exacta.

—Sería un peso insoportable para mí —dijo míster Micawber— dejar esta metrópoli y a mi amigo míster Thomas Traddles sin pagar la parte pecuniaria de mis obligaciones con él. He preparado, y lo tengo en la mano, un documento que responde a mis deseos sobre este punto. Pido permiso a mi amigo míster Traddles para entregarle mi pagaré por la suma de cuarenta y una libras, diez chelines y once peniques y medio, y hecho esto recobro toda mi dignidad moral y siento que puedo andar con la cabeza levantada ante mis semejantes.

Después de haber soltado este prefacio con viva emoción, míster Micawber puso su pagaré entre las manos de Traddles y le aseguró sus buenos deseos para todas las circunstancias de su vida. Estoy persuadido de que no solamente esta transacción hacía en míster Micawber el mismo efecto que si hubiera pagado el dinero, sino que Traddles mismo no se dio bien cuenta de la diferencia hasta que tuvo tiempo para pensarlo.

Fortificado por aquel acto de virtud, míster Micawber andaba con la cabeza tan alta delante de sus semejantes, los hombres, que su pecho parecía haberse ensanchado una mitad más cuando nos alumbraba para bajar la escalera. Nos separamos muy cordialmente y, después de acompañar a Traddles hasta su puerta y mientras volvía solo a casa, entre otros pensamientos extraños y contradictorios que me vinieron a la imaginación, pensé que probablemente era a causa del recuerdo de compasión por mi infancia abandonada por lo que míster Micawber, con todas sus excentricidades, no me había pedido nunca dinero. Seguramente no hubiera tenido valor para negárselo, y no me cabe duda, dicho sea en honor suyo, que

él lo sabía tan bien como yo.

## Capítulo 17

### Un poco de agua fría

Mi nueva vida duraba ya más de una semana y estaba más fuerte que nunca en aquellas terribles resoluciones prácticas que consideraba como exigidas imperiosamente por las circunstancias. Continuaba andando muy deprisa, con una vaga idea de que seguía mi camino. Me aplicaba a gastar mis fuerzas todo lo que podía en el ardor con que cumplía todo lo emprendido. Era, en una palabra, una verdadera víctima de mí mismo. Llegué incluso a preguntarme si no debería hacerme vegetariano, con la vaga idea de que volviéndome un animal herbívoro sería un sacrificio más que ofrecer en el altar de Dora.

Hasta entonces mi pequeña Dora ignoraba por completo mis esfuerzos desesperados y no sabía lo que mis cartas hubieran podido confusamente dejarla percibir. Pero llegó el sábado. Era el día que debía visitar a miss Mills, y yo también debía ir allí a tomar el té cuando míster Mills se hubiera marchado a su Círculo para jugar al whist, suceso de que me advertía la aparición de una jaula de pájaro en la ventana de en medio del salón.

Entonces estábamos establecidos del todo en Buckingham Street. Míster Dick continuaba sus copias con una alegría sin igual. Mi tía había conseguido una victoria señalada sobre mistress Crupp tirando por la ventana la primera cazuela que encontró emboscada en la escalera y protegiendo su persona a la llegada y a la salida con una asistenta que había tomado para la limpieza. Estas medidas de rigor habían causado tal impresión en mistress Crupp, que se había retirado a su cocina, convencida de que mi tía estaba rabiosa. A mi tía, a quien la opinión de mistress Crupp, como la del mundo entero, tenía completamente sin cuidado, le divertía confirmar aquella idea, y mistress Crupp, antes tan valiente, pronto perdió todo su valor; tanto, que para evitar encontrarse con mi tía en la escalera trataba de eclipsar su voluminosa persona detrás de las puertas o esconderse en los rincones oscuros, dejando, sin embargo, aparecer, sin darse cuenta, uno o dos volantes de la falda de franela. Miss Betsey encontraba tal satisfacción en asustarla, que yo creo que se divertía subiendo y bajando expresamente la escalera con el sombrero plantado con descaro en lo alto de la cabeza, siempre que tenía esperanzas de encontrar a mistress Crupp en su camino.

Mi tía, con sus costumbre de orden y su espíritu inventivo, introdujo tantas

mejoras en nuestros arreglos interiores que se hubiera dicho que habíamos heredado en lugar de arruinamos. Entre otras cosas convirtió la despensa en un tocador para mi uso, y me compró una cama de madera que se convertía en biblioteca durante el día. Era el objeto de su solicitud, y mi pobre madre misma no me hubiera podido querer más ni preocuparse más por hacerme dichoso.

Peggotty había considerado como un gran favor el privilegio de participar en todos aquellos trabajos, y aunque conservaba hacia mi tía algo de su antiguo terror, había recibido de ella últimamente tantas pruebas de confianza y estimación, que eran las mejores amigas del mundo. Pero había llegado el momento (hablo del sábado, en que yo tenía que tomar el té en casa de miss Mills) en que tenía que volver a su casa para cuidar de Ham.

—Adiós, Barkis —dijo mi tía—. Cuídese mucho. Nunca hubiera creído que pudiera sentir tanto verla marchar.

Acompañé a Peggotty a las oficinas de la diligencia y dejé en el coche. Lloraba al despedirse y confió a su hermano a mi amistad, como había hecho Ham. No habíamos vuelto a oír hablar de él desde la tarde que se marchó.

—Y ahora, mi querido Davy —dijo Peggotty—, si durante tu aprendizaje necesitas dinero para tus gastos, o si el plazo expira, querido niño, y necesitas algo para establecerte, en uno a otro caso, o en los dos, ¿quién tendría más derecho para prestártelo que la vieja niñera de mi pobre niña?

No estaba poseído por una pasión de independencia tan salvaje que no quisiera al menos agradecer sus ofrecimientos generosos, asegurándole que si pedía alguna vez dinero a alguien sería a ella a quien me dirigiría, y creo que, de no haberle pedido en el momento una gran suma, aquella seguridad era lo que más podía complacerla.

—Y además, querido —dijo Peggotty bajito—, dile a tu lindo angelito que me hubiera gustado conocerla aunque sólo hubiera sido un minuto; dile también que antes de casarse con mi niño vendré a arreglaros la casa, si me lo permitís.

Le prometí que nadie la tocaría más que ella, y quedó tan encantada, que se marchó radiante.

Me cansé aquel día en el Tribunal más que de costumbre por una multitud de procedimientos para que se me hiciera el tiempo menos largo, y por la tarde, a la hora fijada, fui a la calle en que vivía miss Mills.

Míster Mills era un hombre terrible para dormir siempre después de comer y no había salido todavía. La jaula no estaba en la ventana.

Me hizo esperar tanto tiempo, que empecé a desear, a modo de consuelo,

que los jugadores de whist que hacían la partida le pusieran multa para enseñarle a no retrasarse. Por fin salió y vi a mi pequeña Dora colgar ella misma la jaula y dar un paso en el balcón para ver si estaba yo allí. Al verme se entró corriendo, mientras Jip ladraba con todas sus fuerzas contra un enorme perro que estaba en la calle y que le hubiera podido tragar como una píldora.

Dora salió a la puerta del salón para recibirme; Jip llegó también, gruñendo, convencido de que yo era un bandido, y entramos los tres en la habitación con ternura y muy dichosos. Pero pronto lancé yo la desesperación en medio de nuestra alegría (¡ay! fue sin querer; pero estaba tan preocupado por mi asunto) preguntando a Dora sin preámbulos si podría decidirse a querer a un mendigo.

¡Mi querida y pequeña Dora! ¡Pensad en su terror! La idea que aquella palabra despertaba en su espíritu era la de un rostro lleno de arrugas, con un gorro de algodón, con acompañamiento de muletas, de una pierna de palo y de un perro con una cestita en la boca. Así es que me miró toda asustada y con la sorpresa más cómica del mundo.

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta tan loca? —dijo haciendo una mueca—. ¡Querer a un mendigo!

—Dora, amor mío —le dije—. Yo soy un mendigo.

—¿Cómo puedes ser tan loco para venir a contarme semejantes cosas? —dijo, dándome un golpecito en la mano—. Voy a decirle a Jip que te muerda.

Su infantilidad era lo que más me gustaba del mundo; pero tenía que explicarme, y repetí en tono solemne:

—Dora, vida mía, amor mío, ¡tu David se ha arruinado!

—Te aseguro que le diré a Jip que te muerda si continúas con tus locuras —repuso Dora sacudiendo sus bucles.

Pero me vio tan serio, que dejó de sacudir sus bucles, puso su manita temblorosa en mi hombro, me miró primero confusa y con temor, y después se echó a llorar. ¡Era una cosa terrible! Caí de rodillas al lado del diván, acariciándola y rogándole que no me desgarrara el corazón; pero durante un rato mi pobre Dora sólo sabía repetir:

—¡Dios mío, Dios mío! Tengo miedo. ¿Dónde está Julia? Llévame con Julia, y vete, te lo ruego.

Yo no sabía lo que era de mí.

Por fin, a fuerza de ruegos y de protestas, convencí a Dora de que me mirase. Parecía muy asustada; pero poco a poco, con mis caricias, conseguí

que me mirase tiernamente, y apoyó su suave mejillita contra la mía. Entonces, teniéndola abrazada, le dije que la quería con todo mi corazón, pero que, en conciencia, me creía obligado a ofrecerle si quería romper nuestro compromiso, porque me había quedado muy pobre; que nunca me consolaría ni podría soportar la idea de perderla; que yo no temía la pobreza si ella tampoco la temía; que mi corazón y mis brazos sacarían las fuerzas de mi amor por ella; que ya trabajaba con un valor de que sólo los amantes son capaces; que había empezado a entrar en la vida práctica y a pensar en el porvenir—, que una miga de pan ganada con el sudor de nuestra frente era más dulce al corazón que un festín debido a una herencia; y muchas más cosas bonitas como aquella, pronunciadas con una elocuencia apasionada que me sorprendió a mí mismo, aunque me había preparado para aquel momento desde que mi tía me sorprendió con su llegada imprevista.

—¿Tu corazón es siempre mío, Dora, querida mía? —le dije con entusiasmo, sabiendo que me pertenecía, pues se estrechaba contra mí.

—¡Oh, sí, completamente tuyo; pero no seas tan terrible!

—¿Yo terrible, pobre Dora?

—No me hables de volverme pobre y de trabajar como un negro —me dijo abrazándome—; te lo ruego, te lo ruego.

—Amor mío —le dije—, una miga de pan... ganada con el sudor...

—Sí, sí; pero no quiero oír hablar de migas de pan. Jip necesita todos los días su chuleta de cordero a mediodía; si no se morirá.

Yo estaba seducido por su encanto infantil, y le expliqué tiernamente que Jip tendría su chuleta de cordero con toda la regularidad acostumbrada. Le describí nuestra vida modesta, independiente, gracias a mi trabajo; le hablé de la casita que había visto en Highgate, con la habitación en el primer piso para mi tía.

—¿Soy todavía muy terrible, Dora? —le dije con ternura.

—¡Oh, no, no! —exclamó Dora—. Pero espero que tu tía esté mucho tiempo en su habitación, y además que no sea una vieja gruñona.

Si me hubiera sido posible amar a Dora más, lo hubiera hecho entonces. Sin embargo, me daba cuenta de que no servía para mucho en el caso actual. Mi nuevo ardor se enfriaba viendo que era tan difícil comunicárselo. Hice un nuevo esfuerzo. Cuando se hubo repuesto por completo y cogió a Jip sobre sus rodillas para arrollar sus orejas alrededor de sus dedos, yo recobré mi gravedad.

—Querida mía, ¿puedo decirte una palabra?

—¡Oh!, te lo ruego, no hablemos de la vida práctica —me dijo en tono suave—; ¡si supieras el miedo que me da!

—Pero, vida mía, no hay nada que pueda asustarte en todo esto. Yo querría hacerte ver las cosas de otro modo. Por el contrario, querría que esto te inspirase valor.

—¡Es precisamente lo que me asusta! —exclamó Dora.

—No, querida mía; con perseverancia y fuerza de voluntad se soportan cosas mucho peores.

—Pero yo no tengo ninguna fuerza —dijo Dora sacudiendo sus bucles—. ¿No es verdad, Jip? ¡Vamos, besa a Jip y sé cariñoso!

Era imposible negarme a besar a Jip cuando me lo tendía expresamente, redondeando ella también para besarle su boquita rosa, dirigiendo la operación, que debía cumplirse, con una precisión matemática, en medio de la nariz del animalito. Hice lo que quería, y después reclamé la recompensa por mi obediencia; y Dora consiguió durante bastante tiempo hacer que fracasara mi gravedad.

—Pero, Dora, amor mío —le dije recobrando mi solemnidad—, ¡todavía tengo algo que decirte!

Hasta el juez del Tribunal de Prerrogativas se hubiera enamorado al verla juntar sus manitas y tendérmelas suplicante para que no la asustara.

—Pero si no quiero asustarte, amor mío —repetía yo—; únicamente, Dora, querida mía, si quisieras pensar sin temor, si quisieras pensar alguna vez, para darte valor, en que eres la novia de un hombre pobre.

—No, no; te lo ruego; ¡es demasiado terrible!

—Nada de eso, chiquilla —le dije alegremente—; si quisieras nada más pensarlo alguna vez y ocuparte de vez en cuando de las cosas de la casa de tu papá, para tratar de acostumbrarte... ; las cuentas, por ejemplo...

Mi pobre Dora acogió aquella idea con un grito que parecía un sollozo.

—... Eso llegará un día en que te será muy útil. Y si me prometieras leer... un librito de cocina que yo te mande, sería una cosa bonísima para ti y para mí. Pues nuestro camino en la vida va a ser duro en el primer momento, Dora —le dije, animándome—, y a nosotros toca el mejorarlo. Tenemos que luchar para conseguirlo, y necesitamos valor. Tenemos muchos obstáculos que afrontar y hay que afrontarlos sin temor, aplastarlos bajo nuestros pies.

Seguí hablando con el puño cerrado y con resolución; pero era inútil llegar más lejos; había dicho bastante, y había conseguido... volver a asustarla.



—¡Oh! ¿Dónde está Julia Mills? Llévame con Julia Mills, y vete; ¡haz el favor!

En una palabra, estaba medio loco y recorría el salón en todas las direcciones.

Aquella vez creí que la había matado. Le eché agua por la cara. Caí de rodillas, me arranqué los pelos, me acusaba de ser un animal, un bruto sin conciencia y sin piedad. Le pedí perdón. Le suplicaba que abriera los ojos. Destrocé la caja de labor de miss Mills para encontrar un frasco de sales, y, en mi desesperación, tomé el alfilerero de marfil creyendo que era, y vertí todas las agujas en la cara de Dora.

Amenacé con el puño a Jip, que estaba tan desesperado como yo, y me entregué a todas las extravagancias imaginables. Hacía mucho tiempo que había perdido la cabeza cuando miss Mills entró en la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te han hecho? —exclamó miss Mills acudiendo en socorro de su amiga.

Yo contesté: «Yo tengo la culpa, miss Mills; yo soy el criminal, y una multitud de cosas del mismo estilo». Después, volviendo la cabeza para librarla de la luz, la oculté contra los almohadones del diván.

Miss Mills creyó al principio que era una pelea y que nos habíamos perdido en el desierto de Sahara; pero no estuvo mucho tiempo en la incertidumbre, pues mi pequeña y querida Dora exclamó, abrazándola, que yo era un pobre obrero; después se echó a llorar por mí, preguntándome si quería aceptarle todo el dinero que tenía ahorrado, y terminó por echarse en brazos de miss Mills sollozando, como si su corazoncito fuera a romperse.

Felizmente, miss Mills parecía haber nacido para ser nuestra bendición. Se enteró en pocas palabras de la situación, consoló a Dora, la convenció poco a poco de que yo no era un obrero. Por la manera de contar las cosas creo que Dora había supuesto que me había hecho marinero y que me pasaba el día balanceándome sobre una plancha. Miss Mills, mejor enterada, terminó por restablecer la paz entre nosotros. Cuando todo volvió a estar en orden, Dora subió a lavarse los ojos con agua de rosas y miss Mills pidió el té. Entre tanto, yo declaré a aquella señorita que siempre sería su amigo y que mi corazón cesaría de latir antes que olvidar su simpatía.

Le desarrollé entonces el plan que había tratado de hacer comprender con tan poco éxito a Dora.

Miss Mills me contestó, según sus principios generales, que la cabaña de la alegría valía más que el palacio del frío esplendor, y que donde había amor lo había todo.

Yo dije a miss Mills que era verdad y que nadie lo sabía mejor que yo, que amaba a Dora como ningún mortal había amado antes que yo. Pero ante la melancólica observación de miss Mills de que sería dichoso para algunos corazones el no haber amado tanto como yo, le dije que mi observación se refería al sexo masculino únicamente.

Después le pregunté a miss Mills si, en efecto, no tendría alguna ventaja práctica la proposición que había querido hacer respecto a las cuentas, al cuidado de la casa y a los libros de cocina.

Después de un momento de reflexión, he aquí lo que miss Mills me contestó:

—Míster Copperfield, quiero ser franca con usted. Los sufrimientos y las pruebas morales suplen a los años en ciertas naturalezas, y voy a hablarle tan francamente como una madre abadesa. No; su proposición no le conviene a nuestra Dora. Nuestra querida Dora es la niña mimada de la Naturaleza. Es una criatura de luz, de alegría y de felicidad. No le puedo ocultar que si eso pudiera ser estaría muy bien, sin duda; pero...

Miss Mills movió la cabeza.

Aquella muda concesión de miss Mills me animó a preguntarle si en el caso de que se presentara la ocasión de atraer la atención de Dora hacia las condiciones de ese género necesarias a la vida práctica si tendría la bondad de aprovecharlas. Miss Mills consintió con tan buena voluntad, que le pedí también si no querría encargarse del libro de cocina y hacerme el inmenso favor de entregárselo a Dora sin asustarla demasiado. Miss Mills se encargó de la tarea pero se veía que no esperaba gran cosa.

Dora reapareció. Estaba tan seductora, que me pregunté si verdaderamente había derecho de ocuparse en detalles tan vulgares. Y además, me amaba tanto, estaba tan encantadora, sobre todo cuando hacía a Jip tenerse en dos patas para pedirle su tostada y ella hacía como que le iba a quemar la nariz con la tetera porque se negaba a obedecerla, que terminé considerándome como un monstruo que hubiera venido a asustar al hada en su bosque, cuando pensaba en cómo le había hecho sufrir y en las lágrimas que había derramado.

Después del té Dora cogió la guitarra y cantó sus canciones francesas sobre la imposibilidad absoluta de dejar de bailar, tralalá, tralalalá, y pensé más que nunca que era un monstruo.

Sólo hubo una nube en nuestra alegría: un momento antes de retirarme miss Mills aludió por casualidad al día siguiente por la mañana, y yo tuve la desgracia de decir que tenía que trabajar y que me levantaba a las cinco. No sé si Dora pensó que era sereno en algún establecimiento particular; pero aquella noticia causó una gran impresión en su espíritu, y dejó de tocar y de cantar.

Todavía pensaba en ello cuando le dije adiós, y me dijo con su aire mimoso, como podía habérselo dicho, según me pareció, a su muñeca.

—¡Malo! No te levantes a las cinco; eso no tiene sentido común.

—Tengo que trabajar, querida.

—Pues no trabajes; ¿para qué?

Era imposible decir de otra manera queriendo a aquel lindo rostro, sorprendido, que había que trabajar para vivir.

—¡Oh, qué ridiculez! —exclamó Dora.

—¿Y cómo viviremos si no, Dora?

—¡Cómo! ¡No importa cómo! —dijo Dora.

Estaba convencida de que había solucionado la cuestión y me dio un beso de triunfo, que brotaba tan espontáneamente de su corazón inocente, que por todo el oro del mundo no hubiera querido discutirle la respuesta, pues la amaba y continuaba amándola con toda mi alma, con todas mis fuerzas.

Pero al mismo tiempo que trabajaba mucho, que batía el hierro mientras estaba caliente, aquello no me impedía que a veces, por la noche, cuando me encontraba frente a mi tía reflexionando en el susto que había dado a Dora, me preguntase qué haría para pasar a través del bosque de las dificultades con una guitarra en la mano; y a fuerza de pensar en ello me parecía que mis cabellos se volvían blancos.

## Capítulo 18

### Disolución de sociedad

Me apresuraré a poner inmediatamente en ejecución el plan que había formado relativo a los debates parlamentarios. Era uno de los hierros de mi forja que había que golpear mientras estuviera caliente, y me puse en ello con una perseverancia que me atrevo a admirar. Compré un célebre tratado sobre el arte de la taquigrafía (que me costó diez chelines) y me sumergí en un océano de dificultades, y al cabo de algunas semanas casi me habían vuelto loco todos los cambios que podía tener uno de esos acentos que colocados de una manera significaban una cosa y otra en tal otra posición; los caprichos maravillosos figurados por círculos indescifrables; las consecuencias enormes de un signo tan grande como una pata de mosca; los terribles efectos de una curva mal colocada, y no me preocupaban únicamente durante mis horas de estudio: me perseguían hasta durante mis horas de sueño. Cuando por fin

llegué a orientarme más o menos a tientas, en medio de aquel laberinto y a dominar casi el alfabeto, que por sí solo era todo un templo de jeroglíficos egipcios, fui asaltado por una procesión de nuevos horrores, llamados signos arbitrarios. Nunca he visto signos tan despóticos; por ejemplo, querían absolutamente que una línea más fina que una tela de araña significara espera, y que una especie de candil romano se tradujera por perjudicial. A medida que conseguía meterme en la cabeza todo aquello me daba cuenta de que se me había olvidado el principio. Lo volvía a aprender, y entonces olvidaba lo demás. Si trataba de recordarlo, era alguna otra parte del sistema la que se me escapaba.

En una palabra, era desolador; es decir, me habría parecido desolador si no hubiera sido por el recuerdo de Dora, que me animaba. ¡Dora, áncora fiel de mi barca, agitada por la tempestad! Cada adelanto en el sistema me parecía una encina nudosa que había derribado en el bosque de las dificultades, y me proponía derribarlas una tras otra con un redoblamiento de energía; tanto, que al cabo de cuatro meses me creí en estado de intentar una prueba con uno de nuestros oradores del Tribunal.

Nunca olvidaré que mi orador se había ya vuelto a sentar antes de que yo hubiera empezado siquiera y que mi lápiz se retorció encima del papel como si tuviera convulsiones.

Aquello no podía ser; era evidente que había aspirado a demasiado; había que conformarse con menos. Corrí a ver a Traddles para que me aconsejara, y me propuso dictarme discursos despacio, deteniéndose de vez en cuando para facilitarme la cosa. Acepté su ofrecimiento con la mayor gratitud, y todas las noches, durante mucho tiempo, tuvimos en Buckingham Street una especie de Parlamento privado cuando volvía de casa del doctor.

Me gustaría ver en algún sitio un Parlamento semejante. Mi tía y míster Dick representaban el Gobierno o la oposición (según las circunstancias), y Traddles, con ayuda del Orador de Enfielfi o de un tomo de Los debates parlamentarios, los aplastaba con las más tremendas invectivas. De pie al lado de la mesa, con una mano encima del libro, para no perder la página, el brazo derecho levantado por encima de su cabeza, Traddles representaba alternativamente a míster Pitt, a míster Fox, a míster Sheridan, a míster Burke, a lord Castlereadh, al vizconde Sidmouth, o a míster Canning, y entregándose a la cólera más violenta acusaba a mi tía y a míster Dick de inmoralidad y de corrupción. Yo, sentado cerca, con mi cuaderno de notas en la mano, hacía volar mi pluma, queriendo seguirle en su declamación. La inconstancia y la ligereza de Traddles no podrían ser sobrepasadas por ningún político del mundo. En ocho días había abrazado todas las ideas y había enarbolado veinte banderas. Mi tía, inmóvil como un canciller del Exchequer, lanzaba a veces una interrupción: «Muy bien» o «No» a «¡Oh!» cuando el texto parecía

exigirlo, y míster Dick (verdadero ejemplo del gentilhombre campesino) le servía inmediatamente de eco. Pero míster Dick fue acusado durante su carrera parlamentaria de cosas tan odiosas y le predijeron para el porvenir consecuencias tan terribles, que terminó por asustarse. Yo creo que hasta acabó por persuadirse de que efectivamente había hecho algo que debía acarrear la ruina de la Constitución de la Gran Bretaña y la decadencia inevitable del país.

Muy a menudo continuábamos nuestros debates hasta que el reloj daba las doce y las velas se habían quemado hasta el final. El resultado de tanto trabajo fue que terminé por seguir bastante bien a Traddles.

No faltaba más que una cosa a mi triunfo, y era saber leer después lo que ponía en mis notas; pero no tenía ni la menor idea. Una vez escritas, lejos de poder restablecer el sentido, era como si hubiera copiado inscripciones chinas de las cajas de té o las letras de oro que se pueden leer en los enormes frascos rojos de las farmacias.

No tenía otra cosa que hacer que volver a ponerme valientemente a la tarea. Era duro, pero empecé, a pesar de mi fastidio, a recorrer de nuevo laboriosa y metódicamente el camino que ya había andado, marchando a pasos de tortuga, deteniéndome para examinar minuciosamente el menor signo, y haciendo esfuerzos desesperados para descifrar aquellos caracteres pérfidos en cualquier parte que los encontrase.

Era muy exacto en mi oficina, muy exacto con el doctor; en fin, trabajaba como un verdadero caballo de alquiler.

Un día que me dirigía al Tribunal de Doctores, como de costumbre, me encontré en el umbral de la puerta a míster Spenlow muy serio y hablando solo. Como se quejaba a menudo de dolores de cabeza y tenía el cuello muy corto y los cuellos de las camisas muy tiesos, en el primer momento creí que le habría atacado un poco al cerebro; pero pronto me tranquilicé sobre aquel punto.

En lugar de contestarme a mi «Buenos días, caballero» con su amabilidad acostumbrada, me miró de un modo altanero y ceremonioso y me indicó fríamente que le siguiera a cierto café que en aquel tiempo daba al Tribunal por el pequeño arco al lado del cementerio de Saint Paul. Yo le obedecí muy turbado; me sentía cubierto de un sudor frío, como si todos mis temores fueran a parar a la piel. Andaba delante de mí, pues el sitio era muy estrecho, y la manera de llevar la cabeza no me presagiaba nada bueno.

Sospeché que había descubierto mis sentimientos por mi querida pequeña Dora.

Si no lo hubiera adivinado mientras le seguía hacia el café de que he

hablado no habría podido dudar mucho tiempo de lo que se trataba cuando, después de subir a una habitación del primer piso, me encontré con miss Murdstone, apoyada en una especie de mostrador, donde estaban alineadas varias garrafas conteniendo limones y dos de esas cajas extraordinarias completamente llenas de hendeduras donde antiguamente se clavaban los cuchillos y los tenedores, pero que, felizmente para la Humanidad, ahora están obsoletas.

Miss Murdstone me tendió sus uñas glaciales y se volvió a sentar con la expresión más austera.

Míster Spenlow cerró la puerta, me indicó que me sentara y se puso de pie delante de la chimenea.

—Tenga la bondad, miss Murdstone —dijo míster Spenlow—, de enseñar a míster Copperfield lo que lleva usted en el portamonedas.

Creo verdaderamente que era el mismo bolso con cierre de acero que le conocía desde mi infancia.

Con los labios tan apretados como el cierre, miss Murdstone empujó el resorte, entreabrió un poco la boca al mismo tiempo y sacó de su bolso mi última carta a Dora, toda llena de las expresiones más tiernas de afecto.

—Creo que es su letra, míster Copperfield —dijo míster Spenlow.

Tenía la frente ardiendo, y la voz que sonaba en mis oídos no se parecía siquiera a la mía cuando respondí:

—Sí, señor.

—Si no me equivoco —dijo míster Spenlow mientras miss Murdstone sacaba de su bolso un paquete de cartas atado con una preciosa cintita azul—, ¿estas cartas también son de su mano, míster Copperfield?

Cogí el paquete con un sentimiento de desolación; y viendo con una ojeada en el encabezamiento de las páginas: «Mi adorada Dora, mi ángel querido, mi querida pequeña», enrojecí profundamente y bajé la cabeza.

—No, gracias —me dijo fríamente míster Spenlow, pues le alargaba maquinalmente el paquete de cartas—. No quiero privarle de ellas. Miss Murdstone, tenga la bondad de continuar.

Aquella amable criatura, después de reflexionar un momento con los ojos fijos en la alfombra, contó lo siguiente muy secamente:

—Debo confesar que desde hace algún tiempo tenía mis sospechas respecto a miss Spenlow en lo concerniente a míster Copperfield, y no perdía de vista a miss Spenlow ni a David Copperfield. La primera vez que se vieron, la impresión que saqué ya no fue agradable. La depravación del corazón

humano es tal...

—Le agradeceré, señora —interrumpió míster Spenlow—, que se limite a relatar los hechos.

Miss Murdstone bajó los ojos, movió la cabeza como para protestar contra aquella interrupción inconveniente, y después repuso, con aire de dignidad ofendida:

—Puesto que debo limitarme a relatar los hechos, lo haré con la mayor brevedad posible. Decía, caballero, que desde hacía algún tiempo tenía mis sospechas sobre miss Spenlow y sobre David Copperfield. He tratado a menudo, pero en vano, de encontrar la prueba decisiva. Es lo que me ha impedido confiárselo al padre de miss Spenlow (y lo miró con severidad). Sabía que en semejantes casos se está muy poco dispuesto a creer con benevolencia a los que cumplen fielmente su deber. Míster Spenlow parecía aplastado por la noble severidad del tono de miss Murdstone e hizo con la mano un gesto conciliador.

—A mi regreso a Norwood después de haberme ausentado para el matrimonio de mi hermano —prosiguió mi Murdstone en tono desdeñoso—, creí observar que la conducta de miss Spenlow, igualmente de regreso de una visita a su amiga miss Mills, que su conducta, repito, daba más fundamento a mis sospechas, y la vigilé más de cerca.

Mi pobre, mi querida Dorita, ¡qué lejos estaba de sospechar que aquellos ojos de dragón estaban fijos en ella!

—Sin embargo —prosiguió miss Murdstone—, únicamente ayer por la noche adquirí la prueba decisiva. Yo opinaba que miss Spenlow recibía demasiadas cartas de su amiga miss Mills; pero como era con el pleno consentimiento de su padre (una nueva mirada muy amarga a míster Spenlow), yo no tenía nada que decir. Puesto que no se me permite aludir a la depravación natural del corazón humano al menos se me permitirá hablar de una confianza excesiva mal colocada.

—Está bien —murmuró míster Spenlow como apología.

—Ayer por la tarde —repuso miss Murdstone— acabábamos de tomar el té, cuando observé que el perrito corría, saltaba y gruñía en el salón, mordiendo algo. Le dije a mi Spenlow: «Dora, ¿qué es ese papel que tiene el perro en su boca?». Miss Spenlow palpó inmediatamente su cinturón lanzó un grito y corrió hacia el perro. Yo la detuve diciendo «Dora, querida mía, permíteme...». «¡Oh, Jip, miserable perrillo, tú eres el autor de tanto infortunio!»

—Miss Spenlow —continuó miss Murdstone— trató corromperme a

fuerza de besos, de cestitas de labor, de alhajitas, de regalos de todas clases. Yo no le hice caso. El perro corrió a refugiarse debajo del diván, y me costó mucho trabajo hacerle salir con ayuda de las tenazas. Una vez fuera seguía con la carta en la boca, y cuando traté de arrancársela, con peligro de que me mordiera, tenía el papel tan apretado entre los dientes, que todo lo que pude hacer fue levantar al perro en el aire detrás de aquel precioso documento. Sin embargo, terminé por apoderarme de él. Después de haberlo leído le dije a miss Spenlow que debía de tener en su poder otras cartas de la misma naturaleza, y por fin obtuve de ella el paquete que está ahora entre las manos de David Copperfield.

Se calló, y después de haber cerrado su bolso, cerró la boca, como una persona resuelta a dejarse despedazar antes que doblarse.

—Acaba usted de oír a miss Murdstone —dijo míster Spenlow volviéndose hacia mí—. Deseo saber, míster Copperfield, si tiene usted algo que decir.

El cuadro presente ante mí del hermoso tesoro de mi corazón llorando y sollozando toda la noche; la idea de que estaba sola, asustada, desgraciada, o de que había suplicado en vano a aquella mujer de piedra que la perdonara, y ofreciéndole en vano sus besos, sus estudios de labor y sus joyas, y, en fin, que todo aquello era por mi culpa, me hacía perder la poca dignidad que hubiera podido demostrar, y temblaba de tal modo de emoción que dudo si conseguí ocultarlo.

—No tengo nada que decir, caballero, a no ser que soy el único culpable...  
Dora...

—Miss Spenlow, si hace el favor —repuso su padre con majestad...

—... ha sido arrastrada por mí —continué, sin repetir después de míster Spenlow aquel nombre frío y ceremonioso para prometerme ocultarle nuestro afecto— y lo siento amargamente.

—Ha hecho usted muy mal, caballero —me dijo míster Spenlow paseándose de arriba abajo por el tapiz y gesticulando con todo el cuerpo, en lugar de mover únicamente la cabeza, a causa de la tiesura combinada de su corbata y de su espina dorsal—. Ha cometido usted un acto fraudulento e inmoral, míster Copperfield. Cuando yo recibo en mi casa a un «caballero», tenga diecinueve, veinte a ochenta años, le recibo con plena confianza. Si abusa de mi confianza, comete un acto innoble, míster Copperfield.

—Demasiado lo veo ahora, caballero; puede usted estar seguro; pero antes no me lo parecía. En realidad, míster Spenlow, con toda la sinceridad de mi corazón, antes no me lo parecía, ¡la quiero de tal modo, míster Spenlow...!



—Vamos, ¡qué tontería! —dijo míster Spenlow enrojeciendo—. ¿Va ahora a decirme en mi cara lo que quiere a mi hija, míster Copperfield?

—Pero, caballero, ¿cómo podría disculparme si no fuera así? —respondí en tono humilde.

—¿Y cómo puede usted defender su conducta siendo así? —dijo míster Spenlow deteniéndose bruscamente—. ¿Ha reflexionado usted en su edad y en la edad de mi hija, míster Copperfield? ¿Sabe usted lo que ha hecho destruyendo la confianza que debía existir entre mi hija y yo? ¿Ha pensado usted en la posición que mi hija ocupa en el mundo, en los proyectos que puedo yo haber formado para su porvenir, en las intenciones que pueda expresar en su favor en mi testamento? ¿Ha pensado usted en todo esto, míster Copperfield?

—Muy poco, caballero, lo siento —respondí en tono humilde y triste—; pero le ruego que crea que no ha desconocido mi propia situación en el mundo. Cuando le he hablado el otro día ya estábamos prometidos.

—Le ruego que no pronuncie esa palabra delante de mí, míster Copperfield.

Y, en medio de mi desesperación, no pude por menos observar que era completamente polichinela por el modo con que se golpeaba las manos una contra otra con la mayor energía.

La inmóvil miss Murdstone dejó oír una risita seca y desdeñosa.

—Cuando le he explicado el cambio de mi situación, caballero —repuse queriendo cambiar la palabra que le había molestado—, había ya, por mi culpa, un secreto entre miss Spenlow y yo. Desde que me situación ha cambiado he luchado, he luchado todo lo posible por mejorar, y estoy seguro de conseguirlo un día. ¿Quiere usted darme tiempo? ¡Somos tan jóvenes los dos, caballero!

—Tiene usted razón —dijo míster Spenlow bajando muchas veces la cabeza y frunciendo las cejas—, son ustedes muy jóvenes. Todo esto no son más que tonterías, que tienen que terminar. Coja usted esas cartas y quémelas. Devuélvame las de miss Spenlow, y yo las quemaré por mi parte. Y como en el futuro tendremos que vernos aquí y en el Tribunal, es cosa convenida que no volveremos a hablar de ello.

Veamos, míster Copperfield; no le falta a usted inteligencia, y comprenderá que es la única cosa razonable que puede hacer.

No, yo no podía ser de aquella opinión. Lo sentía mucho; pero había una consideración que era más fuerte que la razón. El amor pasa por encima de todo, y yo quería a Dora con locura, y ella a mí también.

No se lo dije precisamente en esos términos; pero se lo di a entender, y estaba muy decidido. No me importaba saber si estaría haciendo en todo aquello un papel ridículo, pero estaba bien decidido.

—Muy bien, míster Copperfield —dijo míster Spenlow—, utilizaré mi influencia con mi hija.

Miss Murdstone dejó oír un sonido expresivo, una larga aspiración, que no era un suspiro ni un gemido, pero que participaba de las dos cosas, como para hacer comprender a míster Spenlow que por ahí debía haber empezado.

—Utilizaré toda mi influencia con mi hija —dijo Spenlow envalentonado por aquella aprobación—.¿Se niega usted a coger esas cartas, míster Copperfield?

Yo había puesto el paquete encima de la mesa.

Sí me negaba, y esperaba que me dispensara; pero me resultaba imposible recibir aquellas cartas de las manos de miss Murdstone.

—¿Ni de las mías? —dijo míster Spenlow.

—Tampoco —respondí con el más profundo respeto.

—Muy bien —dijo míster Spenlow.

Hubo un momento de silencio. Yo no sabía si debía continuar allí o marcharme. Por fin me dirigí tranquilamente hacia la puerta, con intención de decirle que creía responder a sus sentimientos retirándome; pero me detuvo para decirme con expresión grave, hundiendo las manos en los bolsillos de su gabán, aunque apenas si las podía hacer entrar:

—¿Usted probablemente sabe, míster Copperfield, que no estoy absolutamente desprovisto de bienes materiales y que mi hija es mi pariente más cercana y querida?

Le respondí con precipitación que esperaba que si un amor apasionado me había hecho cometer un error, no me supondría por ello un alma vil e interesada.

—No me refiero a eso —dijo míster Spenlow—. Más valdría, por usted y por nosotros, míster Copperfield, que fuera usted un poco más interesado, quiero decir más prudente y menos fácil de arrastrar a las locuras de la juventud; pero, se lo repito desde otro punto de vista, usted sabe que tengo algo que dejar a mi hija.

Respondí que lo suponía.

—¿Y no creerá usted que en presencia de los ejemplos que se ven aquí todos los días en este Tribunal de la extraña negligencia de los hombres para

sus decisiones testamentarias, pues es quizá el caso en que se encuentran más extrañas revelaciones de la ligereza humana, no creerá que no he tomado ya mis medidas?

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—No consentiré —dijo míster Spenlow balanceándose alternativamente en la punta de los pies y en los talones, mientras movía lentamente la cabeza como para dar más fuerza a sus piadosas observaciones—, no consentiré que las disposiciones que he creído deber tomar respecto a mi hija sean modificadas en nada por una locura de juventud, pues es una verdadera locura; digamos la palabra, una tontería. Dentro de algún tiempo eso pesará menos que una pluma. Pero será posible, sin embargo... , podría suceder... que si esta tontería no fuese abandonada por completo me viera obligado, en un momento de ansiedad, a tomar mis precauciones para anular las consecuencias de un matrimonio imprudente. Espero, míster Copperfield, que usted no me obligará a abrir ni por un cuarto de hora esta página cerrada en el libro de la vida ni a desarreglar ni por un cuarto de hora graves asuntos que están en regla desde hace mucho tiempo.

Había en todas sus maneras una serenidad, una tranquilidad, una calma que me afectaban profundamente. Estaba tan tranquilo y tan resignado después de haber puesto en orden sus asuntos y arreglado sus últimas disposiciones como si fueran un papel de música, que se veía que él mismo no podía pensar en ello sin conmoverse. Hasta creo haber visto subir desde el fondo de su sensibilidad, a este pensamiento, algunas lágrimas involuntarias a sus ojos.

Pero ¿qué hacer? Yo no podía faltar a Dora ni a mi propio corazón. Me dijo que me daba una semana para reflexionar. ¿Podía yo contestar que no quería reflexionar durante una semana? Pero también ¿no debía yo estar convencido de que todas las semanas del mundo no cambiarían en nada la violencia de mi amor?

—Hará usted bien hablando de ello con miss Trotwood o con alguna otra persona que conozca la vida —me dijo míster Spenlow enderezando su corbata—. Le doy a usted una semana, míster Copperfield.

Me sometí y me retiré dando a mi fisonomía una expresión de abatimiento desesperado, que demostraba no podía cambiar nada mi inquebrantable constancia. Las cejas de miss Murdstone me acompañaron hasta la puerta; digo sus cejas mejor que sus ojos, porque ocupaban mucho más sitio en su rostro. Tenía exactamente la misma cara de antes, cuando en nuestro saloncito de Bloonderstone recitaba mis lecciones en su presencia. Con un poco de buena voluntad hubiera podido creer que el peso que me oprimía el corazón era todavía aquel abominable alfabeto con sus viñetas ovaladas, que yo comparaba en mi infancia a los cristales de los lentes.

Cuando llegué a la oficina oculté el rostro entre las manos, y allí, delante de mi pupitre, sentado en mi rincón, sin ver al viejo Tiffey ni a mis otros camaradas, me puse a reflexionar en el terremoto que acababa de tener lugar bajo mis pies; y en la amargura de mi alma maldecía a Jip, y estaba tan preocupado por Dora, que todavía me pregunto cómo no cogí el sombrero para dirigirme como un loco hacia Norwood. La idea de que la harían sufrir, de que la harían llorar y de que yo no estaba allí para consolarla se me hizo tan odiosa, que me puse a escribir una carta insensata a míster Spenlow, donde le suplicaba que no hiciera pesar sobre ella las consecuencias de mi cruel destino. Le suplicaba que evitara los sufrimientos a aquella dulce naturaleza; que no rompiera una flor tan frágil. En resumen, si no recuerdo mal, le hablaba como si en lugar de ser el padre de Dora fuera un ogro. La cerré y la coloqué encima de su pupitre antes de que volviera. Cuando entró, le vi por la puerta entreabierta de su despacho coger la carta y abrirla.

Aquella mañana no me habló de ella; pero por la tarde, antes de marcharse, me llamó y me dijo que no necesitaba preocuparme por la felicidad de su hija. Le había dicho sencillamente que era una tontería, y no pensaba volverle a hablar de ello. Se creía un padre indulgente (y tenía razón) y no tenía ninguna necesidad de preocuparme por aquello.

—Podría usted obligarme con su locura o su obstinación, míster Copperfield —añadió—, a alejar durante algún tiempo a mi hija de mi lado; pero tengo de usted mejor opinión. Espero que dentro de unos días sea más razonable. En cuanto a miss Murdstone (pues había hablado de ella en mi carta), respeto la vigilancia de esa señora y se la agradezco; pero le he recomendado expresamente que evite ese asunto.

La única cosa que deseo, míster Copperfield, es no volver a ocuparme de él. Lo único que tiene usted que hacer es olvidarlo.

¡Lo único que tenía que hacer! En una carta que escribí a miss Mills subrayaba esta palabra con amargura. ¡Lo único que tenía que hacer, decía con sombrío sarcasmo, era olvidar a Dora! ¡Aquello era lo único! ¡Como si no fuera nada! Suplicaba a miss Mills que me recibiera aquella misma tarde. Si no podía consentirlo, le pedía que me recibiera a hurtadillas en la habitación de detrás, donde se planchaba.

Le decía que mi razón peligraba y que ella era la única que podía hacerme volver en sí. Terminaba, en mi locura, por decirme suyo para siempre, con mi firma al final. Releyendo mi carta antes de confiársela a un muchacho, no pude por menos de encontrarle mucho parecido con el estilo de míster Micawber.

A pesar de todo, la envié. Y por la tarde me dirigí hacia casa de miss Mills y paseé en todos los sentidos la calle hasta que una criada vino a avisarme que

la siguiera por un camino disimulado. Después he tenido razones para creer que no había ningún motivo para que no entrara por la puerta principal, y hasta para que me recibiera en el salón, si no fuera porque a miss Mills le gustaba todo lo que tenía aspecto de misterio.

Una vez en la antecocina, me abandoné a mi desesperación. Si había ido con la intención de ponerme en ridículo, estoy seguro de haberlo conseguido. Miss Mills había recibido de Dora cuatro letras escritas de prisa, donde le decía que todo se había descubierto. Añadía: «¡Oh, ven conmigo, Julia; te lo suplico!».

Pero miss Mills no había podido todavía ir a verla, ante el temor de que su visita no fuera del gusto de las autoridades superiores; estábamos todos como viajeros perdidos en el desierto de Sahara.

Miss Mills tenía una prodigiosa volubilidad y se complacía en ella. Yo no podía por menos de darme cuenta, mientras mezclaba sus lágrimas con las mías, que nuestras aflicciones eran para ella una diversión. Las mimaba, si puedo decirlo así, para su propio bien. Me hacía observar que un abismo inmenso se acababa de abrir entre Dora y yo y que sólo el amor podía atravesarlo con su arco iris. El amor existía para sufrir en este bajo mundo; esto había sido siempre y continuaría siendo. «¡No importa —añadía—. Los corazones no se dejan encadenar largo tiempo por esas telas de araña; sabrán romperlas, y el amor será vengado!»

Todo esto no era muy consolador; pero miss Mills no quería animar esperanzas engañosas. Me dejó más desconsolado de lo que había ido, lo que no me impidió decirle (y, lo que es más fuerte, lo pensaba) que le estaba profundamente agradecido y que estaba convencido de que era verdaderamente nuestra amiga. Decidió que al día siguiente por la mañana iría a ver a Dora y que intentaría algún medio de asegurarle, fuera por una palabra o por una mirada, todo mi afecto y toda mi desesperación. Nos separamos destrozados de dolor. ¡Qué contenta debía de estar miss Mills!

Al llegar a casa de mi tía se lo conté todo, y a pesar de todo lo que me dijo me acosté desesperado, me levanté desesperado y salí desesperado.

Era sábado por la mañana; me dirigí inmediatamente a mi oficina, y me sorprendió mucho al llegar ver a los empleados de caja delante de la puerta y charlando entre sí. Algunos transeúntes miraban por las ventanas, que estaban todas cerradas. Yo avivé el paso y, sorprendido de lo que veía, entré presuroso.

Los empleados estaban en su puesto, pero nadie trabajaba. El viejo Tiffey estaba sentado, quizá por primera vez en su vida, en la silla de uno de sus colegas, y ni siquiera había colgado su sombrero.

—¡Qué horrible desgracia, míster Copperfield! —me dijo en el momento

en que entraba.

—¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido? —exclamé.

—¿No lo sabe usted? —exclamó Tiffey, y todo el mundo me rodeó.

—No —dije mirándolos a todos uno después de otro.

—Míster Spenlow... —dijo Tiffey.

—¿Y bien?

—¡Ha muerto!

Creí que la tierra se abría bajo mis pies; temblé; uno de los empleados me sostuvo en sus brazos. Me hicieron sentarme, desataron la corbata, me dieron un vaso de agua. No tengo idea del tiempo que duró todo aquello.

—¿Muerto? —repetí.

—Ayer comió en Londres y condujo él mismo el faetón —dijo Tiffey—. Había enviado al lacayo en la diligencia, como hacía algunas veces, ¿sabe usted?

—¿Y bien?

—El faetón llegó vacío. Los caballos se detuvieron a la puerta de la cuadra. El palafrenero acudió con una linterna. Y no había nadie en el coche.

—¿Es que se habían desbocado los caballos?

—No; no estaban calientes ni más fatigados que de costumbre. Las bridas estaban rotas y era evidente que se habían arrastrado por el suelo. Toda la casa se revolvió al momento; tres criados recorrieron el camino, y le encontraron a una milla de la casa.

—A más de una milla, míster Tiffey —insinuó un joven empleado.

—¿Cree usted? Quizá tenga usted razón —dijo Tiffey—, a más de una milla, no lejos de la iglesia.

Estaba tendido boca abajo. Una parte de su cuerpo yacía en la carretera, y el resto en la cuneta. Nadie sabe si le ha dado un ataque que le ha hecho caer del coche, o si se ha bajado porque se sentía indispuerto; ni siquiera se sabe si estaba completamente muerto cuando le han encontrado; lo que es seguro es que estaba completamente insensible. Quizá respiraba todavía; pero no pronunció una sola palabra. Han acudido médicos en cuanto se ha podido; pero todo ha sido inútil.

¡Cómo describir mi estado de ánimo ante aquella noticia! Todo el mundo comprenderá mi turbación al enterarme de aquel suceso, y tan súbito, cuya víctima era precisamente el hombre con quien acababa de tener una discusión.

Aquel vacío repentino que dejaba en su despacho, ocupado todavía la víspera, donde su silla y su mesa parecían esperarlo; aquellas líneas trazadas de su mano y dejadas encima del pupitre como últimas huellas del espectro desaparecido; la imposibilidad de separarlo en nuestro pensamiento del lugar en que estábamos, hasta el punto de que cuando la puerta se abría esperábamos verle entrar; el silencio triste y el vacío de las oficinas; la insaciable avidez de nuestras gentes para hablar, y la de las gentes de fuera, que no hacían más que entrar y salir todo el día para enterarse de nuevos detalles. ¡Qué espectáculo desolador! Pero lo que no sabré describir es cómo en los pliegues ocultos de mi corazón sentía una secreta envidia de la muerte; cómo le reprochaba el dejarme en segundo plano en los pensamientos de Dora; cómo el humor injusto y tiránico que me poseía me hacía celoso hasta de su pena; cómo sufría al pensar que otros la podrían consolar, que lloraría lejos de mí; en fin, cómo estaba dominado por un deseo avaro y egoísta de separarla del mundo entero en mi provecho, para ser yo solo todo para ella, en aquel momento tan mal escogido para no pensar más que en mí.

En la confusión de aquel estado de ánimo (espero no haber sido el único que lo ha sentido así y que otros podrán comprenderlo) fui aquella misma tarde a Norwood. Supe por un criado que miss Mills había llegado; le escribí una carta haciendo poner la dirección a mi tía. Deploraba de todo corazón la muerte tan inesperada de míster Spenlow, y al escribirla vertía lágrimas. Le suplicaba que dijera a Dora, si estaba en estado de oírla, que me había tratado con bondad, con una benevolencia infinita, y que el nombre de su hija lo había pronunciado con la mayor ternura, sin la sombra de un reproche. Sé que también aquello era puro egoísmo por mi parte. Era un medio de hacer llegar mi nombre a ella; pero yo trataba de convencerme de que era un acto de justicia hacia su memoria. Y quizá lo creía.

Mi tía recibió al día siguiente algunas líneas en respuesta; estaba dirigida a ella, pero la carta era para mí. Dora estaba agobiada de dolor, y cuando su amiga le había preguntado si seguía amándome, había exclamado llorando, pues lloraba sin interrupción: «¡Oh, mi querido papá, mi pobre papá!»; pero no había dicho que no, lo que me causó el mayor placer.

Míster Jorkins vino a las oficinas algunos días después. Había permanecido en Norwood desde el suceso. Tiffey y él estuvieron encerrados juntos durante algún tiempo; después Tiffey abrió la puerta y me hizo seña de que entrara.

—¡Oh míster Copperfield! —dijo míster Jorkins—. Míster Tiffey y yo vamos a examinar el pupitre, los cajones y todos los papeles del difunto, para poner el sello sobre sus papeles personales y buscar su testamento. No encontrarnos huellas en ninguna parte. ¿Quiere tener la bondad de ayudarnos?

Desde el suceso estaba muy preocupado, pensando en qué situación se

quedaría mi Dora, quién sería su tutor, etc., y la proposición de míster Jorkins me daba ocasión de disipar mis dudas. Nos pusimos todos a ello. Míster Jorkins abrió los pupitres y los cajones, y nosotros sacábamos todos los papeles.

Pusimos a un lado los de la oficina y a otro los que eran personales del difunto, que no eran numerosos.

Todo se hizo con la mayor gravedad; y cuando nos encontrábamos un sello o un guardapuntas, o una sortija o cualquier otro objeto menudo de uso personal, bajábamos instintivamente la voz.

Habíamos sellado ya muchos paquetes, y continuábamos, en medio del silencio y del polvo, cuando míster Jorkins me dijo, sirviéndose exactamente de los términos en que su asociado, míster Spewlow, nos había hablado de él:

—Míster Spewlow no era hombre que se dejara fácilmente desviar de las tradiciones y de los caminos ya hechos. Usted lo conocía. ¡Pues bien! Yo creo que no ha hecho testamento.

—¡Oh, estoy seguro de lo contrario! —dije.

Los dos se detuvieron para mirarme.

—El día que le vi por última vez —repuse— me dijo que había hecho un testamento y que tenía ordenados sus asuntos desde hace mucho tiempo.

Míster Jorkins y el viejo Tiffey movieron la cabeza de común acuerdo.

—Eso no promete nada bueno —dijo Tiffey.

—Nada bueno —dijo míster Jorkins.

—Sin embargo, no dudarán ustedes —dije.

—Mi querido míster Copperfield —me dijo Tiffey, y puso la mano encima de mi brazo, mientras cerraba los ojos y movía la cabeza—, si llevara usted tanto tiempo como yo en este estudio sabría usted que no hay asunto sobre el cual los hombres sean menos previsores y en el que se les debe creer menos por sus palabras.

—Pero si en realidad esas son sus propias expresiones —repliqué, insistiendo.

—Entonces es decisivo —repuso Tiffey—. Mi opinión entonces es... que no hay testamento.

Esto me pareció al principio la cosa más extraña del mundo; pero el caso es que no había testamento.

Los papeles no proporcionaban el menor indicio de que hubiera podido



haber nunca ninguno; no se encontró el menor proyecto ni el menor memorándum que anunciara que hubiese tenido nunca la intención de hacerlo. Lo que casi me sorprendió tanto es que sus negocios estaban en el mayor desorden. No se podía uno dar cuenta ni de lo que debía, ni de lo que había pagado, ni de lo que poseía. Es muy probable que desde hacía años él mismo no tuviera ni la menor idea. Poco a poco se descubrió que, empujado por el deseo de brillar entre los procuradores del Tribunal de Doctores, había gastado más de lo que ganaba en el estudio, que no era demasiado, y que había hecho una brecha importante en sus recursos personales, que probablemente tampoco habían sido nunca muy considerables. El mobiliario de Norwood se puso a la venta, se alquiló la casa, y Tiffey me dijo, sin saber todo el interés que yo tomaba en ello, que una vez pagadas las deudas y deducida la parte de sus asociados en el estudio él no daría por todo el resto ni mil libras. Todo esto lo supe después de seis semanas. Había estado sufriendo todo aquel tiempo, y estaba a punto de poner fin a mi vida cada vez que miss Mills me decía que mi pobre Dorita no contestaba cuando le hablaban de mí más que gritando: «¡Oh mi pobre papá, mi querido papá!». Me dijo también que Dora no tenía más parientes que dos tías, hermanas de míster Spenlow, solteras, y que vivían en Putney. Desde hacía muchos años tenían muy rara comunicación con su hermano. Sin embargo, no se habían peleado nunca; pero míster Spenlow no las invitó más que a tomar el té el día del bautizo de Dora, en lugar de invitarlas a comer, como ellas tenían la pretensión, y le habían contestado por escrito que, por el interés de ambas partes, creían más prudente no moverse de su casa. Desde aquel día su hermano y ellas habían vivido cada uno por su lado.

Aquellas dos damas salieron, sin embargo, de su retiro para ir a proponer a Dora que se fuera a vivir con ellas en Putney. Dora se arrojó a sus cuellos llorando y sonriendo: «¡Oh, sí, tías; os lo ruego; llevadme a Putney con Julia Mills y Jip!». Y se volvieron todas juntas poco después del entierro.

Yo no sé cómo encontré tiempo para ir a rondar alrededor de Putney; pero el caso es que, de una manera o de otra, me escapaba muy a menudo por sus alrededores. Miss Mills, para mejor llenar todos los deberes de la amistad, escribía un diario de lo que sucedía cada día. Muchas veces salía a mi encuentro en el campo para leérmelo, o prestármelo cuando no tenía tiempo de leérmelo. ¡Con qué felicidad recorría yo los diversos artículos de aquel registro concienzudo! He aquí una muestra:

«Lunes. -Mi querida Dora continúa muy abatida. -Violento dolor de cabeza -Llamo su atención sobre la belleza del pelo de Jip -D. Acaricia a J. - Asociación de ideas que abren las esclusas del dolor. - Torrente de lágrimas. - (Las lágrimas ¿no son el rocío del corazón? -J. M.)

»Martes. -Dora, débil e inquieta -Bella en su palidez (misma observación

para el lunes... J. M.). D., J. M. y J. salen en coche -J. saca la nariz fuera de la portezuela y ladra violentamente contra un barrendero. -Una ligera sonrisa aparece en los labios de D. -(He aquí los débiles anillos de que se compone la cadena de la vida. -J. M.)

»Miércoles. -D., alegre en comparación de los días precedentes. -Le he cantado una melodía conmovedora: Las campanas de la tarde, que no la ha tranquilizado, ni mucho menos -D., conmovida hasta el sumum. -La he encontrado más tarde llorando en su habitación; le he recitado versos donde la comparaba con una joven gacela -Resultado mediocre. -Alusión a la imagen de la paciencia sobre una tumba -(Pregunta: ¿Por qué sobre una tumba? -J. M.)

»Jueves. -D. bastante mejor. -Mejor noche -Ligero matiz rosado en las mejillas. -Me he decidido a pronunciar el nombre de D. C. -Este nombre lo vuelvo a insinuar con precaución durante el paseo -D., inmediatamente trastornada. «¡Oh querida Julia, oh! He sido una niña desobediente.» -La tranquilizo con mis caricias. -Hago un cuadro ideal de D. C. a las puertas de la muerte. -D., de nuevo trastornada. «¡Oh, qué hacer, qué hacer! ¡Llévame a alguna parte!» -Gran alarma. -Desvanecimiento de D. -Vaso de agua traído de un café. -(Comparación poética. Una muestra extravagante sobre la puerta del café. La vida humana también es abigarrada, ¡ay! -J. M.)

»Viernes. -Día lleno de sucesos. -Un hombre se ha presentado en la cocina con un saco azul; ha pedido las botas de una señora dejadas para arreglar. La cocinera responde que no ha recibido órdenes. El hombre insiste. La cocinera se retira para preguntar lo que hay de ello. Deja al hombre solo con Jip. A la vuelta de la cocinera el hombre insiste todavía; después se retira. J. ha desaparecido; D. está desesperada. Se ha avisado a la policía. El hombre tiene la nariz curva y las piernas torcidas como las balastradas de un puente. Se busca por todas partes. J. no aparece. -D. llora amargamente, está inconsolable -Nueva alusión a una joven gacela, a propósito, pero sin efecto. -Por la tarde un muchacho desconocido se presenta. Le hacen entrar al salón. Tiene la nariz grande, pero las piernas derechas. Pide una guinea por un perro que ha encontrado. Se niega a explicarse más claramente. D. le da la guinea; lleva a la cocinera a una casita donde se encuentra el perro atado al pie de un mesa. -Alegría de D., que baila alrededor de J. mientras come. -Animada por este dichoso cambio, hablo de D. C. cuando estamos en el primer piso. -D. vuelve a ponerse a sollozar: «¡Oh, no, no; no debo pensar más que en mi papá!» -Abraza a J. y se duerme llorando. -(¿No debe confiar D. C. en las vastas alas del tiempo? -J. M.)» Miss Mills y su diario eran entonces mi único consuelo. En mi pena, el único recurso era verla (ella acababa de estar con Dora) y encontrar la inicial de Dora en cada línea de aquellas páginas llenas de simpatía, aumentando así mi dolor. Me parecía que hasta entonces había

vivido en un castillo de naipes que acababa de derribarse, dejándonos a miss Mills y a mí en medio de sus ruinas. Me parecía que un horrible mago había rodeado a la divinidad de mi corazón de un círculo mágico, y que las alas del tiempo, aquellas alas que llevan tan lejos a tantas criaturas humanas, podrían únicamente ayudarme a franquearlo.

## Capítulo 19

### Wickfield y Deep

Mi tía supongo que empezó a preocuparse seriamente por mi abatimiento prolongado, e ideó enviarme a Dover con el pretexto de ver si todo iba bien en su casita, que había alquilado, y con objeto de renovar el alquiler con el inquilino actual. Janet había entrado al servicio de mistress Strong, donde la veía todos los días. Había estado indecisa, al dejar Dover, respecto a si confirmaría o denegaría de una vez el renunciamiento desdeñoso por el sexo masculino que había sido el fundamento de su educación. Se trataba de casarse con un piloto. Pero no quiso exponerse, menos, sin embargo, en honor del principio en sí mismo que porque el piloto no la acabara de gustar.

Aunque me costaba trabajo dejar a miss Mills, me parecieron bastante bien las intenciones de mi tía; aquello me proporcionaría el placer de pasar unas cuantas horas tranquilas al lado de Agnes. Consulté al doctor para saber si podría ausentarme tres días, y me aconsejó que estuviera más tiempo fuera; pero me interesaba demasiado mi trabajo para tomarme unas vacaciones muy largas. Por fin me decidí a partir.

En cuanto a mi oficina del Tribunal de Doctores, no tenía por qué preocuparme del trabajo. A decir verdad, no estábamos en olor de santidad entre los procuradores de primer vuelo; es más, habíamos caído casi en una situación equívoca. Los negocios en tiempos de míster Jorkins, antes de míster Spenlow, no habían sido muy brillantes. Después el difundo socio los había animado renovando con una infusión de sangre joven la vieja rutina del estudio y les había dado algo de brillo con su tren de vida; pero aquello no reposaba sobre bases bastante sólidas para que la muerte repentina de su principal director no lo quebrantara. Los negocios disminuyeron sensiblemente. Míster Jorkins, a pesar de la reputación que tenía entre nosotros, era un hombre débil e incapaz, y su reputación, de puertas a fuera, no era lo bastante fuerte. Desde la muerte de míster Spenlow yo estaba colocado a su lado, y cada vez que le veía tomar tabaco e interrumpir el trabajo sentía más las mil libras de mi tía.

Y no era éste el mayor mal. Había en el Tribunal de Doctores una cantidad de desocupados que, sin ser procuradores, se apoderaban de gran parte de los negocios, para hacerlos ejecutar enseguida por verdaderos procuradores, dispuestos a prestar sus nombres a cambio de una parte del dinero. Como necesitábamos negocios a toda costa, nosotros nos asociamos a aquella noble corporación y tratamos de atraerlos. Lo que pedían sobre todo, por ser lo que más producía, eran las autorizaciones de matrimonio o las actas probatorias para validez de testamento; pero todos querían obtenerlos, y la competencia era tanta, que se ponían de plantón a la entrada de las galerías que conducían al Tribunal enviados encargados de atraerse a los despachos respectivos a todas las personas de luto y a todos los jóvenes inexpertos. Estas instrucciones eran tan fielmente ejecutadas, que dos veces, a pesar de lo conocido que era, fui «raptado» para el estudio de nuestro más temible rival. Los intereses contrarios de aquellos reclutadores modernos solían terminar en combates cuerpo a cuerpo, y nuestro principal agente, que había empezado por el comercio de vinos al por menor, dio en el mismo Tribunal el escandaloso espectáculo, durante algunos días, de tener un ojo negro. Estos virtuosos personajes no tenían el menor escrúpulo, cuando ofrecían la mano para que bajara del coche a alguna anciana señora de luto, de matar de golpe al procurador por quien preguntaba, presentando a su patrón como legítimo sucesor del difunto y llevando en triunfo a la anciana, a veces todavía conmovida por la noticia que acababan de darle. Así me llevaron a mí muchos prisioneros. En cuanto a las autorizaciones de matrimonio, la competencia era tan formidable, que un pobre señor tímido que venía con ese objeto hacia nosotros no tenía mejor cosa que hacer que abandonarse al primer agente que se le presentase si no quería ser causa de guerra y presa del vencedor. Uno de estos empleados en esta especialidad no abandonaba nunca su sombrero cuando estaba sentado, con objeto de estar siempre dispuesto a lanzarse sobre las víctimas que apareciesen en el horizonte. Aquel sistema de persecución todavía está en vigor, según creo. La última vez que yo fui a «Doctors Commons», un hombre muy educado, revestido de un delantal blanco, me saltó encima bruscamente, murmurando a mi oído las palabras sacramentales: «¿Una autorización de matrimonio?», y con gran trabajo le impedí que me llevara en brazos al estudio de un procurador.

Pero después de estas digresiones pasemos a Dover.

Encontré todo en un estado muy satisfactorio y pude halagar la pasión de mi tía contándole que su inquilino había heredado sus antipatías y hacía una guerra encarnizada a los asnos. Pasé una noche en Dover para arreglar algunos asuntillos, y al día siguiente muy temprano me dirigí a Canterbury.

Estábamos en invierno; el tiempo fresco y el viento fuerte reanimaron un poco mi espíritu.

Erraba lentamente a través de las antiguas calles de Canterbury con una alegría tranquila, que me serenaba el corazón. Volví a ver las muestras de las tiendas, los nombres, las caras conocidas. Me parecía que hacía tanto tiempo que había estado en el colegio en aquella ciudad, que no hubiera podido comprender cómo había cambiado tan poco, si no hubiera pensado en lo poco que también había cambiado yo. Lo que es extraño es que la influencia dulce y tranquila que ejercía sobre mí el pensamiento de Agnes parecía extenderse sobre el lugar en que habitaba. Encontraba en todo una serenidad, una apariencia tan tranquila y pensativa en las torres de la venerable catedral como en los viejos cuervos, cuyos gritos lúgubres parecían dar a los edificios antiguos una sensación de soledad mayor de lo que hubiera podido hacerlo un silencio absoluto; también la había en las puertas en ruinas, antes decoradas con estatuas y hoy reducidas a polvo. Tanto en los peregrinos respetuosos que les rendían homenaje, como en los nichos silenciosos donde la hiedra centenaria trepaba hasta el tejado a lo largo de los muros de las casas viejas; y como el paisaje campestre, todo parecía llevar en sí, como Agnes, el espíritu de tranquila inocencia, bálsamo soberano para un alma inquieta.

Llegado a la puerta de míster Wickfield me encontré a míster Micawber, que dejaba correr su pluma con la mayor actividad en la habitacioncita del primer piso, donde antes solía estar Uriah Heep. Estaba todo vestido de negro y su maciza persona llenaba por completo el pequeño despacho donde trabajaba. Míster Micawber parecía a la vez encantado y confuso de verme. Quería llevarme inmediatamente a ver a Uriah; pero yo me negué.

—Conozco esta casa de antigua fecha —le dije— y sabré encontrar mi camino. ¡Y bien! ¿Qué dice usted del Derecho, míster Micawber?

—Mi querido Copperfield —me respondió—, para un hombre dotado de una imaginación trascendental, los estudios del Derecho tienen un lado muy malo; le ahogan en los detalles. Hasta en nuestra correspondencia de negocios —dijo míster Micawber lanzando una mirada sobre las cartas que escribía—, el espíritu no tiene la libertad de tomar la expresión sublime que le satisfaría. A pesar de eso, es un gran trabajo, ¡un gran trabajo!

Me dijo enseguida que era inquilino en la antigua casa de Uriah Heep, y que mistress Micawber estaría encantada de recibirme una vez más bajo su techo.

—Es una casa humilde —dijo míster Micawber—, para servirme de la expresión favorita de mi amigo Heep; pero quizá nos sirva de estribo para elevarnos a otras más ambiciosas.

Le pregunté si estaba satisfecho del trato de su amigo Heep. Empezó por cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada, y después me respondió en voz baja:

—Mi querido Copperfield, cuando se está bajo el golpe de las dificultades pecuniarias se pone uno bis a bis con la mayor parte de la gente en una situación muy violenta, y lo que no mejora nada esta situación es el que las dificultades pecuniarias obliguen a pedir el sueldo antes de su término legal. Todo lo que puedo decirle es que mi amigo Heep responde a llamadas a las que no quiero hacer más amplia alusión de una manera que hace igualmente honor a su cabeza y a su corazón.

—¡Nunca le hubiera visto tan pródigo de su dinero! —observé.

—¡Perdón! —dijo Micawber con reserva—. Hablo por experiencia.

—Estoy encantado de que la experiencia le haya resultado tan bien —le respondí.

—Es usted muy bueno, mi querido Copperfield —dijo míster Micawber; y se puso a tararear una canción.

—¿Ve usted a menudo a míster Wickfield? —le pregunté para cambiar la conversación.

—No muy a menudo —dijo míster Micawber con aire de desprecio—; míster Wickfield seguramente tiene las mejores intenciones; pero... , pero... No sirve ya para nada.

—Temo que su asociado haga todo lo posible para ello.

—Mi querido Copperfield —repuso míster Micawber después de ejecutar muchas evoluciones sobre su escabel—, permítame que le haga una observación. Yo estoy como persona de confianza, ocupo un puesto de confianza y mis funciones no me permiten discutir ciertos asuntos, ni siquiera con mistress Micawber (ella, que ha sido tanto tiempo la compañera en las vicisitudes de mi vida y que es una mujer de una inteligencia notable). Me tomaré, por lo tanto, la libertad de hacerle observar que en nuestro trato amistoso, que espero no será turbado nunca, deseo hacer dos partes: A un lado —dijo míster Micawber trazando una línea encima de su pupitre—, a un lado colocaremos todo aquello a que puede llegar la inteligencia humana con una sola y pequeña excepción, es decir, los asuntos de míster Wickfield y Heep y todo lo que a ellos se refiere. Tengo la seguridad de que no ofendo al compañero de mi juventud haciendo a su juicio claro y discreto semejante proposición.

Veía muy bien que míster Micawber había cambiado mucho; parecía que sus nuevos deberes le imponían una reserva penosa; sin embargo, yo no tenía derecho para sentirme ofendido. Pareció más tranquilo y me tendió la mano.

—Estoy encantado de miss Wickfield, Copperfield, se lo juro —dijo míster Micawber—. Es una criatura encantadora, llena de encantos, de gracia y de

virtudes. Por mi honor —dijo míster Micawber haciendo el saludo más galante, como para enviar un beso—, rindo homenaje a miss Wickfield.

—Estoy encantado —le dije.

—Si usted no me hubiera asegurado, mi querido Copperfield, el día en que tuvimos el gusto de pasar la tarde con usted, que la D era su letra preferida, hubiera estado convencido de que era la A.

Hay momentos, todo el mundo pasa por ellos, en que lo que decimos o hacemos creemos haberlo hecho y dicho ya en una época muy lejana y lo recordamos como si hubiéramos estado hace siglos rodeados de las mismas personas, de los mismos objetos, de los mismos incidentes; y sabemos perfectamente de antemano lo que nos van a decir después, como si nos volviese la memoria de pronto.

Nunca había experimentado más vivamente aquel sentimiento misterioso que antes de oír las palabras de míster Micawber.

Le dejé pronto, rogándole que transmitiera mis recuerdos a su familia. Él volvió a coger la pluma y se frotó la frente como para reanudar su trabajo. Me daba cuenta de que había algo en sus nuevas funciones que enfriaban nuestra intimidad.

No había nadie en el viejo salón; pero mistress Heep había dejado las huellas de su paso. Abrí la puerta de la habitación de Agnes. Estaba sentada al lado del fuego y escribía ante su pupitre de madera tallada.

Levantó la cabeza para ver quién era. Y qué placer para mí observar la alegría que expresó al verme aquel rostro reflexivo, y ser recibido con tanto cariño y bondad.

—¡Ah! —le dije cuando nos sentamos uno al lado de otro—. ¡Cuánta falta me has hecho, Agnes, desde hace cierto tiempo!

—¿De verdad? —me respondió— Pues no hace tanto que nos hemos separado.

Moví la cabeza.

—No sé en qué consiste, Agnes; pero es evidente que me falta alguna facultad que necesito. Me habías acostumbrado de tal modo a pensar por mí en los buenos tiempos; venía con tanta naturalidad a inspirarme en tus consejos y a buscar tu ayuda, que verdaderamente temo haber perdido el uso de una facultad de la que no tenía necesidad a tu lado.

—¿Y cuál es? —dijo alegremente Agnes.

—No sé qué nombre darle —respondí—, pues creo que soy formal y perseverante.

—Estoy segura —dijo Agnes.

—Y paciente, Agnes —repuse titubeando.

—Sí —dijo Agnes, riendo—; bastante paciente.

—Y, sin embargo, soy algunas veces tan desgraciado y estoy tan inquieto, tan indeciso, tan incapaz de tomar una decisión, que evidentemente me falta, ¿cómo diríamos?... , me falta un punto de apoyo.

—Puede que sí —dijo Agnes.

—Mira —repuse—; no tienes más que verte a ti misma. Vienes a Londres, me dejas guiar por ti: al momento encuentro un objeto y una dirección. Se me escapa ese objeto, y vengo aquí: pues enseguida soy otro hombre. Las circunstancias que me afligían no han cambiado desde que he entrado en esta habitación; sin embargo, he sufrido ya una influencia que me transforma, que me hace mejor. ¿Qué es eso, Agnes? ¿Cuál es tu secreto?

Tenía la cabeza inclinada y los ojos fijos en el fuego.

—Es siempre la misma historia —le dije—. No te rías porque te diga ahora, para las grandes cosas, las mismas palabras que antes para las pequeñas. Mis antiguas penas eran chiquilladas, y hoy son cosas serias; pero todas las veces que he abandonado a mi hermana adoptiva...

Agnes levantó la cabeza, ¡qué rostro celestial!, y me tendió su mano. Yo la besé.

—Todas las veces, Agnes, que no has estado a mi lado para empezar las cosas con tu aprobación, me he perdido y me he metido en una multitud de dificultades. Cuando por fin he venido a buscarte (como he hecho siempre) he encontrado al mismo tiempo la paz y la felicidad. Hoy todavía he vuelto al hogar, pobre viajero fatigado, y no puedes figurarte la dulzura, el reposo que saboreo a tu lado.

Sentía tan profundamente lo que decía y estaba tan verdaderamente conmovido, que me faltaba la voz; oculté la cabeza entre mis manos y eché a llorar. No escribo aquí más que la verdad. No pensaba en las contradicciones ni en las consecuencias que había en mi corazón, como en el de la mayoría de los hombres; no se me ocurría pensar que podía haber obrado de otro modo y mejor de lo que había hecho hasta entonces. Ni que había sido una equivocación el cerrar voluntariamente los oídos al grito de mi conciencia, no; todo lo que sabía es que era de buena fe cuando le decía con tanto fervor que a su lado encontraba el reposo y la paz.

Ella calmó pronto aquel impulso de sensibilidad con la expresión de su dulce y fraternal afecto, con sus ojillos brillantes, con su voz llena de ternura y con la calma encantadora que siempre me había hecho considerar su morada



como un lugar bendito. Animó mi valor y me hizo, naturalmente, contarle todo lo que había sucedido desde nuestra última entrevista.

—Y no tengo nada más que decirte, Agnes —añadí cuando terminé mi confidencia—, si no es que cuento contigo.

—Pero no es conmigo con quien tienes que contar, Trotwood —repuso Agnes con una dulce sonrisa—; es con otra.

—¿Con Dora? —dije yo.

—¡Naturalmente!

—Pero, Agnes, ¿no te he dicho —respondí algo confuso— que es difícil, no digo el contar con Dora, pues es la rectitud y la firmeza mismas, pero, en fin, que es difícil, no sé cómo expresarme, Agnes...? Es tímida, se turba, se asusta fácilmente. Algún tiempo antes de la muerte de su padre creí que debía hablarle... Pero si tienes la paciencia de escucharme, te lo contaré todo.

En consecuencia, le conté a Agnes lo que le había dicho a Dora de mi pobreza, del libro de cocina, de las cuentas, etc.

—¡Oh Trotwood! —repuso ella con una sonrisa—, eres siempre el mismo. Tenías razón al querer salir adelante en el mundo; pero ¿para qué hacer las cosas tan bruscamente con una niña tímida, amante y sin experiencia? ¡Pobre Dora!

Nunca voz humana podía hablar con más bondad y dulzura que la suya al darme aquella respuesta. Me parecía que la veía coger con amor a Dora en sus brazos para besarla tiernamente; me parecía que me reprochaba tácitamente con su generosa protección el haberme apresurado demasiado a turbar su corazoncito; me parecía que veía a Dora, con toda su gracia ingenua, acariciar a Agnes, darle las gracias y apelar dulcemente a su justicia para hacerse una auxiliar contra mí sin dejar de amarme con toda la fuerza de su inocencia infantil.

¡Qué agradecido estaba a Agnes! ¡Cómo la admiraba! Las veía a las dos en una encantadora perspectiva, unidas íntimamente, más encantadoras todavía una al lado de otra.

—¿Qué debo hacer, Agnes? —le pregunté después de haber contemplado el fuego—. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Creo —dijo Agnes— que lo más correcto sería que escribieras a esas señoras. ¿Crees que los secretos merecen la pena?

—No, puesto que tú no lo crees —le dije.

—Yo soy mal juez en esas materias —respondió Agnes con un modesto titubeo—; pero me parece... en una palabra, me parece que no sería digno de

ti... recurrir a medios clandestinos.

—Tienes demasiada buena opinión de mí, Agnes, me temo.

—No sería digno de tu franqueza habitual —replicó—. Yo escribiría a esas dos señoras; les contaría todo lo más sencilla y francamente que me fuera posible y les pediría permiso para ir alguna vez a su casa. Como eres joven y todavía no tienes una posición en el mundo, creo que harías bien en decirles que te someterás con gusto a todas las condiciones que te quieran imponer. Les rogaría que no rechazaran mi petición sin hablar de ella a Dora, cuando les pareciera oportuno. No me presentaría demasiado ardiente —dijo Agnes con dulzura— ni demasiado exigente; tendría fe en mi fidelidad, en mi constancia y en Dora.

—¡Pero si cuando le hablan de ello se asusta! ¿Y si vuelve a echarse a llorar sin querer hablar de mí?

—¿Es posible? —preguntó Agnes con el más afectuoso interés.

—¡Ya lo creo! ¡Se asusta como un pajarito! ¿Y si a las señoritas Spenlow no les parece correcto que me dirija a ellas? (Las solteronas son a veces tan extravagantes... )

—No creo, Trotwood —dijo Agnes levantando con dulzura los ojos hacia mí—, que debas preocuparte demasiado por eso. Según mi opinión, vale más preguntarse si está bien hecho, y si está bien, no titubear.

No dudé más tiempo; me sentía el corazón más ligero, aunque con el peso profundo de la tremenda importancia de mi tarea, y me propuse dedicar la tarde a escribir la carta. Agnes me cedió su pupitre para que hiciera el borrador; pero antes bajé a ver a míster Wickfield y a Uriah Heep.

Encontré a Uriah instalado en un nuevo despacho, que exhalaba un olor a cal fresca. Lo había construido en el jardín. Nunca he visto un rostro tan innoble entre una cantidad tan grande de libros y papeles. Me recibió con su servilidad de costumbre, haciendo como que no había sabido por míster Micawber mi llegada, de lo que me atreví a dudar. Me condujo al gabinete de míster Wickfield, o mejor dicho a la sombra de su antiguo despacho, pues lo habían despojado de una multitud de comodidades en provecho del nuevo asociado. Míster Wickfield y yo nos saludamos mutuamente, mientras Uriah permanecía de pie delante del fuego frotándose la barbilla con su mano huesuda.

—¿Vivirá usted con nosotros, Trotwood, todo el tiempo que piense pasar en Canterbury? —dijo míster Wickfield, no sin lanzar a Uriah una mirada con que parecía pedir su aprobación.

—¿Tiene usted sitio para mí? —le pregunté.

—Yo estoy dispuesto, Copperfield; debía decir míster, pero el tratamiento de camarada se me viene a la boca —dijo Uriah—; estoy dispuesto a devolverle su antigua habitación si ello le resulta agradable.

—No, no —dijo míster Wickfield—; ¿para qué se va usted a molestar? Hay otra habitación, hay otra habitación.

—¡Oh! —repuso Uriah haciendo un gesto bastante feo—; pero si es que yo estaré encantado.

Por fin declaré que aceptaría la otra habitación y que si no me iría a hospedar fuera; en vista de ello se decidieron por la otra habitación. Me despedí de ellos y volví a subir.

Esperaba encontrar arriba a Agnes sola, como antes; pero mistress Heep le había pedido permiso para ir a sentarse con ella al lado de la chimenea, con el pretexto de que la habitación de Agnes estaba mejor situada. En el salón o en el comedor sufría horriblemente de su reuma. Yo con gusto y sin el menor remordimiento la hubiera expuesto a toda la furia del viento en el campanario de la catedral; pero había que hacer virtud de necesidad y le di los buenos días en tono amistoso.

—Le doy las gracias humildemente, caballero —dijo mistress Heep cuando le hube preguntado por su salud—; estoy así así; no tengo por qué envanecerme. Si pudiera ver a mi Uriah bien establecido, no pediría nada más, se lo aseguro. ¿Cómo ha encontrado usted a mi Uriah, caballero?

Le había encontrado tan horrible como de costumbre, y contesté que no le había encontrado cambiado.

—¡Ah! ¿No le encuentra usted cambiado? —dijo mistress Heep—. Le pido humildemente permiso para no ser de su opinión. ¿No le encuentra usted más delgado?

—Más que de costumbre, no —respondí.

—¿De verdad? —dijo mistress Heep—. Es porque usted no le ve con los ojos de una madre.

Los ojos de una madre me parecieron muy malos ojos para el resto de la humanidad cuando los dirigía hacia mí, por muy tiernos que fueran para su hijo. Creo que ella y su hijo se pertenecían exclusivamente el uno al otro.

Los ojos de mistress Heep, después de mirarme a mí, se fijaron en Agnes.

—Y usted, miss Wickfield, ¿no encuentra que ha cambiado mucho? —preguntó mistress Heep.

—No —dijo Agnes continuando tranquilamente su trabajo—. Se preocupa usted demasiado; está muy bien.

Mistress Heep resopló con toda su fuerza y continuó su labor.

No abandonó ni un momento ni a nosotros ni a su labor de punto. Yo había llegado a las doce y todavía faltaban muchas horas para la comida; pero no se movió. Estaba sentada a un lado de la chimenea y yo estaba en el pupitre frente al hogar, y Agnes al otro lado, no lejos de mí. Cada vez que levantaba la vista mientras escribía lentamente mi carta, veía delante de mí el rostro pensativo de Agnes, que me inspiraba valor con su dulce y angelical expresión; pero sentía al mismo tiempo los malos ojos que me miraban para clavarse después en Agnes y volver enseguida a mí, bajándose después hacia la media. No estoy muy versado en el arte de hacer media para poder decir lo que fabricaba; pero sentada allí al lado del fuego, moviendo sus largas agujas, mistress Heep me parecía una bruja momentáneamente detenida en sus malos designios por el ángel sentado frente a ella; pero dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad para agarrar a su presa en sus odiosas redes.

Durante la comida continuó vigilándonos con la misma mirada. Después de la comida su hijo tomó su lugar, y una vez solos para los postres míster Wickfield, él y yo, se puso a observarme de reojo, haciendo al mismo tiempo las más odiosas contorsiones. En el salón volvimos a encontrar a su madre, fiel a su punto y a su vigilancia. Mientras Agnes cantó y tocó el piano, la madre estaba instalada a su lado. En una ocasión pidió a Agnes que cantara una balada que a su Uriah le gustaba con locura (durante aquel tiempo el dicho Uriah bostezaba en su sillón y después le dijo que estaba entusiasmado). No abría nunca la boca sin pronunciar el nombre de su hijo. Era evidente que se trataba de una consigna que le habían dado.

Aquello duró hasta la hora de acostarse. Me sentía tan poco a mis anchas a fuerza de ver a la madre y al hijo oscureciendo aquella morada con su horrible presencia, como dos grandes murciélagos, que hubiera preferido permanecer toda la noche con el punto y lo demás, mejor que ir a acostarme. Apenas cerré los ojos. Al día siguiente, nueva repetición del punto de media y de la vigilancia, que duró todo el día.

No pude lograr ni diez minutos para hablar a Agnes: apenas si tuve tiempo para enseñarle mi carta.

Le propuse que saliera conmigo de paseo; pero mistress Heep repitió tantas veces que se encontraba muy mal, que Agnes tuvo la bondad de quedarse para hacerle compañía. Por la tarde salí solo para reflexionar en lo que debía hacer, pues no sabía si tenía derecho para callar durante más tiempo a Agnes lo que Uriah Heep me había dicho en Londres, pues empezaba a inquietarme extraordinariamente.

No había salido todavía del pueblo, por la carretera de Ramsgate, que estaba muy hermosa para pasear, cuando me oí llamar en la oscuridad por

alguien que venía tras de mí. Era imposible confundir aquella chaqueta raída y aquel modo de andar desgarrado. Me detuve a esperar a Uriah Heep.

—¿Y bien? —le dije.

—¡Qué de prisa anda usted! —dijo—. Tengo las piernas bastante largas; pero usted les da bastante trabajo.

—¿Dónde va usted?

—Vengo a hacerle compañía, Copperfield, si quiere usted permitirselo a un antiguo camarada.

Y al decir esto, con un movimiento que podía tomarse por una burla se puso a andar a mi lado.

—¡Uriah! —le dije lo más cortésmente que pude, después de un momento de silencio.

—¡Míster Copperfield! —me respondió.

—Si quiere que le diga la verdad (no se ofenda), he salido porque estaba un poco cansado de estar tanto tiempo en compañía.

Me miró de reojo y me dijo con un horrible gesto:

—¿Se refiere usted a mi madre?

—Naturalmente.

—¡Ah, vamos! ¿Sabe usted? Somos tan humildes —repuso—; y como reconocemos nuestra humilde condición, estamos obligados a vigilar a los que no son humildes como nosotros para que no nos pisoteen. En amor todas las estratagemas son buenas, Copperfield.

Y frotándose suavemente la barbilla con sus dos enormes manos, dejó oír un gruñido suave. Nunca había visto una criatura humana que se pareciera tanto a un mandril maligno.

—Porque usted —dijo, continuando acariciándose el rostro y moviendo la cabeza— es un rival peligroso, Copperfield, y siempre lo ha sido; reconózcalo.

—¡Cómo! ¿Es por este motivo por lo que monta usted la guardia en torno a miss Wickfield y por lo que le quita toda libertad en su propia casa? —le dije.

—¡Oh míster Copperfield!; esas son palabras muy duras —replicó.

—Puede usted tomar mis palabras como le parezca; pero sabe usted mejor que yo lo que quiero decirle, Uriah.

—¡Oh, no!; tiene usted que explicármelo, porque no lo comprendo.

—¿Supone usted —le dije esforzándome, a causa de Agnes, en permanecer

tranquilo—, supone usted que miss Wickfield es para mí otra cosa que una hermana tiernamente amada?

—Vamos, Copperfield; no estoy obligado a contestar a esa pregunta. Quizá sí, quizá no.

Nunca he visto nada comparable a la innoble expresión de aquel rostro, a aquellos ojos desguarnecidos, sin la sombra de una pestaña.

—Vamos, venga; por el amor de miss Wickfield...

—¡Mi Agnes! —exclamó en una contorsión angulosa y repugnante—. ¡Tenga la bondad de llamarla Agnes, míster Copperfield!

—Por el amor de Agnes Wickfield, que Dios bendiga...

—Le doy las gracias por ese deseo, míster Copperfield.

—Voy a decirle lo que en cualquier otra circunstancia antes se me hubiera ocurrido decírselo a... Jack Ketch.

—¿A quién, caballero? —dijo Uriah alargando el cuello y abrigando su oreja con la mano para oír mejor.

—Al verdugo —repuse—; es decir, a la última persona en quien se puede pensar... —y, sin embargo, hay que ser franco, era el rostro de Uriah el que me había sugerido aquella alusión—. Tengo novia.

¿Espero que eso le dejará satisfecho?

—¿Palabra de honor? —preguntó Uriah.

Iba a repetir mis palabras, con cierta indignación, cuando se apoderó de mi mano y la estrechó con fuerza.

—¡Oh míster Copperfield! Si me hubiera usted demostrado esta confianza cuando le revelé el estado de mi corazón, el día en que tanto le molesté durmiendo en su gabinete, nunca se me hubiera ocurrido dudar de usted. Puesto que es así, voy a despedir inmediatamente a mi madre, demasiado dichoso de poder darle esa prueba de confianza. Usted espero que dispensará las precauciones inspiradas por el afecto. ¡Qué lástima, míster Copperfield, que no se dignara usted devolverme confianza por confianza! Sin embargo, le he proporcionado muchas ocasiones. Pero usted nunca ha tenido por mí toda la benevolencia que yo hubiera deseado. ¡Oh no! Seguramente no me ha querido nunca como yo le quiero.

Mientras decía esto me estrechaba la mano entre sus dedos húmedos y viscosos. En vano me esforzaba en soltarme; pasó mi brazo por debajo de la manga de su gabán, color chocolate, y me vi obligado a acompañarle.

—¿Volvemos a casa? —dijo Uriah tomando el camino de la ciudad.

La luna empezaba a iluminar las ventanas con sus rayos plateados.

—Antes de dejar de hablar de esto —le dije, después de un largo silencio — tiene usted que saber que a mis ojos Agnes Wickfield está tan por encima de usted y tan lejos de todas sus pretensiones como la luna que nos ilumina.

—Es tan tranquila, ¿no es verdad? —dijo Uriah—. Pero confíese usted que nunca me ha querido como yo a usted. Me encontraba usted demasiado humilde, estoy seguro.

—No me gusta que se haga tanta profesión de humildad ni de otra cosa —respondí.

—¡Ah! —dijo Uriah con el rostro más pálido y terroso todavía que de costumbre—; estaba seguro.

Pero usted no sabe, míster Copperfield, hasta qué punto conviene la humildad a una persona en mi situación. Mi padre y yo fuimos educados en una escuela de caridad; mi madre también ha sido educada en un establecimiento de la misma naturaleza. De la noche a la mañana nos enseñaban a ser humildes, y nada más. Debíamos ser humildes con estos, humildes con aquellos. Ahora teníamos que quitarnos la gorra; allí teníamos que hacer una reverencia y no olvidar nunca nuestra situación, siempre rebajarnos delante de nuestros superiores ¡Dios sabe cuántos superiores teníamos! Si mi padre ha ganado la medalla de instructor ha sido a fuerza de humildad, y yo lo mismo. Si mi padre ha llegado a sacristán ha sido a fuerza de humildad. Tenía fama entre la gente bien educada de saber estar en su sitio, y por eso todos estaban dispuestos a empujarle. «Sé humilde, Uriah, me decía mi padre, y te abrirás camino. Nos han rebajado a ti como a mí en la escuela, y es lo que mejor resultado da. Sé humilde decía, y llegarás.» Y realmente parece que tenía razón.

Por primera vez sabía que aquella odiosa comedia de humildad era hereditaria en la familia Heep; había visto la cosecha, pero no se me había ocurrido pensar en la siembra.

—No era más alto que esto —decía Uriah— cuando aprendí a apreciar la humildad y a aprovecharla.

Comía mis humildes patatas con buen apetito. No he querido llevar demasiado lejos mis humildes estudios, y me he dicho: «Sé terco». Usted me ofreció enseñarme latín; pero no soy tan tonto. Mi padre me decía siempre: «A las gentes les gusta dominar; baja la cabeza y déjales hacer». En este momento, por ejemplo, yo soy muy humilde, míster Copperfield; pero eso no impide que haya conseguido ya algún poder.

Todo lo que me decía (lo leía en su rostro a la claridad de la luna) era

sencillamente para hacerme comprender que estaba decidido a servirse del poder aquel. Yo no había dudado nunca de su bajeza, su astucia y su malicia; pero únicamente entonces empecé a comprender todo lo que la larga violencia de su juventud había amontonado en venganza sin piedad en aquel alma vil y baja.

Lo que hubo de más satisfactorio en aquel relato repugnante que me acababa de hacer es que me soltó el brazo para poder volver a agarrarse la barbilla con las dos manos. Una vez separado de él estaba decidido a seguir en aquella posición. Andábamos a cierta distancia uno del otro, cambiando únicamente algunas palabras.

No sé lo que le había puesto contento, si era lo que yo le había comunicado o el relato que él me había hecho de su pasado; pero estaba mucho más animado que de costumbre. En la comida habló mucho; preguntó a su madre (a la que había relevado de su guardia cuando volvimos de nuestro paseo) si no era hora de que él se casara; y en una ocasión lanzó tal mirada sobre Agnes, que hubiera dado todo lo que tengo por poder aplastarle.

Cuando después de la comida nos quedamos solos míster Wickfield, él y yo, Uriah se lanzó más todavía. Había bebido muy poco vino; por lo tanto, no era eso lo que podía excitarle; debía de ser la embriaguez de su triunfo insolente y el deseo de demostrarlo en mi presencia.

La víspera ya había observado que trataba de hacer beber a míster Wickfield; pero Agnes me había lanzado tal mirada al dejar la habitación, que al cabo de cinco minutos propuse ir a reunirnos con ella al salón. Estaba a punto de hacer otro tanto cuando Uriah se me adelantó.

—Vemos muy rara vez a nuestro visitante de hoy —dijo dirigiéndose a míster Wickfield, sentado al otro lado de la mesa (qué contraste entre las dos cabeceras)—, y si usted no tiene inconveniente podríamos beber uno o dos vasos de vino a su salud. ¡Míster Copperfield, bebo a su salud y por su prosperidad!

Me vi obligado a tocar, por fórmula, la mano que me tendía a través de la mesa; después cogí, con una emoción muy diferente, la mano de su pobre víctima.

—Vamos, mi querido socio —dijo Uriah—, permítame que le dé el ejemplo bebiendo también a la salud de algún amigo de Copperfield.

Pasé rápidamente sobre los diversos brindis propuestos por míster Wickfield: a mi tía, a míster Dick, al Tribunal de Doctores, a Uriah. Cada vez se bebía dos veces su vaso, aunque se daba cuenta de su debilidad, y luchaba vanamente contra aquella miserable pasión. ¡Pobre hombre! ¡Cómo sufría con la conducta de Uriah y, sin embargo, cómo trataba de agradarle! Heep,



triunfante, se retorció de gusto, hacía gala del vencido, del que desplegaba la vergüenza a mis ojos. Yo tenía el corazón oprimido; ahora todavía mi mano se niega a escribirlo.

—Vamos, mi querido socio; yo también voy a proponer otro brindis; pero pido humildemente que nos den vasos grandes. ¡Bebamos por la más divina de su sexo!

El padre de Agnes tenía las manos sobre su vaso vacío. Lo dejó en la mesa, y sus ojos se fijaron en el retrato de su hija; después se llevó la mano a la frente y se dejó caer en un sillón.

—Sé que soy un personaje demasiado humilde para atreverme a brindar a su salud —repuso Uriah—; pero la admiro; mejor dicho, ¡la adoro! ¡Qué angustia la del padre, que apretaba convulsivamente su cabeza gris entre las manos para contener su sufrimiento interior mil veces más cruel de contemplar que todos los dolores físicos que pudiera sufrir nunca!

—Agnes —dijo Uriah, sin fijarse en el estado de míster Wickfield, o sin querer fijarse—, Agnes Wickfield, puedo decirlo, es la más divina de las mujeres. Es más, puedo hablar libremente entre amigos; se puede estar orgulloso de ser su padre; ¡pero ser su marido...! Dios no permita que vuelva a oír jamás un grito como el que lanzó míster Wickfield levantándose bruscamente.

—¿Qué ocurre? —dijo Uriah, que se puso pálido como la muerte—. ¡Ah, vamos! Debe de ser un ataque de locura, ¿no, míster Wickfield? ¡Tengo tanto derecho como cualquier otro a decir que un día su Agnes será mi Agnes! Es más; creo que tengo más derecho que nadie.

Pasé mi brazo alrededor del cuello de míster Wickfield y le rogué, por todo lo que pude imaginar, que se tranquilizara; pero sobre todo se lo rogué en nombre de su afecto por Agnes. Estaba fuera de sí y se arrancaba los cabellos, se golpeaba la frente y trataba de rechazarme lejos de sí, sin contestar una sola palabra, sin ver nada, sin saber, ¡ay!, en su desesperación ciega, lo que quería, con la mirada fija y extraviada. ¡Qué espectáculo tan terrible!

Le supliqué, en mi dolor, que no se abandonara a aquella angustia y que me escuchara. Le suplicaba que pensara en Agnes, en Agnes y en mí; que recordara cómo Agnes y yo habíamos crecido juntos; ella, a quien yo quería y respetaba; ella, que era su orgullo y su alegría. Me esforzaba en poner a su hija ante sus ojos; le reprochaba el no tener bastante firmeza para evitarle el que se enterase de semejante escena. No sé si mis palabras surtieron algún efecto, o si la violencia de su cólera terminó por gastarse; pero poco a poco se tranquilizó y empezó a mirarme, primero sin pensar, después con un rayo de razón, y por fin me dijo: «Ya lo sé, Trotwood; mi hija querida y tú... , ya lo sé; pero él,

¡mírale!».

Me enseñaba a Uriah, pálido y tembloroso en un rincón. Evidentemente se había precipitado, y esperaba una cosa muy distinta.

—Mira a mi verdugo —repuso míster Wickfield—; al hombre que me ha hecho perder poco a poco mi nombre, mi reputación, mi tranquilidad, la felicidad de mi hogar.

—Decid más bien el que le ha conservado su nombre, su reputación, su tranquilidad y la felicidad de su hogar —dijo Uriah, tratando de arreglar las cosas con una expresión de enfado y desconcierto—. No se enfade, míster Wickfield, si he llegado más lejos de lo que esperaba; retrocederé ¡ya lo creo! Y después de todo, ¿dónde está el daño?

—Ya sabía yo que tenía un objetivo en la vida —dijo míster Wickfield— y creía que estaba unido a mí por motivos de intereses; pero... ¡oh, lo que es este hombre!

—Haría usted bien obligándole a callar, Copperfield, si puede —exclamó Uriah volviendo hacia mí sus manos huesudas—. Va a decir, fíjese bien, va a decir cosas que después sentirá haber dicho y que usted mismo sentirá haber oído.

—Lo diré todo —exclamó míster Wickfield con acento desesperado—. Puesto que estoy en tus manos ¿por qué no he de ponerme en las del mundo entero?

—Tenga cuidado, se lo repito —repuso Uriah dirigiéndose a mí—; si no le hace callar es que no es usted su amigo. ¿Pregunta usted por qué no se pondrá en manos del mundo entero? Míster Wickfield, porque tiene usted una hija. Usted y yo sabemos lo que sabemos, ¿no es cierto? No despertemos al perro que duerme. No soy yo quien cometerá esa imprudencia. Puede usted ver que soy lo más humilde posible, y le digo que si he ido demasiado lejos lo siento. ¿Qué más quiere usted, caballero?

—¡Oh, Trotwood, Trotwood! —exclamó míster Wickfield retorciéndose las manos—. ¡He caído tan bajo desde que lo vi por primera vez en esta casa! Estaba ya en esta pendiente fatal; pero, ¡ay!, ¡cuánto camino! ¡Qué triste camino he recorrido desde entonces! Me ha perdido mi debilidad. ¡Ah! ¡Si hubiera tenido la fuerza de recordar menos, o al menos de olvidar! El recuerdo doloroso de lo que había perdido al perder a la madre de mi hija se ha vuelto una enfermedad; mi amor por mi hija, llevado hasta el olvido de todo lo demás, me ha dado el último golpe. Una vez con esta enfermedad incurable he infectado a mi vez cuanto he tocado. He causado la desgracia de lo que más quiero. ¡Tú sabes si la quiero! He creído posible amar a una criatura del mundo excluyendo a todas las demás. He creído posible llorar a una que había

dejado el mundo sin llorar con los que lloran. Así he perdido mi vida. Me he devorado el corazón en una tristeza cobarde, y él se venga devorándome a su vez. He sido sórdido en mi dolor, sórdido en mi amor, sórdido en el modo en que he escapado del lado oscuro del dolor y del afecto. Y ahora sólo soy una ruina. ¡Oh, mira, mira mi miseria! ¡Huye de mí! ¡ódame!

Cayó en una silla y se puso a sollozar. Ya no le sostenía la exaltación de su pena. Uriah salió de su rincón.

—No sé todo lo que habré podido hacer en mi locura —dijo míster Wickfield extendiendo la mano como para suplicarme que no le condenase todavía—; pero él lo sabe; él, que ha estado siempre a mi lado para apuntarme lo que debía hacer. Ya ves la cadena que me ha puesto al cuello; le encuentras instalado en mi casa; le encuentras metido en todos mis asuntos. Ya le has oído hace un momento. ¿Qué más puedo decirte?

—No tiene usted necesidad de decir más, y mejor hubiera hecho usted no diciendo nada —repuso Uriah, en tono a la vez arrogante y servil—. No se hubiera puesto usted en ese estado si no hubiera bebido tanto; ya se arrepentirá usted mañana, caballero. Si yo también he dicho algo más de lo que debía, ¡vaya una cosa! Ha podido usted ver que no me he obstinado.

La puerta se abrió y Agnes entró suavemente, pálida como una muerta; pasó su brazo alrededor del cuello de su padre y le dijo con firmeza: «¡Papá, no te encuentras bien, vente conmigo!».

Él dejó caer la cabeza en el hombro de su hija, como si estuviera agobiado de vergüenza, y salieron juntos. Los ojos de Agnes se encontraron con los míos, y vi que sabía todo lo que había pasado.

—No creía yo que iba a tomar la cosa así, míster Copperfield —dijo Uriah—; pero esto no es nada; mañana nos habremos reconciliado. Es por su bien. Yo deseo humildemente su bien.

No le contesté una palabra y subí a la tranquila habitación donde Agnes había venido tan a menudo a sentarse a mi lado mientras yo trabajaba. Allí permanecí hasta bastante tarde, sin que nadie viniera a hacerme compañía. Cogí un libro y traté de leer; esperé a que dieran las doce en los relojes, y leía todavía, sin saber lo que leía, cuando Agnes me tocó suavemente en el hombro.

—¿Te vas mañana temprano, Trotwood? Vengo a decirte adiós.

Había llorado; pero su rostro estaba ya bello y tranquilo.

—¡Que Dios te bendiga! —me dijo tendiéndome la mano.

—Mi querida Agnes —respondí—; veo que no quieres que te hable esta noche de ello—, pero ¿no podríamos hacer nada?

—Confiar en Dios —contestó.

—¿No puedo hacer nada, yo que vengo a aburrirte con mis pobres penas?

—Tú haces las mías menos amargas, mi querido Trotwood.

—Agnes, querida mía; es una gran pretensión por mi parte el pensar darte un consejo, yo que tengo tan poco de lo que tú posees tanto: bondad, valor, nobleza; pero ya sabes cuánto te quiero y todo lo que te debo. Agnes, ¿no te sacrificarás nunca a un deber mal comprendido?

Retrocedió un paso y dejó mi mano. Nunca la había visto tan inquieta.

—Dime que no has tenido semejante pensamiento, querida Agnes; tú que eres para mí más que una hermana, piensa en lo que vale un corazón como el tuyo, un amor como el tuyo.

¡Ah! ¡Cuántas veces he vuelto a ver después aquel dulce rostro y aquella mirada de un instante, aquella mirada donde no había sorpresa ni reproche ni resentimiento! ¡Cuántas veces he visto después la encantadora sonrisa con que me dijo que estaba segura de ella misma y que no había nada que temer; después me llamó su hermano y desapareció!

Todavía era de noche cuando al día siguiente subí a la diligencia en la puerta de la posada. El día comenzaba a despuntar, e íbamos a partir, cuando en el momento en que mi pensamiento se volvía hacia Agnes vi la cabeza de Uriah que se encaramaba a mi lado.

—Copperfield —me dijo en voz baja agarrándose al coche—, he pensado que le gustaría saber antes de su partida que todo está arreglado. Ya he estado en su habitación y está dulce como un cordero. ¿Ve usted? A pesar de lo humilde que soy le sirvo de algo; y cuando no está bebido lo comprende. ¡Qué hombre tan amable después de todo! ¿No es verdad, míster Copperfield?

Me esforcé y le dije que me alegraba mucho de que se hubiera disculpado.

—¡Oh!, de verdad —dijo Uriah—. ¿Qué importa pedir excusas? ¡Cuando se es humilde es tan fácil!

A propósito: ¿supongo, míster Copperfield —añadió con una ligera contorsión—, que le habrá ocurrido alguna vez el coger una pera antes de que estuviera madura?

—Es probable —respondí.

—Es lo que hice yo ayer noche —dijo Uriah—; pero la pera madurará; no hay más que estar al cuidado. Puedo esperar.

Y agobiándome con sus saludos, se bajó en el momento en que el conductor subía al pescante. Según creo, iba comiendo algo para evitar el frío

de la mañana; al menos, por el movimiento de su boca se hubiera dicho que la pera estaba ya madura y que la saboreaba haciendo chasquear los labios.

## Capítulo 20

### El vagabundo

Aquella noche tuvimos una conversación muy seria en Buckingham Street sobre los sucesos que he detallado en el último capítulo. Mi tía se tomaba el mayor interés y estuvo paseando de arriba abajo por la habitación, con los brazos cruzados, durante más de dos horas. Siempre que tenía algún disgusto ejecutaba una proeza semejante, y se podía saber la importancia de su disgusto por lo que duraba el paseo. En aquella ocasión estaba tan afectada, que necesitó abrir la puerta de la alcoba para tener más sitio, y recorría las dos habitaciones de un extremo a otro, mientras míster Dick y yo, sentados inmóviles al lado del fuego, la veíamos pasar por nuestro lado una vez y otra, con la regularidad de un péndulo de reloj.

Cuando míster Dick nos dejó solos a mi tía y a mí, para irse a la cama, yo me puse a escribir mi carta a las dos señoras. Entre tanto, mi tía, cansada de su paseo, se había sentado ante la chimenea, con la falda un poco remangada, como de costumbre; pero en lugar de poner el vaso sobre sus rodillas, lo dejó encima de la chimenea y se quedó con el codo derecho apoyado en la mano izquierda y la barbilla en la mano derecha, mirándome pensativa. Siempre que yo levantaba los ojos estaba seguro de encontrar los suyos.

—Te quiero más que nunca, hijo mío —me dijo—; pero estoy preocupada y triste.

Estaba demasiado preocupado con mi carta, y no me fijé, hasta después de que se hubiera acostado, de que había dejado intacta encima de la chimenea su «poción de la noche», como ella la llamaba.

Cuando hice este descubrimiento, llamé a su puerta, y con más cariño que de costumbre me dijo:

—No he tenido ganas de tomarlo esta noche, Trot —y movió la cabeza y se encerró de nuevo.

A la mañana siguiente leyó mi carta para las tías de Dora, y la aprobó.

La eché al correo. Ya no tenía nada que hacer más que esperar con paciencia la contestación. Hacía una semana que estaba en aquel estado de expectación.

Una noche volvía de casa del doctor Strong.

Había sido un día muy crudo, con un viento norte que cortaba la cara. El viento había desaparecido al anochecer y empezaba a nevar; caían gruesos copos, que cubrían ya todo el suelo, y los ruidos se habían apagado como si las calles estuvieran cubiertas de pluma.

El camino más corto para volver a casa (y naturalmente el que tomé en semejante noche) fue el de la travesía de San Martín. La iglesia que da nombre a la calle está ahora aislada; pero antes sólo tenía espacio libre por la parte de delante, y la calleja torcía hacia el Strand. Cuando pasaba por delante del pórtico vi en la rinconada el rostro de una mujer. Me miró, cruzó la calle y desapareció. Yo la conocía, la había visto en alguna parte; pero no recordaba dónde. Algo que interesaba a mi corazón se asociaba con ella; pero como iba pensando en otra cosa cuando me la encontré, sólo tuve una idea confusa.

En los escalones de la iglesia había un hombre poniendo algo sobre la nieve y arreglándolo después; le vi al mismo tiempo que a la mujer. No había salido de mi sorpresa cuando el hombre se volvió y se encontró conmigo: estaba cara a cara con míster Peggotty.

Entonces recordé quién era la mujer. Era Martha, a quien Emily había dado dinero la noche aquella en la cocina. Martha Endell, al lado de la cual él no hubiera querido ver a su querida sobrina según me dijo Ham, ni por todos los tesoros ocultos en el mar.

Nos estrechamos la mano cordialmente; al principio ninguno de los dos podíamos decir una palabra.

—Míster Davy, ¡cómo me alegro de verle! ¡Qué feliz encuentro!

—Muy feliz, querido y viejo amigo —le dije.

—Había estado pensando ir a verle esta noche —repuso—; pero al saber que su tía está viviendo con usted (pues he estado por el lado de Yarmouth) he temido que fuera demasiado tarde, y pensaba ir por la mañana temprano, antes de volver a marcharme.

—¿Otra vez? —dije.

—Sí señor —replicó moviendo la cabeza con resignación—; me marcho mañana.

—¿Y dónde va usted ahora? —pregunté.

—¡Pchs! —replicó, sacudiendo la nieve de sus largos cabellos—. Voy por ahí...

En aquella época el establecimiento de La Cruz de Oro (tan memorable para mí en relación con su desgracia) tenía una puerta cerca de donde

estábamos parados. Le señalé la verja, me agarré de su brazo, y nos dirigimos allí. Dos o tres de las salas del café daban al patio, y viendo una completamente vacía y con buen fuego, nos dirigimos a ella.

Cuando le vi a la luz observé que tenía los cabellos largos y revueltos y el rostro quemado por el sol; las arrugas de su rostro eran más profundas, y tenía todo el aspecto de haber vagado a través de los climas más distintos; pero todavía parecía muy fuerte y decidido a cumplir su propósito sin que nada pudiera cansarle. Se sacudió la nieve que cubría su ellas casi como si fueran los niños de Emily. ¡Oh mi querida pequeña Emily!

Se puso a sollozar en un repentino acceso de desesperación. Yo pasaba temblando mi mano por encima de la suya, con la que intentaba taparse el rostro.

—Gracias —me dijo—, no se preocupe usted.

Al cabo de un momento se descubrió los ojos y continuó su relato.

—A menudo por la mañana me acompañaban un momento por el camino, y cuando nos separábamos y yo les decía en mi lengua: «Muchas gracias, que Dios os bendiga», ellas siempre parecían comprenderme y me respondían con cariño. Por fin llegué a la costa. No era difícil para un marino como yo ganar su pasaje hasta Italia. Cuando llegué allí seguí errando de un lado a otro. Todo el mundo era bueno conmigo, y quizá hubiera viajado de ciudad en ciudad o a través de los campos si no hubiera oído decir que la habían visto en las montañas de Suiza. Alguien que conocía al criado los había visto a los tres; hasta me dijeron cómo viajaban y dónde estaban. Anduve día y noche, míster Davy, para encontrar aquellas montañas. Cuanto más avanzaba más parecían alejarse ellas. Pero las alcancé y las atravesé. Cuando llegué al lugar de que me habían hablado empecé a preguntarme: ¿Y qué vas a hacer cuando la veas?

El rostro que nos escuchaba, insensible al rigor de la noche, se bajaba, y vi a aquella mujer de rodillas delante de la puerta, con las manos juntas como para rezar, suplicándome que no la despidiera.

—Nunca he dudado de ella —dijo míster Peggotty—, nunca, ni un minuto. Sólo con que hubiera podido hacerle ver mi rostro, hacerle oír mi voz, recordarle la casa de que había huido, su infancia, sabía que, aunque hubiera llegado a princesa de sangre real, caería a mis pies. Lo sabía. ¡Cuántas veces en mi sueño la he oído gritar: «Tío, tío mío querido!» y la he visto caer como muerta ante mí. ¡Cuántas veces en mi sueño la he levantado diciéndole muy bajito: «Emily, querida mía; vengo a perdonarte y a llevarte conmigo!».

Se detuvo, movió la cabeza, y después añadió con un suspiro:

—Él, él no es nada para mí. Emily lo era todo. Compré un traje de

campesina para ella; sabía que una vez que la hubiera recobrado vendría conmigo por las carreteras rocosas; que iría donde yo quisiera, y que no me abandonaría jamás, no, jamás. Todo lo que quería era hacerle poner aquel traje y pisotear los que llevara, cogerla, como antes, en mis brazos y volver a nuestra casa, deteniéndonos a veces en el camino para que descansaran sus pies enfermos y su corazón, más enfermo todavía. Respecto a él, creo que ni siquiera le hubiera mirado. ¿Para qué? Pero todo esto no debía ser, míster Davy, no, todavía no.

Llegué demasiado tarde: habían partido. Ni siquiera pude saber dónde iban. Unos decían que por aquí, otros que por allá, y he viajado por aquí y por allá; pero no la he encontrado. Entonces he vuelto.

—¿Hace mucho tiempo? —pregunté.

—Pocos días solamente. Vi a lo lejos mi viejo barco y la luz que brillaba en la ventana, acercándome vi a la vieja mistress Gudmige sentada Bola al lado del fuego. Le grité: «No tengas miedo; es Daniel», y entré. Nunca hubiera creído que pudiera sorprenderme tanto verme en mi viejo barco.

Sacó cuidadosamente de un bolsillo de su chaleco un paquete de papeles que contenía dos o tres cartas y las puso encima de la mesa.

—Esta primera carta ha llegado —dijo separándola de las otras— a los ocho días escasos de mi partida. Había dentro, a mi nombre, un billete de banco de cincuenta libras. Lo habían echado una noche por debajo de la puerta. Había tratado de desfigurar la letra, pero conmigo no le valía.

Volvió a plegar con cuidado el billete y lo dejó encima de la mesa.

—Esta otra carta, dirigida a mistress Gudmige, ha llegado hace dos o tres meses.

Después de haberla contemplado un momento me la entregó, añadiendo en voz baja: «Tenga la bondad de leerla».

Leí lo siguiente:

¡Oh, qué pensará usted cuando vea esta carta y sepa que es mi mano culpable la que traza estas líneas! Pero trate, trate, no por amor mío, sino por amor a mi tío, trate de dulcificar un momento su corazón hacia mí. Trate, se lo ruego, de tener piedad de una desgraciada, y escíbame en un pedacito de papel si está bien y lo que ha dicho de mí antes de que haya sido prohibido pronunciar mi nombre entre ustedes. Dígame si por la noche, a la hora en que yo volvía siempre, piensa todavía en la que amaba tanto. ¡Oh, mi corazón se rompe cuando pienso en todo esto!

Caigo de rodillas y le suplico que no sea conmigo todo lo severa que merezco... ; sé que lo merezco; pero sea usted buena y transigente; escíbame



una palabra y envíemela. No me llame ya «mi pequeña», no me den ya más el hombre que he deshonrado; pero tenga piedad de mi angustia y sea lo bastante misericordiosa para hablarme un poco de mi tío, puesto que jamás, jamás en este mundo le volverán a ver mis ojos.

Querida mistress Gudmige: si no tiene usted compasión de mí, pues tiene derecho a ello, ¡oh!, entonces pregúntele a aquel para el que soy más culpable, a aquel de quien debía ser la mujer, si debe usted negarse a mi ruego. Si es lo bastante generoso para aconsejarle lo contrario (y yo creo que lo hará, pues es todo bondad e indulgencia), entonces, entonces únicamente dígame que cuando oigo por la noche la brisa me parece que acaba de pasar por su lado y el de mi tío y que sube a Dios para llevarle el mal que hayan dicho de mí. Decíles que si muriera mañana (¡oh, cómo querría morir si me sintiera preparada!) mis últimas palabras serían para bendecirle a él y a mi tío y mi última oración por su felicidad.

También en esta carta había dinero: cinco libras. Míster Peggotty había dejado intacta aquella suma, lo mismo que la otra, y volvió a doblar también el billete. Había también instrucciones detalladas sobre la manera de hacerle llegar una respuesta; se veía que varias personas habían intervenido para disimular mejor el sitio en que estaba oculta; sin embargo, parecía bastante probable que hubiera escrito desde el sitio donde le habían dicho a míster Peggotty que la habían visto.

—¿Y qué le han contestado?

—Como mistress Gudmige no está muy fuerte en escritura, Ham se ha encargado de contestar por ella. Le han dicho que yo había salido en busca suya y lo que dije al despedirme.

—¿Y eso es otra carta?

—No; es dinero —dijo míster Peggotty desplegando a medias diez libras—; como puede usted ver, hay escrito por dentro del envoltorio: «De parte de una amiga verdadera». Pero la primera carta la habían echado por debajo de la puerta y esa ha venido por correo anteayer. Voy a buscar a Emily en la ciudad que pone en el sello.

Me lo enseñó. Era una ciudad a orillas del Rhin. Había encontrado en Yarmouth algunos comerciantes extranjeros que conocían aquel país, y le habían dibujado una especie de mapa para que comprendiera mejor las cosas. Lo puso encima de la mesa y me señaló su camino con una mano, mientras apoyaba la barbilla en la otra.

Le pregunté cómo estaba Ham. Sacudió la cabeza.

—Trabaja mucho —me dijo—. Su nombre es ya conocido y respetado en

todo el país; todo lo que puede ser un hombre en este mundo. Todos están dispuestos a ayudarle, y lo comprenderá usted, porque ¡es tan bueno con todo el mundo! Nunca se le ha oído quejarse. Entre nosotros, mi hermana cree que ha sido un golpe muy fuerte para él.

—¡Pobre muchacho! Yo también lo creo.

—Míster Davy —repuso míster Peggotty en voz baja y en tono solemne—, Ham ahora desprecia la vida. Siempre que se necesita un hombre para afrontar algún peligro en el mar, allí está él; siempre que hay un puesto peligroso que cubrir, allá va el primero. Y, sin embargo, es dulce como un niño; no hay ni un niño en todo Yarmouth que no le conozca.

Reunió las cartas con expresión pensativa, las dobló lentamente y volvió a meterse el paquetito en el bolsillo. Ya no había nadie en la puerta. La nieve continuaba cayendo; eso era todo.

—Y bien —me dijo mirando su saco—, puesto que le he visto esta noche, míster Davy, y eso me ha consolado, partiré mañana temprano. Ya ha visto usted lo que tengo aquí —y ponía la mano encima del paquetito—; lo que me preocupa es que pueda ocurrirme una desgracia antes de haber devuelto este dinero. Si me muriera y este dinero se perdiera o me lo robaran y él pudiera creer que lo he guardado, creo que el otro mundo no podría retenerme; sí; verdaderamente creo que volvería.

Se levantó, y yo me levanté también, y nos estrechamos de nuevo la mano.

—Andaría diez mil millas, andaría hasta el día en que cayera muerto de cansancio, por poderle tirar este dinero a la cara. Sólo cuando pueda hacerlo y recobre a mi Emily estaré contento. Si no la encuentro, quizá un día sabrá que su tío, que la quería tanto, no ha cesado de buscarla más que cuando ha dejado de vivir; y si la conozco bien, no hará falta más para atraerla al antiguo hogar.

Cuando salimos a la frialdad de la noche vi huir delante de nosotros a la figura misteriosa. Retuve un momento a míster Peggotty para darla tiempo a que desapareciera.

Me dijo que iba a pasar la noche en una posada en el camino de Dover, donde encontraría buena habitación. Yo le acompañé hasta el puente de Westminster. Después nos separamos. Me pareció que todo en la naturaleza guardaba un silencio religioso por respeto hacia el piadoso peregrino que volvía a emprender lentamente su marcha solitaria a través de la nieve.

Volví al patio de la posada buscando con los ojos a aquella cuyo rostro me había impresionado tan profundamente; pero no estaba. La nieve había borrado la huella de nuestros pasos, y sólo se veían los que yo acababa de imprimir, y era tan fuerte la nevada, que también empezaban a desaparecer.

Solamente daba tiempo a volver la cabeza para mirarlos por encima de mi hombro.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)